OBRAS DE WESLEY

Edición auspiciada por
Wesley Heritage Foundation, Inc.
P.O. Box 76
Henrico, NC 27842
USA

TOMO XI

DIARIOS, TOMO I

Editor General
JUSTO L. GONZÁLEZ

CONTENIDO

Introducción

Antes de adentrarse en la lectura de los *Diarios* de Wesley, es útil detenerse por unos instantes para tratar de comprender el carácter y propósito de estos escritos. En el transcurso de su vida, Wesley preparó para la imprenta, y publicó, veinte tomos de sus *Diarios*. El vigésimo primero, algo más extenso y detallado que los anteriores, fue publicado póstumamente. Por otra parte, el propio Wesley siempre les dio a estos volúmenes, no el solo y sencillo título de «Diarios», sino más bien «extractos» o «resúmenes» de Diarios. El título completo del primer tomo es: *Un extracto del diario del Rdo. Sr. Juan Wesley, desde su partida para Georgia hasta su regreso a Londres*. Esta es una de las razones por las cuales los *Diarios*, aun en su versión inglesa completa, no incluyen todos los días del año. Así, por ejemplo, al principio mismo del primer tomo, donde Wesley está dando los pormenores de su viaje, no dice una palabra del sábado 18 de octubre, y más adelante ese mismo mes da un salto desde el 21 hasta el 24, y de allí al 31.

Esta selección de días se entiende si recordamos que desde el principio Wesley declaró abiertamente que la publicación de estos «extractos de diarios» tenía un propósito apologético. Leyendo el Prefacio al tomo 1, el lector verá que lo que movió a Wesley a compilar y publicar ese volumen fueron ciertas acusaciones sobre su estadía y partida de Georgia hechas por el capitán Robert Williams. Por ello, los pasajes seleccionados y publicados por Wesley tienen el claro propósito de dar cuenta de sus actividades en

aquella colonia, y los motivos de su regreso a Londres. De igual modo, el prefacio al tomo 2 muestra que Wesley lo prepara para publicación cuando estaba involucrado en una difícil controversia con los moravos (a quienes frecuentemente llama sencillamente «los hermanos»). Dado ese propósito, no ha de extrañarnos el que en ese tomo Wesley se esfuerce en mostrar tanto su deuda a los moravos como sus desacuerdos con ellos, y los motivos de estos últimos. Es dentro de ese contexto que ha de leerse el famoso episodio de Aldersgate, que cuenta de la experiencia de Wesley en una reunión de moravos. Al incluir esta narración en sus «extractos», Wesley reconoce su inmensa deuda hacia este grupo del cual ahora se ve en la necesidad de apartarse.

Con el correr de los años, los tomos subsiguientes de los *Diarios* se fueron volviendo menos polémicos, y fueron tomando más el carácter de testimonio con propósitos de evangelización. Empero esto no quiere decir que no se incluyan aquí muchos relatos cuyo propósito es explicar la posición o la actuación de Wesley ante alguna situación, tanto dentro como fuera de las sociedades metodistas. Y se incluyen además relatos o menciones que sencillamente expresan la opinión de Wesley sobre algún tema o escrito de la época (incluso teorías médicas, obras literarias, etc.).

Ninguno de estos *Diarios* se publicó inmediatamente después de los hechos que en ellos se narran. Como promedio, Wesley publicó cada tomo de sus *Diarios* unos cuatro años después de concluido el período sobre el que trata. Es por esto que frecuentemente se ven en estas páginas referencias a acontecimientos posteriores, o comentarios sobre las consecuencias de algún acontecimiento.

¿Qué material empleó Wesley para redactar y recopilar estos extractos? Es difícil saberlo a ciencia cierta. Desde que era estudiante, y casi a lo largo de toda su vida, Wesley llevó un diario en el que anotaba sus actividades de cada día. Ese diario se conserva hasta el año 1741. Para distinguir esas notas de los *Diarios* que aquí publicamos, las llamaremos *Diario privado*.[1]

Este *Diario privado* no siempre ha sido fácil de descifrar o de entender. Algunas de sus anotaciones están en código. Otras son abreviaturas que pueden referirse a más de una cosa, persona o lugar. Todo lo que dice es tan breve que apenas nos da una idea de lo que Wesley hizo cada día. Durante buena parte de este proceso, Wesley utilizaba este *Diario privado* como un instrumento para examinarse a sí mismo; por ello aparecen anotaciones al final de cada día en las que Wesley trata de juzgar el estado de su alma mediante un sistema de puntuación. (Por ejemplo, el *Diario privado* para el día 22 de abril de 1737 termina con una extraña línea, parecida a muchas otras de la misma índole: «Gracia: Puntuación de 6 dieciséis veces; de 5 una [de 9 a 10 pm]».) Luego, las diferencias entre el *Diario privado* y los *Diarios* publicados es notable, y se hace difícil pensar que esas anotaciones le proveyeran a Wesley mucho más que algún recordatorio de acontecimientos que de otro modo pudo haber olvidado.

Para mostrar la diferencia entre los *Diarios* el *Diario privado*, a continuación comparamos lo que Wesley publicó en su *Diario* del 23 de abril de 1737 con las anotaciones privadas para el mismo día. Para esa fecha, el *Diario privado* dice:

---

[1] En inglés, Wesley llama «Journals» a los que aquí llamamos «Diarios», y «Diary» a lo que aquí llamamos «Diario privado».

SÁBADO 23. 5 Oración privada; me vestí. 6 Diario. La Sra. Delegal mandó a buscarme, ¡pero no pude ir! 7 Conversación necesaria con el Sr. Thompson y Guy; asuntos necesarios. 8 A lo del Sr. Garden: conversación necesaria (religiosa). 8:15 A lo de la Sra. Laserre. La Sra. Delegal estaba allí. ¡No pude hablar! 9 Con los Srs. Guy, Thompson y Ord. 9:15 Partida; conversación religiosa. 11:30 En lo del Sr. Bellinger; conversación religiosa. 12 A lo del Sr. Guy; conversación religiosa (necesaria). 1 Partí con el Sr. Thompson; conversación religiosa. 2:30 Lo de Wallis; comida; conversación necesaria (religiosa). 3:45 Salí con Tom; pensé. 7 En Ponpon, lo del Sr. Thompson; conversación necesaria; medité. 7:45 Té; conversación religiosa con Nanny. 8. conversación religiosa; ¡ella impresionada! 8:45 Escribí diario; oración privada. 9 Medité; conversación religiosa; oración privada. 10.

Compárese esto con lo que dice Wesley sobre esa misma fecha en el *Diario* publicado:

SÁBADO 23. Al mencionarle al Sr. Thompson, ministro de la parroquia de San Bartolomé, cerca de Ponpon, de sentirme preocupado por hacer un viaje de regreso por agua, me ofreció uno de sus caballos si iba por tierra, lo que acepté con mucho gusto. El me acompañó por 20 millas y envió a su sirviente para que me guiara las otras 20 de distancia a su casa. Allí encontré una joven negra que lucía más sensata que el resto y le pregunté cuánto tiempo había estado en Carolina. Me dijo que había estado dos o tres años; pero que había nacido en Barbados y que había vivido allí con la familia de un ministro desde pequeña. Le pregunté si iba allá a la iglesia. Me respondió, «Sí, todos los domingos, llevando a los hijos de mi ama.» Le pregunté qué había aprendido en la iglesia. Me dijo, «Nada: he oído mucho, pero no he comprendido.» ¿Pero que te enseñó tu amo en casa? «Nada.» ¿Tampoco tu ama? «Tampoco.»

Le pregunté, «¿No sabes que tus manos y pies y esto que llamas cuerpo se convertirán en polvo en poco tiempo?» Ella respondió, «Sí.» «Mas hay algo en ti que no se volverá polvo, esto es lo que se llama alma. En verdad no puedes ver tu alma, a pesar de estar dentro de ti, como no puedes ver el viento aunque te rodea. Pero si no tuvieras un alma dentro de ti, no podrías ver, oír o sentir, más de lo que puede hacerlo esta mesa. ¿Qué piensas que pasará con tu alma cuando tu cuerpo se haga polvo?» «No lo sé.» «¿Y qué pasaría si tu alma sale de tu cuerpo y va más allá del cielo y vive para siempre? Dios vive allá. ¿Sabes quién es Dios?» «No.» «No lo puedes ver, así como no puedes ver tu propia alma. El es quien nos ha creado, a ti y a mí. A todo hombre y mujer, a toda bestia y pájaros y a todo el mundo. El es el que hace al sol brillar, a la lluvia caer y al maíz y frutos crecer de la tierra. El hace todas estas cosas por nosotros. Pero, ¿por qué piensas que él nos creó, para qué nos hizo a ti y a mí?» «No sé.» «El te creó para que vivas

> con él más allá del cielo. Así lo harás, en poco tiempo. Si eres buena, cuando tu cuerpo muera tu alma ascenderá y no pedirá nada y tendrás todo lo que puedas desear. Nadie te pegará o hará daño allá. Nunca estarás enferma. Nunca más estarás triste, ni tendrás temor de nada. No puedo decirte, no sé, cuán feliz serás allá, porque estarás con Dios.»
>
> La atención con la cual esta pobre criatura escuchó las enseñanzas es indescriptible. Al siguiente día, recordaba todo, fácilmente respondió cada pregunta y dijo que le iba a pedir a quien la creó que le enseñara a ser buena.

Ciertamente, al leer esto vemos que lo que más le impresionó a Wesley en ese día (o lo que varios años más tarde le pareció más importante publicar) fue su conversación con «Nanny» (que puede ser su nombre, o referirse a su función de mucama). Empero ciertamente Wesley empleó otras fuentes además de su *Diario privado* para preparar los *Diarios* que iba a publicar. No cabe duda de que una de esas fuentes es la memoria. Las brevísimas anotaciones hechas años antes le traerían a la memoria hechos o conversaciones que ahora reconstruyó para su publicación. Otra fuente fueron varios papeles, documentos, cartas, etc., que frecuentemente cita en los *Diarios*. Además, al menos por algún tiempo, Wesley parece haber escrito un *Diario* más amplio que el *Diario privado*. Se conservan varias versiones de éstos de los tiempos de su estadía en Georgia. El último tomo de los *Diarios*, publicado póstumamente y que Wesley no tuvo tiempo de revisar, es bastante más largo y detallado que los anteriores. Esto hace suponer que Wesley decía verdad al llamar a los que publicaba «extractos». Aparentemente poco antes de mandar sus manuscritos a la imprenta, los abreviaba y expurgaba, eliminando cosas que le parecían superfluas. Hay referencias en sus escritos al tiempo que pasó limpiando sus archivos y quemando documentos que no le parecía necesario conservar. Todo esto nos lleva a

suponer que, en base a su *Diario privado*, su correspondencia, materiales publicados en otros contextos, su propia memoria y aparentemente a veces un *Diario* más extenso que el que a la postre vio la luz del día, Wesley preparó los extractos que se conocen ahora como sus *Diarios*.

Este género literario guarda estrecha relación con el énfasis de Wesley (así como de los moravos y los pietistas alemanes) en la salvación como una experiencia. En lo doctrinal, Wesley estaba en completo acuerdo con la doctrina de la salvación por gracia, tal como la habían elaborado los grandes reformadores y luego los maestros de la ortodoxia protestante. Lo que le preocupaba era que todos esos tratados, precisamente por su metodología, hacían de la salvación un tema de discusión, más que una experiencia. Estaba muy bien hablar del amor perdonador de Dios, que nos salva por gracia mediante el sacrificio expiatorio del Jesucristo. Lo que estaba mal era hablar de esto como si se tratara de una realidad totalmente externa al creyente, capaz de disección y análisis. Por la misma razón, lo que les molestaba a quienes se oponían a Wesley y al metodismo no era que se predicara sobre la gracia salvadora de Dios, sino que se dijera que había quienes habían experimentado esa gracia con tal fuerza y poder de convicción que toda su vida se transformaba; que pasaban de una profunda tristeza a un gozo indecible; que se mostraban dispuestos a sufrir con gozo cualquier cosa, incluso la muerte, siempre que esto cumpliese la voluntad de Dios. En teoría, ni siquiera esto era nuevo. No había por qué molestarse si alguien lo enseñaba o lo predicaba. El problema surgía cuando empezaban a darse casos concretos de personas que reclamaban tener tal experiencia. Estaba

muy bien decir que Dios hace milagros. Lo que no era tan aceptable era decir que uno había visto o experimentado tales milagros.

Por todo ello, el género narrativo se adaptaba muy bien al mensaje que Wesley y sus seguidores deseaban proclamar; o, lo que en su caso era casi lo mismo, a la experiencia que deseaban compartir.

Esta es una de las razones por las cuales el público se mostró ávido lector de los *Diarios* de Wesley. Sus seguidores los compraban y leían para confirmar y fortalecer sus propias experiencias y convicciones. Sus enemigos los leían buscando contradicciones, errores o falsedades. Puesto que en ellos Wesley frecuentemente expresaba opiniones sobre temas tan dispares como la medicina, la literatura o la electricidad, muchos entre las personas menos cultas los leían como un medio de información. Nosotros hoy podemos leerlos como una ventana al espíritu y los tiempos de ese gran hombre de Dios que fue Juan Wesley.

De todo lo que antecede, el lector o la lectora se habrán percatado de que lo que publicamos en este tomo y el siguiente de las *Obras de Wesley* es una selección de los «extractos» del propio Wesley. El espacio no nos permite publicar aquí los *Diarios* completos. Los párrafos traducidos se han seleccionado siguiendo una serie de criterios. El primero de ellos fue utilizar un ejemplar de algunos de sus *Diarios* en el que el propio Wesley marcó algunos de los pasajes que le parecían más importantes. Todos esos pasajes se incluyen en la presente edición. Le agradecemos al Dr. Roger Loyd, Bibliotecario de la Escuela de Teología de la Universidad de Duke, y al personal de esa

biblioteca, el haber traspasado esas marcas de Wesley al ejemplar que empleamos para la traducción. Además, varias personas (este editor, los traductores y otros) señalamos algunos otros pasajes que nos parecían ser de especial pertinencia e interés para los lectores de habla hispana. Así, por ejemplo, hemos incluido las referencias de Wesley al idioma castellano, al místico español y mexicano Gregorio López, y otras cosas parecidas. En todos y cada uno de los casos, al decidir incluir la nota de Wesley sobre un día cualquiera, hemos traducido e incluido todo lo que dice respecto a ese día.

Esperamos que la lectura de estos *Diarios* de Wesley la ayude, estimado lector o lectora, a entender, no sólo aquellos tiempos del siglo dieciocho en la lejana Inglaterra, sino también algo de lo que Wesley quería decir al referirse a la experiencia de la gracia, la convicción de pecados, y el gozo de la salvación.

Justo L. González
Decatur, GA
Febrero de 1998

Diario 1
Prefacio

Hace cerca de l5 años, siguiendo el consejo dado por el Obispo Taylor en su *Reglas para una vida y muerte en santidad,* comencé a tomar notas más exactas de cómo utilizaba cada hora. Así continué haciéndolo doquiera que estuve hasta mi partida de Inglaterra. La variedad de acontecimientos por los que pasé me llevaron a copiar de tiempo en tiempo los datos más importantes de mi diario, agregando pequeñas reflexiones. De este diario, recopilado de vez en cuando, lo siguiente es un corto extracto. No me propuse relatar todos aquellos acontecimientos que escribí únicamente para mi propio uso, aunque no fueran de valor para otros.

2. Verdaderamente no tuve el deseo de molestar al mundo con mis pequeños asuntos, como resultará evidente a toda mente imparcial, habiéndome sentido por largo tiempo como quien no oye, a pesar de los fuertes e insistentes llamados a dar cuenta de mí mismo. Tampoco lo hubiera hecho ahora a no ser por el testimonio del Capitán Williams publicado «tan pronto salió de Inglaterra», lo que me obligó a hacer lo que para mí es obediencia al mandamiento de Dios: *no sea, pues, vituperado vuestro bien*.[1] Con este propósito finalmente doy por respuesta a quien demande razón de la esperanza que hay en mí,[2] que

---

[1] Ro.14.16.
[2] 1 P.3.15.

en todas estas cosas procuro *tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres*.[3]

3. He incluido en este diario una carta escrita hace muchos años que contiene un sencillo relato del nacimiento de la pequeña Sociedad en Oxford. Parte de este relato fue publicada en 1773, pero sin mi consentimiento o conocimiento. Ahora aparece tal como fue escrita sin ningún agregado, disminución o cambios, siendo mi única preocupación presentar la verdad pura y por ello *declarar el escrito tal como es*.[4]

4. Quizás mis diferentes ocupaciones no me permiten darles otras explicaciones a quienes dicen *toda clase de mal contra mí mintiendo*[5] y así piensan que rinden servicio a Dios.[6]

Suficiente es que ambos, ellos y yo, a corto plazo demos cuenta al que está preparado *para juzgar a los vivos y a los muertos*.[7]

[Sigue aquí una carta de Wesley a un hombre cuyo hijo había muerto, y se decía que su muerte se debía en parte a los rigores del ayuno aconsejado por Wesley. Wesley refuta lo que se dice, y concluye con un poema en honor del difunto por su hermano Samuel Wesley.]

---

[3] He.24.16.
[4] Job 26.3.
[5] Mt.5.11.
[6] Jn.16.2.
[7] 1 P.4.5.

Diario 1
Desde el 14 de octubre de 1735
hasta el primero de febrero de 1738

MARTES, 14 de octubre de 1735. El Sr. Benjamin Ingham, de Queen's College, Oxford, el Sr. Charles Delamotte, hijo de un comerciante de Londres, quien se había ofrecido antes, mi hermano Carlos Wesley y yo, nos embarcamos para Gravesend, para de allí proseguir a Georgia. Nuestra finalidad al dejar nuestro país no era evitar privaciones (habiéndonos dado Dios abundantes bendiciones temporales), ni ganar la escoria de la riqueza y los homenajes. Sencillamente queríamos salvar nuestras almas, vivir plenamente a la gloria de Dios. En la tarde encontramos al *Simmonds* en las afueras de Gravesend e inmediatamente nos embarcamos.

El miércoles y jueves lo pasamos con uno o dos de nuestros amigos, unas veces a bordo y otras en tierra, exhortándonos unos a los otros a *despojarnos de todo peso y a correr con paciencia la carrera que teníamos por delante*.[8]

VIERNES 17. Empecé a aprender alemán para poder conversar con los moravos, de los cuales teníamos 26 a bordo. El domingo, con tiempo agradable y calmado, tuvimos el servicio matutino en la cubierta. Ahora por primera vez improvisé mi predicación y después administré la Santa Cena a seis o siete comulgantes. Un pequeño rebaño. ¡Quiera Dios aumentarlo!

LUNES 20. Creyendo en la negación propia, aun en las instancias más pequeñas, pudiendo ser de ayuda por la

---

[8] He. 12.1.

bendición de Dios, dejamos completamente el uso de la carne y el vino y nos limitamos a verduras, mayormente arroz y pan. En la tarde, David Nitschmann, Obispo de los moravos, y dos más, comenzaron a aprender inglés. ¡Ah, si pudiéramos no solamente ser de una lengua, sino de una mente y corazón!

MARTES 21. Partimos de Gravesend. Cuando estábamos a medio camino de Goodwin Sands, el viento cesó repentinamente. Si la calma hubiera continuado hasta que bajó la marea, el barco posiblemente se habría perdido. Pero una hora después el viento volvió a soplar y nos llevó hasta los Downs.

Ahora comenzamos a normalizarnos. Nuestra rutina diaria era así: De cuatro a cinco de la mañana, cada uno se dedicaba a la oración en privado. De cinco a siete, leíamos la Biblia juntos, cuidadosamente comparándola (tratando de no inclinarnos a nuestra propia comprensión) con los escritos antiguos. A las siete, desayunábamos. A las ocho, teníamos las oraciones en público. De nueve a doce, yo estudiaba alemán y el Sr. Delamotte, griego. Mi hermano escribía sermones y el Sr. Ingham enseñaba a los niños. A las doce nos reuníamos para compartir unos con otros lo que habíamos hecho desde nuestra última reunión y hacer planes antes de la próxima. Alrededor de la una, almorzábamos. Después del almuerzo, hasta las cuatro, les leíamos a quienes estaban a nuestro cargo o les hablábamos rigurosamente, según fuera necesario. A las cuatro, teníamos oraciones vespertinas cuando se explicaba ya sea la Segunda Lección (lo que se hacía siempre en las mañanas) o se catequizaba a los niños y se les instruía en presencia de la congregación. De cinco a seis, volvíamos a la oración en privado. De seis a siete, yo leía en mi cabina a dos o tres de

los pasajeros (de los que había cerca de 80 ingleses a bordo) y cada uno de mis hermanos hacía lo mismo con otros tantos en sus cuartos. A las siete, me unía a los alemanes en su servicio público, mientras el Sr. Ingham leía entre cubiertas a todos como desearan escuchar. A las ocho, nos reuníamos otra vez para exhortarnos e instruirnos unos a otros. Entre nueve y diez, nos acostábamos, pues ni el ruido del mar ni el movimiento del barco podían quitarnos el sueño tranquilo que Dios nos daba.

[Siguen varias páginas sobre las primeras vicisitudes del viaje.]

MIÉRCOLES, 10 de diciembre. Salimos de Cowes y por la tarde pasamos las Needles. Aquí las rocas escabrosas con el embate y la espuma de las olas a sus pies, y el farallón blanco de la isla que se alzaba sobre la playa nos daban una fuerte impresión que Aquel que *midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo*.[9]

Hoy hablé detenidamente sobre la importancia de la religión con alguien con quien había hablado anteriormente una o dos veces. Después ella me dijo con lágrimas en los ojos: «Mi madre murió cuando yo apenas tenía 10 años. Algunas de sus últimas palabras fueron: "Hija, teme a Dios, y aunque me pierdas, nunca te faltará un amigo". Ahora, he encontrado un amigo, cuando más lo necesitaba y cuando menos lo esperaba!»

Desde ese día hasta el 14, estando en la Bahía de Vizcaya, el mar estuvo muy agitado. El Sr. Delamotte y muchos otros estuvieron más enfermos que nunca. El Sr. Ingham un poco. Yo no me enfermé. Al décimocuarto día, día de calma, muchos de los enfermos se sanaron.

DOMINGO 25. Al mediodía, nuestra tercera tormenta empezó. A las cuatro de la tarde se tornó más

---

[9] Is.40.12.

violenta que nunca antes. Verdaderamente, ahora podíamos decir que *el estruendo de las muchas aguas y las recias ondas del mar*[10] rugían horriblemente. Las olas del mar *subían a los cielos, descendían a los abismos*.[11] Los vientos rugían alrededor nuestro y (lo que no había escuchado antes) silbaban tan claramente como una voz humana. El barco no sólo se movía violentamente de un lado a otro, sino que se remecía y sacudía con un movimiento tan desigual y ruidoso que uno apenas y con gran dificultad podía sostenerse. Era imposible pararse sin algún apoyo. Cada diez minutos se sentía un duro golpe en la popa o la borda, que le hacían pensar a uno que las tablas se partían a pedazos. En este momento, un niño, que había sido bautizado previamente, fue traído para ser recibido en la iglesia. Esto me hizo recordar a Jeremías comprando la tierra en momentos en que los caldeos estaban a punto de destruir a Jerusalén, y parecía una promesa del Dios misericordioso dirigida a enseñarnos aquí en la tierra de los vivientes.

Después de las oraciones, pasamos dos o tres horas conversando sobre lo pertinente a la ocasión, confirmándonos en tranquila sumisión a la sabiduría y a la santa y afable voluntad de Dios. Ahora la tormenta no nos parecía tan horrible como antes. ¡Bendito sea el Dios de toda consolación!

A las siete fui a ver a los alemanes. Hacía tiempo que había observado la seriedad de su comportamiento. De su humildad habían dado constante prueba, realizando trabajos serviles para otros pasajeros que ninguno de los ingleses hubiera hecho. Por ese trabajo no deseaban ni recibían pago, diciendo que era bueno para sus corazones orgullosos y que

---

[10] Cf.Sal.93.4.
[11] Cf.Sal.107.26.

su amante Salvador había hecho mucho más por ellos. Cada día les prestaba ocasión de mostrar el espíritu de mansedumbre que ninguna ofensa podía quitar. Si eran empujados, golpeados o derribados, se levantaban y se retiraban sin proferir queja alguna. Había ahora la oportunidad de probar si estaban libres del espíritu de temor, así como de orgullo, cólera y venganza. En medio de la lectura del Salmo con el que iniciaban su servicio, las aguas embravecidas entraron al barco, rasgaron la vela principal, cubrieron al barco, y se metieron entre cubiertas como si el mar nos hubiera tragado.

Un terrible grito se oyó entre los ingleses. Los alemanes, calmadamente, continuaron cantando. Más tarde le pregunté a uno de ellos: «¿No tenías miedo?» Respondió, «Gracias a Dios, no.» Pregunté luego, «¿Y sus mujeres y niños no tenían miedo?» Respondió con toda calma, «No, nuestras mujeres y niños no temen morir.»

De allí me dirigí a sus vecinos los ingleses que lloraban y temblaban. Les hice ver la diferencia en la hora de prueba entre quienes temen a Dios y quienes no le temen. A las doce el viento se calmó. Este fue el día más glorioso que hasta ahora había visto.

JUEVES, 29 de enero de 1736. Cerca de las siete de la noche caímos al borde de un huracán. La lluvia y el viento eran extremadamente violentos. En un momento el cielo se puso tan oscuro que los marineros no podían ver las sogas ni recoger las velas. El barco probablemente hubiera naufragado de no haberse calmado repentinamente el viento, de la misma manera que comenzó. Al final de esta tormenta, en cada mástil vimos lo que los antiguos (como se supone) llamaban Castor y Pollux. Esto era una bola pequeña de

fuego blanco, como una estrella.[12] Los marineros dicen que esto aparece en una tormenta, generalmente sobre la cubierta, o al final de la misma sobre los mástiles o las velas.

DOMINGO, primero de febrero. Nos pusimos al habla con un barco de Carolina. El miércoles 4 pasó sin mayores acontecimientos. Cerca del mediodía los árboles se veían desde el mástil y en la tarde desde la cubierta principal. En la Lección de la Tarde había estas palabras: *«Una puerta grande y eficaz, se abrió»*.[13] ¡Que nadie la cierre!

JUEVES 5. Entre las dos y tres de la tarde, Dios nos trajo todos salvos al Río Savannah. Echamos ancla cerca de la Isla Tybee, donde las arboledas de pino a lo largo de la orilla brindaban una vista agradable, mostrando como si fuera el inicio de la primavera después de un largo invierno.

VIERNES 6. Cerca de las ocho de la mañana pusimos pie en suelo americano. Era una isla pequeña, deshabitada, frente a Tybee. El Sr. Oglethorpe nos guió hacia una parte elevada, donde todos nos arrodillamos para dar gracias a Dios. Luego, él se embarcó para Savannah. Cuando el resto de la gente bajó a tierra, llamamos a nuestro pequeño rebaño a la oración. Varias partes de la Segunda Lección, Marcos 6, estuvieron magníficamente apropiadas para la ocasión, en particular el relato sobre el valor y el sufrimiento de Juan El Bautista, las instrucciones de nuestro Señor a los primeros predicadores del evangelio, su tarea laboriosa en el mar y su salvación con aquellas palabras de consuelo, «¡Soy yo, no temáis!»[14]

---

[12] Castor y Pollux eran en la mitología griega como los patrones de los marineros. Mostraban su presencia con el fenómeno aquí descrito, que ocurre en algunas tempestades, y conocido también como el «fuego de San Elmo».

[13] 1 Co.16.9.

[14] Mr.6.50.

MARTES 24. El Sr. Oglethorpe regresó. Al día siguiente me despedí de la mayoría de los pasajeros, quienes se veían muy serios. Pudiera ser que no toda la semilla cayó en tierra pedregosa.

En la tarde regresé a Savannah. El Sr. Oglethorpe, el Obispo Nitschmann y Andrew Dober nos acompañaron a la casa de la Sra. Musgrove a escoger un lugar para la casita que el Sr. Oglethorpe había prometido construirnos. Por el estado de nuestro barco, nos vimos obligados a pasar la noche allí. Pero donde quiera que estemos resulta lo mismo si es la voluntad de nuestro Padre que está en el cielo.

A nuestro regreso al día siguiente, el Sr. Quincy (quien vivía en la casa donde luego estaríamos nosotros), el Sr. Delamotte y yo nos hospedamos con los alemanes. Tuvimos la oportunidad, día a día, de observar su comportamiento, dado a que estábamos en un cuarto con ellos desde la mañana hasta la noche, excepto por el corto tiempo que salía a caminar. Siempre estaban ocupados, siempre alegres y de buen humor entre ellos. Habían dejado de lado todo rencor y rivalidad, ira y amargura, gritería y maledicencia. Ellos andaban *como es digno de la vocación a que fueron llamados*,[15] y en todo adornando *la doctrina de Dios nuestro Salvador*.[16]

DOMINGO, 7 de marzo. Inicié mi ministerio en Savannah, predicando sobre la Epístola del día, 1 Co. l3. En la Segunda Lección, Lucas 18, estaba la profecía de nuestro Señor sobre el trato que él mismo (y consecuentemente sus seguidores) habrían de encontrar en el mundo, y su grata promesa a quienes desnudos siguen a un Cristo desnudo. *De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o*

---

[15] Ef.4.1.
[16] Tit.2.10.

padre, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.[17]

Sin embargo, no obstante estas declaraciones sencillas de nuestro Señor, no obstante mi propia y repetida experiencia, no obstante la experiencia de todos los seguidores sinceros de Cristo con quienes he hablado, leído u oído, sobre este asunto, todo lo cual muestra claramente que quienes no aman la luz han de odiar a quien continuamente trabaja por dársela, no obstante todo esto, soy testigo contra mí mismo de que cuando vi al número de personas abarrotadas en la iglesia, la atención profunda con que recibían la Palabra y la seriedad que se veía en sus rostros no pude contenerme de dudar el testimonio tanto de la experiencia como de la razón y la Biblia. A duras penas podría creer que la mayoría, la gran mayoría de esta gente tan solícita y seria, podría en lo sucesivo pisotear aquella Palabra y decir toda clase de maldad, falsamente, de quien la habló. Oh, ¿quién puede creer lo que su corazón aborrece? ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros! Permite que amenos tu Cruz! Entonces creeremos. *Si sufrimos, también reinaremos con él*.[18]

SÁBADO, 22 de mayo. Cerca de las cuatro de la tarde llegamos a Doboy Sound. El viento soplaba de frente. Era tan fuerte cuando nos embatía y el mar tan bravo que fuimos llevados hacia la ensenada. El barco a cada momento parecía que estaba a punto de hundirse. Pero fue la voluntad de Dios llevarnos a salvo en media hora al otro lado y a Frederica a la mañana siguiente. A las nueve tuvimos

---

[17] Lc.18.29-30.
[18] 2 Ti.2.12.

nuestras oraciones en público. Estuvieron presentes 19 personas y (pienso) nueve comulgantes.

VIERNES 28. Leí la oración de intercesión al Sr. Germain quien se encontraba a punto de morir. Había perdido el habla y los sentidos. Sus ojos se mantenían fijos, y no tenía ningún movimiento perceptible, excepto cuando movía su pecho al respirar. Mientras estuvimos a su lado, estiró sus brazos, se tocó la cabeza, recuperó la vista, el habla y el conocimiento. Inmediatamente mandó llamar a los mayordomos y arregló los asuntos de su familia. Luego se acostó y murió.

MIÉRCOLES, 23 de junio. Tuve una larga conversación con el Sr.____[19] sobre la naturaleza de la religión. Le pedí entonces la razón por la que no procuraba recomendar la religión a todos con quienes hablaba. Respondió, «Lo hice una vez y por mucho tiempo pensé que había hecho algo bueno. Después me di cuenta que ellos no estaban nada mejor y yo peor. Por tanto, ahora siempre trato de ser inofensivo en mi conversación, no trato de esforzarme a que la gente se haga religiosa, a no ser con quienes expresen el deseo de serlo y que consecuentemente están deseosos de escucharme. Pero hasta ahora (y no hablo por ti o tu hermano) no he encontrado tal persona en América.»

El que tenga oídos para oír, oiga.[20] Tome nota de la tendencia de este maldito principio. Si usted le habla sólo a quienes desean escuchar, ¡vea a cuántos puede corregir de los errores de sus caminos! Si tratando de hacer el bien, haces el mal, ¿entonces que? Así lo hizo San Pablo. Así lo

---

[19] Parece referirse a Oglethorpe, ya que los diarios privados de Wesley señalan que ese día conversó con él de 8:30 a 10:45 a.m.
[20] Mt. 11.15.

hizo el Señor de la Vida. Hasta su palabra tuvo *sabor de muerte*, como también *sabor de vida*.[21] ¿Pero es que acaso no debes esforzarte más? ¡Dios te perdone! Esfuérzate más humildemente, más calmadamente, más cautelosamente. No te esfuerces como lo hiciste antes, ¡pero esfuérzate mientras el aliento de Dios esté en tu nariz!

JUEVES, primero de julio. Los indígenas tuvieron una entrevista hoy y otra el sábado, en la que Chigilly, su jefe,[22] cenó con el Sr. Oglethorpe. Después de la cena, le pregunté al anciano de cabellos grises la razón por la que él pensaba había sido creado. El anciano respondió, «El que está en lo alto sabe para qué nos ha hecho. Nosotros no sabemos nada. Estamos en la oscuridad. Pero los hombres blancos saben mucho, y sin embargo, construyen grandes casas, como si fueran a vivir para siempre. Pero los hombres blancos no pueden vivir eternamente. En poco tiempo, los hombres blancos se volverán polvo, igual que yo.» Le dije, «Si los pieles rojas conocieran el Libro Bueno, sabrían tanto como los hombres blancos. Ni nosotros ni ustedes podemos comprender ese libro a no ser que seamos enseñados por el que está en lo alto. El no nos enseñará hasta que desechemos lo que sabemos que no es bueno.» El anciano respondió, «Eso sí lo creo. El no nos enseñará hasta que nuestros corazones no estén blancos. Nuestros hombres no hagan lo que saben que no es bueno. Matan a sus propios hijos. También nuestras mujeres hacen lo que saben que no es bueno. Matan a sus hijos antes de nacer. Por tanto, el que está en lo alto no nos envía el Libro Bueno.»

---

[21] 2 Co.2.16.

[22] Jefe de los Choctaws, con quien Oglethorpe hizo un tratado de defensa mutua contra los españoles.

Enterándome que la menor de las Srtas. Bovey no estaba bien, las visité esta tarde. Encontré que tenía sólo salpullido, una clase de erupción muy común aquí en el verano. Pronto entablamos una conversación muy seria, después de haberles preguntado si ellas no pensaban que estaban muy jóvenes para preocuparse de asuntos de religión. Y sobre todo que podían aplazar este tema 10 o 12 años más. Una de ellas respondió: «Si fuera razonable esperar 1O años para ser religiosa, lo razonable ahora es no postergarlo un minuto.»

MARTES 20. Cinco de los indígenas Chickasaw (veinte de los cuales habían estado en Savannah varios días) vinieron a vernos con el Sr. Andrews, su intérprete. Todos eran guerreros, y cuatro de ellos jefes. Dos de los jefes eran Paustoobee y Mingo Mattaw. Nuestra conversación fue como sigue:

Pregunta: ¿Creen ustedes que hay Uno en lo alto que está sobre todas las cosas?

Paustoobee respondió: Creemos que hay cuatro cosas muy sagradas en lo alto: las nubes, el sol, el claro cielo y el que vive en el cielo.

P. ¿Crees que hay solamente Uno que vive en el cielo?

Respuesta: Creemos que hay dos con él, tres en total.

P. ¿Crees que él hizo el sol y todas las otras cosas sagradas?

R. No lo podemos decir. ¿Quién lo ha visto?

P. ¿Piensas que él te creó?

R. Pensamos que en el principio él creó a todos los hombres.

P. ¿Cómo los creó en el principio?

R. De la tierra.

P. ¿Crees que él te ama?

R. No lo sé. No puedo verlo.

P. ¿Pero acaso no te ha salvado la vida con frecuencia?

R. Sí lo ha hecho. Muchas balas han pasado por este lado y muchas por este otro; pero él no les permitió que me hicieran daño. Muchas balas han herido a estos jóvenes y aún siguen con vida.

P. Entonces, ¿no puede él ahora salvarte de tus enemigos?

R. Sí, pero no sabemos si lo hará. Tenemos ahora tantos enemigos a nuestro alrededor que no pienso en otra cosa que no sea la muerte. Y si voy a morir, moriré, y moriré como un hombre. Pero si él quiere que yo viva, viviré. Aunque tuviera muchos enemigos, él puede destruirlos a todos.

P. ¿Cómo lo sabes?

R. Por lo que he visto. Antes, cuando nuestros enemigos venían contra nosotros, las sagradas nubes venían en nuestra ayuda. Frecuentemente con lluvia, y algunas veces granizo, los atacaban, aunque fuese en un día muy caluroso. He visto cuando muchos franceses y Choctaws y otras naciones atacaron a uno de nuestros pueblos. La tierra hizo un gran estruendo y en el aire las cosas sagradas se detuvieron detrás de ellos. Tuvieron miedo y se fueron, abandonando sus carnes, sus bebidas y sus rifles. No miento. Todas estas cosas también las vi.

P. ¿Has oído tales ruidos en otras oportunidades?

R. Sí, con frecuencia, antes y después de cada batalla.

P. ¿Qué clase de ruidos eran?

R. Ruidos como de tambores, rifles y gritos.

P. ¿Has escuchado algunos últimamente?

R. Sí, cuatro días después de nuestra última batalla con los franceses.

P. Entonces, ¿no escuchaste nada antes de eso?

R. La noche anterior soñé; escuché de lejos muchos tambores, muchas trompetas y muchos pataleos y gritos. Hasta ese momento, pensé que todos moriríamos. Pero luego pensé que las cosas sagradas iban a venir a ayudarnos. Al día siguiente escuché que allá arriba se dispararon cientos de rifles antes que la batalla empezara. Dije entonces, «Cuando el sol salga, las cosas sagradas nos ayudarán y conquistaremos a nuestros enemigos.» Así lo hicimos .

P. ¿Piensan y hablan ustedes con frecuencia de las cosas sagradas?

R. Siempre pensamos en ellas, dondequiera que estemos hablamos de ellas y con ellas, fuera y dentro de casa; en paz, en guerra, antes y después de pelear. Por cierto, en cualquier lugar y dondequiera que nos reunimos.

P. ¿Dónde crees que nuestras almas van después de la muerte?

R. Creemos que las almas de los pieles rojas caminan de arriba a abajo cerca del lugar donde mueren o donde yacen sus restos. Con frecuencia oímos llantos y ruidos cerca del lugar donde un prisionero fue quemado.

P. ¿Dónde van las almas de los blancos después de la muerte?

R. No podemos decirlo. No hemos visto.

P. Nuestra creencia es que las almas de los malos caminan de arriba a abajo; mas las almas de los buenos van hacia arriba.

R. También lo creo. Pero lo que he dicho es lo que dice mi pueblo.

(El Sr. Andrews: «En el entierro dijeron que sabían lo que usted estaba haciendo, que les estaba hablando a los seres queridos de arriba que recibiesen el alma de la joven.»)[23]

P. Tenemos un libro que nos explica mucho de las cosas sagradas en lo alto. ¿Te gustaría conocerlo?

---

[23] La referencia es a un sepelio sobre el que Wesley había presidido poco antes.

R. Ahora solamente tenemos tiempo para pelear. Si algún día estamos en paz, nos gustaría saber.

P. ¿Esperas algún día saber lo que los blancos conocen?

(El Sr. Andrews: Ellos le dijeron al Sr. Oglethorpe que pensaban que algún día los pieles rojas y los blancos llegarían a ser uno).

P. ¿Qué les enseñaron los franceses?

R. Los reyes negros franceses[24] nunca salen. A usted lo vemos por todos lados. Eso nos gusta. Eso es bueno.

P. ¿Cómo llegó su gente al conocimiento que ahora tienen?

R. Tan pronto estuvo la tierra segura y lista para pararse en ella, el conocimiento vino a nosotros y ha estado con nosotros desde entonces. Pero somos jóvenes. Nuestros ancianos saben más. Pero no todos ellos saben. Hay solamente unos cuantos a quienes el Amado escoge desde su niñez y permanece en ellos y los cuida y los enseña. Ellos saben estas cosas. Nuestros ancianos practican, y por lo tanto saben. Yo no practico; por eso sé poco.

LUNES, 20 de septiembre. Terminamos los *Cánones Apostólicos* (de los que también debo confesar que una vez pensé más alto de lo que debí haber hecho). Son así llamados, como lo señala el Obispo Beveridge, «porque estaban en parte vinculados, y en parte en acuerdo, con las tradiciones transmitidas de los apóstoles.» Pero él mismo advierte más adelante (en la página 150 de su *Codex canonum ecclesiae primitivae* ¿por qué no lo señaló en la primera página del libro?): «Ellos contienen la disciplina usada en la iglesia de la época cuando fueron recopilados y no cuando se reunió el Concilio de Nicea; ya que en esa época muchas partes del Canon no tenían uso y estaban obsoletas.»

LUNES 4 de abril de 1737. Comencé a estudiar español para poder conversar con mis parroquianos judíos, algunos de los cuales están más cerca de tener la mente de Cristo que muchos de los que le llaman Señor.[25]

---

24 Así llaman a los sacerdotes. [Nota de J.W.]

25 Al parecer, Wesley había empezado a estudiar el español algo antes, aparentemente para poder conversar con los nativos de Georgia, algunos de los cuales habían aprendido esa lengua. En su *Diario privado* para el 28 de

SÁBADO 23. Al mencionarle al Sr. Thompson, ministro de la parroquia de San Bartolomé, cerca de Ponpon, de sentirme preocupado por hacer un viaje de regreso por agua, me ofreció uno de sus caballos si iba por tierra, lo que acepté con mucho gusto. El me acompañó por 20 millas y envió a su sirviente para que me guiara las otras 20 de distancia a su casa. Allí encontré una joven negra que lucía más sensata que el resto y le pregunté cuánto tiempo había estado en Carolina. Me dijo que había estado dos o tres años; pero que había nacido en Barbados y que había vivido allí con la familia de un ministro desde pequeña. Le pregunté si iba allá a la iglesia. Me respondió, «Sí, todos los domingos, llevando a los hijos de mi ama.» Le pregunté qué había aprendido en la iglesia. Me dijo, «Nada: he oído mucho, pero no he comprendido.» ¿Pero que te enseñó tu amo en casa? «Nada.» ¿Tampoco tu ama? «Tampoco.»

Le pregunté, «¿No sabes que tus manos y pies y esto que llamas cuerpo se convertirán en polvo en poco tiempo?» Ella respondió, «Sí.» «Mas hay algo en ti que no se volverá polvo, esto es lo que se llama alma. En verdad no puedes ver tu alma, a pesar de estar dentro de ti, como no puedes ver el viento aunque te rodea. Pero si no tuvieras un alma dentro de ti, no podrías ver, oír o sentir, más de lo que puede hacerlo esta mesa. ¿Qué piensas que pasará con tu alma cuando tu cuerpo se haga polvo?» «No lo sé.» «¿Y qué pasaría si tu alma sale de tu cuerpo y va más allá del cielo y vive para siempre? Dios vive allá. ¿Sabes quién es Dios?» «No.» «No lo puedes ver, así como no puedes ver tu propia alma. El es quien nos ha creado, a ti y a mí. A todo hombre y mujer, a toda bestia y pájaros y a todo el mundo. El es el

---

junio de 1736, anota que a las diez de la mañana «Comencé el español». [N. del Ed.]

que hace al sol brillar, a la lluvia caer y al maíz y frutos crecer de la tierra. El hace todas estas cosas por nosotros. Pero, ¿por qué piensas que él nos creó, para qué nos hizo a ti y a mí?» «No sé.» «El te creó para que vivas con él más allá del cielo. Así lo harás, en poco tiempo. Si eres buena, cuando tu cuerpo muera tu alma ascenderá y no pedirá nada y tendrás todo lo que puedas desear. Nadie te pegará o hará daño allá. Nunca estarás enferma. Nunca más estarás triste, ni tendrás temor de nada. No puedo decirte, no sé, cuán feliz serás allá, porque estarás con Dios.»

La atención con la cual esta pobre criatura escuchó las enseñanzas es indescriptible. Al siguiente día, recordaba todo, fácilmente respondió cada pregunta y dijo que le iba a pedir a quien la creó que le enseñara a ser buena.

MIÉRCOLES 27. Llegué a la hacienda del Sr. Bellinger en Chulifinny,[26] donde tuve que permanecer por la lluvia hasta el viernes. Aquí conocí a un mestizo indígena (de madre indígena y padre español) y varios negros que estaban muy deseosos de aprender. Uno de ellos dijo, «Cuando estaba en Ashley Ferry iba a la iglesia todos los domingos. Pero aquí estamos enterrados en el bosque. Aun teniendo una iglesia a cinco o seis millas, estoy tan cojo que no puedo caminar; pero me arrastraría hasta allá.»

El Sr. Bellinger envió a un joven negro para que fuera conmigo a Purrysburg, o mejor dicho, a lo poco que quedaba de éste. ¡Oh, cómo ha extendido Dios sobre este lugar *el cordel de destrucción y niveles de asoleamiento*.[27] Pobre de aquellos cuyas vidas aquí fueron vilmente desperdiciadas, a través de la opresión, a través de diversas plagas y

---

[26] Hoy Tillifinny.
[27] Is.34.11.

problemas. *La tierra descubrirá la sangre derramada sobre ella y no encubrirá ya más a sus muertos*.[28]

También encontré que este joven estaba muy deseoso y era muy capaz de aprender. Quizás una de las formas más fáciles y cortas de enseñar el cristianismo a los negros americanos sería primero averiguar y encontrar a los hacendados más serios y preguntarles quiénes de sus esclavos están más inclinados al cristianismo y entienden inglés. Después ir a ellos de hacienda en hacienda y permanecer en ellas el tiempo necesario. He estado con tres o cuatro caballeros en Carolina que estarían muy felices de prestar tal ayuda, pudiendo proseguir su trabajo sin más obstáculos que el de asistir en cualquier lugar a la predicación del evangelio.

SÁBADO 9 de julio. Me reuní con un francés de Nueva Orleans, a orillas del río Misisipí. El había vivido varios meses entre los Chickasaws y nos dio un completo y singular informe de muchas cosas que se contaban. Por esto, no podíamos sino hacer notar lo que es la religión natural, propiamente así llamada, o la religión que nace de la razón natural, sin la ayuda de la revelación, aun en quienes tienen el conocimiento de muchas verdades y que conversan con sus seres queridos día y noche. Pero sencillamente también se ve por los frutos que todos los dioses de los pueblos son ídolos.[29]

La esencia de su relato fue lo siguiente:

«Hace algunos años los Chickasaws y los franceses eran amigos. Los franceses estaban entonces mezclados con los Natchez, a quienes usaban como esclavos, hasta que los Natchez hicieron un levantamiento general y tomaron a muchos franceses prisioneros. Pero pronto un ejército francés los atacó, mató a muchos y se llevó al resto. Entre quienes murieron hubo algunos Chickasaws, cuya muerte los Chickasaws resintieron. Poco

[28] Is.26.21.
[29] Sal.96.5.

después cuando un barco francés pasaba por su territorio, les dispararon y mataron a todos los hombres menos a dos. Los franceses decidieron vengarse y se dio órdenes para que muchos indígenas y varios grupos de hombres blancos se reuniesen el 26 de marzo de 1736, cerca de uno de los pueblos de los Chickasaw. El primer grupo consistente de 50 hombres se adelantó algunos días antes de la fecha. Permanecieron allí hasta el 24, pero nadie se les unió. El 25 fueron atacados por 200 Chickasaws. Los franceses intentaron abrirse paso entre ellos. Cinco o seis y hasta veinte lo hicieron; el resto fue tomado prisionero. Los prisioneros fueron enviados en grupos de dos o tres cada pueblo para ser quemados. Sólo el comandante en jefe y uno o dos más fueron ejecutados en el lugar del encuentro.»

«Yo» (dijo él) «y otro más fuimos salvados por el guerrero que nos capturó. El método de quemar al resto fue colocando cañas encendidas en los brazos y las piernas y en varias partes de sus cuerpos por algún tiempo y después retirándolos por un rato. Así mismo, les introducían maderas encendidas por todo el cuerpo. En esta condición los mantenían desde la mañana hasta el anochecer. Con mucha frecuencia los golpeaban antes de quemarlos. Vi al sacerdote que estaba con nosotros llevado a ser quemado y de cabeza a pie estaba tan negro como su abrigo por los golpes que le habían dado.»

Le pregunté, «¿Cuál era la manera de vivir de los indígenas?» El dijo, «No hacen otra cosa que comer, beber y fumar desde la mañana hasta la noche y en cierta manera de la noche a la mañana. Ya que cuando se despiertan a cualquier hora de la noche, se levantan y después de comer y beber, tanto como pueden, vuelven a dormir.» ¡Esto sí es *la naturaleza de la religión* verdaderamente *descrita*![30]

SÁBADO 3 de diciembre. Llegamos a Purrysburg temprano en la mañana, tratando de conseguir un guía para Port Royal. Al no encontrarlo, salimos sin ninguno, una hora antes del amanecer. Después de caminar dos o tres horas nos encontramos con un anciano, quien nos condujo hacia un pequeño camino, cerca del cual había una hilera de árboles marcados (tenían cortes en la corteza). El dijo que al seguirlos podríamos llegar fácilmente a Port Royal en cinco o seis horas.

Éramos cuatro en total. Uno ellos intentaba ir a Inglaterra conmigo. Los otros dos se establecerían en Carolina. Alrededor de las once llegamos a un pantano, en

---

[30] Wesley está atacando la obra de William Wollaston, *La naturaleza de la religión descrita*, cuyo autor proponía una religión natural, producto de la sola razón sin necesidad de revelación.

donde deambulamos hasta cerca de las dos de la tarde. Luego encontramos otra hilera de árboles marcados y la seguimos hasta que se dividió en dos. Seguimos por una de estas hileras que nos condujo a unos matorrales imposibles de pasar, con una extensión de una milla. Pasamos nuevamente otros matorrales y seguimos la otra hilera de árboles marcados hasta su final. Se acercaba la puesta del sol. Nos sentamos fatigados y exhaustos sin haber tenido alimento todo el día, excepto por un pan de jengibre que me había echado al bolsillo. La tercera parte del pan ya lo habíamos dividido al mediodía. Ahora usamos otra tercera parte. El resto lo guardamos para la mañana. Pero habíamos pasado todo el día sin agua. Clavamos un palo en la tierra y vimos que la punta se humedeció. Dos de nuestros compañeros comenzaron a cavar un hueco con sus manos. Al llegar a los tres pies de profundidad, encontramos agua. Dimos gracias a Dios, bebimos y nos sentimos renovados. La noche estaba fría, pero nadie se quejó, sino que después de habernos encomendado a Dios nos acostamos uno junto al otro y (por lo menos yo) dormimos hasta cerca de las seis de la mañana.

DOMINGO 4. Renovando Dios nuestras fuerzas, nos levantamos sin desmayo ni fatiga y resueltos a intentar encontrar una vez más un camino a Port Royal. Nos dirigimos hacia el este, sin encontrar ni camino ni árboles marcados, mientras que los bosques se hacían más espesos. Pensamos que lo mejor sería regresar, si es que podíamos hacerlo, por el mismo camino que habíamos venido. El día anterior, mientras caminábamos por la parte más espesa del bosque, yo había quebrado muchos arbolitos, sin saber por qué. Estos arbolitos fueron de gran ayuda en varios lugares donde no se veía camino. Entre la una y dos de la tarde,

Dios nos llevó a salvo a la casa de Benjamin Arieu, el anciano que habíamos dejado el día anterior.

En la noche leí oraciones en francés a una familia numerosa, a una milla de la casa de Arieu. Uno de ellos se comprometió a guiarnos a Port Royal. Partimos en la mañana. Cerca de la puesta del sol le preguntamos a nuestro guía si sabía dónde estaba. Respondió con franqueza, «No.» Sin embargo, continuamos con esfuerzo hasta cerca de las siete de la noche cuando llegamos a una hacienda. A la siguiente noche (después de muchas dificultades y demoras) llegamos a la isla de Port Royal.

JUEVES 22. Partí de América (aunque si Dios quiere no será para siempre), embarcado en el *Samuel*, cuyo comandante era el Capitán Percy. Viajaban también un joven caballero que había estado unos meses en Carolina, uno de mis parroquianos de Savannah, y un francés de Purrysburg que se había escapado al último momento. El sábado 24 navegamos por las costas de Charleston y al mediodía perdimos de vista la tierra.

Al día siguiente el viento estaba despejado, pero fuerte, como lo estuvo el domingo 25, cuando el mar me afectó más que en las 16 semanas de nuestra travesía a América. Me vi obligado a acostarme la mayor parte del día, sintiéndome bien solamente en esa posición.

MIÉRCOLES 28. Al ver que los temores sin fundamento de no sé qué peligro desconocido (el viento estaba calmado y el mar tranquilo) que me habían afectado por varios días iban en aumento, clamé fervientemente por ayuda. De inmediato, Dios le devolvió la paz a mi alma.

Sobre este punto debo advertir: 1) Que no debo olvidar ni uno de esos instantes, hasta obtener otra clase de espíritu, un espíritu que glorifique a Dios igualmente en la

vida que en la muerte. 2) Que quien sea que tenga angustia en cualquier situación (exceptuando únicamente el dolor corporal) lleva en sí la prueba de que todavía es un incrédulo. ¿Le tiene el miedo a la muerte? Entonces no cree que *el morir es ganancia*.[31] ¿Teme en cualquiera de las instancias de la vida? Entonces no tiene una firme convicción que *todas las cosas le ayudan a bien*.[32] Y si trata el asunto más de cerca, siempre encontrará, junta a la falta de fe, que cada inquietud se debe evidentemente a otra falta de carácter cristiano.

LUNES 2 de enero de 1738. Me sentía triste y apesadumbrado (aunque no podría dar una razón particular por este sentir) y completamente renuente a hablar de cerca con cualquiera de mi pequeño rebaño (cerca de 20 personas). Dudé si mi negligencia hacia ellos no era la misma razón de mi abatimiento. En la noche comencé a enseñar al empleado de cabina, después de lo cual me sentí más aliviado.

En los días siguientes, varias veces me propuse hablarles a los marineros, pero no pude hacerlo. Quiero decir, me sentía imposibilitado de hablar. No podía encontrar una ocasión para hacerlo y resultaba absurdo hablar sin tener motivo. ¿No es esto lo que comúnmente quiere decir «No podía hablar»? ¿Es ésta una causa suficiente de silencio, o no? ¿Es ésta una prohibición del buen Espíritu? ¿O una tentación de la naturaleza o del maligno?

DOMINGO 8, De lo profundo de mi corazón escribí las palabras siguientes:

---

[31] Fil.1.21.
[32] Ro.8.28.

Por las pruebas más infalibles y sentimientos profundos, soy reo:

1. De incredulidad, no tener tal fe en Cristo como para prevenir que mi corazón se turbe; lo que no sería si creyera en Dios y por lo tanto creyera también en él (Cristo).

2. De orgullo, a través de toda mi vida, por cuanto pensé que tenía lo que ahora veo que no tengo.

3. Del más burdo olvido, por cuanto como clamo a Dios cada momento en una tormenta, y en la calma no lo hago.

4. De liviandad y exuberancia de espíritu, que regresan cuando pasa la presión y se manifiestan mi hablar palabras que no tienden a edificar, y especialmente en la forma que hablo de mis enemigos.

Señor, sálvame, que perezco.[33] Sálvame,

1. Por medio de la fe que trae paz en la vida y en la muerte.

2. Por medio de la humildad que puede llenar mi corazón desde esta hora y para siempre de un sentido penetrante e ininterrumpido de que *nihil est quod hactenus feci*.[34] habiendo construido evidentemente sin fundamento.

3. Por medio del recuerdo que puede clamar a ti cada momento, especialmente cuando todo está en calma: «Dame fe o muero; dame un espíritu humilde, de lo contrario *mihi non sit suave vivere*.[35]

4. Por entereza, seriedad, honestidad, sobriedad de espíritu, evitando como al fuego cada palabra que no tienda a edificar, y nunca hablar de mis oponentes, o de quienes pecan contra Dios, sin tener mis propios pecados ordenados delante de mí.

Esta mañana, después de explicar las palabras de San Pablo, *hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional*,[36] exhorté a mis compañeros de viaje con toda mi fuerza a obedecer siguiendo las indicaciones del apóstol. Pero al dejarlos solos más tarde, la seriedad que demostraron en un principio desapareció.

VIERNES 13. Tuvimos una fuerte tormenta que nos obligó a permanecer encerrados. El mar irrumpía sobre el barco continuamente. Al principio tuve miedo, pero clamé a Dios y fui fortalecido. Antes de las diez me acosté, y

---

[33] Mt.8.25.
[34] Kempis, «nada es lo que hasta aquí he hecho».
[35] Terencio: «que la vida me sea dura».
[36] Ro.12.1.

bendije a Dios, sin temor. Al filo de la medianoche fuimos despertados por un ruido confuso del mar, del viento y voces de hombres. Nada semejante había oído antes. El sonido del mar irrumpiendo sobre y contra los lados del barco sólo podía compararlo a un gran cañón o trueno americano. El rebote, arranque y el movimiento trémulo del barco se parecía mucho a lo que se dice de los terremotos. Al instante el capitán subió a cubierta, pero sus hombres no podían oír lo que decía. Lo que soplaba era un verdadero huracán que comenzó al sudoeste, luego se dirigió al oeste, noroeste, norte y en un cuarto de hora dio la vuelta nuevamente al este y de allí al sudoeste. A la misma vez el correr del mar (como ellos lo llamaban) se levantaba como montañas en diferentes puntos a la vez. El barco no obedecía al timón y tampoco podía el piloto, por la violenta lluvia, leer el compás. Así que el piloto se vio obligado a dejar que el barco se moviera con el viento y en media hora la violencia de la tormenta terminó.

Al día siguiente, alrededor del mediodía, cesó la tormenta. Primeramente había decidido, con ayuda de Dios, no solamente predicar a todos, sino también aplicar la Palabra de Dios a cada alma en el barco. Aunque una sola o ninguna de ellas escuchara, se que *mi trabajo en el Señor no es en vano*.[37]

Tan pronto ejecuté esta decisión mi espíritu revivió. Desde ese día no tuve más los temores y tristezas que antes me abatían continuamente. Sé que hay quienes piensan que estar «in orco»,[38] como ellos lo llaman, es un preparativo indispensable para llegar a ser un cristiano. Dirían que

---

[37] 1 Co.15.58.

[38] Bajo depresión espiritual. Frase que Wesley aparentemente tomó de los místicos.

hubiera sido mejor continuar en ese estado y que este descanso no esperado fue una maldición y no una bendición. ¡No! ¿Quién eres tú, oh hombre, que favoreces una hipótesis despreciable y así blasfemas el buen don de Dios? ¿No ha dicho él mismo: *A todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, le da también facultad para que coma de ellas, tome su parte y goce de su trabajo. Esto es don de Dios.»*?[39] *Si, Dios puso su propio sello a los débiles esfuerzos del humano, y le llenará de alegría el corazón*.[40]

MARTES 24. Nos comunicamos con dos barcos que iban de salida, quienes nos dieron las buenas noticias que nos faltaban 160 leguas para llegar a Land's End. Mi mente estaba ahora llena de pensamientos, parte de lo cual escribí como sigue:

Fui a América a convertir a los indígenas. Pero, ay, ¿quién me convertirá a mí? ¿Quién, quién me librará de este corazón perverso e incrédulo? Tengo una religión de verano. Puedo hablar bien, y hasta creer, mientras no hay peligro cerca; mas que la muerte me mire a la cara, entonces mi espíritu se perturba. Tampoco puedo decir, *«porque para mi el vivir es Cristo, y el morir es ganancia»*.[41]

Tengo el pecado de temer, que al hilar
Mi último hilo, moriré en la orilla.[42]

En verdad pienso, que si el evangelio es verdad, soy salvo. Porque no solamente he dado y doy todos mis bienes para dar de comer a los pobres y doy mi cuerpo para ser quemado, ahogado o a cualquier cosa que Dios me tenga destinado. Busco la caridad (aunque no como debo, sino como puedo) con la esperanza de alcanzarla. Ahora creo que el evangelio es verdad. Mostraré *mi fe por mis obras*,[43] aventurándolo todo por ella. Lo haría una y mil veces, si la oportunidad me lo permitiera. Quien me vea, verá que *quisiera* ser cristiano. Porque mis caminos no son como los de los demás. Por tanto, he sido, soy y estoy contento de ser, motivo de *burla a todos los pueblos*.[44] *Sin embargo, en una tormenta pienso «¿qué si el evangelio no es verdad?» Entonces, serías el más tonto de los tontos. ¿Por qué has dado tus bienes, tu tranquilidad, tus amigos, tu reputación, tu*

---

39 Ec.5.19.
40 Ec.5.20.
41 Fil.1.25.
42 De un poema de John Donne.
43 Stg.2.18.
44 Dt.28.37.

país, tu vida? ¿Por qué estás recorriendo todo el mundo? ¿Un sueño, una fábula artificiosa?[45] *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*[46] ¿Que haré? ¿A dónde escaparé? ¿Debo combatir este temor pensando en él, o no recordándolo? Un sabio me aconsejó hace tiempo, «Sé firme y prosigue tu camino.» Quizás esto sea lo mejor, mirar a este temor como si fuera mi cruz; cuando llegue, permitir que me haga humilde y que despierte todos mis buenos propósitos, especialmente, el de orar sin cesar; y otras veces no pensar en este temor, sino proseguir calladamente creciendo en la obra del Señor.[47]

Proseguimos con poco viento y calmado hasta el jueves en la tarde, cuando al sondear encontramos una arena blanquisca a unas 75 brazas. No habiendo hecho comprobaciones por varios días, el Capitán comenzó a preocuparse, temiendo que de improviso entráramos al Canal de Bristol o chocar de noche con las rocas de Scilly.

DOMINGO 29. Vimos tierra inglesa una vez más, que al mediodía parecía ser Lizard Point. Pasamos por allí con un viento moderado y al mediodía del siguiente día tocamos la parte occidental de la Isla de Wight.

Aquí el viento cambió en contra nuestra y en la noche sopló muy fresco, así es que esperábamos (la marea estaba igualmente en nuestra contra) que nos haría retroceder unas cuantas leguas durante la noche. Pero en la mañana, para nuestra gran sorpresa, vimos Beachy Head delante de nosotros y nos dimos cuenta que habíamos avanzado cerca de 40 millas.

Hubo calma al atardecer, mas en la noche un viento fuerte del norte nos llevó a salvo a los Downs. El día anterior el Sr. Whitefield había zarpado, pues ni él ni yo sabíamos nada uno del otro. A las cuatro de la mañana tomamos el bote y en media hora llegamos a Deal. Era

---

[45] 2 P.1.16.
[46] Ro.7.24.
[47] 1 Co.11.58.

miércoles, febrero l, día en que se celebra en Georgia el festival del aniversario de la llegada del Sr. Oglethorpe.

Hace ya dos años y casi cuatro meses desde que dejé mi país natal para ir a enseñar el cristianismo a los indígenas en Georgia. ¿Pero qué he aprendido mientras tanto? Porque (lo que yo menos sospeché) fui a América a convertir a otros, cuando nunca me había convertido a Dios. *No estoy loco sino que hablo palabras de verdad y de cordura*.[48] Si por casualidad algunos de quienes aún sueñan despiertan, pueden ver que ellos también son como yo.

¿Han leído ellos filosofía? También yo. ¿En idiomas antiguos o modernos? También los he leído. ¿Conocen la ciencia de la teología? También la he estudiado por muchos años. ¿Pueden hablar con fluidez sobre asuntos espirituales? Yo también puedo hacer lo mismo. ¿Han sido generosos con sus dádivas? Yo reparto *todos mis bienes para dar de comer a los pobres*.[49] *¿Dan ellos de su trabajo tanto como de sus bienes? Yo he trabajado mucho más que todos ellos. ¿Están dispuestos a sufrir por sus hermanos? Yo he abandonado mis amigos, reputación, tranquilidad y país. He puesto mi vida en mi mano, recorriendo tierras extrañas, he entregado mi cuerpo para ser devorado y quemado por el intenso calor y consumido por el trabajo y la fatiga y por todo aquello que Dios tendría a bien poner sobre mí. ¿Pero es que todo esto me hace (sea más o menos, no importa) aceptable delante de Dios? ¿Acaso todo lo que hice o pueda saber, decir, dar, hacer o sufrir me justifica ante su presencia? Más aún, ¿me justifica el uso constante de todos estos medios de gracia? (que, sin*

---

[48] Hch.26.25.
[49] 1 Co.13.3.

embargo, es digno, justo, y nuestro obligado servicio).[50] ¿O me justifica el que *de nada tengo mala conciencia*,[51] o que en lo externo y en lo moral soy intachable? O (para acercarme aún más) ¿me justifica tener una convicción racional de todas las verdades del cristianismo? ¿Me permite todo esto reclamar lo santo, lo celestial, el carácter divino de un cristiano? De ninguna manera. Si los oráculos de Dios son verdaderos y si nos gobernamos por *la ley y el testimonio*,[52] *todas estas cosas, ennoblecidas por la fe en Cristo, son santas, justas y buenas; pero sin ella son basura y escoria que esperan solamente ser echadas en el fuego que no puede ser apagado*.[53]

Esto entonces lo he aprendido en los confines de la tierra, que estamos *destituidos de la gloria de Dios*,[54] que todo mi corazón se ha corrompido e hizo abominable maldad, y consecuentemente mi vida entera (no puede el árbol malo dar fruto bueno)[55] está apartada de la vida de Dios. Soy un hijo de la ira y heredero del infierno; mis propios esfuerzos, sufrimientos y justicia están lejos de poder reconciliarme con un Dios ofendido. También lejos de poder expiar estos pecados que si los enumero se multiplican más que los cabellos de mi cabeza. Hasta los más aceptables de ellos necesitan ser expiados, o no pueden resistir su justo juicio. Pero teniendo sentencia de muerte en mi corazón y no teniendo nada en mí o de mí que me justifique, no tengo esperanza, sino la de ser libremente

---

[50] *Libro de Oración Común*.
[51] 1 Co.4.4.
[52] Is.8.20.
[53] Mc.9.43.
[54] Ro. 3.23
[55] Mt.7.18.

justificado mediante la redención que es en Cristo Jesús. No tengo esperanza sino de buscar y encontrar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.[56]

Si se ha dice que tengo fe (porque tal cosa se ha oído de labios de miserables consoladores), yo contesto: También la tienen los demonios. Tienen cierta clase de fe; pero aún son extraños al pacto de la promesa. Así los apóstoles tuvieron fe en Caná de Galilea, cuando Jesús primeramente manifestó su gloria. Ellos entonces en cierta manera creyeron en él, pero sin tener *la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe*.[57] La fe que necesito «es esperanza y confianza segura en Dios, que a través de los méritos de Cristo mis pecados son perdonados y yo reconciliado en la gracia de Dios.» Deseo la fe que San Pablo recomienda a todo el mundo, especialmente en su Epístola a los Romanos. Aquella fe que capacita a todos los que la poseen a clamar, *«ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí, y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.»*[58] Deseo esa fe que nadie puede tener sin saber que la posee (aunque muchos se imaginan tenerla, pero no la tienen). Quien posee esa fe, ha sido justificado del pecado, para que el cuerpo del pecado sea destruido, y está libre del temor, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo....y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.[59] Y está libre de dudas porque *el amor de Dios ha*

[56] Fil.3.9.
[57] 1 Jn.5.4.
[58] Gá.2.20.
[59] Ro.5.1-2.

sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado,[60] cuyo *Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios*.[61]

60 Ro.5.5.
61 Ro.8.16.

Diario 2
Prefacio

1. El que las gentes *me vituperen y digan toda clase de mal contra mí*,[1] el que yo llegue a ser para muchos como un monstruo y que los entusiastas de casi todas las denominaciones clamen, *«quiten de la tierra a tal hombre»*,[2] todo esto no me produce, en relación a mí mismo, ningún grado de preocupación. Sé que las Escrituras deben cumplirse. *Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?*[3] Pero en verdad me preocupo por quienes por este artificio del diablo están impedidos de escuchar la *palabra que puede salvar sus almas*.[4]

2. Por el bien de éstos, y por todos los que ciertamente desean escuchar la verdad de aquellos acontecimientos que han sido relatados en diversas formas, me he visto obligado a publicar este relato posterior. No dudo que el mismo muestre a muchos de juicio cándido e imparcial, que *yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy.*[5]

3. Fácilmente me perdonarán quienes aman o buscan al Señor Jesucristo con sinceridad inalterable,[6] por hablar ampliamente de la Iglesia Morava, una ciudad que debería ser *asentada sobre un monte*.[7] Su luz ha sido también por

---

[1] Mt.5.11.
[2] Hch.22.22.
[3] Mt.10.25.
[4] Stg.1.21.
[5] Hch.23.1.
[6] Ef.6.24.
[7] Mt.5.14.

mucho tiempo *escondida debajo de un almud*.[8] Ya es tiempo que pueda irrumpir y *alumbre su luz delante de los hombres*, y otros también *glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*.[9]

4. Si alguien preguntara, ¿crees que esta iglesia es perfecta que no tiene *mancha ni arruga* ni cosa semejante?[10] Simplemente contesto, «No: espero que lo será así, cuando *la paciencia tenga su obra completa*.»[11] Pero tampoco pienso que es correcto entretener al mundo con las manchas de los hijos de Dios.

5. Además se ha preguntado si yo me imagino que a Dios se le encuentra solamente entre ellos. Respondo: «De ninguna manera. Sé que hay un Dios en Inglaterra y no necesitamos de ir a buscarlo en tierras extrañas.» Sé que en nuestra tierra Dios está muy cerca a *todos los que le invocan de veras*;[12] y por lo tanto pienso en aquellos necios (por no decir otra cosa) que corren a averiguar de él en Holanda o Alemania.

6. Cuando fui, el caso era completamente distinto. Dios no había entonces *desnudado su santo brazo*[13] delante de nosotros como lo ha hecho ahora, en forma que, me atrevo a decirlo, no ha sido conocida ni en Holanda ni en Alemania. En aquel entonces, quien ordena todas las cosas sabiamente, conforme al propósito del que hace todas las cosas *según el designio de su voluntad*,[14] se complació en

---

[8] Mt.5.15.
[9] Mt.5.16.
[10] Ef.5.27.
[11] Stg.1.4.
[12] Sal.145.18.
[13] Is.52.10.
[14] Ef.1.11.

usarme para abrir la comunicación entre los ingleses y la Iglesia Morava.

7. La razón particular que me obligó a narrar mucho de la conversación que tuve con aquellos santos fue ésta. En septiembre de 1738, cuando regresé de Alemania, exhorté a todos los que pude a buscar la gran salvación que es posible a través de la fe en la sangre de Cristo, esperándola en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor,[15] y en que *según tengamos oportunidad hagamos bien a todos*.[16] Y así muchos encontraron el comienzo de aquella salvación, siendo justificados gratuitamente por su gracia,[17] *teniendo paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*,[18] porque *el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones*.[19]

8. Alrededor de septiembre de 1739, mientras mi hermano y yo estábamos ausentes, ciertos hombres se infiltraron entre ellos sin que se dieran cuenta, en gran manera, *inquietando con palabras y perturbando sus almas*,[20] diciéndoles que estaban en un error, que se habían engañado ellos mismos y que en fin no tenían una verdadera fe. «Porque (decían ellos) nadie tiene justificación por la fe que tenga alguna vez duda o temor, (que ustedes saben que los tienen) o quien no posea un corazón limpio, que ustedes saben que no lo tienen; o que nunca lo tendrán hasta que dejen de usar los medios de la gracia (así llamados). Hasta que no dejen de correr a la iglesia y al sacramento, la

---

[15] Lc.1.6.
[16] Ga.6.10.
[17] Ro.3.24.
[18] Ro.5.1-2.
[19] Ro.5.5.
[20] Hch.15.24.

oración, el canto, y la lectura ya sea de la Biblia o de cualquier otro libro. No pueden usar estas gracias sin confiar en ellas. Por lo tanto, hasta que no las abandonen, no pueden tener la fe verdadera; nunca podrán entonces confiar en la sangre de Cristo.»

9. Y esta doctrina, desde el principio hasta hoy, ha sido enseñada como la doctrina de la Iglesia Morava. Pienso, por lo tanto, que es mi obligación absolver a los moravos de esa difamación. Y más aún porque quizás soy la única persona ahora en Inglaterra que puedo y debo hacerlo. Creo que es la providencia peculiar de Dios que lo haga; y esto, ahora que hace dos años que los miembros más prominentes de esa iglesia declararon tanto su experiencia como su juicio sobre estos puntos ahora en discusión.

10. La suma de todo lo que se dice que ellos sostienen es esto:

(1) «Que el humano no puede poseer ningún grado de justificación por la fe hasta que esté completamente libre de duda y temor y hasta que tenga (en el sentido más amplio) un nuevo y limpio corazón.»

(2) «Que no debe usar las ordenanzas de Dios, la Santa Cena en particular, hasta que posea la fe que excluye toda duda y temor e implica un nuevo y limpio corazón.»

En oposición abierta a esto, afirmo:

(1) «Que el humano puede tener cierto grado de justificación por la fe antes de que esté completamente libre de toda duda y temor y antes de poseer (en el sentido más amplio) un nuevo y limpio corazón.»

(2) «Que puede usar las ordenanzas de Dios, la Santa Cena en particular, antes de poseer tal fe que excluye toda duda y temor e implica un nuevo y limpio corazón.»

Afirmo aún más: «Esto lo aprendí no sólo de los ingleses, sino también.) de la Iglesia Morava.»

Y por este medio, yo abierta y formalmente hago un llamado a esa iglesia (y al Conde Zinzendorf en particular, en quien confío no se avergüence ni tema confesar ninguna

parte del evangelio de Cristo) de rectificar y dar sus explicaciones si les he entendido mal o tergiversado.

Londres, 29 de septiembre de 1740

Juan Wesley

Diario 2
Desde el primero de febrero hasta el 16 de septiembre de 1738

VIERNES 3 de febrero. Llegué a la casa del Sr. Delamotte en Blendon, donde esperaba una fría recepción. Mas Dios me había preparado el camino. Tan pronto terminé de mencionar mi nombre fui recibido en tal forma que me vi obligado a decir, *«Ciertamente Jehová está en este lugar y yo no lo sabía»*.[21] *Bendito seas tú de Jehová. Haz hecho mejor tu postrera bondad que la primera*.[22]

En la tarde, regresé una vez más a Londres, de donde había estado ausente por dos años y cerca de cuatro meses.

Tengo muchas razones para bendecir a Dios, aunque el propósito que yo tenía no se llevó a efecto, por haberme llevado a esa tierra extraña, en contra de todas mis decisiones anteriores. Confío que él en cierta medida me haya afligido y probado, *para saber lo que hay en mi corazón*.[23] Por esto he sido enseñado a *guardarme de los hombres*.[24] Por esto llego a conocer con seguridad que si lo reconozco en todos sus caminos, Dios dirigirá, y donde la razón falle *enderezará nuestras veredas*,[25] por suerte o por otros medios que él sabe. Así soy liberado del temor al mar, que había temido y aborrecido desde mi juventud.

Dios me ha permitido conocer a muchos de sus siervos, particularmente a los de la iglesia de Herrnhut. Tengo el camino abierto a los escritos de los santos en

---

[21] Gn.28.16.
[22] Rt.3.10.
[23] Dt.8.2.
[24] Mt.10.17.
[25] Pr.3.6.

alemán, español e italiano. Espero también que de algo bueno pueda servir a otros. Todos en Georgia han oído la palabra de Dios. Algunos han creído y han empezado a caminar por el bien. Se han tomado algunos pasos para publicar las buenas nuevas a los paganos del África y América. Muchos niños han aprendido cómo se debe servir a Dios y como ser útiles a sus prójimos. Y aquellos a quienes más les preocupa tienen oportunidad de conocer el verdadero estado de sus jóvenes colonias y establecer una base más firme de paz y felicidad para muchas generaciones.

LUNES 27. Fui por carruaje a Salisbury y tuve varias oportunidades de conversar seriamente con mis compañeros de viaje. Pero por querer remediar la sabiduría de Dios con la sabiduría mundana de prologar sermones con conversaciones ligeras, y después seguir el consejo de los místicos «Déjenlos solos», todo lo que había dicho quedó como escrito en la arena. *Señor, no me tomes en cuenta este pecado*.[26]

MARTES 28. Vi a mi madre una vez más. Al día siguiente preparé mi viaje para ver a mi hermano en Tiverton. Pero el jueves, 2 de marzo, un mensaje que mi hermano Carlos estaba agonizando en Oxford me obligó a salir para allá inmediatamente. Al visitar una casa solitaria en el camino, en la tarde, encontré allí a varias personas que parecían tener buenos deseos hacia la religión, a quienes les hablé sencillamente, tal como lo hice en la noche los sirvientes y extraños en mi posada.

Respecto a mi propia conducta, ahora renové y escribí mis resoluciones anteriores:

1. Ser absolutamente abierto y sin reserva con todos aquellos con quienes conversara.

---

[26] Hch.7.60.

2. Trabajar buscando siempre la seriedad y no acceder en la menor ligereza de conducta, o en la risa, ni por un momento.

3. No hablar palabra que no se refiera a la gloria de Dios; en particular, no hablar de cosas mundanas. Otros pueden hacerlo, pero no deben. ¿Pero qué es esto para ti? Y,

4. No buscar placer que no conduzca a la gloria de Dios, dando gracias a Dios cada momento por todo lo que hago y por lo tanto, rechazando toda clase y grado de placer que sienta que no puedo agradecerle.

SÁBADO 4 de marzo. Encontré a mi hermano en Oxford recuperándose de su pleuresía y acompañado de Peter Böhler. Por este último (en manos del gran Dios) quedé el domingo 5 claramente convencido de mi pecado de incredulidad, y de mi falta de esa fe por la que somos salvos,[27] con una salvación cristiana completa.

Inmediatamente pensé: «Deja de predicar. ¿Cómo puedes predicar a otros si tú mismo no tienes fe?» Le pregunté a Böhler si él pensaba que debería de dejar de predicar o no. El contestó: «De ninguna manera.» Le pregunté: «¿Pero qué puedo predicar?» El dijo: «Predica la fe hasta que la obtengas y entonces, porque la tienes, predicarás la fe.»

Por tanto, el lunes 6 comencé a predicar esa nueva doctrina, aunque mi alma rechazaba la tarea. La primera persona a quien le ofrecí la salvación sólo por la fe fue a un prisionero sentenciado a muerte. Se llamaba Clifford. Peter Böhler en varias ocasiones anteriores deseaba que le hablara. Pero no podía convencerme de hacerlo yo mismo, siendo aún, (como lo había sido por muchos años) un celoso defensor de la imposibilidad del arrepentimiento en el lecho de muerte.

VIERNES 10. Böhler regresó a Londres. El martes 14 partí para Manchester con el Sr. Kinchin, Fellow de

---

[27] Hch.4.12.

Corpus Christi y el Sr. Fox, ex-prisionero de la cárcel de la ciudad. Entre las cinco y las seis visitamos la Capilla de Heath, donde vivía un hombre pobre, que había sido prisionero en el Castillo de Oxford. No estaba en casa, pero su esposa salió a vernos. El Sr. Kinchin le dirigió algunas palabras, que enternecieron tanto su corazón que comenzó a llorar y nosotros continuamos regocijándonos y alabando a Dios.

Alrededor de las ocho, habiendo estando lloviendo y oscuro, nos perdimos, pero antes de las nueve llegamos a Shipton, habiendo cruzado, no sé como, un puente colgante angosto que se tendía sobre una profunda zanja cerca del pueblo. Después de la cena, leí oraciones a las personas de la posada y les expliqué la Segunda Lección. Espero que no haya sido en vano.

Al siguiente día almorzamos en Birmingham y poco después de salir nos sentimos culpables por nuestra negligencia allí (dejamos que quienes habían asistido se marcharan sin exhortación o instrucción) debido a una severa granizada. En Hednesford, cerca de las cinco, nos esforzamos en ser más fieles y todos los que oyeron la exhortación parecieron serios y conmovidos.

En la noche llegamos a Stafford. La señora de la casa se unió a nosotros en oración familiar. A la mañana siguiente, antes de irnos, uno de los sirvientes estuvo muy afectado y así también el establero.

Inmediatamente después del desayuno, entrando en el establo, hablé unas pocas palabras con los que estaban allí. Un desconocido que me escuchó, dijo, «Señor, desearía poder viajar con usted», y cuando entré a la casa me siguió y súbitamente comenzó a decir, «Señor, creo que usted es un buen hombre y vengo a contarle algo de mi vida.» Las

lágrimas aparecieron en sus ojos en todo momento mientras hablaba y confiamos que ni una palabra que se le dijo se perdió.

En Newcastle, a donde llegamos cerca de las diez, algunos a quienes hablamos en nuestra posada estuvieron muy atentos, excepto una joven muy alegre que nos sirvió y que estaba muy despreocupada. Sin embargo, seguimos hablando. Cuando partimos, ella tenía los ojos fijos y ni se movió o dijo palabra alguna, pero lucía tan atónita como si hubiera sido resucitada de los muertos.

Al llegar a la Capilla de Holmes como a las tres, nos sorprendimos que nos llevaran a un salón donde habían dispuesto mantel y platos; más tarde, dos hombres vinieron a comer. El Sr. Kinchin les preguntó si permitían que el caballero bendijera los alimentos. Ellos clavaron la vista como si dieran su consentimiento; pero se sentaron mientras se oraba, uno de ellos con su sombrero puesto. Comenzamos a hablar sobre el hecho de entregarse a Dios y continuamos, a pesar de que ellos parecían completamente desinteresados. Al rato sus semblantes cambiaron y uno de ellos se quitó el sombrero. Poniéndolo detrás de sí, dijo que todo lo que habíamos dicho era verdad, pero que él había sido un cruel pecador y no había tomado en cuenta lo dicho como debía. Que había resuelto ahora, con la ayuda de Dios, entregarse a él con diligencia. Le exhortamos a él y a su compañero, quien de la misma manera asimilaba cada palabra, que clamaran a Dios pues, *el envía ayuda desde su santuario*.[28]

Estando decaído en la tarde, hice una visita a Altrincham y allí me encontré con un cuáquero, muy bien

---

[28] Sal.20.2.

versado y por lo tanto, (como pronto descubrí) bastante aficionado a la controversia. Después de haber pasado una hora allí (quizás no en vano) le aconsejé que discutiera lo menos posible y en su lugar buscara la santidad y el caminar humildemente con su Dios.

Tarde en la noche llegamos a Manchester. Pasamos todo el viernes 17 con el Sr. Clayton, por quien, así como el resto de nuestros amigos allí, fuimos renovados y fortalecidos. El Sr. Hoole, Rector de la Iglesia de Santa Ana, se enfermó al día siguiente. El domingo 19 el Sr. Kinchin y yo oficiamos en la mañana en la Capilla de Sanford, lo que implicó que el Sr. Clayton tuvo la libertad de tener el servicio en la Iglesia de Santa Ana. En la tarde, prediqué allí sobre las palabras de San Pablo, *«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es»*.[29]

Temprano en la mañana salimos de Manchester llevando con nosotros al hermano del Sr. Kinchin, por quien habíamos venido y quien iba a ingresar a Oxford. Estábamos completamente decididos a no perder oportunidad de despertar, instruir o exhortar a cualquiera que encontráramos en nuestro viaje. En Knutsford, nuestra primera parada, todos a quienes les hablamos recibieron con agradecimiento la palabra de exhortación. En Talk-o'-th'-Hill, donde almorzamos, una mujer con quien estábamos se comportaba como toda una dama y trabajamos con ella como una hora, pero pareció todo en vano. Sin embargo, continuamos hablando. De pronto lució como alguien que se acaba de despertar. Cada palabra penetró en su corazón. Nunca antes había visto en ninguna otra persona y en tan

---

[29] 2 Co.5.17.

poco tiempo cambio tan completo, en sus ojos, cara y manera de hablar.

Cerca de las cinco, cuando el Sr. Kinchin cabalgaba al lado de un caballo que llevaba a un hombre y a una mujer, el hombre le dijo, «Señor, usted debe agradecer a Dios que hace un buen día; porque si lloviera, usted estaría muy sucio con ese pequeño caballo.» El Sr. Kinchin le respondió, «Verdad. Debemos agradecer a Dios por nuestra vida y salud, por el alimento, el vestido y todas las cosas.» Y continuó cabalgando. Al Sr. Fox que le seguía, el hombre le dijo, «Señor, a mi señora le gustaría conversar más con ese caballero.» Nos detuvimos y cuando nos acercamos empezamos a escudriñar nuestros corazones. Por la noche regresaron a vernos en nuestra posada en Stone, donde les expliqué a los dos y a muchas de sus amistades que se habían reunido, aquella gran verdad, que *la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente y la venidera*.[30]

MARTES 21. Llegamos a Hednesford entre las nueve y las diez. En ese momento alguien contaba que una mujer joven había muerto el día anterior. Esto nos brindó una buena oportunidad para exhortar a todos los presentes sobre *enseñarnos a contar de tal modo nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría*.[31]

En la tarde hablamos con uno que encontramos más inclinado a hablar que a escuchar. Sin embargo, hablamos y no perdimos el tiempo. En la noche, conversamos con un joven cuáquero quien más tarde vino a nuestra posada en Henley, de donde mandó a buscar al resto de su familia para reunirnos en oración; a lo que añadí, como generalmente

[30] 1 Ti.4.8.
[31] Sal.90.12.

hago, la presentación de la Segunda Lección. En la mañana, nuestro otro compañero fue con nosotros una o dos millas. Durante el viaje no solamente habló menos que el día anterior, sino que durante gran parte del tiempo tomó seria precaución contra la habladuría y vanidad.

Una hora después, un caballero anciano nos encontró, quien nos dijo que iba a ingresar a su hijo en Oxford. Le preguntamos, «¿En qué facultad?» El dijo que no sabía y que no tenía ningún conocido en Oxford, por lo tanto, no podía depender de alguna recomendación. Después de haber conversado, expresó un profundo sentido de la buena providencia de Dios y nos dijo que sabía que Dios nos había puesto en su camino, en respuesta a su oración. En la tarde llegamos a Oxford, regocijándonos por haber recibido tantas experiencias renovadoras de esa gran verdad: *Reconócelo en todos tus caminos, y el enderezará tus veredas*.[32]

[El día 23 wesley se reunió de nuevo con Böhler. Probablemente como resultado de esa conversación, al día siguiente emprendió una relectura del Nuevo Testamento en Griego.]

SÁBADO primero de abril. Estando en compañía del Sr. Fox, mi corazón estaba tan rebosante que no podía limitarme a los modelos de oración que estábamos acostumbrados a usar allí. Tampoco tenía el propósito de estar limitado a esas oraciones nunca más, sino orar indistintamente, con o sin modelos, según encontrara conveniente para cada ocasión.

SÁBADO 22. Me encontré una vez más con Peter Böhler. Ahora no tenía objeción a lo que él dijo sobre la naturaleza de la fe, por ejemplo, que es (usando las palabras de nuestra Iglesia), «La verdadera confianza y seguridad que

---

[32] Pr.3.6.

tiene un hombre en Dios, que a través de los méritos de Cristo sus pecados son perdonados y él reconciliado por la gracia de Dios.» Tampoco puedo negar la felicidad o santidad que él decía eran fruto de la fe verdadera. De lo primero me convencieron los pasajes: *«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios»*[33] y *«El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo»*.[34] De lo segundo: *«Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado»*[35] y *«Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios»*.[36] Pero no pude comprender a lo que él se refería al hablar sobre «una obra instantánea». No pude entender cómo esta fe podría darse en un momento dado, cómo puede alguien de repente cambiar de la oscuridad a la luz, del pecado y miseria a la justicia y al gozo en el Espíritu Santo. Busqué en las Escrituras sobre este mismo tema, particularmente en Hechos de los Apóstoles. Pero para mi sorpresa encontré muy pocas referencias de conversiones que no fuesen instantáneas. Y ninguna como la de San Pablo, quien estuvo tres días en los tormentos del nuevo nacimiento. Me quedaba solamente un refugio, decir: «Entonces doy por sentado que Dios obró así en las primeras etapas del cristianismo; pero los tiempos han cambiado. ¿Qué razones tengo para creer que ahora obra de la misma manera?»

Pero el domingo 23 de abril, ese refugio no me sirvió más, por la coincidente evidencia de varios testimonios vivientes, quienes testificaron que Dios había obrado en ellos, dándoles en un momento tal fe en la sangre de su Hijo

---

[33] Ro.8.16.
[34] 1 Jn.5.10.
[35] 1 Jn.3.90.
[36] 1 Jn.5.1.

que los trasladó de la oscuridad a la luz, librándoles del pecado y del temor y llevándoles hacia la santidad y felicidad. Aquí terminó mi discusión. Solamente pude ahora clamar, !Señor, ayuda mi incredulidad![37]

Le pregunté a Peter Böhler otra vez si no debía de «abstenerme de enseñar a otros». El respondió, «No, no escondas bajo tierra el talento que Dios te ha dado.» De consiguiente, el martes 25 hablé clara y abiertamente en Blendon a la familia del Sr. Delamotte sobre la naturaleza y los frutos de la fe. El Sr. Broughton y mi hermano estaban allí. La objeción más grande del Sr. Broughton fue que él no podía pensar que yo no tuviera fe, habiendo hecho y sufrido todas estas cosas. Mi hermano estaba muy enojado y me dijo que yo no sabía el error que había cometido al hablar de esa manera. Y en verdad quiso Dios encender el fuego, que confío nunca sea apagado.

LUNES primero de mayo. La recaída de la enfermedad de mi hermano me obligó otra vez a regresar rápidamente a Londres. En la noche, lo encontré en casa de James Hutton, mejor de salud de lo que esperaba, pero muy opuesto a lo que él llamaba «la nueva fe».

Esa noche comenzó nuestra pequeña sociedad, la que más tarde se reunió en Fetter Lane. Nuestras reglas fundamentales fueron como siguen:

En obediencia a los mandamientos de Dios según Santiago y por el consejo de Peter Böhler, acordamos:

1. Que nos reuniríamos una vez a la semana para «confesarnos nuestras faltas y orar unos por otros para poder ser sanados».

2. Que los participantes fueran divididos en pequeñas «bandas,» o compañías, ninguna de ellas con menos de cinco o más de diez personas.

3. Que cada persona hablara libre, franca y concisamente como quiera hacerlo, sobre la verdadera condición de su corazón, con sus muchas tentaciones y justificaciones, desde la última reunión.

---

[37] Mr.9.24.

4. Que todas las bandas se reúnan a las ocho de la noche cada miércoles, para hablar y compartir, empezando y finalizando con cantos y oración.

5. Que a toda persona que desee ser admitida en esta sociedad se le pregunte, ¿Cuáles son sus razones para querer ser admitido? ¿Será usted completamente sincero y sin reserva alguna? ¿Tiene usted alguna objeción a cualquiera de nuestras reglas? (Que entonces pueden ser leídas).

6. Que cuando un nuevo miembro sea propuesto todos los presentes hablarán clara y libremente de cualquier objeción que tenga contra él.

7. Que aquellos contra quienes no haya objeción razonable sean organizados, a modo de prueba, en una o más bandas separadas, y que alguien se comprometa a ayudarles.

8. Que después de un período de prueba de dos meses, si no aparece objeción alguna, sean admitidos en la sociedad.

9. Que cada cuarto sábado sea celebrado como un día de intercesión general.

10. Que la noche del próximo séptimo domingo haya un ágape o fiesta de amor, desde las siete hasta las l0 de la noche.

11. Que a ningún miembro en particular se le permita actuar en contra de las ordenanzas de la sociedad y que si alguna persona, después de haber sido amonestada tres veces, no cumple lo que se le ha manifestado, no será más considerada como miembro.

MIERCOLES 10. El Sr. Stonehouse, Vicario de Islington, quedó convencido de la verdad que está en Jesús.[38] Desde este día hasta el sábado 13, me sentí triste y apesadumbrado, incapaz de leer, meditar, cantar, orar o de hacer algo. Mas me sentí algo aliviado por la carta de Peter Böhler, la que incluyo en sus propias palabras:

Con gran amor y pensando mucho en ti durante mi viaje, con mis mejores deseos y oraciones para que las misericordias de Jesucristo el crucificado, cuyas entrañas fueron dirigidas a ti hace más de 6,000 años, pueda ser manifestado en tu alma. Que puedas probar y después ver con qué plenitud el Hijo de Dios te ha amado, y sigue amándote, de tal manera que puedas continuar confiando en él y sentir su vida en la tuya. Cuídate del pecado de la incredulidad y si no la has vencido todavía, procura conquistarla este mismo día, a través de la sangre de Jesucristo. No te demores. Te suplico que creas en tu Jesucristo y tengas en mente sus promesas a los pobres pecadores, que él no dejará de hacer por ti lo que ha hecho por muchos otros. ¡Oh cuán grande, cuán indecible, cuán inagotable es su amor! Con toda seguridad él está listo para ayudar y nada lo ofendería sino nuestra incredulidad...

---

[38] Ef.4.21.

¡Qué Dios te bendiga! Perdura en la fe, el amor, la enseñanza, la comunión de los santos y en resumen, en todo lo que tenemos en el Nuevo Testamento. Quedo tu inmerecido hermano,

Peter Böhler

DOMINGO 14. Prediqué en la mañana en la Iglesia de Santa Ana, Aldersgate, y en la tarde en la Capilla Savoy sobre la salvación gratuita por medio de la fe en la sangre de Cristo. Se me dijo prontamente que no predicaré más en la Iglesia de Santa Ana.

Bien hallé ser verdad las palabras de un amigo que le escribió a mi hermano por este tiempo:

He visto en esta ocasión, más de lo que me hubiera podido imaginar, lo intolerable que es la doctrina de la fe para la mente humana y cuan peculiarmente intolerable es para las gentes religiosas. Uno puede decir las cosas menos cristianas, aun hasta llegar al Deísmo; las cosas más entusiastas, hasta llegar a arrebatos mentales, iluminismos, uniones; las cosas más severas, hasta el rigor completo de la mortificación ascética: todo esto será perdonado. Pero si se habla de la fe de tal modo que hace de Cristo un sumo Salvador, la más grande ayuda y refugio universal; en tal forma que quita toda jactancia y añade felicidad a todo desdichado; de la fe que descubre una mayor contaminación en lo mejor de nosotros de lo que habíamos podido imaginar y brinda una mayor salvación de lo que podíamos haber esperado; si alguno se ofrece a hablar en esta forma, será escuchado con el mismo aborrecimiento que si fuera a robarle la salvación a la humanidad, su Mediador, o sus esperanzas de perdón. Estoy convencido que un Montanista o un Novaciano desde la cima de su pureza mirarían con desprecio a pobres pecadores y le negarían toda misericordia. Pero no serían considerados demoledores del evangelio como lo será quien aprende del Autor del evangelio a ser amigo de publicanos y pecadores y sentarse al mismo nivel de ellos tan pronto inicien su arrepentimiento.

Pero todo esto no es para sorprenderse. Toda persona religiosa tiene tanta justificación, adquirida a través de tanta práctica sacrificial convertida a la postre en hábitos; y hace de esto su riqueza para este mundo y el próximo. Todos los otros esquemas de religión son tan complacientes que les manifiestan que ellos son muy ricos y que tienen suficiente para triunfar; o son algo difíciles, pero mayormente amigables, al decirles que sus riquezas no son aún suficientes, pero que por medio del arte de la abnegación y el refinamiento mental pueden mejorar sus riquezas. Mas la doctrina de la fe es un ladrón absoluto. Se lleva toda esta riqueza y sólo nos dice que está depositada para nosotros y en poder de otro, de cuya bondad debemos vivir como puros mendigos. En verdad, quienes hasta hace poco han sido verdaderos mendigos, despreciables y sucios pecadores, pueden humillarse a vivir en condición dependiente: a éstos les acomoda bastante

bien. Pero quienes por mucho tiempo se han diferenciado del rebaño de desdichados o han trascendido la moral común, no pueden aceptar que se les diga que no están tan bien, y que están en la misma necesaria, impotente e insignificante barca de la misericordia que los otros. Todo esto es más ofensivo a la razón que la transubstanciación, puesto que la razón prefiere abandonar su pretensión de juzgar lo que es pan o carne que dejar que este honor de ser el arquitecto de la virtud y la justicia le sea arrebatado. ¿Pero hacia dónde voy? Mi plan era sólo avisarte que dondequiera que vayas esta *locura de la predicación*[39] apartará los corazones y abrirá las bocas contra ti.

MIERCOLES 24. Lo que ocurrió el miércoles 24, pienso que mejor debo relatarlo extensamente, después de establecer la premisa que pueda hacerlo más fácil de comprender. Quien no puede recibirlo que le pida al Padre de las luces que nos dé más luz a ambos, a él y a mí.

1. Creo que hasta que tuve alrededor de diez años, mis pecados no habían borrado el lavacro del Espíritu Santo[40] que me fue dado en el bautismo, habiendo sido educado estricta y cuidadosamente, y enseñado que solamente podía ser salvo por obediencia universal a todos los mandamientos de Dios, en cuyo significado fui diligentemente instruido. Y esas enseñanzas, en lo que respecta a los deberes y pecados exteriores, las recibí con gozo y pensaba en ellas con frecuencia. Pero todo lo que me fue dicho de la obediencia o santidad interior nunca lo comprendí ni lo recordé. Así que a la verdad siempre fui ignorante del verdadero significado de la ley así como del evangelio de Cristo.

2. Los próximos seis o siete años los pasé en la escuela, donde me fueron quitadas las restricciones exteriores. Fui mucho más negligente que antes hasta en los deberes exteriores, y casi continuamente culpable de pecados externos, los cuales sabía que lo eran, aunque no

---

[39] 1 Co.1.21.
[40] Tit.3.5.

fueran escandalosos a la vista del mundo. Sin embargo, continuaba leyendo las Escrituras y hacía mis oraciones, mañana y noche. Y ahora lo que esperaba que me hiciera salvo, era: 1) no ser tan malo como otras personas, 2) tener todavía la bondad por religión; y 3) leer la Biblia, asistir a la iglesia y hacer mis oraciones.

3. Habiéndome trasladado a la universidad por cinco años, todavía hacía mis oraciones en público y en privado, y leía con las Escrituras varios otros libros de religión, especialmente comentarios sobre el Nuevo Testamento. Todavía no tuve en todo ese tiempo una noción de santidad interior, más aún, continué habitualmente y muy satisfecho (la mayor parte del tiempo) en algunos que otros pecados conocidos y por cierto con algunos recesos y luchas cortas, especialmente antes y después de la Santa Cena, que me sentía obligado a tomar tres veces al año. No puedo decir claramente de qué esperaba ser salvo entonces, cuando estaba continuamente pecando contra la escasa luz que tenía, a no ser por aquellos ataques pasajeros de lo que muchos ministros me enseñaron a llamar «arrepentimiento».

4. Cuando tuve veintidós años mi padre me presionó para que entrara al ministerio. A la misma vez, la providencia de Dios me condujo a la obra de Kempis, Imitación de Cristo. Empecé a ver que la verdadera religión estaba asentada en el corazón y que la ley de Dios se extendía a todos nuestros pensamientos, así como a las palabras y acciones. Estaba, sin embargo, muy molesto con Kempis por ser demasiado estricto, aunque lo leí sólo en la traducción del Deán Stanhope. No obstante, con frecuencia sentí al leerlo un consuelo que no conocí antes. Y me reunía, de la misma manera, con un amigo religioso, cosa que no había hecho antes, y comencé a cambiar toda la forma de mi

conversación y a buscar una nueva vida. Separé una o dos horas diarias para un retiro religioso. Comulgaba cada semana. Me cuidaba contra todo pecado, ya sea de palabra o hecho. Empecé por dirigirme a y orar por la santidad interior. De modo que ahora, haciendo tanto y viviendo una vida tan buena, no tuve la menor duda que era un buen cristiano.

5. Me trasladé poco después a otra universidad, ejecuté una decisión de la cual estuve convencido desde mucho antes que era de suma importancia: me sacudí de una vez por todas de mis amistades vanas. Comencé a ver más y más el valor del tiempo. Me dediqué más al estudio. Me cuidaba con más esmero contra todo pecado. Aconsejaba a otros a ser religiosos, según el esquema de religión que había modelado para mi propia vida. Pero, encontrándome con las obras del Sr. Law, *La perfección cristiana* y *Un llamado ferviente*, aunque me sentí ofendido por muchas partes de ambas, me convencieron más que nunca de la altura, anchura y profundidad de la ley de Dios. La luz fluyó tan poderosamente sobre mi alma que todo lucía nuevo. Clamé a Dios por ayuda y decidí no prolongar más el tiempo de obedecerle como nunca lo había hecho antes. Y mi continuo esfuerzo por guardar toda su ley, interior y exterior, con toda mi fuerza, me persuadió que debía ser acepto ante él y que estaba en camino de salvación.

6. En 1730 comencé a visitar las prisiones, ayudando a los pobres y enfermos del pueblo y haciendo todo el bien que pude con mi presencia o mi pequeña fortuna a los cuerpos y almas de todos. Hasta hoy me despojo de todas las superficialidades y muchas otras que son llamadas necesidades de la vida. Pronto me convertí en

refrán de burla[41] por hacer esto y me regocijé que mi *nombre* fue *desechado como malo*.[42] A la siguiente primavera empecé a practicar los ayunos de los miércoles y los viernes, como en la iglesia primitiva, sin probar alimento hasta las tres de la tarde. Y ahora no sabía cómo seguir más adelante. Diligentemente luché contra toda clase de pecado. No omití clase alguna de negación que la ley me pareciera permitir. Cuidadosamente usé, tanto en público como en privado, todos los medios de gracia en todas las oportunidades. No omití ocasión alguna para hacer el bien. Por esta razón sufrí todo mal. Y todo esto sabía que de nada valía a no ser que estuviera dirigido hacia la santidad interior. Por tanto, la imagen de Dios fue mi blanco en todo momento, el hacer su voluntad y no la mía. Empero cuando, después de continuar algunos años en este camino, temí estar cerca de la muerte, no encontré que todo esto me diera consuelo, ni ninguna seguridad de la aceptación divina. Esto me sorprendió, sin imaginarme que había estado construyendo todo este tiempo sobre la arena, sin considerar que *nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo*.[43]

7. Poco tiempo después, un hombre contemplativo me convenció aún más de lo que yo ya estaba convencido, de que las obras exteriores no eran nada por sí solas. En varias conversaciones me enseñó cómo buscar la santidad interior, o la unión del alma con Dios. Pero a pesar de sus enseñanzas (aunque las recibí en ese momento como las palabras de Dios) no puedo sino señalar lo siguiente: 1) que él hablaba con tan poca cautela contra la confianza en las

---

[41] Dt.28.37.
[42] Lc.6.22.
[43] 1 Co.3.11.

obras exteriores que me desilusionó completamente de hacerlas; 2) que recomendaba (como si fuera para proveer lo que faltaba a las obras) la oración mental y ejercicios parecidos, como los medios más efectivos para purificar el alma y unirla a Dios. Ahora bien, tales cosas eran, en verdad, tanto mis propias obras, como visitar al enfermo o vestir al desnudo; y la «unión con Dios» que así buscaba era realmente mi propia justicia, tanto como cualquiera otra que había hecho antes bajo otro nombre.

8. En esta manera *refinada* de confiar en mis propias obras y mi propia justicia (tan celosamente inculcada por los autores místicos), me arrastré lentamente, sin encontrar ninguna satisfacción o ayuda en ellas hasta que salí de Inglaterra. A bordo, sin embargo, estuve nuevamente activo en las obras exteriores; donde por el favor de Dios y de su libre misericordia me dio veintiséis hermanos moravos por compañeros, quienes se esforzaron en mostrarme un *camino más excelente*.[44] Pero al principio no lo comprendí. Sabía mucho y era demasiado inteligente. Así que me pareció una tontería. Continué predicando y confiando en esa justicia por la que ninguna carne puede ser justificada.

9. Todo el tiempo que estuve en Savannah estaba entonces golpeando el aire, ignorante de la justicia de Cristo, la que trae salvación por medio de una fe viviente en él *a todo aquel que cree*.[45] Buscaba cómo establecer mi propia justicia y trabajaba en el fuego todos mis días. Estaba ahora propiamente *bajo la ley*,[46] Sabía que la ley de Dios era *espiritual*.[47] Apruebo que *la ley es buena*.[48] Más aún, *según*

[44] 1 Co.12.31.
[45] Ro.1.16.
[46] Ro.6.14.
[47] Ro.7.14.
[48] Ro.7.16.

el hombre interior me deleito en la ley de Dios.[49] Mas *yo soy carnal, vendido al pecado*.[50] Cada día tenía que clamar, «*porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago*.[51] *Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo*.[52] Porque *no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago*.[53] *Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí*,[54] aún más, *veo otra ley en mis miembros, que se revela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado*.[55]

10. En este bajo y servil estado de esclavitud al pecado, estuve ciertamente peleando continuamente, pero no conquistando. Anteriormente, voluntariamente había servido al pecado; ahora lo hacía involuntariamente, pero aún le servía. Me caía, me levantaba, y caía otra vez. Algunas veces vencido y en pesadumbre. Otras vencedor y en júbilo. Así como en el anterior estado probé algunos de los terrores de la ley, así también tuve ahora el consuelo del evangelio. Durante toda esta lucha entre la naturaleza y la gracia (la que continuó por más de diez años) tuve muchas respuestas extraordinarias a la oración, especialmente cuando estaba en problemas. Tuve muchos consuelos perceptibles que no son en verdad otra cosa que cortas anticipaciones de la vida de fe. Pero estaba aún *bajo la ley*, y no *bajo la gracia*[56] (estado en que la mayoría de los

---

[49] Ro.7.22.
[50] Ro.7.14.
[51] Ro.7.15.
[52] Ro.7.18.
[53] Ro.7.19.
[54] Ro.7.21.
[55] Ro.7.23.
[56] Ro.6.14.

llamados cristianos se sienten felices de vivir y morir). Estaba solamente combatiendo contra el pecado, y no justificado. Tampoco tenía *el Espíritu mismo que da testimonio a mi espíritu*.[57] En verdad no podía, ya que buscaba *la salvación no por fe, sino como por obras de la ley*[58]

11. A mi regreso a Inglaterra, en enero de 1738, habiendo estado en eminente peligro de muerte y muy inseguro por esa causa, estaba fuertemente convencido que la causa de esa inseguridad era la incredulidad y que obtener una fe viva y verdadera era cosa necesaria para mí. Pero todavía no fijaba esta fe en el objeto correcto: quiero decir, sólo fe en Dios, no fe en o a través de Cristo. No sabía que estaba completamente desprovisto de esta fe, y sólo pensaba que no tenía suficiente. Así que cuando Peter Böhler, quien Dios me había preparado tan pronto llegué a Londres, afirmó que la verdadera fe en Cristo (que es una sola) tenía dos frutos apoyo inseparables de ella, «el dominio sobre el pecado y la paz constante que viene del sentido de perdón» quedé bastante sorprendido y lo entendí como un nuevo evangelio. Si era así, estaba claro que yo no tenía fe. Pero yo no deseaba estar convencido. Por lo tanto, discutí con toda mi fuerza y trabajé para probar que la fe podría estar donde estos dos frutos no se diesen, especialmente cuando no había sentido de perdón. Porque se me había enseñado a interpretar de otro modo todas las Escrituras relacionadas al tema, y a llamar «presbiteriano» a cualquiera que hablase de otra forma. Además, vi bien que nadie podía (en la naturaleza de las cosas) tener tal seguridad de perdón y no sentirla. Yo no la sentía. Si

---

[57] Ro.8.16.

[58] Ro.9.32.

entonces no había fe sin esto, todas mis pretensiones de fe se iban al suelo de un solo golpe.

12. Cuando encontré otra vez a Peter Böhler, él de inmediato consintió en poner a discusión el asunto que yo deseaba, a saber, Escritura y experiencia. Primero consulté la Escritura. Pero cuando aparté los comentarios humanos y simplemente consideré las palabras de Dios, comparándolas y tratando de aclarar lo oscuro a través de los pasajes más sencillos, encontré que todos ellos estaban en mi contra y fui obligado a retirarme a mi último refugio, que la experiencia nunca concordaría con la interpretación literal de esas Escrituras. Me negué, por lo tanto, a admitir que fuera verdad hasta que encontrara algunos testigos vivientes. El me respondió que podía mostrármelos en cualquier momento; al día siguiente, si lo deseaba. En conformidad, regresó al día siguiente con otras tres personas, todas testificando de su propia experiencia personal de que una verdadera fe viviente en Cristo es inseparable del sentido de perdón por todo lo pasado y la libertad de todos los pecados presentes. Añadieron a una que esta fe era don gratuito de Dios, y que él seguramente la impondría en cada alma que ansiosa y perseverantemente la buscara. Ahora estaba completamente convencido. Por la gracia de Dios decidí buscar esa fe hasta el final: 1) renunciando absolutamente a toda dependencia, completa o en parte, de mis propias obras o justicia sobre las cuales había realmente afianzado mi esperanza y salvación, aunque no lo sabía, desde mi juventud; 2) agregando al constante uso de todos los otros medios de gracia, la oración continua por esto mismo, pidiendo justificación, la fe que salva, una completa confianza en la sangre de Cristo derramada por mí, una

confianza en él como mi Cristo, mi sola justificación, santificación y redención.

13. Así continué buscándola (aunque con extraña indiferencia, falta de ánimo y frialdad y con frecuentes recaídas en el pecado) hasta el miércoles, 24 de mayo. Pienso que fue alrededor de las cinco de la mañana que abrí mi Testamento en aquellas palabras: *Nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina*.[59] En el momento de salir abrí nuevamente el Testamento en aquellas palabras: *No estás lejos del reino de Dios*.[60] Por la tarde me pidieron que fuera a la iglesia de St. Paul. El preludio fue: *«De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz. Estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. Si tú, oh Señor, miras a mis pecados, ¿quién podrá mantenerse? Más hay misericordia en ti, por lo tanto serás temido. [...] Oh Israel, confía en el Señor, porque en el Señor hay misericordia y con él redención plena. Y el traerá redención a Israel de todos sus pecados.»*[61]

14. En la noche fui de muy mala gana a una sociedad en la Calle de Aldersgate, donde alguien estaba dando lectura al prefacio de la Epístola a los Romanos de Lutero. Cerca de un cuarto para las nueve de la noche, mientras él describía el cambio que Dios obra en el corazón a través de la fe en Cristo, yo sentí un extraño ardor en mi corazón. Sentí que confiaba en Cristo, sólo en Cristo para la salvación, y recibí una seguridad de que él me había quitado todos *mis*

---

[59] 2 P.1.4.
[60] Mr.12.34.
[61] Basado en Sal.130.1-4; 7-8.

pecados, aun los míos, y me había *librado de la ley del pecado y de la muerte*.[62]

15. Empecé a orar con toda mi fuerza por aquellos que me ultrajaron y me persiguieron[63] en manera especial. Luego testifiqué abiertamente a todos los presentes lo que había sentido por primera vez en mi corazón. No pasó mucho tiempo antes que el enemigo sugiriera: «Esto no puede ser fe; pues ¿dónde está tu regocijo?» Entonces aprendí que la paz y la victoria sobre el pecado son esenciales a la fe en el Capitán de nuestra salvación; pero que en cuanto al gozo que generalmente está presente al comienzo de ésta, especialmente en quienes han sufrido mucho, Dios unas veces lo da y otras no, según los designios de su propia voluntad.

16. Después de regresar a casa, fui muy sacudido por tentaciones; pero clamé y se fueron. Las tentaciones regresaban una y otra vez. Conforme levantaba mis ojos, él me enviaba ayuda desde su santuario.[64] Y es aquí donde encontré la diferencia entre este estado y mi estado anterior. Yo luchaba, más aún, peleaba con toda mi fuerza bajo la ley, así como también bajo la gracia. Pero entonces, a veces, por no decir con frecuencia, era vencido. Ahora, yo era siempre el vencedor.

17. JUEVES, 25 de mayo. Desde el momento que desperté, «Jesús, Maestro», estaba en mi corazón y en mi boca y encontré que toda mi fuerza descansaba en poner mis ojos fijamente en él y que mi alma le esperaba siempre. Estando nuevamente en la Iglesia de St. Paul en la tarde, pude saborear la buena palabra de Dios en el himno que

---

[62] Ro.8.2.
[63] Mt.5.44.
[64] Sal.20.2.

empieza, *«De las misericordias de Jehová cantaré perpetuamente; de generación en generación haré notoria tu fidelidad»*.[65] Más el Enemigo inyectó un temor: «Y si tú crees. ¿por qué no hay un cambio más notable?» Yo respondí, (todavía no yo), «Eso no lo sé; pero esto sí sé: que ahora tengo paz para con Dios,[66] que no peco hoy, y que Jesús mi Maestro me ha prohibido afanarme por el día de mañana».[67]

18. «¿Pero no es eso una clase de temor», continuó el tentador, «una prueba de que tú no crees?» Quise que mi Maestro contestara por mí y abrí su libro en aquellas palabras de San Pablo, *De fuera, conflictos; de dentro, temores*.[68] Entonces inferí: puede que haya temores dentro de mí, pero debo continuar y hollarlos bajo mis pies.

MIERCOLES 7 de junio. Decidí, Dios mediante, retirarme por algún tiempo a Alemania. Antes de salir para América había determinado hacerlo, si Dios me traía de regreso a Europa. Ahora vi claramente que había llegado el momento. Mi débil mente no soportaba su propia división interna, y tenía la esperanza de que mi conversación con aquellos santos varones que eran testimonio viviente del poder total de la fe, y que sin embargo podían soportar a los débiles, fueran utilizados por Dios para fortalecer mi alma de tal modo que pudiera ir de fe en fe y de poder en poder.

JUEVES 8. Fui a Salisbury a despedirme de mi madre. Al día siguiente salí de Sarum y el sábado llegué a Stanton Harcourt. Habiendo predicado allí sobre la fe en Cristo el domingo 11, proseguí a Oxford, y de allí el lunes a

---

[65] Sal.89.1.
[66] Ro.5.1.
[67] Mt.6.34.
[68] 2 Co.7.5.

Londres, donde descubrí que el Sr. Ingham estaba al partir. Nos embarcamos al día siguiente, martes 13, y llegamos a Gravesend esa noche. Alrededor de las cuatro de la tarde el miércoles perdimos de vista a Inglaterra. Llegamos a Maas el jueves a las ocho de la mañana y en hora y media llegamos a Rotterdam.

Éramos ocho en total, cinco ingleses y tres alemanes. El Dr. Koker, un médico de Rotterdam, fue tan amable que cuando partimos en la tarde caminó con nosotros por una hora. Nunca había visto antes una carretera como ésta. Por muchas millas ha sido levantada varias yardas sobre el nivel y pavimentada con algo parecido a un pequeño ladrillo, tan suave y limpio como la alameda en St. James. Los nogales estaban colocados en hileras rectas a ambos lados, de modo que no hay otro camino más agradable en el jardín de cualquier caballero. Alrededor de las siete llegamos a Gouda, donde nos quedamos un poco sorprendidos por el recibimiento con un trato que no es conocido en Inglaterra. Varias posadas rehusaron abiertamente recibirnos, así que fue con dificultad que al final pudimos encontrar una que nos hizo el favor de recibir nuestro dinero por algo de carne y bebida y el uso de dos o tres camas malas. En la mañana pusieron gran presión para que viéramos su iglesia, pero se disgustaron cuando nos quitamos el sombrero al entrar, diciéndonos que no debíamos de hacerlo, pues no era la costumbre allí. La iglesia era un edificio grande y antiguo, estilo gótico, parecida a nuestras catedrales en Inglaterra. Hay mucha historia en la pintura de las ventanas, las cuales, nos dijeron, eran muy admiradas. Cerca de las ocho salimos de Gouda y en algo más de seis horas llegamos a Ijsselstein.

Aquí estuvimos en la casa del Barón Watteville, como en nuestra casa. Encontramos con él algunos

hermanos y hermanas alemanes y siete u ocho ingleses conocidos, quienes se habían establecido allí hacía algún tiempo. Residían en las afueras del pueblo, en tres o cuatro casas pequeñas, hasta que pudieran construir una grande que los alojara a todos. El sábado 17 era su día de intercesión. En la mañana algunos de nuestros hermanos ingleses desearon que administrara la Santa Cena. El resto del día lo pasamos con todos los hermanos y hermanas, escuchando sobre la obra maravillosa que Dios está haciendo en toda la tierra, poniendo nuestras peticiones delante de él y dándole gracias por el poder de su reino.

A las seis de la mañana nos embarcamos. Los hermosos jardines se tendían a ambos lados del río en la mayor parte del camino a Amsterdam, donde llegamos cerca de las cinco de la tarde. La exacta pulcritud de todos los edificios aquí, la grata limpieza de las calles (que habíamos sido informados que eran todas lavados dos veces por semana) y los canales que corren a través de todas las calles principales, con hileras de árboles en cada lado, hacen de Amsterdam la ciudad más placentera que haya visto. Aquí fuimos atendidos con verdadera hospitalidad cristiana por el Sr. Deknatel, un ministro de los menonitas, quien no nos hizo pasar necesidad mientras estuvimos aquí, lo que se prolongó hasta el jueves siguiente. El Dr. Barkhausen (médico de nacionalidad moscovita) quien había estado con el Sr. Deknatel por algún tiempo, igualmente nos mostró toda clase de bondad posible. *Acuérdate de ellos, Dios mío, para bien*.[69]

MIERCOLES 28. Fuimos a la catedral, que es no más que montones sobre montones; algo enorme y

---

[69] Neh.13.31.

deformado que no tiene ni simetría ni orden. Quedé algo sorprendido al observar que ni en esta iglesia ni en ninguna otra de las iglesias romanas donde he estado, había propiamente dicho nada parecido a un culto unido. Una persona ora por sí sola ante un sagrario o altar, y otra ante otro, sin preocuparse o comunicarse los unos con los otros. Al salir de la iglesia una procesión se iniciaba al otro lado en el patio de la iglesia. Uno de nuestros compañeros se quitó el sombrero sin escrúpulo alguno, y un ferviente católico en la procesión gritó, «Derriben a ese perro luterano». Pero evitamos cualquier enfrentamiento entrando en la iglesia.

En la tarde caminando a orillas del Rhin vi, para mi gran sorpresa (ya que siempre antes había pensado que ningún romano de cualquier tendencia creía nada de la historia) una pintura reciente, realizada el año pasado con fondos públicos y en la afueras de la pared de la ciudad, «en memoria de la traída de las cabezas de los tres reyes», según dice la inscripción en latín,
«a través de la reja adjunta». En verdad, en reconocimiento (parece) a ellos esta práctica ha sido suspendida desde ese entonces.

Nos embarcamos a las cuatro, no pudiendo menos que observar la decencia de los papistas hacia nosotros los «reformados». Tan pronto como nos sentamos, (y de allí en adelante cada mañana) todos se quitaron los sombreros, y cada uno hizo una oración corta y personal por el éxito de nuestro viaje. Debo hacer justicia a los marineros mismos (quienes en el Rhin son generalmente malvados por naturaleza): Nunca escuché a uno de ellos tomar el nombre de Dios en vano o vi a ninguno reírse cuando se mencionaba algo acerca de la religión ¡Por lo que creo que la gloria de

tomar las cosas sagradas para diversión es peculiar al pueblo inglés!

Pasamos cuatro noches en el agua. Debido a la velocidad de la corriente, el barco era tirado cuesta arriba por caballos. Las altas montañas a los lados del río que se levantaban casi perpendicularmente, cubiertas de viñas hasta lo más alto, nos daban un panorama agradable, y de vez en cuando se veía una iglesia o un castillo antiguo en sus cumbres. El domingo 2 de junio por la noche llegamos a Mainz y el lunes 3, a las diez y media, a Frankfurt.

Así débiles y cansados como estábamos, no podíamos entrar por no haber traído documentación con nosotros, lo que en verdad nunca habíamos imaginado que se requería estando en tiempo de paz general. Después de esperar una hora a la entrada, conseguimos a un mensajero y lo enviamos al Sr. Böhler (padre de Peter Böhler), quien vino inmediatamente y logró hacernos entrar en la ciudad, atendiéndonos de la manera más amigable. El martes 4 salimos muy temprano en la mañana y cerca de la una llegamos a Marienborn. Pero me sentía tan enfermo que después de hablar un poco con el Conde Zinzendorf me vi obligado a acostarme por el resto del día.

La familia en Marienborn la componían unas 90 personas, de muchas nacionalidades. Por el momento viven en un casa grande, alquilada por el Conde, que puede albergar un número mayor de personas. Se está construyendo otra, a tres millas (inglesas) en la cima de un cerro muy productivo. *¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!*[70]

---

[70] Sal. 133.1.

JUEVES 6 de julio. El Conde [Zinzendorf] me llevó a ver al Conde de Solms, donde observé con placer la frugalidad alemana. Tres de las jóvenes condesas (aunque ya adultas) estaban vestidas con ropa de lino, el Conde y su hijo solamente en algodón. En la cena del día siguiente un vaso de vino y uno de agua fueron servidos para todos, y si cualquiera se vaciaba, se le servía otro. Todos ellos hablaban libremente y sin mayor afectación. A las diez de la noche tomamos nuevamente el coche y llegamos a Marienborn a la mañana siguiente.

Me hospedé con uno de los hermanos en Eckershausen, a una milla inglesa de Marienborn, donde generalmente pasaba el día, conversando con quienes podían hablar en latín o en inglés; no pudiendo (necesitando más práctica) hablar el alemán con fluidez. Aquí seguí encontrando lo que buscaba, como pruebas vivientes del poder de la fe: personas salvadas del pecado interno y externo, porque *el amor de Dios ha sido derramado en sus corazones*,[71] y de toda duda y temor por el permanente testimonio del *Espíritu Santo que les fue dado*.[72]

LUNES 24. Llegamos temprano a la universidad de Jena, que se encuentra al fondo de varias montañas elevadas, inclinadas y áridas. Aquí los estudiantes se distinguen de las autoridades del ayuntamiento por sus espadas. No viven juntos en las universidades (lo que es cierto en cualquiera universidad alemana) como se hace en Oxford y Cambridge, sino que están esparcidos por toda la ciudad en posadas o en pensionados. Aquellos a los que fuimos recomendados se comportaron como verdaderos hermanos. ¡Ojalá que la

---

[71] Ro.5.5.
[72] Ibid.

bondad fraterna y cada palabra y obra buena more entre ellos más y más!

En Jena comienzan los pilares de piedra puestos por el Elector de Sajonia, que marcan cada cuarto de milla alemana hasta el final de su territorio. Cada milla hay un pilar grande, con los nombres de los pueblos vecinos y sus distancias inscritas. Sería mucho pedir que el mismo cuidado y trabajo se tomara en Inglaterra y ciertamente en todos los países.

Salimos de Jena muy temprano el martes, llegando a Weissenfels en la tarde y a Merseburg el miércoles en la mañana. Con deseos de ver a Halle (a dos millas alemanas) salimos después del desayuno y llegamos a las dos de la tarde. Pero no nos permitieron entrar en la ciudad cuando llegamos. Los altos hombres del Rey de Prusia,[73] guardianes de las entradas, nos mandaban de un lado a otro, de una entrada a otra, por casi dos horas. Entonces pensé enviarle una nota al Profesor Francke, hijo de aquel August Hermann Francke cuyo nombre es en verdad como un ungüento precioso. ¡Si yo pudiera seguirle, como él siguió a Cristo, y *por la manifestación de la verdad recomendarme a toda conciencia humana delante de Dios*![74]

El Profesor Francke no estaba en la ciudad. Sin embargo, fuimos finalmente admitidos en el orfanatorio, prueba asombrosa de que *al que cree todo le es posible*.[75] Ahora hay un gran ingreso anual para su sostenimiento, además de lo que continuamente ingresa por los trabajos de impresión, ventas de libros y la farmacia, que está abastecida con toda clase de medicinas. El edificio tiene dos

---

[73] Este rey era famoso por reclutar soldados de gran estatura.
[74] 2 Co.4.2.
[75] Mr.9.23.

alas y creo que mide 150 yardas de atrás al frente. Las habitaciones para los niños, su comedor, su capilla y todos los apartamentos colindantes, están tan convenientemente planificados y meticulosamente limpios, como nunca he visto nada igual. Seiscientos cincuenta niños (según nos informaron) son completamente mantenidos y tres mil (si no estoy equivocado) reciben instrucción. Seguramente, ni nosotros ni nuestros padres hemos conocido tan grande obra como la que Dios ha hecho aquí

DOMINGO 30. Después de una agradable caminata el sábado, el domingo 30, alrededor de las siete de la mañana, llegamos a Meissen. En el Castillo Meissen se fabrica la loza alemana que es tan cara como la importada de las Indias, y tan finamente moldeada y hermosamente coloreada como la mejor que haya visto. Después del desayuno fuimos a la iglesia. Quedé muy impresionado de todo lo que vi allí: lo costoso y pomposo del vestuario en muchos; los grandes bonetes de pieles usados por las mujeres, del mismo estilo del turbante turco, los que generalmente tenían una o más cintas que colgaban a un buen largo hacia atrás. El hábito del ministro estaba adornado con oro y escarlata y una gran cruz adelante y atrás. La mayor parte de la congregación estaba sentada (los hombres generalmente mantenían sus sombreros puestos durante las oraciones y el sermón) y todos se quedaron durante la Santa Cena, aunque muy pocos la recibieron. ¡Ay! ¡Ay! ¡Que país «reformado» es éste!

DOMINGO 6 de agosto. Fuimos a la iglesia en Berthelsdorf, una aldea luterana distante como una milla inglesa de Herrnhut. Había dos candelabros grandes prendidos en el altar. Detrás del altar una pintura de la

Ultima Cena; el púlpito delante de la pintura y sobre el púlpito una imagen de Cristo en la cruz.

El ministro usaba una toga con mangas amplias que lo cubría totalmente. A las nueve comenzó una pieza en el órgano, terminando con un himno que fue cantado por toda la congregación, que permanecía sentada (en cuya postura, según la costumbre alemana, cantaron todo lo demás). Luego el ministro subió al altar, hizo una reverencia y cantó estas palabras en latín: *Gloria in excelsis Deo*; hizo otra reverencia y se retiró. Siguió otro himno cantado por toda la congregación como el anterior y acompañado del órgano. El ministro subió nuevamente al altar, hizo una reverencia, cantó una oración, leyó la Epístola y se marchó. Después que se cantó un tercer himno, el ministro subió por tercera vez al altar, cantó un versículo (con respuesta por la congregación), leyó el capítulo tres de Romanos y se marchó. La congregación cantó el Credo en rima, el ministro regresó y leyó el Evangelio, todos puestos de pie. Le siguió otro himno. Al término del mismo, el ministro hizo una larga oración extemporánea y después predicó una hora y cuarto sobre un versículo del Evangelio. Después leyó una larga oración de intercesión y de agradecimiento en general, terminando el servicio antes de las doce.

Después que terminaba el servicio de la noche en Herrnhut, todos los hombres solteros (como era su costumbre cada semana) caminaban por el pueblo, cantando alabanzas con instrumentos musicales; hasta llegar a una pequeña colina que no estaba muy distante y haciendo un círculo se unían en oración. Luego regresaban a la plaza y un poco después de las once se encomendaban mutuamente a Dios.

JUEVES 10. Fue el 10 de agosto (según el calendario antiguo) que tuve la oportunidad de pasar algunas horas con Christian David. El es carpintero de oficio, de edad más que mediana, aunque no creo que llega a los 50 años todavía. La mayor parte de sus palabras las entendí bien; y las que no entendí, uno de los hermanos que me acompañaba me las explicaba en latín. La esencia de lo que él habló lo escribí inmediatamente y es como sigue:

Cuando era joven estuve muy preocupado al escuchar algunas afirmaciones de que el Papa era el Anticristo. Leí los libros luteranos escritos en contra de los papistas y los libros papistas escritos contra los luteranos. Fácilmente vi que los papistas estaban equivocados; pero tampoco los luteranos estaban en lo correcto. No entendía lo que ellos querían decir al hablar de ser justificados por la fe, por fe solamente, por fe sin obras. Tampoco me gustó lo mucho que hablaban acerca de Cristo. Entonces comencé a pensar, ¿Cómo puede ser Cristo el Hijo de Dios? Pero cuanto más razonaba conmigo mismo sobre esto, más confundido me sentía, hasta que finalmente me repugnaba el mismo nombre de Cristo. No soportaba mencionarlo. Odiaba como sonaba y nunca voluntariamente lo hubiera leído o escuchado. Con este sentir salí de Moravia y deambulé por muchos países, buscando descanso, pero sin encontrarlo.

En este deambular llegué a estar entre varios judíos. Sus objeciones contra el Nuevo Testamento me arrojaron a nuevas dudas. Por fin me propuse leer el Antiguo Testamento y ver si las profecías contenidas en el mismo habían sido cumplidas. Pronto me convencí de que sí lo habían sido. Así alcancé la creencia firme de que Jesús era el Cristo.

Pronto surgió una nueva duda. ¿Se han cumplido las profecías del Nuevo Testamento? Esto me propuse examinarlo. Leí de nuevo las profecías cuidadosamente. No pude sino ver que cada evento cumplía la predicción. Cuanto más comparaba la una con el otro, más convencido estaba que *toda la Escritura es inspirada por Dios*.[76]

Aun así mi alma no estaba en paz. Ni en verdad la esperaba tener hasta haber renunciado abiertamente a los errores del papismo; lo que hice en Berlín. Ahora llevaba una vida muy estricta. Leía mucho, oraba mucho. Hacía todo lo posible por vencer al pecado, pero no lo logré; todavía el pecado me tenía cautivo. No encontré más descanso entre los luteranos que anteriormente entre los papistas.

Al final, no sabiendo qué hacer, me enlisté como soldado. Ahora pensé que tendría más tiempo para orar y leer, teniendo conmigo un Nuevo Testamento y un himnario. Pero en un solo día me robaron ambos libros. Ese robo casi me rompe el corazón. Encontré también en este estilo de vida todas las inconveniencias que pensé podría evitar. Después de seis meses

---

[76] 2 Ti.3.16.

regresé a mi antiguo trabajo y lo continué por dos años. Me mudé después a Görlitz en Sajonia, donde contraje una enfermedad peligrosa. No pude mover mano o pie por veinte semanas. El Pastor Schwedler me venía a ver todos lo días. Por él fue que el evangelio de Cristo vino por primera vez con poder a mi alma.

Aquí encontré la paz que por mucho tiempo había buscado en vano, pues sentí la seguridad de que mis pecados habían sido perdonados. En verdad no todos a la misma vez, sino poco a poco; no en un solo momento, ni en una hora. No pude creer inmediatamente que estaba perdonado por el error en que estaba en relación al perdón. En aquel entonces no veía que la primera promesa a los hijos de Dios es, «el pecado no reinará más sobre ti»; sino que pensaba que ya no sentiría el pecado dentro de mí desde el momento en que fuera perdonado. Por lo tanto, aunque tenía el poder sobre el pecado, todavía tenía el temor de no estar perdonado pues este pecado aún me incitaba y en ocasiones *me empujaba con violencia para que cayera*.[77] A pesar de que el pecado no reinaba, permanecía en mí y yo estaba continuamente tentado, pero no vencido. Esto en ese momento me llevó a muchas dudas; sin comprender que el demonio tienta, hablando propiamente, sólo a quienes él percibe se le están escapando. El no necesita tentar a los suyos. Porque ellos, *están bajo el maligno*.[78] (como lo refiere San Juan) y hacen su voluntad con codicia. Pero aquellos que Cristo libera, el diablo los tienta día y noche para ver si puede recuperarlos para su reino. No me daba cuenta entonces que ser justificado es muy distinto de tener la plena seguridad de la salvación. No recordaba que nuestro Señor dijo a sus discípulos antes de su muerte, *«vosotros limpios estáis»*.[79] No fue hasta muchos días después que los discípulos tuvieron plena seguridad, por el Espíritu Santo que recibieron, de su reconciliación con Dios a través de su sangre. La diferencia entre estos frutos del Espíritu me estaba oculta, así que fue difícil y lentamente que quedé convencido de que tenía uno de estos frutos, pero que no tenía al otro.

Cuando me recuperé de mi enfermedad, decidí regresar a Moravia y predicar a Cristo a mis conocidos allí. Luego regresé a Görlitz, donde permanecí cinco años, y donde tuvimos un gran avivamiento en el pueblo y sus alrededores. En este tiempo hice dos viajes a Moravia, donde más y más personas vinieron a escucharme, muchos de los cuales me prometieron llegar a donde yo estuviera, cuando una puerta se abriera para ellos.

Después de mi regreso de mi tercer viaje, habiendo fallecido el ministro de Berthelsdorf, el Conde Zinzendorf envió a Görlitz al Sr. Rothe para que fuera el pastor de ese lugar. El Sr. Rothe le habló sobre mí y él me escribió para que fuera a verlo. Cuando llegué el Conde dijo, «Dejemos que vengan todos los amigos que quieran aquí; yo les daré tierra para construir y Cristo les proveerá el resto». Inmediatamente fui a Moravia y les dije que Dios había encontrado un lugar para nosotros. Diez de ellos me siguieron

---

[77] Sal.118.13.
[78] 1 Jn.5.19.
[79] Jn.13.10.

entonces, diez más al siguiente año y uno más en mi viaje siguiente. Los papistas se alarmaron, pusieron un precio a mi cabeza y arrasaron hasta el suelo la casa donde me alojaba. Sin embargo, hice once viajes en total y conduje a tantos como quisieron acompañarnos. Tan conocido se hizo el lugar que muchos otros llegaron por su propia cuenta.

Hace 18 años que construimos la primera casa. Escogimos estar cerca de la carretera en vez de estar en Berthelsdorf (el Conde nos dejó escoger) en la esperanza de que pudiéramos encontrar oportunidades de instruir a algunos de los que viajaban por el lugar. En dos años aumentamos a 150, cuando me hice muy amigo de un calvinista, quien después de algún tiempo me llevó a sus opiniones sobre la elección y reprobación. Desde mi punto de vista esas opiniones eran las mismas que nuestros hermanos habían presentado. Por este tiempo nos encontrábamos frente a muchas dificultades, por lo que muchos se sentían muy desanimados. Me esforcé en animarlos con el sentir del amor de Dios hacia ellos. Ellos respondieron: «No, puede ser que Dios no tenga amor por nosotros. Puede ser que no somos de los elegidos, sino que él nos aborreció desde la eternidad y por lo tanto, Dios ha permitido que nos sucedan.» El Conde, al ver esto, quiso que fuera a ver al ministro del pueblo vecino, Pastor Steinmetz, y hablara con él ampliamente el tema, «Si Cristo murió por todos». Así lo hice y con su ayuda Dios me convenció totalmente de aquella verdad tan importante. No mucho después el Conde quiso que pudiéramos reunirnos todos para considerar estas cosas en su cabalidad. Siguiendo su consejo nos reunimos en su casa por tres días. Abrimos las Escrituras y estudiamos los relatos que hablan de la completa economía de Dios con el humano, de la creación hasta la consumación de todas las cosas. Por la gracia de Dios todos llegamos a un mismo pensamiento, particularmente en aquel punto fundamental, que Dios *quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad*.[80]

Algún tiempo después, los jesuitas informaron al Emperador que el Conde estaba reuniendo a los moravos y a los bohemios, formando un solo cuerpo y haciendo una nueva religión. Comisionados fueron enviados inmediatamente a Herrnhut a indagar la verdad sobre esto. La esencia de la respuesta final regresó a través de ellos al Emperador, como sigue:

Extracto del Instrumento Público Firmado en Herrnhut en Agosto de 1629

1. Creemos la Iglesia de los Bohemios y los Hermanos Moravos, de quienes somos descendientes, fue una iglesia santa y pura, como declararon a Lutero y otros teólogos protestantes, que sostienen que nuestra doctrina coincide con la de ellos. Pero no tienen nuestra disciplina.

2. Mas no dependemos de la santidad de nuestros antepasados. Es nuestra propia y continua ocupación mostrar que hemos pasado de la muerte a la vida, mediante nuestro culto a Dios en espíritu y en verdad.

---

[80] 1 Ti.2.4.

Tampoco consideramos a nadie como hermano a no ser que haya guardado inviolable el pacto hecho con Dios en su bautismo; y de haberlo roto, haber nacido nuevamente de Dios.

3. Por otro lado, a quienes habiendo sido rociados por la sangre de Cristo sean santificados por la fe, les recibimos como hermanos, aunque podamos diferir en algunos puntos. No que podamos renunciar o dejar cualquier doctrina de Dios contenida en la Santa Escritura, siendo la parte más insignificante valorada en miles de oro y plata por nosotros.

4. Juzgamos que la disciplina es necesaria en su mayor grado por todos los que tengan algún conocimiento de la verdad divina y que no podemos, por lo tanto, olvidar lo que hemos recibido de nuestros antepasados. Pero si sucediera (Dios no lo permita) que cualquiera de nosotros hablara o actuara perversamente, sólo podríamos con Juan, «salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros».[81]

5. El culto público a Dios en Berthelsdorf, al que siempre hemos asistido, menos lo podemos abandonar ahora, porque allí tenemos un grupo de verdaderos creyentes, una doctrina libre del error y un pastor que, puesto trabaja tanto en la palabra, será digno de doble honor.[82] Por lo tanto, no tenemos razón para formar otra congregación separada de ésta; especialmente cuando vemos que usamos de aquella libertad que Cristo ha comprado para nosotros, y que con frecuencia se experimenta el poder de la doctrina que allí se enseña y que concuerda con los protestantes evangélicos (es decir, los luteranos) en toda verdad de importancia. En cuanto a los puntos en controversia que requieren cierta sutileza, los ignoramos o despreciamos.

6. El nombre de «hermanos» y «hermanas» no lo rechazamos, pues concuerda con la Escritura y con la sencillez cristiana. Pero no aprobamos ser llamados por el nombre de ningún hombre, sabiendo que uno es nuestro padre, el que está en los cielos.[83]

En 1732 fuimos nuevamente requeridos a dar cuenta de nosotros. Esto se hizo como sigue:

Extracto de la Carta Escrita por la Iglesia de Herrnhut al Presidente de la Alta Lusacia 24 de enero de 1732

1. Nadie puede ignorar la religión de nuestros antepasados si ha leído la historia de Juan Hus. Algunos de sus seguidores se esforzaron para combatir la fuerza mediante la fuerza. El resto, habiendo aprendido mejor de Cristo, obtuvieron permiso del Rey de Bohemia, George Podibrad, para retirarse y vivir aparte, retirándose en conformidad a esto en el año 1453 a un lugar fronterizo de Silesia y Moravia. Vivieron en paz hasta la época de Lutero y Calvino, con quienes, así como con sus seguidores, mantuvieron

---

[81] 1 Jn.2.19.
[82] 1 Ti.5.17.
[83] Mt.23.9.

una relación amistosa, especialmente cuando, por la divina providencia de Dios, fueron puestos entre personas de una u otra opinión.

2. En el año 1699 Daniel Ernst Jablonski, nieto de Amos Comenio, último obispo de los moravos, fue consagrado obispo de los Hermanos Unidos en Moravia, Bohemia y Polonia, en un sínodo formalmente reunido. Al obispo, el Conde Zinzendorf le dijo que varios de los hermanos moravos, que habían escapado de la tiranía de los papistas, estaban unidos a los luteranos, cuya doctrina aprobaban, pero sin embargo, retenían su antigua disciplina. La completa aprobación del Obispo Jablonski fue testificada al Conde a través de varias cartas.

3. Debe reconocerse que muchos de nuestros antepasados, al inicio de la Reforma, por temor a otros, no confesaron esta verdad abiertamente. De ahí que los pastores romanos tuvieron paciencia con ellos, preocupándose muy poco de cuáles eran sus opiniones privadas. Pero como consecuencia de estar disimulando constantemente y dejar de caminar con sencillez, perdieron el fervor de espíritu de tiempos pasados, y no pudieron tampoco encontrar paz para sus almas.

4. Fue en el año 1715 que un soldado del Emperador, últimamente dado de baja, llegó a Schleu, una aldea donde reinaban los jesuitas, y comenzó a hablar con Agustín Neisser y su hermano. El reprobó cortantemente su hipocresía de pretender ser romanistas y ocultar la verdadera fe. Mas ellos consultaron con carne y sangre[84] hasta el año 1722 cuando finalmente abandonaron todo y se retiraron a Alta Lusacia. Detrás dejaron a sus tres hermanos, los que poco después fueron encarcelados y perseguidos terriblemente por los papistas, así que tan pronto se abrió una puerta, ellos también dejaron todo y siguieron a sus hermanos a Lusacia. Así también lo hicieron muchos otros después al no encontrar seguridad, ya sea para sus cuerpos o para sus almas, en su propio país. Cerca de la misma fecha Michael y Martín Linner, y los Haberland, fueron desalojados con sus familias, habiendo sufrido la pérdida de todos sus bienes, por no aceptar el culto romano y por recibir a aquellos llamados «herejes» en sus casas.

5. Los hermanos en Kühnewald fueron tratados aun con mayor severidad. Les quitaron todos sus libros, fueron forzados por los más exquisitos tormentos para que aceptaran las supersticiones papistas e idolatrías, y al final fueron arrojados y encarcelados en las prisiones más abominables. David Schneider, los Nitschmann y muchos otros, fueron obligados también a dejar su país y todo lo que tenían. Estas son nuestras sencillas razones para nuestra salida de Moravia, de la cual su Excelencia deseó un informe de nosotros.

Mientras tanto encontramos que una gran negligencia de conducta había aparecido entre nosotros. En verdad lo mismo se encontró en la mayoría de los que nos rodeaban, ya fueran luteranos o calvinistas, que insistían en la fe hasta olvidar, por lo menos en la práctica, tanto la santidad como las buenas obras.

---

[84] Gá.1.16.

Al observar este horrible abuso de predicar a Cristo *dado a nosotros*, empezamos a insistir más que nunca antes en el Cristo que *vive en nosotros*. Todas nuestras exhortaciones y predicaciones se basaron en esto, y hablamos y escribimos solamente de esto. Nuestras constantes preguntas fueron: ¿Está Cristo en ti? ¿Tienes un nuevo corazón? ¿Está tu alma renovada a la imagen de Dios? ¿Está todo el pecado destruido en ti? ¿Tienes plena seguridad, por encima de toda duda y temor, que eres hijo de Dios? ¿De qué manera y en que momento recibiste tal completa seguridad? Si alguien no podía contestar todas estas preguntas, nosotros juzgábamos que no tenía verdadera fe. Tampoco permitíamos a nadie tomar la Santa Cena entre nosotros hasta que pudiera responder a esas preguntas.

En esta creencia estábamos cuando fui a Groenlandia hace cinco años. Allí tuve comunicación por carta con un ministro danés, Hans Egede, sobre el tema de la justificación. Gracias a Dios que a través del ministro me mostró (a pesar de no ser de ninguna manera un hombre santo, sino culpable de grandes pecados) que ahora nos habíamos inclinado mucho hacia este tema y nos dirigíamos hacia otro extremo: que debía insistirse en ambos «Cristo en nosotros» y «Cristo por nosotros»; pero primero y principalmente en «Cristo por nosotros», como base principal de todo. Ahora pude ver claramente que no debemos insistir en nada que *sintamos* y mucho menos en cualquier cosa que *hagamos*, como si esto fuera necesario previo a la justificación o la remisión de pecados. Vi que lo que no se podía hacer era insistir en la completa seguridad de la fe o la destrucción del cuerpo de pecado y la extinción de todos sus movimientos, a tal punto de apartar a quienes no han obtenido esta seguridad de la Mesa del Señor o negar que tengan fe alguna. Claramente percibí que esta seguridad completa era un don diferente de la fe que justifica y que a menudo tomaba mucho tiempo, que la justificación no implica que el pecado no debe perturbarnos sino que no debe conquistarnos.

Ahora por primera vez tuve la seguridad plena de mi propia reconciliación con Dios a través de Cristo. Por muchos años había tenido el perdón de mis pecados y algo de la paz de Dios; pero hasta ahora no había tenido la prueba de su Espíritu que quita toda duda y temor. En todas mis tribulaciones tuve siempre confianza en Cristo, quien había hecho muchas cosas por mí, pero ésta era una confianza mezclada con temor. Temía no haber hecho lo suficiente. Hasta ahora había siempre algo oscuro en mi alma. Pero ahora una luz clara resplandeció Vi que aquello en que tanto había insistido, el mucho hacer y el mucho sentir, el largo arrepentimiento y la preparación para creer, la amarga tristeza por el pecado y esa contrición profunda del corazón que se encuentra en algunos, no eran en modo alguno esenciales para la justificación. Verdaderamente, que dondequiera que la gracia libre de Dios sea correctamente predicada, un pecador en plena carrera de sus pecados probablemente podría recibirla y ser justificado por esta fe antes de uno que insista en tal preparación previa.

Al regresar a Herrnhut, se me hizo difícil al principio hacer que mis hermanos entendieran esto, o persuadirlos a no insistir sobre la seguridad de la fe como requisito para recibir la Santa Cena. Pero desde el momento que fueron convencidos, que ya hace tres años, todos hemos

insistido principalmente en el Cristo «dado por nosotros». Insistimos en esto como lo principal, que si creemos de veras, Cristo seguramente será «formado en nosotros». Esta predicación resulta siempre acompañada de poder, teniendo la bendición de Dios. Por medio de esto, los creyentes reciben un firme propósito de corazón y una resolución inconmovible de aceptar con un espíritu libre y gozoso todo lo que nuestro Señor tenga a bien poner sobre ellos.

[Wesley continúa citando testimonios de la relación entre la fe que salva y la seguridad de la salvación, y la necesidad de distinguir entre ambas.]

Algunas de las circunstancias de esta relación poco común se me hicieron más claras por el relato que recibí en la tarde de un estudiante en Herrnhut, Albinus Theodorus Feder.

Yo (dijo él) por tres años luché contra el pecado con todas mis fuerzas, mediante el ayuno y la oración y todos los otros medios de la gracia. No obstante a pesar de todos mis esfuerzos no alcancé ningún avance. El pecado prevalecía sobre mí; hasta que por último, no sabiendo qué más hacer, estuve al borde de la desesperación. No quedándome otro refugio más corrí hacia mi Salvador como un perdido y arruinado, que no tenía esperanza a no ser por su poder y libre misericordia. En ese momento encontré mi corazón en paz, con la buena esperanza de que mis pecados fueron perdonados; de lo cual tenía una seguridad más fuerte que hacía seis semanas antes, cuando recibí la Santa Cena aquí. Pero no me atrevo a afirmar que soy un hijo de Dios ni tampoco que tengo el sello del espíritu. Mas prosigo silenciosamente haciendo la voluntad de mi Salvador y refugiándome en sus heridas de todo problema y pecado y sabiendo que él perfeccionará su obra en su propio tiempo.

Cuando le describí mi situación a Martín Dober, me respondió que él había conocido a muchos creyentes, a quienes si se les hubiera hecho la pregunta, no hubieran sido capaces de afirmar que eran hijos de Dios. Añadió que es muy común recibir el perdón de los pecados o la justificación a través de la fe en la sangre de Cristo, antes de recibir la seguridad plena de la fe, la que Dios muchas veces retiene hasta que comprueba que ellos trabajan junto con él en el uso del primer don. Tampoco hay necesidad (continuó Dober) de animar a cualquiera a que busque esa seguridad diciéndole que la fe que tiene no es nada. Con seguridad esto le llevará más a la desesperación que animarlo a que avance. La única preocupación de quien ha recibido el primer don, es *credento credere et in credento perseverare*, (seguir creyendo, y mantenerse en lo que ya se ha creído), proseguir, haciendo la voluntad de su Señor, según la habilidad que Dios ya le ha dado; gozosa y fielmente usando lo que se ha recibido, sin afán por el resto.

[Siguen otros testimonios]

Christopher Demuth habló sobre este asunto:

Mi padre fue un hombre piadoso desde su juventud. Enseñó cuidadosamente a todos sus hijos. Yo tenía 15 años cuando él murió. Un

poco antes de su muerte, habiendo vivido siempre bajo la ley, recibió el perdón de sus pecados y el testimonio completo del Espíritu. Nos llamó a su lado y dijo: «Mis queridos hijos, pongan toda su confianza en la sangre de Cristo. Busquen la salvación en esto, solamente en esto, y él les mostrará la misma misericordia como lo ha hecho conmigo. Ciertamente, el lo hará con muchos de sus familiares y amigos, cuando el tiempo llegue.

Desde esa fecha hasta que cumplí 27 años fui más ferviente en la búsqueda de Cristo. Me trasladé a Silesia y allí me casé. Un año más tarde tuve gran presión de espíritu de regresar y visitar a mis hermanos en Moravia. Así lo hice. Teníamos el Nuevo Testamento, nuestro himnario moravo y dos o tres libros luteranos. Leíamos, cantábamos y orábamos juntos y fuimos muy fortalecidos. Un día, cuando estábamos reunidos en mi casa, tocaron a la puerta. La abrí y era un jesuita. Dijo: «Mi querido Demuth, sé que eres un buen hombre, y uno que instruye y exhorta a sus amigos. Debo ver los libros que tienes». Y entrando al cuarto interior encontró el Testamento y los otros libros. Se los llevó todos y nosotros no nos atrevimos a impedírselo. Al día siguiente nos convocaron ante el consistorio y después de un largo examen nos ordenaron presentarnos en la iglesia y ante la congregación al próximo domingo. Allí leyeron una larga confesión de fe y después nos hicieron repetir, «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Así lo hicimos sin saber lo que ellos pretendían. Entonces nos dijeron que nos habíamos retractado de los errores luteranos e invocaron a la bendita Trinidad para testificar de que habíamos consentido a esa confesión de fe. Me dolió el corazón cuando escuché lo dicho. Me retiré a casa, pero no pude encontrar tranquilidad. Pensé que había negado a mi Salvador y que no podía recibir más misericordias de él. No podía soportar quedarme en Moravia por más tiempo, por lo que regresé de inmediato a Silesia. Allí permanecí seis años, pero también allí estuve continuamente aterrorizado pensando en lo que había hecho. Preguntaba con frecuencia por mis hermanos que había dejado en Moravia. Escuché que algunos de ellos habían sido puestos en prisión y otros escaparon a una pequeña aldea de Lusacia llamada Herrnhut. Hubiera deseado ir también a ese lugar y finalmente encontré a uno que tenía el mismo deseo y acordamos ir juntos. Nuestro plan fue descubierto y mi amigo fue tomado prisionero. Esperando yo ser tratado de la misma manera, oré fervientemente a Dios para que me mostrara una señal de su bien. Inmediatamente mi alma se llenó de gozo y estuve listo para ir a prisión o morir.

Pasaron dos días y nadie me hizo pregunta alguna y dudando lo que debía de hacer, fui a un bosque en la vecindad. y entré a una pequeña cueva, caí de cara y oré: «Señor, tú sabes que estoy listo a hacer tu voluntad. Si ésta es que sea puesto en prisión que así sea. Si es tu voluntad que deje a mi esposa y a mis hijos, estoy listo. Enséñame sólo tu voluntad.» Inmediatamente oí una voz fuerte que decía, *«Fort, fort, fort»* («Adelante, adelante»). Me levanté gozoso y satisfecho y fui a casa y le dije a mi esposa que era la voluntad de Dios que la dejara ahora, pero que pensaba regresar en corto tiempo para llevar a ella y a mis hijos conmigo.

Salí por la puerta y en ese momento me sentí lleno de paz, gozo y tranquilidad.

Teníamos 200 millas delante de nosotros (35 millas alemanas) y ni yo ni el amigo que me acompañaba teníamos un *kreutzer*.[85] Pero Dios hizo posible las cosas convenientes para nosotros, de tal manera que nada necesitamos en el camino.

En este viaje Dios me dio la plena seguridad de que mis pecados habían sido perdonados. Esto sucedió hace doce años, y desde entonces he sido confirmado más y más, recibiendo de él cada día nuevas reservas de fortaleza y tranquilidad.

Al comparar mi experiencia con las de otros uno puede percibir que las diferentes formas usadas por Dios sirven para dirigir a diferentes almas. Pero aunque uno debe ser dirigido de una manera diferente de los demás, no obstante: Si sus ojos permanecen fijos en su Salvador; si su meta constante es hacer su voluntad; si todos sus deseos tienden hacia él; si en toda tribulación puede sacar fuerzas de él; si puede correr hacia él en todas sus aflicciones y tentaciones, puede encontrar salvación en su sangre. En todo esto no puede haber engaño. Y quienquiera ponga atención, como quiera y donde quiera que comience es seguramente reconciliado con Dios a través de su Hijo.

[Tras otro testimonio, Wesley pasa a hablar del gobierno de los moravos:]

En la presente disciplina de la iglesia de Herrnhut, que puede ser alterada a discreción de los superiores, se puede observar:

I. Los oficiales de la iglesia.
II. La división de la gente.
III. Las conferencias, charlas y gobierno de los niños.
IV. El orden del culto

I. Los oficiales son: 1) El *Anciano* de toda la iglesia y a su lado un Anciano para cada división en particular. Hay también un anciano asignado para la obra de los hombres jóvenes y otro para niños. Una Anciana para las mujeres en general, otra Anciana para las mujeres solteras y otra para las niñas. 2) Los *Maestros*, cuatro de ellos. 3) Los *Ayudantes* (o Diáconos) 4) Los *Vigilantes* (o Censores), once de ellos en Herrnhut. 5) Los *Monitores*, once también. 6) Los *Mayordomos*, once en total. 7) Los *Cuidadores* de

---

[85] Moneda de ínfimo valor.

los enfermos, siete en total. 8) Finalmente, los *Sirvientes* o diáconos de nivel inferior.

II. División de los feligreses en Herrnhut: 1) Cinco clases de varones, a saber: los niños pequeños, los intermedios, los mayores, los jóvenes y los casados. El grupo femenino está dividido de la misma forma. 2) Once clases de acuerdo a las casas donde viven y cada clase con un Ayudante, un Vigilante, un Mayordomo y un Diácono. 3) Alrededor de 90 grupos, cada uno de los cuales se reúne por lo menos dos veces, pero mayormente tres veces por semana para *confesar sus ofensas unos a otros, y orar unos por otros, para que sean sanados*.[86]

III. Los gobernantes de la iglesia: Los Ancianos, los Maestros y los Ayudantes (todos elegidos por la congregación) tienen una reunión cada semana, que se ocupa únicamente del estado de las almas y otra sobre a la instrucción de los jóvenes. Paralela a estas reuniones tienen una cada día sobre asuntos del exterior relacionados a la iglesia.

Los Vigilantes, los Monitores, los Mayordomos y los Cuidadores de los enfermos, los Sirvientes, los Maestros, los jóvenes y los niños tienen todos una reunión semanal sobre sus diferentes cargos y deberes.

Una vez a la semana hay también reunión con los visitantes. En esta reunión cualquiera persona podría asistir y presentar cualquier pregunta o duda que desea se le conteste.

En Herrnhut se enseña lectura, escritura, aritmética, latín, griego, hebreo, francés, inglés, historia y geografía.

---

[86] Stg.5.16.

Todos los días hay conferencias de latín, francés e inglés, así como de historia y geografía. Los lunes, miércoles, viernes y sábado son las de hebreo, las de griego los martes y jueves.

En el orfanato los niños más grandes se levantan a las cinco (los más pequeños entre cinco y seis). Después de una oración privada corta, trabajan hasta las siete. Luego van a la escuela hasta las ocho, la hora de la oración. A las nueve, aquellos capacitados para hacerlo, aprenden latín y a las diez francés. A las once caminan. A las doce almuerzan todos juntos y salen a caminar hasta la una. A la una trabajan o aprenden a escribir; a las tres aritmética; a las cuatro historia; a las cinco trabajan; a las seis cenan y trabajan; a las siete, después de unos momentos de oración, caminan; a las ocho los niños pequeños se acuestan, los mayores van al servicio público. Después del servicio trabajan nuevamente hasta que se acuestan (a las diez).

IV. Cada mañana a las ocho hay canto y exposición de la Escritura y comúnmente una corta oración.

A las ocho de la noche hay comúnmente oración en silencio, junto con canto y explicación bíblica.

Más tarde, los fieles dedican un cuarto de hora a la oración y concluyen con el beso de la paz.

Los domingos en la mañana el servicio comienza a las seis y a las nueve el servicio público en Berthelsdorf. A la una el Anciano da exhortaciones por separado a todos los miembros de la iglesia, divididos en catorce clases pequeñas para ese propósito, pasando alrededor de un cuarto de hora con cada clase. A las cuatro comienza el servicio de la tarde en Berthelsdorf, terminando el servicio con una charla en la iglesia. A las ocho es el servicio de costumbre, después del

cual los jóvenes salen cantando alabanzas por el pueblo, y así termina el día.

En el primer sábado del mes se administra la Santa Cena. Desde las dies de la mañana hasta las dos, el Anciano habla en privado con cada comulgante del estado de su alma. A las dos almuerzan y luego se lavan los pies unos a otros. Después cantan y oran. A las diez comulgan en silencio sin ceremonia y continúan en silencio hasta que se retiran a las doce.

El segundo sábado de mes es el día solemne de oración. El tercer sábado es el día general de intercesión y acción de gracias. El cuarto sábado es la reunión más grande mensual de todos los superiores de la iglesia.

Para satisfacción de quienes deseen un informe completo, he agregado lo siguiente:

Un extracto de la Constitución de la Iglesia de los Hermanos Moravos en Herrnhut, presentada ante la Orden Teológica en Württemberg en el Año de 1733

1. Tienen un *Mayor*, o *Anciano*, quien ayuda a la iglesia con su consejo y oraciones, y determina qué debe hacerse en asuntos de importancia. De él se requiere que sea de mucha experiencia en las cosas de Dios y que todos testifiquen de la santidad de su conversación.

2. Tienen *Diáconos* o *Ayudantes*, quienes instruyen en las reuniones privadas; cuidan que las cosas exteriores sean hechas decentemente y en orden y velan para que cada miembro de la iglesia crezca en gracia y camine conforme a su santo llamado.

3. El *Pastor* o *Maestro* debe ser el superintendente de todo el rebaño y por lo tanto de cada persona; bautiza a los niños diligentemente para formar sus mentes y criarlos en disciplina y amonestación del Señor.[87] Y cuando el pastor encuentra en ellos un sincero amor por la cruz, entonces los recibe en la iglesia. Administrar la Santa Cena. Unir en matrimonio a aquellos que ya se han casado con Cristo. Reprobar, amonestar, avivar, consolar, según la necesidad lo requiera. Declarar el designio completo de Dios; prestar atención en todo momento para hablar como si fuera los oráculos de Dios y en acuerdo con la analogía de la fe. Enterrar a aquellos que han muerto en el Señor; y cuidar aquello que se le ha confiado a su

[87] Ef.6.4.

cargo, aun la doctrina pura y la disciplina apostólica que hemos recibido de nuestros antepasados.

4. Tenemos otra clase de *Diáconos* que cuida que nada falte en el orfanato, a los pobres, a los enfermos y a los extranjeros. Otros también están dedicados exclusivamente a cuidar de los enfermos, y otros de los pobres. A dos de estos se les confían los haberes comunes, llevando cuenta de todo lo recibido y gastado.

5. Hay mujeres que realizan los oficios arriba mencionados entre las personas de su propio sexo, ya que ninguno de los hombres conversa con ellas excepto el Anciano, el Maestro y a veces uno o dos de los Diáconos.

6. Hacia los magistrados, sean de un rango superior o inferior, les debemos la más grande reverencia. Con alegría nos sometemos a sus leyes, aun cuando muchos de nosotros hemos sido despojados de nuestros bienes, arrojados de nuestras casas y en todo sentido oprimidos por ellos. Sin embargo, no pusimos resistencia ni abrimos la bocas o alzamos nuestras manos contra ellos. En todas las cosas que no conciernen inmediatamente al reino interior y espiritual de Cristo, nosotros simplemente y sin ninguna contradicción obedecemos los altos poderes de los magistrados. Pero en cuanto a la conciencia, contra la libertad de ésta no podemos sufrir ninguna limitación o violación. A esta autoridad le referimos todo lo que directamente y por sí solo tienda a obstaculizar la salvación de las almas o cualquier cosa de que Cristo y sus santos apóstoles (quienes sabemos que no se inmiscuyeron en las cosas mundanas y externas) se encargaron para constituir y ordenar bien su iglesia. En estas cosas no reconocemos otra autoridad que no sea Cristo y estamos decididos, siendo Dios nuestra ayuda, a dar no sólo nuestros bienes (como lo hicimos antes) sino la vida misma, antes que esta libertad que Dios nos ha concedido.

7. Así como le concierne a todo cristiano no ser haragán en negocios, sino diligente para atender los trabajos de su llamado, hay personas escogidas por la iglesia para supervisar a todos aquellos que trabajan fuera de la misma. Por este medio, también muchas cosas se previenen que pudieran ser de otra manera ocasión de ofensa.

8. Tenemos también Censores y Monitores. Se requiere principalmente, en los Censores, experiencia y perspicacia; en los Monitores, sabiduría y modestia. Los Censores informan lo que observan (y observan los detalles más pequeños) ya sea a los Diáconos o a los Monitores. Hay algunos Monitores que se les conoce como tales; otros que son nombrados secretamente y quienes si es necesario, pueden libremente amonestar, en el amor de Cristo, aun a los gobernantes de la iglesia.

9. La división de la iglesia: primero los esposos, después las esposas, luego las viudas, los sirvientes, los hombres jóvenes, los niños, las niñas y por último los niños pequeños. Estos grupos están en distintas clases, cada una de ellas es diariamente visitada, los hombres casados por un hombre casado, las esposas por una esposa y así sucesivamente con el resto. Estos grupos grandes están (ahora) también divididos en cerca de noventa clases más pequeñas o bandas. Cada una de ellas es presidida por

uno de mayor experiencia. Todos estos *Líderes* se reúnen con el Anciano cada semana y presentan ante él y el Señor todo aquello que obstaculice o adelante la obra de Dios en las almas puestas bajo su responsabilidad.

10. En el año 1727, 24 hombres y el mismo número de mujeres acordaron que cada uno de ellos pasaría una hora cada día orando a Dios por bendiciones para su gente. Con este propósito ambos, hombres y mujeres, escogieron un lugar donde cualquiera de su propio sexo que estuviera en desgracia podía reunirse con ellos. El mismo número de solteras, solteros, niños y niñas, a su petición, fueron después agregados a ellos; quienes volcaron sus almas delante de Dios, no sólo por sus propios hermanos, sino también por otras iglesias y personas que habían deseado ser mencionadas en sus oraciones. Esta intercesión permanente no ha cesado día o noche desde su primer comienzo.

11. Y así como los miembros de la iglesia están divididos según sus respectivos estados y sexos, así también lo están de acuerdo a su habilidad en el conocimiento de Dios. Algunos están muertos, otras avivados por el espíritu de Dios. De éstos, algunos son intratables, algunos diligentes, algunos fervorosos, ardientes con su primer amor; algunos párvulos y otros jóvenes. Aquellos que aún están muertos son visitados cada día. Y a los bebés en Cristo se les da un cuidado especial, de tal manera que puedan ser diariamente supervisados y ayudados a crecer en gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesús.

12. En el orfanato cerca de setenta niños son criados, separados de acuerdo a su sexo. A su lado se encuentran personas experimentadas que son nombradas para consultar con la educación de los otros niños. En la enseñanza del cristianismo usamos el *Catecismo* de Lutero y se estudia cómo enmendar sus voluntades y entendimiento; encontrándose por experiencia que cuando se persuade sus voluntades, ellos pueden a menudo aprender más en pocas horas que de otra manera lo harían en muchos meses. Instruimos a nuestros pequeños mayormente utilizando himnos, en donde encontramos las verdades más importantes sugeridas en sus mentes con mayor éxito.

13. Rendimos gran reverencia al matrimonio, como conducente al reino de Cristo. Ni los jóvenes, hombres y mujeres, entran en el matrimonio hasta que estén casados con Cristo. Cuando alguien sabe que es la voluntad de Dios de cambiar su estado, ambos, el hombre y la mujer son colocados por un tiempo con algunas personas casadas, quienes les instruyen sobre cómo comportarse de tal manera que su vida de casados sea agradable a Dios. Entonces su plan es presentado a toda la iglesia y después de alrededor de 14 días son solemnemente unidos, aunque de otra manera acostumbraban hacerlo en otros tiempos. Si hacen alguna recepción (que no es siempre) invitan sólo a algunos amigos íntimos, los que por sus consejos leales han de prepararlos mejor para soportar su cruz y pelear la buena batalla de la fe. Si alguna mujer está encinta, no sólo se hace mención especial sobre ella en las oraciones públicas, sino también es exhortada para que se entregue en las manos de su fiel Creador. Tan pronto como el niño nace se ora por él y si es posible es bautizado en presencia de toda la

iglesia. Antes de ser destetado es presentado a la congregación en el día del Señor.

14. Si alguno de los niños, ya sea varón o mujer, busca a Dios con todo su corazón, sabe que sus pecados son perdonados y obedece la verdad, no se le insiste en que debe acercarse a la Cena del Señor, pero tampoco se le prohibe hacerlo si así lo desea. Creemos que es suficiente enseñar a nuestros niños los conceptos básicos acerca de esto y la diferencia entre este alimento del alma y aquella leche que reciben cada día de Cristo. Entonces ellos públicamente declaran los sentimientos de sus corazones sobre esto. Son examinados en privado por el pastor y también en público y luego, después de una exhortación por el Mayor por medio de la imposición de las manos, son admitidos y confirmados en la iglesia. El mismo método es usado con quienes renuncian a las supersticiones papales o son transformados del servicio de Satán al de Dios si ellos lo desean, aunque no sean jóvenes, y hasta de edad madura.

15. Una o dos veces al mes, sea en Berthelsdorf o en Herrnhut, toda la iglesia recibe la Cena del Señor. No se puede expresar cuán grande es el poder de Dios en esos momentos entre nosotros. Una confesión general de pecados es hecha por uno de los hermanos en nombre de todos. Luego se hacen unas cuantas preguntas concretas. Cuando son contestadas, la absolución o remisión de pecados se pronuncia sobre todos en general o confirmada a cada persona en particular mediante la imposición de las manos. Los Mayores reciben la comunión primero y luego el resto según su orden, sin ninguna relación a su dignidad mundana, siendo lo mismo para cualquier otro oficio solemne de la religión. Después de recibir la comunión, todos los hombres (y lo mismo las mujeres) se reúnen para renovar su pacto con Dios, buscar su rostro y exhortarse unos a otros según la paciencia de la esperanza y el trabajo de amor.

16. Tienen una estima peculiar por las suertes y las usan en conformidad en público y en privado para decidir puntos de importancia, cuando las razones en discusión parecen tener el mismo peso. Creen que esta práctica es la única forma completa de no tomar en cuenta su propia voluntad o exonerarse de toda culpa y saber claramente cuál es la voluntad de Dios.

17. A las ocho de la mañana, y en la tarde, nos reunimos para orar y alabar a Dios; leer y escuchar las Sagradas Escrituras. El tiempo que dedicamos al descanso es de once de la noche a cuatro de la mañana. Así que, dejando tres horas al día para tomar los alimentos ambos para nuestros cuerpos y almas, quedan 16 horas para trabajar. Este tiempo es usado por quienes gozan de buena salud con diligencia y lealtad.

18. Dos hombres velan en la calle cada noche, como lo hacen dos mujeres en el apartamento de las mismas, y vuelcan sus almas por los que duermen; y con sus himnos elevan los corazones de cualquiera que esté despierto a Dios.

19. Para continuar animando el don que está en nosotros, algunas veces tenemos ágapes en público y a veces en privado. En ellos tomamos un refrigerio moderado con alegría, sencillez de corazón y con voz de alabanza y gratitud.

20. Cualquier hombre en medio de nosotros, habiendo sido a menudo amonestado y por largo tiempo perdonado, si persiste en caminar indignamente de su santo llamado, no es admitido más a la Cena del Señor. Y si continúa en sus faltas, odiando ser cambiado, el último paso es expulsarlo de la congregación, muchas veces en medio de oraciones y lágrimas. Pero grande es nuestro gozo si entonces ve el error de su camino, de tal manera que lo podamos recibir de nuevo entre nosotros.

21. La mayoría de nuestros hermanos y hermanas han tenido en alguna parte de su vida experiencias de duelo sagrado y tristeza de corazón. Después han recibido la seguridad de que *no vendrán a condenación, mas han pasado de muerte a vida*.[88] Por lo tanto están lejos de tener miedo a morir o de desear vivir en la tierra, sabiendo que para ellos *el morir es ganancia*[89] y estando seguros de que están al cuidado de Aquél en quienes están los asuntos de vida y muerte. Por lo tanto parten como de una recámara a otra. Después que el alma ha dejado su habitación sus restos son depositados en la tierra en el lugar para ese propósito. Los sobrevivientes son grandemente consolados, regocijándose por ellos con *la paz que el mundo no conoce*.[90]

---

[88] Jn.5.24.
[89] Fil.1.21.
[90] Jn.14.27.

Diario 3
Prefacio

1. Cuando en el principio hubo quienes comenzaron a imputarme cosas contra mi cargo y que muchas veces yo no sabía, pensé, «Si hubiera tenido dos o tres amigos íntimos que conocieran lo que era mi vida y mi conversación, hubieran podido decir con facilidad lo que habían visto y oído, y todas esas calumnias hubieran caído por tierra.» Pero percibí mi error tan pronto como tuve dos o tres que fueron amigos de verdad y no de nombre solamente, pues fue fácil encontrar cómo evitar que pudieran ser usados como me imaginé. Esto fue hecho de un golpe, de una vez por todas, dándonos a ellos y a mí un nombre nuevo, que aunque insignificante en sí, tuvo este efecto peculiar: me incapacitó completamente de destruir cualquier acusación que pudiera caer sobre mí en el futuro, invalidando cualquier cosa que pudieran decir a mi favor quienes me conocían mejor. Más aún, lo que cualquier otro pudiera decir. Porque cuán notorio es que si cualquiera se atreviera a abrir su boca en mi favor, sólo se necesita responder, «Supongo que usted también es un Metodista», y todo lo que el tal ha dicho será en vano.

2. De ahí que, por un lado, muchos de los que sabían lo que era mi conversación tuvieron miedo de declarar la verdad, temiendo que el mismo reproche recayera sobre ellos. Aquellos pocos que rompieron este temor fueron prontamente incapacitados de declararlo por ser inmediatamente catalogados con aquel que defendían. ¿Qué persona imparcial entonces puede negarse a decir, *«se te*

permite hablar por ti mismo»?[1] Pero por favor, no agregues: «No me persuadirás. Y si me persuades, estoy resuelto a seguir pensando como antes.» No, si eres cándido. Ya has oído sólo un lado. Escucha ahora el otro. Tómale el peso a ambos lados. Deja un margen para la debilidad humana. Y luego juzga como deseas ser juzgado.

3. Lo que me propongo en el siguiente extracto es declarar abiertamente a toda la humanidad lo que los Metodistas (así llamados) han hecho o están haciendo. O más bien, lo que Dios ha hecho y está haciendo en nuestra tierra. No es obra humana lo que se ha visto últimamente. Todos los que observan calmadamente, deben decir, *de parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos*.[2]

4. Esta obra en muchos aspectos no ha sido lo que nosotros o nuestros padres habíamos conocido. No pocos cuyos pecados fueron de la clase más escandalosa, ebrios, blasfemos, ladrones, prostitutas, adúlteros, han sido sacados *de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios*.[3] Muchos de éstos estaban enraizados en su iniquidad, por mucho tiempo gloriándose en su vergüenza, quizás por espacio de muchos años, y algunos hasta la vejez. Muchos no tenían siquiera una fe imaginaria, siendo judíos, arrianos, deístas o ateos. Tampoco ha desnudado Dios su brazo en estos último días sólo a favor de los publicanos y pecadores, sino que muchos de los fariseos han creído en él,[4] de los *justos que no necesitan arrepentimiento*,[5] y *habiendo recibido sentencia de muerte en ellos mismos, oyeron la voz de Dios que resucita a los*

[1] Hch.26.1.
[2] Sal.11823.
[3] Hch.26.18.
[4] Jn.7.48.
[5] Lc.15.7.

muertos.[6]han sido hechos partícipes de una religión interior y vital, que es *justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*.[7]

5. La manera en que Dios ha efectuado esta obra es tan extraña como la obra misma. Generalmente, en cualquier alma en particular, si no siempre, ha sido realizada en un momento. *Porque como el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre*.[8] Ya sea para traer paz o espada; para herir o para sanar, para persuadir de pecado o dar remisión de pecados por su sangre. Las otras circunstancias relacionadas a esto han sido igualmente remotas de lo que la sabiduría humana hubiera podido esperar. Cuán cierta es aquella palabra: *«Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos.»*[9]

6. Estas extraordinarias circunstancias parecen haber sido planeadas por Dios para una mayor manifestación de su obra, para que su poder sea conocido y para despertar la atención de un mundo adormecido. Pero de esas mismas circunstancias algunos han sacado su gran objeción contra toda la obra: *Nunca hemos visto tal cosa*, dijeron.[10] Por lo tanto la obra no es de Dios. Para probar su objeción, no sólo representaron falsamente cómo sucedieron muchas de estas circunstancias sino que añadieron muchas otras que no existieron y con frecuencia sin ninguna relación, ya sea a la verdad o a la probabilidad. Un simple repaso de esos acontecimientos que *no fueron hechos en algún rincón*.[11] es la mejor respuesta a esta clase de objeciones. Y a aquellas

---

[6] 2 Co.1.9.
[7] Ro.14.17.
[8] Mt.24.27.
[9] Is.55.8.
[10] Mr.2.12.
[11] Hch.26.26.

que parecen tener mayor peso, ocasionalmente les he dado una respuesta más detallada.

7. De todas maneras, sé que ni siquiera esta respuesta ha de satisfacer de ningún modo, a la mayor parte de quienes ahora se muestran ofendidos, por la sencilla razón de que nunca la leerán. Han decidido escuchar un lado y solamente uno. También sé que muchos que la leen tendrán la misma opinión que tenían antes porque ya han fijado su juicio y no tomarán en cuenta lo que alguien pueda decir. Dejemos que ellos se ocupen de eso. Yo he hecho mi parte. Les he entregado mi propia alma. Más aún, sé que muchos estarán grandemente ofendidos por este relato. Y así debe ser por la propia naturaleza de las cosas que aquí se cuentan. El mejor nombre que espero de ellos es el de un tonto, de loco, de entusiasta. Todo lo que a mí me toca es relatar la simple verdad, en la manera más inofensiva que pueda hacerlo. Dejemos que Dios produzca el efecto que más le plazca y que sea lo mejor para su gloria.

8. ¡Pueda *el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra*,[12] abrir *puerta grande y eficaz*,[13] por el medio que le plazca, para su eterno evangelio! ¡Pueda él *enviar por medio del que debe enviar*,[14] para que pueda la palabra del Señor *correr y ser glorificada*[15] más y más! ¡Pueda él cabalgar, *venciendo, y para vencer*,[16] hasta *que haya entrado la plenitud de los gentiles*,[17] y *la tierra sea*

---

[12] Ap.3.7.
[13] 1 Co.16.9.
[14] Ex.4.13.
[15] 2 Ts.3.1.
[16] Ap.6.2.
[17] Ro.11.25.

llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar![18]

[18] Hab.2.14.

Diario 3
Desde el 12 de agosto de 1738
hasta el primero de noviembre de 1739

[El diario comienza con unas notas de viaje por Alemania. El 19 de agosto, en Halle, Wesley se entrevistó con A.H. Francke. De esa visita dice solamente que Francke lo recibió cordialmente («se comportó con mucha humanidad»). El día 20 llegó a Jena.]

LUNES 21. Visitamos al colegio aquí [en Jena], cuyo inicio, según nos contaron, fue así:

Alrededor del año 1704 el Sr. Stoltius, estudiante en Jena, comenzó a hablar de la fe en Cristo, lo que continuó haciendo hasta que obtuvo su maestría y sostuvo conferencias públicas. Unos 12 o 15 estudiantes fueron despertados y se unieron a él para orar y edificarse unos a otros. Por esto (después que varias calumnias se esparcieron al exterior y ocurrieron allí persecuciones ocasionales) el consistorio se sintió ofendido y emitió una orden para que el Sr. Stoltius fuese examinado. Como consecuencia del informe hecho por los comisionados al consistorio, se le prohibió dar conferencias públicas o tener reuniones con sus amigos. No mucho después se dio la orden de que se le excluyera de la Santa Comunión. Hubiera sido también expulsado de la universidad, pero previno esta acción mediante su renuncia voluntaria.

Empero, uno de los comisionados que había sido enviado por el Duque de Weimar (uno de los lores de Jena) informó al Duque que según su juicio Stoltius era un hombre inocente y santo. Basado en este informe el Duque lo mandó a traer a Weimar y le buscó un lugar donde vivir. Allí, igualmente, despertó a muchos y se reunía con ellos para orar y leer las Escrituras juntos. Pero no pasó mucho tiempo cuando la ciudad no pudo tolerarlo más ya que abiertamente censuraba todo vicio y en toda clase de personas, sin dejar pasar a los cortesanos ni al Duque mismo. Consecuentemente sus enemigos aumentaron por todos lados y le siguieron muchas persecuciones. Por último se le prohibió tener reuniones privadas e iba a ser depuesto del ministerio; pero Dios le habló y lo protegió del mal que iba a tener.

Antes de que Stoltius saliera de Jena, Buddaeus también empezó a predicar el verdadero evangelio, así como lo hizo más tarde Christius; por lo que algún despertar religioso continuó hasta el año 1724. Algunos de los vecinos se pusieron de acuerdo para dejar a un estudiante como maestro de escuela para algunos niños pobres. Más tarde tuvieron varios maestros. Pero alrededor de 1728 todos los maestros se retiraron y la escuela cerró, quedando los niños descuidados. El Profesor Buddaeus fue informado al respecto y ansiosamente recomendó que los niños fueran llevados a su casa; cerca de diez de ellos, entre los cuales estaba el Sr. Spangenberg, se hicieron cargo del cuidado de los niños. Pronto aumentaron en número, lo

que ofendió a los otros maestros de escuela en la comunidad, y no mucho después a los magistrados y a los miembros del senado en la universidad. La ofensa pronto llegó a los pastores, profesores, el consistorio y los príncipes que son los lores de Jena. Fue la voluntad de Dios de llegar a uno de ellos, el Príncipe de Eisenach, quien tenía completo poder allí, para detener la persecución completa, prohibiendo tanto al senado como al consistorio de molestarlos. El asimismo completamente los exoneró de la jurisdicción de ambos, ordenando que en adelante todas las quejas contra ellos serían sólo ser juzgadas por él. Pero durante la persecución el número de escuelas aumentó de una a tres (una en cada sector de la ciudad), el número de maestros a más de 30 y los niños a más de 300.

Hay ahora más de 31 maestros fijos, 10 en cada escuela y tres o cuatro voluntarios para suplir casos de emergencia. Cuatro de los maestros han sido nombrados para castigar y no están asignados a ninguna escuela. Cada escuela está dividida en dos clases y se enseña cinco horas al día. Cada uno de los 30 maestros tiene una hora diaria para enseñar. Todos los maestros tienen una reunión acerca de las escuelas todos los lunes. Tienen una segunda reunión los jueves, principalmente para la oración, y una tercera cada sábado.

Cada semestre hay reunión de maestros para llenar las plazas de aquellos que se retiran. El número de ellos nunca decrece ya que otros nuevos ofrecen sus servicios en cuanto se retiran los que salen de la universidad.

El método que usan en la enseñanza es el siguiente:

Siempre hay dos clases en cada escuela. En la primera, los niños de seis a diez o doce años quienes aprenden a leer. Luego se transfieren a otra clase en las que se les enseña las Sagradas Escrituras, aritmética y cualquier otro conocimiento que les sea útil a los niños aprender.

En la mañana de ocho a nueve todos reciben el catecismo y son instruidos en los primeros principios del cristianismo, sea del catecismo menor de Lutero o de algunos textos de la Sagradas Escrituras.

De nueve a diez los niños más pequeños aprenden las letras y las sílabas y los mayores leen la Biblia. De diez a once los principiantes aprenden y repiten algunos versículos selectos de las Sagradas Escrituras, principalmente los que se relacionan con los fundamentos de la fe. Mientras tanto, la clase de mayores estudia aritmética.

Por las tardes de una a dos todos los niños trabajan, y lo mismo hacen de nueve a diez en la mañana. De dos a tres los niños más pequeños aprenden y repiten el catecismo menor de Lutero, mientras que los mayores aprenden a escribir.

Cada domingo hay un catecismo público en base a algún texto de la Escritura. Todas las personas interesadas pueden participar.

En la tarde salimos de Jena, y varios de los hermanos nos acompañaron hasta las afueras del pueblo. A las cinco, habiendo pasado apenas por Weimar, nos

encontramos con el Sr. Ingham que iba camino a Herrnhut. Todos juntos, nos dirigimos a una aldea vecina donde pasamos una cómoda noche. En la mañana nos encomendamos los unos a los otros a la gracia de Dios y salimos cada uno por su camino.

Desayunamos en Erfurt con el Sr. Reinhardt y pasamos la noche con algunos hermanos de Saxe-Gotha. Después de un largo viaje llegamos a Marienborn el viernes, el 25 de agosto.

viernes 6. En la noche comencé a exponer en una pequeña sociedad en Wapping. El domingo 8 prediqué en la Capilla de Savoya (supongo que por última vez) sobre la parábola (o más bien la historia) del fariseo y publicano orando en el templo.[19] El lunes 9 salí para Oxford. Mientras caminaba leí la sorprendente narración de las conversiones habidas últimamente en y cerca del pueblo de Northampton en Nueva Inglaterra.[20] Seguramente, *de parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos*.[21]

Le escribí a un amigo un extracto de esto, sobre el estado de quienes están débiles en la fe. Su respuesta, que recibí el sábado 14, me causó gran confusión, hasta que después de clamar a Dios tomé la Biblia y la abrí en estas palabras: *«E invocó Jabes al Dios de Israel, diciendo: ¡Oh, si me dieras bendición, y ensancharas mi territorio, y si tu mano estuviera conmigo, y me libraras de mal, para que no me dañe! Y le otorgó Dios lo que pidió.»*[22]

---

[19] Lc.18.9-14.
[20] Se refiere al «Gran Despertar», cuyo personaje principal fue Jonathan Edwards [N.del Ed.].
[21] Sal.118.23.
[22] 1 Cr.4.10.

Esto, sin embargo, más una cláusula de la Lección Vespertina, me hizo considerar mi propio estado más profundamente. Lo que pensé entonces fue como sigue:

Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe.[23] Ahora bien, la prueba más segura mediante la que podemos examinarnos nosotros mismos, si es que estamos verdaderamente en la fe, es aquella dada por San Pablo: *«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.»*[24]

En primer lugar, sus juicios son nuevos: la opinión de sí mismo, de su felicidad y santidad.

Se juzga a sí mismo y se ve muy corto de la gloriosa imagen de Dios. Se juzga no tener nada bueno en él, sino todo aquello que es corrupto y abominable; en una palabra, es terrenal, animal y diabólico, una mezcla de bestia y de diablo.

Así, por la gracia de Dios en Cristo, me juzgo a mí mismo. Por lo tanto soy en este sentido una nueva criatura.

De igual modo su juicio sobre la felicidad es nuevo. Le parecería tan lógico sacarla de un hoyo en la tierra como pensar encontrarla en las riquezas, el honor, el placer (así llamado) o en verdad en el gozo de cualquier criatura. Sabe que no hay felicidad en la tierra sino en el gozo de Dios y en el gozo anticipado de aquellos ríos de placer que fluyen a su mano derecha para siempre.

Así, por la gracia de Dios en Cristo, juzgo la felicidad. Por lo tanto soy en este respecto una nueva criatura.

También su juicio sobre la santidad es nuevo. Ya no la juzga como algo externo, que consiste en no hacer mal, o

---

[23] 2 Co.13.5.
[24] 2 Co.5.17.

en hacer bien o usar las ordenanzas de Dios. Ahora ve que es la vida de Dios en el alma; la imagen fresca de Dios estampada en el corazón; una renovación completa de la mente en cada rasgo y pensamiento, según la semejanza del que la creó.

Así, por la gracia de Dios en Cristo, juzgo la santidad. Por lo tanto, en este sentido soy una nueva criatura.

En segundo lugar, sus planes son nuevos. El plan de su vida no es amontonar tesoros en la tierra, no es ganar alabanzas de los humanos, o *los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida*,[25] sino volver a ganar la imagen de Dios, tener nuevamente la vida de Dios sembrada en su alma y ser renovado según su imagen *en la justicia y santidad de la verdad*.[26]

Ese, por la gracia de Dios en Cristo, es el plan de mi vida. Por lo tanto, soy en este sentido una nueva criatura.

En tercer lugar, sus deseos son nuevos y en verdad toda la serie de sus pasiones e inclinaciones. No están ya fijos en cosas terrenales. Ahora están fijos en las cosas celestiales. Su amor gozo y esperanza, su pena y temor, todos se refieren ahora a las cosas superiores. Todos miran hacia el cielo, porque *donde está su tesoro, allí también estará su corazón*.[27]

No me atrevo a decir que soy una nueva criatura en este respecto, ya que otros deseos con frecuencia afloran en mi corazón. Pero esos deseos no reinan. Los pongo a todos debajo de mis pies a través de *Cristo que me fortalece*[28] Por

---

[25] 1 Jn.2.16.
[26] Ef.4.24.
[27] Mt.6.21.
[28] Fil.4.13.

lo tanto creo que él me está creando de nuevo en esto también y que él ha empezado, aunque no ha terminado su obra.

En cuarto lugar, su conversación es nueva. Está siempre *sazonada con sal*[29] y tiene el fin de *dar gracia a los oyentes*.[30]
Así es la mía, por la gracia de Dios en Cristo. Por lo tanto, en este respecto soy una nueva criatura.

Quinto, sus acciones son nuevas. El tono de su vida apunta únicamente a la gloria de Dios. Todos sus bienes y tiempo son dedicados a estas acciones. Pues si *come o bebe o hace otra cosa*,[31] todo surge de o se dirige al amor de Dios y de la humanidad.

Así, por la gracia de Dios en Cristo, es el tenor de mi vida. Por lo tanto, en este respecto soy una nueva criatura.

Pero San Pablo nos dice de otra forma que *el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe.*[32] Ahora aunque, por la gracia de Dios en Cristo, encuentro en cierta medida algunos de éstos en mí, tales como paz, paciencia, benignidad, bondad, temperancia, otros no los encuentro. No puedo encontrar en mí el amor de Dios o el de Cristo. De aquí mi sordera y rodeos en la oración pública. Por esto, aun en la Santa Comunión tengo raramente algo más que una fría atención. Por tanto cuando oigo de las grandes ejemplos del amor de Dios, mi corazón está todavía sin sentido y sin afecto. Más aún, en este momento, no siento más amor hacia él que hacia alguien de quien nunca he oído.

---

[29] Col.4.6.
[30] Ef.4.29.
[31] 1 Co.10.31.
[32] Gá.5.22.

Igualmente, no poseo ese *gozo en el Espíritu Santo*,[33] ni un gozo establecido ni duradero. Ni tengo tal paz que me libere de la posibilidad ya sea del temor o la duda. Cuando algunos hombres santos me dijeron que no tenía fe, muchas veces he dudado si la tenía o no. Y esas dudas me han hecho sentir muy inseguro, hasta que fui aliviado por medio de la oración y las Santas Escrituras.

Sin embargo, sobre todo esto, aunque no tengo todavía ese gozo en el Espíritu Santo, ni ese *amor de Dios derramado en mi corazón*,[34] ni la *plena certidumbre de fe*,[35] ni el apropiado *Espíritu mismo que da testimonio a mi espíritu de que soy hijo de Dios*,[36] mucho menos soy, en el completo y propio sentido de las palabras, nueva criatura en Cristo.[37] Sin embargo, confío que tengo una medida de fe y que soy *acepto en el Amado*.[38] Confío que el acta de los decretos que están contra mi está anulada,[39] y que estoy *reconciliado con Dios a través de su Hijo*.[40]

DOMINGO 19. Sólo prediqué por la tarde en el Castillo. El lunes por la noche estuve perturbado por mis sueños y cerca de las once me desperté en medio de un temor difícil de explicar y sin poder reconciliar el sueño. Alrededor de esa hora (como me enteré en la mañana) uno que había sido asignado a ser mi alumno, pero que no lo fue, vino a la portería donde varias personas estaban sentadas, y con una pistola en la mano. El la mostró, como jugando, primero a uno y después a otro. Entonces intentó dos o tres

---

[33] Ro.14.17.
[34] Ro.5.5.
[35] He.10.22.
[36] Ro.8.16.
[37] 2 Co.5.17.
[38] Ef.1.6.
[39] Co.2.14.
[40] Ro.5.10.

veces de dispararse él mismo, pero la pistola no se disparó. Después de dejarla, uno de los presentes la tomó y eliminó el fulminante. El alumno se puso muy colérico, salió y fue a buscar fulminante nuevo. Regresó, se sentó y golpeó el pedernal de la pistola con la llave. Cerca de las doce, quitándose el sombrero y la peluca, dijo que moriría como un caballero y se disparó en la cabeza.

VIERNES 2 de marzo de 1739. Todos nuestros hermanos me recomendaron que pasara unos días en Oxford, a donde partí el sábado 3. Aquí encontré algunos que no habían negado la fe, ni se sentían avergonzados de su Señor, aun en medio de una generación perversa. Cada día que pasábamos juntos teníamos la prueba convincente, tal como antes no habían siquiera imaginado nuestros corazones, que *el puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios*.[41]

Unos de los ejemplos más sorprendentes de este poder que pueda recordar lo pude vivir al siguiente martes cuando visité a una persona que estaba muy colérica con *esta nueva doctrina*[42] y decidida a oponerse a la misma. Los argumentos que usé en la conversación la encolerizaron más y más. Puse fin a la discusión invitándola a unirnos en oración, a lo que consintió hasta arrodillarse. En pocos momentos cayó en extrema agonía, ambas de cuerpo y alma, y pronto clamó con la mayor seriedad, «Ahora sí lo sé, estoy salvada por la gracia de Dios». Muchas de las otras palabras que emitió fueron iguales, siempre testificando de una esperanza completa en la inmortalidad. Desde esa hora

---

[41] He.7.25.

[42] Mr.1.27.

Dios hizo su rostro firme como pedernal al proclamar la fe que antes había perseguido.

JUEVES 29 de marzo. Salí de Londres y en la tarde expuse en una pequeña compañía en Basingstoke. El sábado 31 por la tarde llegué a Bristol y allí encontré al Sr. Whitefield. Al principio me fue difícil de aceptar esta extraña manera de predicar en los campos, de lo cual él me dio un ejemplo el domingo. Habiendo sido toda mi vida (hasta hace poco) tan tenaz de cada punto relacionado con la decencia y el orden que hubiera pensado que el salvar almas era casi un pecado si no se hacía en la iglesia.

ABRIL 1. En la noche (el Sr. Whitefield se había marchado) comencé a exponer el Sermón de la Montaña de nuestro Señor (un excelente precedente para la predicación en el campo, aunque supongo que había también iglesias en ese tiempo) a una pequeña sociedad que acostumbraba reunirse una o dos veces a la semana en la calle Nicolás.

LUNES, 2 de abril. A las cuatro de la tarde decidí *ser más vil*[43] y proclamé en los caminos las buenas nuevas de salvación a cerca de 3,000 personas, hablando desde una pequeña ladrillera en un terreno fuera de la ciudad. La Escritura de la cual hablé (¿es posible que alguien ignore que esto se cumple en todo verdadero ministro de Cristo?) fue: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos; y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.*[44]

---

[43] 2 S.6.22.
[44] Lc.4.18-19.

A las siete empecé a exponer sobre los Hechos de los Apóstoles a una reunión de la sociedad en la calle de Baldwin. Al día siguiente, sobre el Evangelio de San Juan en la Capilla de Newgate, donde también hablé en el servicio matutino de la Iglesia.

MIÉRCOLES 4 de abril. En Baptist Mills (una especie de suburbio o villa a cerca de media milla de Bristol) ofrecí la gracia de Dios a cerca de 1,500 personas usando estas palabras: *yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia*.[45]

En la noche tres mujeres se pusieron de acuerdo para reunirse semanalmente con la misma intención de los de Londres, o sea, *«confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados»*.[46] A las ocho, cuatro jóvenes se pusieron de acuerdo para realizar el mismo plan. ¿Quién se atreve a negar que esto es (en lo sustancial) un medio de gracia ordenado por Dios? A no ser que afirme (con Lutero en la furia de su «sólo la fe», *sola fide*) que la Epístola de Santiago es «una epístola de paja».

MIÉRCOLES 9. Adquirimos un predio cerca del cementerio de la iglesia de St. James, en terreno de la Feria de Caballos, donde se planificó la construcción de un cuarto lo suficientemente grande para dar cabida a las sociedades de Nicolás y Baldwin y a sus respectivos conocidos que desearan estar presentes las veces que la Escritura fuera expuesta. El sábado 12, se colocó la primera piedra con voces de alabanza y acción de gracias.

Al inicio no tuve el menor recelo o plan de estar personalmente involucrado, ya sea en los gastos de este trabajo o en la dirección del mismo, habiendo elegido a once

---

[45] Os.14.4.
[46] Stg.5.16.

feudatarios, sobre quienes di por supuesto que recaería este trabajo. Pronto descubrí mi error. Primero con relación a los gastos, pues todo el trabajo que se requirió se hubiera paralizado a no ser que yo no hubiera asumido el pago de todos los trabajadores inmediatamente. De tal manera, que antes de que yo supiera donde me encontraba había contraído una deuda de más de 150 libras. Esta cantidad tenía que pagarla como pudiera, ya que las cantidades subscriptas entre ambas sociedades no alcanzaban a un cuarto de la suma total. En cuanto a la dirección del trabajo, recibí cartas de mis amigos en Londres, del Sr. Whitefield en particular, con un mensaje que ni él ni ellos tenían nada que ver con el edificio, ni contribuirían en nada para el mismo a no ser que yo despidiera de inmediato a todos los feudatarios y que lo hiciera todo en mi nombre. Me dieron muchas razones para hacer esto, pero una fue suficiente, a saber, que tales feudatarios tendrían siempre en su poder el control sobre mí y que si yo predicaba algo que no les gustara, me expulsarían del cuarto que yo había construido. De acuerdo con sus consejos, reuní a todos los feudatarios, cancelé (nadie se opuso) el documento antes elaborado y asumí toda la administración en mis propias manos. Dinero, es cierto, no tenía, ni ningún recurso humano o probabilidad de conseguirlo. Pero sabía que, *de Jehová es la tierra y su plenitud*,[47] y en su nombre comencé, sin dudar en nada.

DOMINGO 20. Al ver a muchos de los ricos de la Iglesia de Clifton, sentí mucha pena por ellos y estaba de veras deseoso de que aun algunos de ellos pudieran *entrar en el reino de los cielos*.[48] Pero aun animado como estaba, no supe cómo empezar a advertirles a huir de la ira que

---

[47] Sal.24.1.
[48] Mt.5.20.

venía hasta que abrí mi Testamento en estas palabras: *«no he venido a llamar a justos, sino a pecadores».*[49] Al aplicarlo a esa situación, mi alma se engrandeció de tal forma que pensé que hubiera podido clamar (en otro sentido del pobre y vano Arquímedes) «Dénme un punto de apoyo, y moveré al mundo». Los relámpagos y la lluvia enviados por Dios no impidieron a 1500 personas que se quedaran en Rose Green. La Escritura fue, *Truena el Dios de gloria... Voz de Jehová con potencia, voz de Jehová con gloria.*[50] En la noche el Señor habló a tres cuyas almas eran verdaderas tormentas y tempestades e inmediatamente sobrevino una gran calma.

Durante todo este tiempo fui continuamente cuestionado ya sea por quienes a propósito vinieron a Bristol a preguntar sobre esta extraña obra, o por mis viejos o nuevos corresponsales, *¿Cómo puede hacerse esto?*[51] Innumerables advertencias me hicieron (generalmente basadas en falsas interpretaciones) de no considerar las visiones o los sueños; o de engañar a la gente haciéndoles pensar que tendrían el perdón de sus pecados por sus clamores, lágrimas o por simples profesiones externas. A uno que me había escrito en repetidas ocasiones sobre esta autoridad le respondí lo siguiente:

El asunto entre nosotros se vuelca principalmente, si no enteramente, en materia de hecho. Niegas que Dios ahora produzca estos efectos; o al menos que los produzca en esta forma. Yo afirmo ambos, porque he oído estas cosas con mis propios oídos y las he visto con mis propios ojos. He visto (en tanto algo así puede verse) muchas personas

---

[49] Mr.2.17.
[50] Sal.29.3-4.
[51] Jn.3.9.

cambiadas en un momento del espíritu de temor, horror, desesperación al espíritu de amor, gozo y paz, y de los deseos pecaminosos que reinaban sobre ellos a un puro deseo de hacer la voluntad de Dios. Esto son hechos de los que y soy testigo casi diariamente, de vista y de oído, dondequiera que estoy. Lo que tengo que decir en relación a las visiones o sueños es lo siguiente: Conozco a muchas personas en quienes este gran cambio sucedió en un sueño o durante una fuerte representación en su mente de Cristo, ya sea en la cruz o en la gloria. Esto es un hecho. Dejemos a quien quiera que juzgue esto como le parezca mejor. Y que tal cambio fue verdadero se comprueba, no por derramar lágrimas, caer por ataques o por llantos (estos no son los frutos por los que juzgo, como parece que usted supone) sino por el tono de su vida, hasta entonces malvada en muchas formas y a partir de ese momento, santa, justa y buena.

Ahora le mostraré que aquél que fue un león hasta entonces, es ahora un cordero; aquél que fue un ebrio es ahora ejemplo de sobriedad; la prostituta que fue, ahora aborrece la vestimenta manchada por la carne. Estos son mis argumentos reales para comprobar lo que aseguro, a saber, que Dios ahora como en otro tiempo, da perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo tanto para nosotros como para nuestros hijos; siempre repentinamente, hasta donde he visto, y con frecuencia en los sueños o en las visiones de Dios. Si no fuera así, sería un falso testigo delante de Dios. De estas cosas yo testifico y, por gracia de Dios, testificaré.

Quizás pudiera ser que debido a la dureza de nuestros corazones, no estemos listos para aceptar nada a menos que lo veamos con nuestros ojos y lo oigamos con

nuestros oídos. Dios en tierna condescendencia a nuestras debilidades sufrió muchas señales visibles en el preciso momento cuando trajo este cambio interno para ser visto y oído continuamente entre nosotros. Pero aunque vieron *señales y prodigios*[52] (porque así debo llamarlos) empero muchos no creerán. En verdad no pueden negar los hechos, pero sí pueden explicarlos. Algunos decían: «fueron puramente efectos naturales; la gente se desmayaba sólo por el calor y la estrechez de los ambientes.» Y otros estaban seguros de que «todo fue un engaño: podrían evitarlo si quisieran. Además ¿por qué estas cosas se dieron sólo en sus sociedades privadas? ¿Por qué no sucedieron a la luz del día?» Hoy, lunes 21, nuestro Señor contestó por sí mismo, ya que mientras hacía hincapié en estas palabras, *estad quietos y conoced que yo soy Dios*,[53] él comenzó a extender su brazo, no en un cuarto cerrado, ni en privado, sino al aire libre y ante más de 2,000 testigos. Uno, otro y otro fueron derribados a tierra, temblando exageradamente ante la presencia de su poder. Otros clamaron con un llanto fuerte y amargo, *«¿Qué debemos de hacer para ser salvos?»*[54] En menos de una hora siete personas, completamente desconocidas para mí hasta ese momento, estaban regocijándose y cantando y con todas sus fuerzas daban gracias a Dios por su salvación.

En la noche fui interrumpido en la calle Nicolás, casi cuando empezaba a hablar, por los gritos de uno que estaba *compungido de corazón*,[55] y gemía fuertemente pidiendo perdón y paz. Sin embargo, continué declarando lo que Dios

---

[52] Jn.4.48.
[53] Sal.46.10.
[54] Hch.16.30.
[55] Hch.2.37.

ya había hecho, en prueba de aquella importante verdad, que Dios no quiere *que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento*.[56] Otra persona se desmayó, cerca de uno que era defensor fuerte de la doctrina contraria. Mientras estaba en pie, atónito por lo que veía, un niño cerca de él se desmayó de la misma manera. Un joven que estaba parado detrás fijó sus ojos en él y cayó como si estuviera muerto, comenzó a rugir y a golpearse contra el suelo, de tal forma que seis hombres apenas podían sostenerlo. Su nombre era Thomas Maxfield. Excepto por John Haydon, nunca vi uno tan disputado por el maligno. Mientras tanto, muchos otros comenzaron a clamar en alta voz al *Salvador de todos*,[57] para que viniera a ayudarlos, ya que toda la casa (y en verdad toda la calle usada por falta de espacio) estaba alborotada. Pero nosotros continuamos en oración y antes de las diez la mayoría encontró descanso para sus almas.

Fui invitado a cenar por una dama que, sintiéndose tan compungida como nunca antes, había salido corriendo de la sociedad con mucho apuro, «para no delatarse». Pero la mano de Dios la siguió y al dar algunos pasos, tuvo que ser llevada a casa y cuando llegó se puso peor y peor. Se encontraba en agonía violenta cuando llegamos. Clamamos a Dios y su alma encontró sosiego.

Cerca de las doce se me insistió fuertemente para que fuera a visitar a una persona más. Esta tuvo solamente una lucha más después de mi llegada y luego fue llena de paz y regocijo. Pienso que 29 en total cambiaron sus cargas por alegría.

---

[56] 2 P.3.9.
[57] 1 Ti.4.10.

SÁBADO 30 de junio. En el Salón de los Tejedores siete u ocho personas se vieron obligadas a gritar, mientras la espada del Espíritu les penetraba *hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos*.[58] Después de orar se sintieron calmados y cantaron a Dios, *quien está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder por los siglos de los siglos*.[59]

De tiempo en tiempo, yo les daba un informe especial de la manera como Dios llevaba su obra, dirigido a quienes yo creía que deseaban aumentar su reino y con quienes tenía la oportunidad de mantener correspondencia. Parte de la respuesta que recibí (algún tiempo después) de uno de ellos no puedo sino adjuntarla:

> Deseo bendecir a mi Señor por las buenas y grandes noticias que su carta trae acerca de cómo el Señor cambia muchas almas para que *se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios*,[60] y porque se ha abierto *puerta grande y eficaz*[61] entre ustedes que los muchos adversarios no pueden cerrar. ¡Que *el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre*,[62] abra la puerta de la fe más y más entre ustedes, hasta que su casa se llene y pueda él reunir a todos los pecadores de Israel! Y ojalá que la oración por los adversarios sea oída, *llene sus rostros de vergüenza, y busquen tu nombre, Jehová*.[63]
>
> En cuanto a lo que usted dice sobre la forma externa de actuar de la mayoría de los afectados, cuyos corazones fueron atravesados por la espada del Espíritu, no es de extrañarse que al principio esto le sorprendió, ya que son en verdad muy escasos quienes verdaderamente han sido compungidos y heridos de corazón. Empero algunos de los casos que usted menciona parecen tener precedente en la manera externa en que Pablo y el carcelero fueron primeramente afectados, así como los oyentes de Pedro en Hechos 2. El último caso que usted menciona, de una lucha como la agonía de muerte, y que cuatro o cinco hombres fuertes pudieron a duras penas impedirle a una débil mujer herirse a sí misma o a otros, esto es para mí algo más inexplicable, si no se pareciera a lo del muchacho de Marcos 9:26 y Lucas 9:42. De él se dice que, mientras se acercaba el muchacho, el

---

[58] He.4.12.
[59] Ap.5.13.
[60] Hch.26.18.
[61] 1 Co.16.9.
[62] Ap.3.7.
[63] Sal.83.16.

demonio lo derribó y le sacudió con violencia.[64] No pretendo explicar la súbita influencia y el agudo despertar que pueda haber sobrevenido al cuerpo. Pero no dudo que Satanás, en cuanto puede, se esfuerce en tales ocasiones, en parte para obstaculizar la buena obra en las personas que han sido tocadas por las agudas saetas de la convicción de pecado, y en parte para desacreditar la obra de Dios, como si llevara a la gente a la locura... Sin embargo, el resultado feliz de estos conflictos en la conversión de las personas así afectadas es lo principal.

Cuando el brazo salvador de Dios les trae para recibir a Cristo Jesús, para tener gozo y paz en el creer y entonces caminar con él y dar evidencia que la obra es a la postre obra de salvación, sea más rápida o gradual, hay gran motivo de alabanza...

Todas la señales externas de las personas afectadas entre nosotros pueden reducirse a estas dos clases: En primer lugar, el oír con atención silenciosa, con seriedad y avidez que se descubren por las miradas fijas, los ojos llorosos y las caras tristes o alegres. En segundo lugar, hay quien responde con voz alta, algunos más depresivamente y otros más animados; a veces toda la multitud en un mar de lágrimas como si todos estuvieran llorando a la vez, hasta que las voces casi apagan la voz del ministro, a quien apenas se le puede escuchar por el ruido del llanto que le rodea... La influencia sobre algunos de éstos es como una inundación que se seca rápidamente y no se sabe de cambio alguno. Pero en otros aparece en los frutos de justicia y en una conversación santa.

¡Quiera el Señor fortalecerle para que pueda proseguir en su obra! Oramos juntamente con usted por la venida de su reino; y espero que no le olvidemos en nuestra mutua solicitud ante trono de la gracia.

Soy, Reverendo y estimado señor,
Su muy afectuoso hermano y siervo en Cristo
Ralph Erskine

DOMINGO primero de julio. Prediqué a cerca de cinco mil personas, sobre el consejo favorito del infiel en Eclesiastés (tan celosamente seguido por sus hermanos ahora), *No seas demasiado justo*.[65] En Hanham y en Rose Green expliqué la última parte del capítulo siete del Evangelio de San Lucas, especialmente el versículo *«Y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos»*.[66]

Una mujer joven se desplomó en Rose Green, en una violenta agonía, ambos de cuerpo y de mente; tal como lo

---

[64] Lc.9.42.
[65] Ec.7.16.
[66] Lc.7.42.

hicieron cinco o seis personas en la noche en New Room, a cuyos gritos muchos se sintieron ofendidos. Lo mismo le sucedió en la mañana a uno en el Salón de Tejedores y a otros ocho o nueve en Gloucester Lane por la noche. El primero profundamente afectado fue L___ W___, cuya madre había estado muy disgustada uno o dos días antes cuando le contaron como su hija se había expuesto ante toda la congregación. La madre misma fue la siguiente que cayó y perdió sus sentidos en un instante; pero se retiró a su casa con su hija llena de regocijo, así como lo hicieron quienes habían estado en aflicción.

Después de salir de la sociedad fui a donde la Sra. Thornhill, cuyos parientes más cercanos estaban disuadiéndola de ser «demasiada justa», y por la razón de siempre: *¿Por qué habrás de destruirte?*[67] Ella les respondió a todos con humildad y amor y continuó inmutable e inconmovible. ¡Sufre todavía privaciones, soldado de Cristo! Perseguida, pero no olvidada; despedazada y rodeada por tentaciones internas y externas, pero no cediendo a ninguna. ¡Oh, que la paciencia haga su obra perfecta!

JUEVES 13. Visité a un caballero que está muy atribulado con lo que ellos llaman «depresión de espíritu». He estado con muchos de ellos antes, pero varios de ellos no estaban enfermos físicamente. Deseaban algo, pero no sabían qué querían, y por lo tanto estaban apesadumbrados, intranquilos y descontentos con todo. La pura verdad es que buscaban a Dios; querían a Cristo; querían fe y Dios les convenció de su necesidad de tal manera que sus médicos entendían menos que ellos. Nada ocurrió hasta que el Gran

---

[67] Ec.7.16.

Médico llegó. Ya que, a pesar de todos los medios naturales, él que los hizo para él, no los haría sufrir para descansar, hasta que ellos descansaran en él.[68]

MARTES 17 - Viajé a Bradford, a cinco millas de Bath, donde se me había invitado por largo tiempo para visitarles. Presenté mis saludos al ministro y le expresé mis deseos de predicar en su iglesia. Me respondió que no se acostumbraba predicar en los días de semana, pero si podía venir a la iglesia en un domingo, él estaría feliz de contar con mi ayuda. Entonces fui ver a un caballero en el pueblo quien había estado presente cuando prediqué en Bath y con las más fuertes señales de sinceridad y afecto. me había deseado bendición de Dios sobre mí.[69] Pero todo había pasado. Lo encontré bastante frío. Comenzó a discutir sobre varios temas y por último me dijo sin rodeos que uno de nuestro propio colegio universitario le había informado que siempre me habían considerado como un chiflado en Oxford.

Sin embargo, algunas otras personas no tenían la misma opinión, habiéndome instalado en un lugar conveniente (llamado Bearfield o Bury Field) en la cima de la loma debajo de la cual se extiende el pueblo, ofrecí allí a Cristo a cerca de mil personas como sabiduría, rectitud, santificación y redención. De allí regresé a Bath y prediqué sobre *¿Qué debo hacer para ser salvo?*[70] a una concurrencia mayor que nunca. Me preguntaba por qué el Dios de este mundo estaba tan tranquilo, cuando a mi regreso del lugar de predicación, el pobre Richard Merchant me dijo que no podía dejarme predicar nunca más en su propiedad. Le pregunté por qué. Respondió que la gente

---

[68] Referencia a Agustín, *Confesiones* 1.1.
[69] Sal. 129.8.
[70] Hch. 16.30.

dañaba sus árboles y robaba cosas de su terreno. «Y además,» añadió, «Yo ya tengo, por dejarle a usted estar allí, ganado el desprecio de mis vecinos». ¡Oh miedo del hombre! ¿Quién se sobrepone a ti, sino quien en verdad *adora a Dios en espíritu y en verdad*?[71] ¡Ni siquiera quienes tienen un pie en la tumba! ¡Ni siquiera quienes habitan en casas de cedro y quienes han almacenado oro como polvo y plata como arena del mar!

MARTES 31. Prediqué en Bradford a más de dos mil personas, muchas de las cuales tenían un mejor rango social, sobre *¿Qué debo hacer para ser salvo?*[72] Todos se comportaron decentemente y ninguno se marchó hasta que todo se terminó. Mientras predicaba en Bath, a mi regreso, algunos de la congregación no se comportaron tan bien, estando, temo yo, un poco preocupados cuando llego a la aplicación de aquellas palabras: «*y no solamente hay peligro que este nuestro negocio venga a desacreditarse, sino también el templo de la gran diosa Diana sea estimado en nada,...a quien venera toda Asia y el mundo entero*».[73]

Teniendo por este tiempo una copia en mis manos de *Una Advertencia contra el engaño religioso*, pensé que era mi deber escribir al autor del mismo, lo que hice en los términos siguientes:

Reverendo Señor,

1. Usted me acusa (porque me llaman «metodista», y consecuentemente estoy incluido dentro de su acusación) de «jactancias vanas y presumidas, imprudencia, censuras sin caridad, maldiciendo todo aquel que no siente» lo que siento yo. Me acusa también de «no aceptar que las personas estén en estado de salvación a no ser que hayan experimentado alguna operación súbita que se puede señalar como la mano de Dios sobre ellas, apoderándose por así decir del alma». Y de «negar a los humanos el

---

[71] Jn.4.23.
[72] Hch.16.30.
[73] Hch.19.27.

uso de las criaturas de Dios, que él ha designado para ser recibidas con acción de gracias». Por último, me acusa de «alentar la abstinencia, la oración y otros ejercicios religiosos, llegando a descuidar los deberes ciudadanos». Diga, señor, ¿puede usted probar estos cargos contra mí? ¡El Señor juzgará en su día!

2. En verdad salgo a los caminos y vallados a llamar a los pobres pecadores a Cristo. Pero no en «una manera tumultuosa», no «para perturbar la paz pública» o «perjudicar a las familias». Ni tampoco rompo o transgredo cualquier ley que yo conozca, y mucho menos «reduzco a la nada toda regla y autoridad». Ni pueden decirme que «me inmiscuyo en los quehaceres» de aquellos que nunca trabajan, pero permiten que miles de éstos por quienes Cristo murió perezcan por falta de conocimiento.[74]

3. Perecen porque no saben que nosotros, tanto como los paganos, estamos con el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios,[75] que cada uno de nosotros, por la corrupción de nuestra naturaleza íntima, está muy alejado de la justicia original; tan alejada que «cada persona nacida en este mundo, merece la ira y la maldición de Dios».[76] No tenemos por naturaleza poder para ayudarnos a nosotros mismos, ni para pedirle a Dios ayuda. Todo nuestro carácter irascible y obras, en nuestro estado natural, son solamente una maldad continua. De tal manera que nuestro acercamiento a Cristo, así como el de ellos, debe requerir un gran y poderoso cambio. Debe conllevar, no sólo un cambio externo, dejando el robo, la mentira y toda clase de comunicación corrupta; sino un completo cambio de corazón, una renovación interna en el espíritu de nuestra mente. En conformidad «el hombre viejo» implica infinitamente mucho más que la conversación mundana externa; implica un *corazón mundano de incredulidad*,[77] corrupto por el orgullo y por miles de falsas codicias. En consecuencia el «nuevo hombre» implica mucho más que *una buena conversación*.[78] Implica un *buen corazón*[79] creado según Dios en la *justicia y santidad de la verdad*,[80] un corazón lleno de esa fe que obra por amor y produce toda conversación de santidad.

4. El cambio de los primeros de estos estados al otro es lo que llamo «el nuevo nacimiento». Pero, usted dice, que yo «no estoy contento con esta sencilla y fácil noción dela fe, sino que me lleno a mí y a otros con fantásticas vanaglorias ideas. Señor, ¿como puede usted probar esto? Y si no puede probarlo, ¿qué expiación puede usted hacer, ya sea a Dios, a mí o al mundo, por afirmar públicamente una gran falsedad?

5. Quizás usted dice que «puede probar esto sobre el Sr. Whitefield». ¿Entonces qué? Eso no es nada para mí. Yo no soy responsable por sus palabras. El *Diario* que usted cita nunca lo vi hasta que estuvo

---

[74] Os.4.6.
[75] Ef.4.18.
[76] *Libro de Oración Común*, Artículos de fe, 9.
[77] He.3.12.
[78] Stg.3.13.
[79] Lc.8.15.
[80] Ef.4.14.

impreso. Pero en verdad usted lo confundió tanto a él como a mí. Primero, donde usted lo señala como juzgando que las opiniones de los cuáqueros en general (respecto a ser guiados por el Espíritu) son correctas y buenas, usted comete una injusticia, por cuanto él habla solamente de esos hombres en particular con quienes estuvo conversando. Y nuevamente cuando usted dice que él «supone que una persona que cree en Cristo no tiene ningún conocimiento salvífico» de él, usted comete una injusticia [contra Whitefield]. El no supone tal cosa. «Creer en Cristo » era precisamente lo que le parecía que faltaba, porque el término «creer» que implica, no sólo la aceptación de los artículos de nuestro Credo, sino también, «una confianza y seguridad de la misericordia de Dios a través de nuestro Señor Jesucristo».[81]

6. Ahora, no cabe duda de que a alguien pueda faltarle esto, aunque en verdad pueda decir, «Soy casto, soy sobrio, soy justo en mis quehaceres, ayudo a mi vecino y sigo las ordenanzas de Dios». «Y no importa cómo» tal hombre «pueda haberse comportado en todas estas cosas, no debe pensar bien de su propio estado hasta que experimente algo dentro de sí mismo que hasta ahora no ha experimentado pero que se le puede asegurar de antemano que podrá experimentar» si las promesas de Dios son verdaderas. Ese «algo» es una fe viviente: «una verdadera confianza y seguridad en Dios, que por los méritos de Cristo sus pecados son perdonados y la persona queda reconciliada en el favor de Dios». De esto se desprenderán muchas otras cosas que hasta entonces no ha experimentado, tal como *el amor de Dios, que ha sido derramado en su corazón*,[82] *la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento*,[83] *gozo en el Espíritu Santo*,[84] y gozo aunque no dejado de sentir, nos alegra *con gozo inefable y glorioso*.[85]

7. Estos son algunos de aquellos *frutos* internos *del espíritu*[86] que deben sentirse, dondequiera que se encuentren. Y sin éstos no puedo encontrar las Sagradas Escrituras que alguien pueda ser *nacido del Espíritu*.[87] Le ruego, señor, por la misericordia de Dios, que si usted todavía «no conoce nada de tales sentimientos interiores», si usted no «siente en usted mismo estas poderosas obras del Espíritu de Cristo», por lo menos no contradiga ni blasfeme. Cuando el Espíritu Santo haya encendido fervientemente su amor hacia Dios, usted sabrá que estas cosas son operaciones muy sensibles. Como usted oye al viento y lo siente también, cuando golpea sus órganos corporales, usted sabrá que está bajo la guía del Espíritu de Dios en la misma manera, es decir, sintiéndolo en su alma; por la presencia de la paz, el gozo y el amor que usted siente

---

81 Homilías oficiales de la Iglesia de Inglaterra. *Sobre la pasión*, parte 2.
82 Ro.5.5.
83 Fil.4.7.
84 Ro.14.17.
85 1 P.1.8.
86 Gá.5.22.
87 Jn.3.8.

internamente, así como por los efectos externos, que son menos inmediatos.

Soy, su..., etc.

LUNES 27 de agosto. Por dos horas llevé mi cruz, discutiendo con un fervoroso hombre, y luchando para convencerle que yo no era «un enemigo de la Iglesia de Inglaterra». El aceptaba que yo no enseñaba otras doctrinas a no ser las de la Iglesia, pero no me perdonaba que las enseñara fuera de las paredes de la misma. El también confesaba (lo que en verdad nadie puede negar si tiene alguna consideración a la verdad o al sentido de vergüenza) que por esta enseñanza muchas almas, que hasta ese momento perecían por falta de conocimiento habían sido y son traídas *de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios*.[88] Pero añadía que «nadie puede decir lo que pueda suceder en el más allá, y por lo tanto, estas cosas no deben tolerarse».

En verdad el rumor que corría en Bristol era que yo era «un papista, o un jesuita». Algunos añadían que yo había nacido y me había criado en Roma, y muchos tranquilamente lo creían. Oh necios, ¿cuándo comprenderán que la predicación de la justificación es sólo por la fe, que ninguna otra causa amerita nuestra justificación sino la muerte y la justicia de Cristo, que no hay otra causa condicional o instrumental que no sea la fe, destruye los fundamentos mismos del papismo? ¿Cuando comprenderán que el error más destructivo de todos los que Roma, la madre de las abominaciones, ha producido (error que comparado con aquello de la transubstanciación y cien otras cosas las hace aparecer ligerezas como el aire) es que somos

---

[88] Hch.26.18.

justificados por las obras o (para expresar lo mismo un poco más decentemente) por la fe *y* las obras? Ahora bien, ¿es esto lo que predico? Lo he hecho por diez años: Fui (en lo esencial) un papista y no lo sabía. Pero ahora testifico a todos (y es el mismo punto que aseguro que hasta el día de hoy ha estado en discusión) que no se puede hacer ninguna obra antes de la justificación, que no tenga en sí misma la naturaleza del pecado.

Muchas veces he averiguado quiénes son los autores de este comentario y por lo general he encontrado que han sido los fanáticos disidentes o (lo digo sin temor o favor) ministros de nuestra propia Iglesia. Frecuentemente he considerado qué posible base o motivo puedan tener para hablar así, viendo que pocos hombres en el mundo han tenido la ocasión de poder declarar sus principios tan clara y abiertamente como lo he hecho yo mediante la predicación, la publicación y la conversación por muchos años. Y no puedo sino pensar de otra manera que dicen todo esto, ya sea (poniéndolo en la forma más favorable y constructiva) en ignorancia plena (no sabían lo que era el papismo, ni qué doctrinas enseñaban los papistas) o con toda intención decían lo que sabían era falso, probablemente pensando que rendían servicio a Dios.[89] Ahora tomen esto ustedes mismos, quienesquiera que ustedes sean, altos o bajos, disidentes o gente de la Iglesia de Inglaterra, clérigos o laicos, que han esparcido estos ataques vergonzosos, y digiéranlo como puedan.

¿Pero cómo es que no han tenido temor, si creen que hay un Dios y que conoce los secretos de los corazones (ahora les hablo a ustedes especialmente, los predicadores

---

[89] Jn.16.2.

de cualquier denominación) para declarar una mentira tan grande y palpable como si fuera verdad, y hacerlo verdad en el nombre de Dios? Les cito a todos ustedes, ante el Juez de toda la tierra, ya sea a probar sus ataques públicamente o a retractarse para hacer las mejores enmiendas que puedan a Dios, a mí y a todo el mundo.

Para la satisfacción plena de aquellos que han sido engañados por estos hombres sin vergüenza y casi llevados a creer una mentira, aquí añado mi juicio serio concerniente a la Iglesia de Roma, escrito hace algún tiempo a un sacerdote de esa comunión:

Señor,

Le doy las gracias por su carta y por su recomendación a las *Propuestas* de mi padre a la Sorbona.[90]

No tengo tiempo ni inclinación para entrar en controversia con nadie y menos con los romanistas. Esto, tanto porque no puedo confiar en ninguna de sus citas sin consultar cada oración que ellos citan en los originales como porque los originales mismos a duras penas merecen confianza en cualquiera de los puntos de controversia entre ellos y nosotros. Conozco la habilidad que tienen de remendar a aquellos autores que en originalmente no decían lo que ellos quisieran, así como de purgarlos de aquellos pasajes que contradicen sus enmiendas. Y puesto que no les ha faltado la oportunidad de hacerlo, sin duda han usado cuidadosamente estos métodos en relación al punto que tan cerca les toca, la supremacía del Obispo de Roma. Por lo tanto no estoy sorprendido que las obras de San Cipriano (como se les llama) fuertemente la mantienen. Estoy seguro que estas obras no han sido corregidas, ya que aún contienen los pasajes que contradicen esa supremacía totalmente. ¡Cuán gran negligencia fue haber dejado su Epístola Setenta y Cuatro (a los pompeyanos) fuera del *Index Expurgatorius*, pues en esa epístola el Papa Cipriano acusa abiertamente al Papa Esteban de «orgullo y obstinación» y de ser un defensor de la causa de los herejes contra los cristianos y la iglesia misma de Dios! Quien pueda reconciliar todo lo dicho con la creencia que Esteban era la cabeza infalible de la iglesia, puede reconciliar el Evangelio con el Alcorán (Corán).

Aún más, no puedo aprobar de ninguna manera la insolencia y desprecio con que los romanistas a menudo han sido tratados. No me atrevo a denunciar o menospreciar a ningún hombre y mucho menos a quienes profesan creer en el mismo Maestro. Pero me da mucha pena que teniendo la

---

[90] Wesley se refiere a los planes de publicar el libro de su padre sobre Job.

misma seguridad de que Jesús es el Cristo ningún romanista pueda ser salvado de acuerdo a los términos del pacto de Cristo mismo. Porque esto dijo el Señor: *«de manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos, muy pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado pequeño en el reino de los cielos».*[91] Y *si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro*.[92] Pero todos los romanistas, como tales, hacen ambas cosas. Por lo tanto...

Lo premisa menor la pruebo, no de autores protestantes, ni aun de escritores particulares de su propia comunión, sino de los registros públicos y auténticos de la Iglesia de Roma. Tales son *Los Cánones y Decretos del Concilio de Trento*. La edición que yo uso fue impresa en Colonia y aprobada por la autoridad eclesiástica.

Primeramente, todos los romanistas, como tales, rompen y enseñan a las personas a romper un (no el único) de los mandamientos acerca de las imágenes que dice: *«No te inclinarás a ellas ni las honrarás*.[93] ... Pero el Concilio de Trento (y consecuentemente todos los romanistas, como tales, es decir todos los que aceptan la autoridad de ese Concilio) enseña que es *legitimus imaginum usus...eis honorem exhibere, procumbendo coram eis*.[94]

Segundo, todos los romanistas, como tales, agregan a aquellas cosas que están escritas en el Libro de la Vida. Ya que en la Bula de Pío IV, sujeta a aquellos Cánones y Decretos, encuentro los agregados siguientes: 1) siete sacramentos; 2) la transubstanciación; 3) la comunión en una sola especia [el pan]; 4) el purgatorio y las oraciones por los muertos; 5) la oración a los santos; 6) la veneración de las reliquias; 7) la reverencia a las imágenes; 8) las indulgencias; 9) la prioridad y universalidad de la Iglesia Romana; 10) la supremacía del Obispo de Roma. Todas estas cosas, por lo tanto, son añadidas al Libro de la Vida por los romanistas.

Soy, ...

LUNES 3 de septiembre. Hablé largamente con mi madre, quien me dijo que hasta hacía poco tiempo había oído escasamente tal cosa como tener ahora el perdón de los pecados, o del Espíritu de Dios dar testimonio con el nuestro. Mucho menos se imaginó ella que esto es un privilegio común de todos los verdaderos creyentes. «Por lo tanto» dijo ella «nunca me atreví a pedirlo para mí. Pero hace dos o tres semanas, mientras mi hijo Hall pronunciaba

---

[91] Mt.5.19.
[92] Ap.22.18.
[93] Ex.20.5.
[94] El uso legítimo de las imágenes es honrarlas al inclinarse delante de ellas.

aquellas palabras al entregarme la copa, «La sangre de nuestro Señor Jesucristo, que fue dada por nosotros», las palabras atravesaron mi corazón y supe que Dios por medio de Cristo me había perdonado todos *mis* pecados.»

Le pregunté que si su padre (el Dr. Annesley) no había tenido la misma fe, y si ella no le había oído predicarles de esto a otros. Ella contestó. «El la tenía y declaró un poco antes de su muerte, que por más de cuarenta años no había estado en tinieblas, temor, ni duda alguna, de ser *acepto en el Amado*.[95] Pero no obstante, ella no recordaba haberle oído predicar, ni una sola vez, explícitamente sobre esto: por lo que ella suponía que él también lo consideraba como una bendición peculiar de unos pocos y no como una promesa a todo el pueblo de Dios.

MIÉRCOLES 12. En la noche en Fetter Lane describí la vida de fe y varios que se imaginaban fuertes en ella se dieron cuenta que no eran más que niños recién nacidos. A las ocho exhorté a nuestros hermanos a mantenerse cerca de la Iglesia y de todas las ordenanzas de Dios, y procurar sólo vivir *quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad*.[96]

JUEVES 13. Un clérigo muy respetable deseó saber en qué puntos nos diferenciábamos de la Iglesia de Inglaterra. Le contesté: «En lo que toca a mi conocimiento, en ninguno. Las doctrinas que predicamos son las doctrinas de la Iglesia de Inglaterra; en verdad, las doctrinas fundamentales de la Iglesia están claramente descritas en sus libros de Oraciones, Artículos y Homilías.»

El preguntó, «¿En que puntos entonces ustedes difieren de otros clérigos de la Iglesia de Inglaterra?» Le

---

[95] Ef.1.6.
[96] 1 Ti.2.2.

respondí, «En ninguno en cuanto a aquellos clérigos que cumplen con las doctrinas de la Iglesia; pero con quienes difieren de la Iglesia (aunque no lo confiesen) yo difiero en los siguientes puntos:

«Primero. Ellos hablan de la justificación como si fuera la santificación, o como algo consecuente a la misma. Creo que la justificación es completamente distinta de la santificación y que necesariamente le antecede.

«Segundo. Ellos hablan de nuestra santidad o buenas obras como la causa de nuestra justificación o afirman que por causa de y por cuenta ella de somos justificados delante de Dios. Creo que ni nuestra propia santidad ni nuestras obras son parte alguna de la causa de nuestra justificación, sino que la muerte y justicia de Cristo son la entera y única causa de ella.

«Tercero. Ellos hablan de las buenas obras como una *condición* para la justificación, necesaria antes que la misma. Yo creo que ninguna buena obra puede preceder a la justificación ni, consecuentemente, ser una condición de ella; sino que somos justificados (puesto que hasta esa hora somos impíos, y por lo tanto incapaces de hacer ninguna buena obra) sólo por la fe, la fe sin obras. Es una fe que no incluye obra buena alguna, pero que las produce todas.

«Cuarto. Ellos hablan de la santificación (o santidad) como si fuera una cosa externa, como si consistiera solamente, si no íntegramente, en estos dos puntos: 1) en no hacer ningún mal; 2) en hacer el bien (así lo llaman), o sea, usar los medios de gracia y ayudar a nuestro prójimo.

«Creo que la fe es algo interior, es decir, `la vida de Dios en el alma humana,' una *participación de la naturaleza divina*,[97] el *sentir que hubo también en Cristo Jesús*,[98] o revestirse *del nuevo hombre el cual es conforme a la imagen del que lo creó*.[99]

«Finalmente. Ellos hablan de un nuevo nacimiento como si fuera algo externo, como si fuera nada más que el bautismo; o a lo más un cambio de una maldad externa a una bondad igualmente externa; de una vida viciosa (así llamada) a una vida virtuosa. Yo creo que es algo interno: un cambio de la maldad interior a la bondad interior; un cambio completo de nuestra naturaleza íntima de la imagen del diablo (con la que hemos nacido) a la imagen de Dios; un cambio del amor de la criatura al amor del Creador, de sentimientos mundanos y sensuales a los sentimientos divinos y santos. En una palabra, un cambio de los sentimientos de los espíritus de las tinieblas a los de los ángeles de Dios en el cielo.

«Hay por lo tanto una diferencia vasta, esencial, fundamental e irreconciliable entre nosotros: de tal manera que si ellos hablan la verdad como está en Jesús, entonces vengo a ser un falso testigo delante de Dios.

---

[97] 2 P.1.4.
[98] Fil.2.5.
[99] Col.3.10.

Pero si yo enseño el camino de Dios en verdad, entonces ellos son ciegos guías de ciegos.

VIERNES 28. Me encontré con una prueba reciente que *todo lo que pidieries en oración, creyendo, lo recibiréis*.[100] Una señora de edad madura deseaba que yo le diera gracias a Dios por ella, quien, como muchos testigos allí presentes testificaron, estaba enloquecida desde hacía dos o tres días antes y atada a su cama. Después de haber orado por ella, en forma instantánea fue restaurada a plena salud mental.

[Wesley regresó a Oxford el 2 de octubre. El comentario que sigue se refiere a esa ciudad.]

MIÉRCOLES 3 de octubre. Tuve un tiempo libre para ver la situación desastrosa de las cosas aquí. Los pobres prisioneros, tanto en el Castillo como en la Prisión de la Ciudad, ahora no tenían a nadie que cuidara de sus almas, nadie para intruirles, aconsejarles, consolarles y edificarles en el conocimiento y amor del Señor Jesús. Nadie quedaba para visitar los centros de trabajo, donde también solíamos reunirnos con el mayor sentido de compasión. Nuestra pequeña escuela donde a cerca de veinte niños pobres a un tiempo se les habían enseñado por varios años, estaba a punto de ser cerrada, no habiendo quien la mantuviera o la cuidara. La mayoría de los que la ciudad que antes se reunían y fortalecían unos a otros en las manos de Dios, estaban separados y esparcidos del pueblo. *Tiempo es de actuar, oh Jehová, porque han invalidado tu ley.*[101]

A las once algunos de nosotros nos reunimos para elevar a Dios oraciones por el remanente que aún quedaba.[102] De inmediato Dios nos dio una prueba para

---

[100] Mt.21.22.
[101] Sal.119.126.
[102] 2 R.19.4.

bien. Una persona que había estado largo tiempo en la más profunda amargura, llena de cólera, luchas y envidia, especialmente contra uno a quien había amado tiernamente, se levantó y mostró el cambio que Dios había hecho en su alma. Cayendo sobre el cuello de la otra persona, y bañada de lágrimas, la besó. El mismo espíritu lo encontramos reviviendo a otros también. Así es que los dejamos, no sin esperanza de que la semilla que había sido sembrada aun aquí *volverá a echar raíces abajo, y llevará frutos arriba*.[103]

Alrededor de las seis de la tarde llegué a Burford, y a las siete prediqué sobre Cristo quien nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.[104] Juzgo que habían mil doscientos a mil quinientas personas. Encontré muchos que aprobaron lo que habían escuchado y para que no descansaran en esa aprobación les expliqué, una o dos horas más tarde, la santidad de un cristiano. En la mañana les mostré el camino hacia esa santidad, dándoles ambas respuestas, la falsa y la verdadera, sobre la importante pregunta, *¿Qué debo hacer para ser salvo?*[105]

Cerca de las tres de la tarde llegué a la casa del Sr. Benjamín Seward, en Bengeworth cerca de Evesham. A las cinco expliqué en su casa parte del capítulo trece de Primera de Corintios y a las siete en la escuela, donde invité a aquellos que no teniendo *con qué pagar*[106] vinieran y aceptaran libremente el perdón. En la mañana prediqué cerca de la casa del Sr. Seward a una pequeña congregación, sobre

---

[103] 2 R.19.30.
[104] 1 Co.1.30.
[105] Hch.16.30.
[106] Lc.7.42.

aquellas palabras, *«no he venido a llamar a justos, sino a pecadores a arrrepentirse»*.[107]

Llegué en la noche a Gloucester, el sábado 6. A las cinco de la tarde expliqué a un grupo de unas mil personas la naturaleza, la causa y la condición o instrumento de la justificación, en base a estas palabras: *«mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia»*.[108]

DOMINGO 7. Confío que unos cuantos, de dos o tres mil, fueron conmovidos por la explicación de las palabras, *Dios no les ha dado el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción por el cual clamamos, Abba, Padre*.[109] Cerca de las once prediqué en Randwick, a siete millas de Gloucester. La iglesia estaba completamente llena, aunque más de mil estaban en el cementerio. En la tarde, expliqué mucho más sobre las mismas palabras, *¿Qué debo hacer para ser salvo?*[110] Creo que algunos miles estaban presentes, muchos más que en la mañana. ¡Oh, qué gran cosecha hay aquí! ¿Cuándo será posible que nuestro Señor envíe más obreros a su cosecha?

Entre cinco y seis hice un llamado a todos los presentes (cerca de tres mil) en Stanley, en un pequeño espacio verde cerca del pueblo, para aceptar a Cristo como su única *sabiduría, justificación, santificación y redención*.[111] Estuve fortalecido para hablar como nunca lo había hecho antes y continué hablando cerca de dos horas; la oscuridad de la noche y un poco de relampagueo no hicieron

---

[107] Mr.2.17.
[108] Ro.4.5.
[109] Ro.8.15.
[110] Hch.16.30.
[111] 1 Co.1.30.

disminuir al número, sino que incrementaron la seriedad de los que escuchaban. Terminé el día explicando parte del Sermón del Monte de nuestro Señor a un pequeño y sincero grupo en Ebley.

SÁBADO 13. Estuve con una que, estando en profunda angustia espiritual, había ido el día anterior a pedir consejo al pastor. El le dijo que ella estaba mal de la cabeza y que tenía que tomar medicinas. En la noche le pedimos a Dios la medicina para curar a quienes *estaban quebrantados de corazón*.[112] Cinco de los que habían estado por largo tiempo en la sombra de muerte, *supieron que habían pasado de muerte a vida*.[113]

MARTES 23. Viajando a Bradford, leí el libro del Sr. Law sobre el nuevo nacimiento: filosófico, especulativo, precario, boehmenesco,[114] vacío e inútil.

¡Oh que gran caída ahí![115]

A las once prediqué en Bearfield a cerca de tres mil sobre la naturaleza del espíritu, de la esclavitud y la adopción.

Al regresar en la noche, estuve muy presionado para volver a ver a una joven en Kingswood. (Relato lo acontecido claramente y dejo a cada cual que haga su propio juicio.) Fui a verla. Tenía 19 o 20 años, pero al parecer no sabía ni leer ni escribir. La encontré acostada, mientras dos o tres personas la sostenían. Era un espectáculo terrible. Angustia, horror y desesperación, más allá de toda descripción, reflejadas en su pálido rostro. Las miles de

---

[112] Sal.147.3.
[113] 1 Jn.3.14.
[114] Se refiere a Jacobo Boehme, místico por entonces muy popular, y autor del libro *Mysterium magnum.* La opinión de Wesley sobre Boehme puede verse más abajo, en sus apuntes del 5 de junio de 1742. [N. del Ed.]
[115] Shakespeare, en *Julio César*.

contorsiones de todo su cuerpo mostraban cómo los perros del infierno estaban devorando su corazón. Los gritos entremezclados con las contorsiones apenas se podían soportar. Pero sus ojos fijos no podían llorar. Gritaba, tan pronto las palabras podían encontrar salida de su boca, «Estoy maldecida, perdida para siempre. Hace seis días me hubiera podido ayudar. Ahora no hay nada que hacer. Pertenezco al diablo ahora. Yo misma me he entregado a él. Suya soy. A él debo servir. Con él debo irme al infierno. Seré suya. Le serviré. Iré con él al infierno. No puedo ser salva. No seré salva. Debo, seré, seré maldita». Luego ella empezó a orar al diablo. Nosotros comenzamos a cantar «Brazo del Señor, despierta, despierta».[116]

Inmediatamente la joven se quedó dormida; pero tan pronto como salimos, volvió con una vehemencia que no se puede explicar: «Corazones de piedra, rómpanse. Les advierto. Rómpanse, rómpanse, pobres corazones de piedra. ¿No se romperán? ¿Qué más se puede hacer por los corazones de piedra? Estoy condenada para que puedan ser salvos. Ahora rómpanse, rómpanse, pobres corazones de piedra. Ustedes no tienen que ser condenados, pero yo tengo que serlo.» Entonces fijó sus ojos en el rincón del techo y dijo, «Allí está.» Ay, allí está él. Ven, buen diablo, ven. Llévame. Dijiste que me sacarías el cerebro. Ven, hazlo rápido. Soy tuya. Seré tuya. Ven ahora mismo. Llévame.» La interrumpimos llamando a Dios otra vez y ella volvió a aletargarse como lo había hecho antes. Y otra joven comenzó a bramar tan alto como lo había hecho la enferma. Mi hermano entró en ese momento, siendo casi las nueve de la noche. Continuamos en oración hasta pasadas las once,

---

[116] Himno de Carlos Wesley.

cuando en un momento Dios pronunció la paz en el alma de la primera atormentada y después en la otra. Las dos comenzaron a cantar alabanzas a Dios vencedor *del enemigo y del vengativo*.[117]

SÁBADO 27. Fui enviado nuevamente a Kingswood, a una de esas personas que había estado bien mal antes. Una fuerte lluvia comenzó en el momento que salía, así que estuve completamente mojado en sólo unos minutos. En esos mismos instantes, la mujer (entonces a tres millas de distancia) gritó: «Allá viene Wesley, galopando tan rápido como puede». Cuando llegué, estaba con mucho frío y cansado y más listo para dormir que orar. Ella lanzó una carcajada horrible y dijo: «No hay poder, no hay poder; no hay fe, no hay fe. Ella es mía. Su alma es mía. La tengo y no voy a dejarla ir».

Rogamos a Dios que se incrementara nuestra fe. Entre tanto su angustia aumentaba más y más; tanto que uno se hubiera imaginado, por la violencia de su agonía, que su cuerpo debía haber estado hecho pedazos. Uno que estaba claramente convencido de que esto no era un desorden natural dijo: «Creo que Satanás está suelto. Temo que no se detendrá aquí,» y añadió: «Te ordeno, en el nombre del Señor Jesús, decir si tienes el propósito de atormentar a alguna otra alma». La respuesta llegó de inmediato: «Si lo tengo. Lucy Clear y Sarah Jones» (dos personas que vivían a cierta distancia y que estaban en perfecta salud).

Recurrimos nuevamente a la oración y no paramos hasta que la enferma comenzó, cerca de las seis en punto,

---

[117] Sal.44.16.

con voz clara, compuesta y luciendo alegre, a cantar la doxología:

¡Alabad a Dios de quien viene toda bendición!

Diario 4

A la Iglesia Morava

Más específicamente a esa parte de la misma residente en Inglaterra, ahora o recientemente

1. Al fin me veo obligado a expresar mis sentimientos presentes en relación a ustedes y de acuerdo al mejor conocimiento que tengo. Y esto, no solamente por cuenta propia, que si juzgo impropiamente pueda recibir mejor información, sino por el bien de todos aquellos que aman o buscan al Señor Jesús con sinceridad. Muchos de éstos han estado completamente perplejos en cuanto a cómo juzgar; más aún porque tales personas no pueden sino observar (como lo he hecho a menudo con el dolor de mi corazón) que casi nadie ha escrito en relación a ustedes (a no ser quienes fueron extravagantes en sus alabanzas) que no tenían evidentemente prejuicio contra ustedes. En consecuencia, hablaron falsamente, increpando sobre ustedes cosas que no sabían, o por lo menos sin caridad, poniendo la peor explicación sobre cosas de naturaleza dudosa y refiriéndose a lo que quizás no era estrictamente correcto en la peor manera que se pudiera presentar. Pero en mi opinión nadie es capaz de juzgar correctamente, o ayudar a otros a juzgarles bien, a no ser que pueda hablar de ustedes como se hace del amigo quien es como su propia alma.

2. Ciertamente, no es sólo por el bien de aquellos que hablan falsamente, sino también por el de ustedes que ahora escribo. Puede ser que el Padre de las luces, el Dador de toda buena dádiva, aun a través de un instrumento

indigno les hable a sus corazones. Mi deseo continuo y oración a Dios es que ustedes puedan ver claramente cuál es aquella voluntad buena y perfecta del Señor y puedan discernir claramente para separar aquello que es precioso entre ustedes de lo que es despreciable.

3. He demorado todo este tiempo porque les amo y por lo tanto no deseaba causarles tristeza en nada. Así mismo, porque tuve temor de crear otro obstáculo a aquella unión que (si conozco mi propio corazón en algún grado) deseo sobre todas las cosas debajo del cielo. Pero no me atrevo a demorar más, por temor de que mi silencio pueda ser una trampa a cualquier otro de los hijos de Dios y ustedes mismos se afiancen en lo que yo no puedo reconciliar con la ley y el testimonio. Esto fortalecería la barrera que hace tiempo he querido remover. Y que una vez que esto esté fuera del camino, me gozaría en *estar a la puerta de la casa de mi Dios*,[1] o en ser el que corta leña hasta el que saca agua[2] entre ustedes. Seguramente le seguiría hasta los confines de la tierra o permaneceré con ustedes en el extremo del mar.[3]

4. Lo que une mi corazón a ustedes es la excelencia (en muchos aspectos) de la doctrina que se enseña entre ustedes: poniendo ustedes el verdadero fundamento, *Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo al mundo*,[4] su afirmación de la gracia gratuita de Dios como la causa y de la fe como la condición de la justificación; su testimonio de los grandes frutos de la fe, *justicia, paz y gozo en el Espíritu*

---

[1] Sal.84.10.
[2] Dt.29.11.
[3] Sal.139.8.
[4] 2 Co.5.19.

Santo,[5] y de esa marca segura, de *todo aquel que es nacido de Dios*, que *no practica el pecado*.[6]

5. Magnifico la gracia de Dios que está en muchos de ustedes, que les hace amar a Aquel que primero nos amó; enseñándoles en cualquiera que sea la situación, a contentarse;[7] enseñándoles también a pisotear *los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida*;[8] y sobre todo amándose unos a otros, en una forma que el mundo no conoce.

6. Alabo a Dios que los libró y sigue librando de esos pecados internos que se han esparcido sobre la faz de la tierra. No maldecir, no jurar leve o falsamente, no profanar el nombre de Dios entre ustedes; no robar o hurtar, no practicar la glotonería o la embriaguez, prostitución o adulterio, peleas o alborotos (que son escándalo al nombre de «cristianos») dentro de sus paredes; no usar de otras diversiones, sino sólo las que puedan llevarnos a ser santos, que puedan ser usadas en el nombre del Señor Jesús. Ustedes no consideran el adorno exterior, sino el deseo de adornar un espíritu serio, humilde y tranquilo. *En lo que requiere diligencia no perezosos,*[9] sino que trabajan para comer su propio pan. Y administran sabiamente al mamón de la injusticia, de modo que puedan tener para dar a otros también, para alimentar al hambriento y cubrir al desnudo con una vestimenta.

7. Les amo y les estimo por su excelente disciplina, difícilmente inferior a la de los tiempos apostólicos. Por su correcta subordinación a sus superiores, cada uno

---

[5] Ro.14.17.
[6] 1 Jn.3.9.
[7] Fil.4.11.
[8] 1 Jn.2.16.
[9] Ro.12.11.

conociendo y guardando su propio rango. Por su exacta división de la gente a su cargo, de modo que cada uno pueda ser alimentado con el alimento apropiado. Por su cuidado de que todos los que están empleados en los servicios de la iglesia, con frecuencia y libremente pueden consultarse. En consecuencia por lo tanto, su conocimiento exacto y oportuno del estado de cada miembro y su pronta respuesta ya sea a la necesidad espiritual o temporal según cada persona lo requiera.

8. Quizás algunos de ustedes puedan decir: «Si usted está de acuerdo con todo esto, ¿qué más puede desear?» El siguiente extracto les responderá sin limitaciones. En él he presentado (entre otras cosas) una relación sin encubrimiento de muchos hechos y conversaciones que pasaron entre nosotros en el mismo orden del tiempo en que ocurrieron. Luego he resumido lo que no creo todavía que pueda pasar el juicio de la Palabra de Dios.

9. Esto me he esforzado de hacer con mano suave, relatando sólo lo que creí absolutamente necesario, y cuidadosamente evitando toda clase de expresiones amargas e hirientes, todo lo que podía prever que no sería complaciente a ustedes o que podría llegar a ser ofensivo más allá de lo que se implica en la naturaleza misma de lo expresado. He trabajado en todo sitio para hablar consistentemente en ese sentido profundo que está enraizado en mi corazón, porque ustedes son, (aunque no puedo llamarle Rabí infalible) mucho, mucho mejores y más sabios que yo.

10. Y si cualquiera de ustedes me castiga será un favor y si me reprende será un excelente bálsamo.[10] Si me

[10] Sal 141.5.

señalaran dónde he errado ya sea en el contenido o en la manera de hablar, o cualquier parte de ello, lo confesaré por la gracia de Dios ante los ángeles y los humanos, en la manera que ustedes lo soliciten. Mientras tanto no cesen de orar por su,

Débil, pero aún afectuoso hermano,
Juan Wesley
Londres, 24 de junio de l744

Diario 4
Desde el primero de noviembre de 1739
hasta el 3 de septiembre de 1741

[Juan y Carlos Wesley están en Tiverton, donde han ido debido a la muerte repentina de su hermano mayor, Samuel.]

SÁBADO 24 de noviembre. Aceptamos una invitación para Exeter de uno de los que vino de allí a consolar a mi hermana en su dolor. El domingo 25 (el Sr. D____ había solicitado el púlpito, que le fue gustosamente concedido para la mañana y la tarde) prediqué en St. Mary sobre *El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*.[11] El Dr. W____ me dijo después del sermón: «Señor, usted no debe predicar en la tarde. No», dijo «que usted predique doctrina falsa. Concedo que todo lo que usted dijo es verdad y que ésta es la doctrina de la Iglesia de Inglaterra. Pero esta doctrina no es precavida. Es peligrosa. Puede guiar a la gente al entusiasmo[12] o a la desesperación.»

No vi de momento dónde recaía el énfasis de esta objeción tan frecuentemente hecha. Después de una corta reflexión, pude verlo claramente. La verdadera situación del caso es ésta: comúnmente se piensa que la religión consiste en tres cosas: ser inofensivo, usar los medios de gracia y hacer el bien (o lo que así se llama). Eso es, ayudar a nuestro prójimo, principalmente dando limosnas. Por tanto, un «hombre religioso» comúnmente se refiere a uno que es honesto, justo y bien intencionado en sus quehaceres; que asiste frecuentemente a la iglesia y al Sacramento y que da

---

[11] Ro.14.17.
[12] Véase la explicación del término «entusiasmo», según se empleaba en tiempos de Wesley, en la Introducción al tomo 6 de estas *Obras de Wesley*.

muchas limosnas y (o como usualmente se dice) hace mucho bien.

Ahora bien, al explicar aquellas palabras del Apóstol, *«el reino de Dios»* (o la verdadera religión, la consecuencia de que Dios vive y reina en el alma) *«no es carne ni bebida»*, fui llevado necesariamente a mostrar que la religión no consiste propiamente en una o todas esas cosas. Al contrario, una persona puede a la vez ser inofensiva, usar los medios de gracia y hacer mucho bien y todavía no tener ninguna religión verdadera. Y seguramente, si [por mi predicación] Dios había impreso esta gran verdad en cualquiera que la desconociera, esto ocasionaría esa pesadumbre sobre su alma que el mundo llama desesperación.

Nuevamente, al explicar las palabras , *«el reino de Dios»* (o la religión verdadera) *«es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo»*, insistí en que cada seguidor de Cristo debe esperar y orar por aquella *paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento*,[13] que debe gloriarse en *la esperanza de la gloria de Dios*,[14] y que esto da ahora mismo, en esta vida, *un gozo inefable y glorioso*,[15] y da sobre todo (puesto que esto es la misma vida y alma de la religión y sin ello sería una representación muerta) *el amor de Dios* que *ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*.[16] Sin embargo todo esto es «entusiasmo desde el principio hasta el fin» para aquellos *con apariencia piadosos, pero negando la eficacia de su poder*.[17]

---

[13] Fil.4.7.
[14] Ro.5.2.
[15] 1 P.1.8.
[16] Ro.5.5.
[17] 2 Ti.3.5.

En verdad reconozco que hay una forma de explicar estos textos de tal manera que no signifiquen nada; de tal forma que expresen mucho menos de la religión interior que los escritos de Platón o de Heráclito. Cualquiera que sea *precavido* con ellos (pero Dios permita que no sea yo) sin duda evitará todo peligro de llevar a la gente a tal «desesperación» o guiarles a tal «entusiasmo».

[Wesley está ahora en los alrededores de Bristol.]

VIERNES 25 de enero de 1740. Otra persona estaba conmigo, quien después de haber probado el regalo celestial, había caído en la profundidad de la desesperación. No pasó mucho tiempo antes de que Dios oyera la oración y le devolviera a ella la luz de su auxilio.

Uno vino en la noche para saber si alguien podía ser salvo sin la fe aseguradora. Le respondí: 1) No puedo aprobar sus palabras porque no son bíblicas. No encuentro tal frase en la Biblia como «fe aseguradora» o «fe de adherencia». Además, usted habla como si hubieran dos fes; mientras que San Pablo nos dice que sólo hay una fe en un Señor. 2) El ser *salvos por medio de la fe*,[18] lo entiendo en el sentido de que usted es salvo de sus pecados interiores y exteriores. 3) Nunca hasta ahora he conocido a un alma que haya sido salvada sin lo que usted llama «la fe aseguradora», es decir, una confianza segura que, por los méritos de Cristo, *uno personalmente* fue reconciliado al favor de Dios.

LUNES 4 de febrero. Llegué a Reading y encontré a unos cuantos todavía hambrientos y sedientos de justicia. Por la noche, encontré unos cuantos más en Windsor. A la tarde siguiente llegué a Londres.

---

[18] Ef.2.8.

MIÉRCOLES 6. Fui a ver a un pobre joven que estaba bajo sentencia de muerte. A la verdad, Dios había empezado una buena obra en su alma. Ojalá que pueda llevarla a la perfección.

Creo que fue la próxima vez que estuve allí que el Ordinario de Newgate me vino a ver y me dijo con mucha vehemencia que sentía que yo me hubiese vuelto un disidente de la Iglesia de Inglaterra. Le respondí que si era así, yo no lo sabía. El se mostró algo sorprendido y ofreció algo a manera prueba, pero que en realidad no necesitaba respuesta.

Nuestro vigésimo primer *Artículo* define una verdadera iglesia como «una congregación de fieles, donde la verdadera Palabra de Dios es predicada y los sacramentos debidamente administrados». De acuerdo a esta explicación la Iglesia de Inglaterra es aquel cuerpo de fieles (o santos creyentes) en Inglaterra, entre quienes la pura Palabra de Dios es predicada y los sacramentos debidamente administrados. Entonces, ¿quiénes son los peores disidentes de esta iglesia?

1) Los no santos de todas clases, los blasfemos, los que quebrantan el día del reposo, los ebrios, los buscapleitos, las prostitutas, los mentirosos, los injuriosos, los maldicientes, los apasionados, los homosexuales, los amantes del dinero, del vestido o las alabanzas, *los amadores de los deleites más que de Dios*.[19] Todos éstos son disidentes de la más alta clase, continuamente golpeando a la raíz de la Iglesia; en verdad no pertenecen a ninguna iglesia, sino a la sinagoga de Satán.

---

[19] 2 Ti.3.4.

2) Gentes sin solidez en la fe, aquellos que niegan la verdad de las Escrituras; aquellos que niegan que el Señor les ha comprado; aquellos que niegan la justificación por solo la fe o niegan la presente salvación que es por la fe. Estos también son disidentes de una clase muy alta, porque ellos de la misma manera golpean al fundamento y si sus principios fueran universales, no habría entonces la verdadera iglesia sobre la tierra. Por último, aquellos que indebidamente administran los sacramentos, aquellos (para dar ejemplo en un solo punto) que administran la Cena del Señor que no tienen ni el poder *ni apariencia de piedad*.[20] Estos también son grandes disidentes de la Iglesia de Inglaterra y no deben tirar la primera piedra a otros.

DOMINGO 20 de julio. Respondiendo a la solicitud sincera del Sr. Seward, prediqué una vez más en Moorfield sobre «la obra de la fe» y la «constancia en la esperanza» y el «trabajo del amor».[21] Un hombre entusiasta tuvo la bondad de librarnos del ruido de los oyentes desatentos (o más bien espectadores) mientras leía, a corta distancia, un capítulo de *El deber íntegro del hombre*. Me gustaría que ni él ni ellos nunca leyeran peor libro--aunque puedo decirles de otro mejor, la Biblia.

En la noche fui con el Sr. Seward al festival del amor en Fetter Lane. Al término del mismo, y no habiendo dicho nada hasta ese momento, leí un documento cuya esencia es lo siguiente:

> Hace como nueve meses, algunos de ustedes empezaron a hablar en forma contraria a la doctrina que hasta ahora habíamos recibido. Esto es el resumen de lo que ustedes afirmaron:
>
> 1. No hay tal cosa como fe débil; que no hay fe que justifica donde haya habido duda o temor y donde no hay, en sentido completo, un nuevo y limpio corazón.

---

[20] 2 Ti.3.5.
[21] 1 Ts.1.3.

2. Que la persona no debe usar aquellas ordenanzas de Dios que nuestra Iglesia conoce como «medios de gracia», antes de que tenga esa fe que excluye toda duda y temor e implica un nuevo y limpio corazón.

3. Han afirmado con frecuencia que escudriñar las Escrituras,[22] orar o comulgar antes de tener esta fe, es buscar la salvación por obras, y que hasta que estas obras sean dejadas de lado nadie puede recibir fe.

Creo que estas afirmaciones son completamente contrarias a la Palabra de Dios. Les he advertido de esto una y otra vez y les he rogado que regresen a la ley y al testimonio. Les he tolerado por mucho tiempo esperando que ustedes regresaran a la ley. Empero les encuentro más y más arraigados en el error de sus caminos, y ahora no me queda otro remedio que entregárselos a Dios. Ustedes los que son de la misma opinión, síganme.

Entonces, sin decir nada más, me retiré de la sociedad, junto a dieciocho o diecinueve otras personas.

MIÉRCOLES 23. Nuestro pequeño grupo se reunió en la Fundición[23] en vez de Fetter Lane. Alrededor de veinticinco de nuestros hermanos que Dios ya nos había concedido, que todos piensan y hablan de igual forma, y cuarenta y siete o cuarenta y ocho de las cincuenta mujeres que de la misma manera se habían agrupado con el deseo de echar su suerte con nosotros.

DOMINGO 17 de agosto. Repetí con fuerza aquella advertencia, *el que piensa estar firme* (*ho dokoón hestánai*, donde *dokoón* parece ser un expletivo, como en tantos otros lugares), *mire que no caiga*.[24] Que aquel que está lleno de alegría y amor mire que no caiga en el orgullo; aquel que está en calma y paz no caiga en apetencia y aquel que está apesadumbrado debido a las muchas tentaciones, no caiga en cólera o impaciencia.

Más tarde escuché un sermón en que se mostraba el «deber» de adquirir una buena propiedad y mantener una

---

[22] Jn.5.39.

[23] Esta Fundición, conocida sencillamente como «the Foundery», había sido lugar de reunión de los metodistas desde noviembre de 1739.

[24] 1 Co.10.12.

buena reputación. ¿Es posible negar (suponiendo que la Biblia dice la verdad) que tal predicador es *un ciego guía de ciegos*?[25]

SÁBADO 23. Una mujer de la baja nobleza (la Sra. C.____) deseaba hablar conmigo para relatarme una extraña historia. El mismo sábado 16 (como me lo contó) una Sra. G. de Northampton, convencida profundamente de su pecado, y por lo tanto, abominable para su esposo fue internada por él en Bedlam.[26] El martes ella se escapó en compañía de otros y después de un rato y sin saber a donde ir, se sentó a la puerta de la Sra. C.____. Esta, no sabiendo nada de ella, le aconsejó regresar al día siguiente a Bedlam y la acompañó al hospital donde fue encadenada y tratada en la forma usual. ¡Esta es la justicia de los hombres! ¡Un pobre salteador de caminos es ahorcado, y al Sr. G. se le estima como un hombre muy honesto!

DOMINGO 14 de septiembre. Al regresar a casa en la noche, no bien me había bajado del carruaje, cuando una multitud, que se había congregado en gran número cerca de mi puerta, prácticamente me acorralaron. Me regocijé y bendije a Dios, conociendo que este era el momento que había buscado e inmediatamente hablé a los que estaban cerca de mi de *la justicia y el juicio venidero*.[27] Al principio no muchos escucharon, pues el ruido alrededor nuestro era demasiado grande. Mas el silencio se fue extendiendo más y más lejos hasta que tuve una congregación callada y atenta. Cuando los dejé, mostraban mucho amor y me despidieron con una bendición.

---

[25] Mt.15.14.
[26] Bethlehem Royal Hospital, una institución para enfermos mentales.
[27] Hch.24.25.

MIÉRCOLES 17. Una pobre mujer me hizo un relato que creo no debe ser nunca olvidado. Hacía cuatro años (dijo ella) desde que su hijo, Peter Shaw, en ese entonces de diecinueve o veinte años de edad, escuchando un sermón del Sr. Wh____, cayó en gran intranquilidad. Ella pensó que estaba enfermo y que tendría que llevarlo a un médico, pero él dijo «No, no. llamen al Sr. Wh____». Lo mandaron a buscar y vino y después de hacer algunas preguntas le dijo a la madre: «El muchacho está loco. Traigan un coche y llévenlo al Dr. M____. Usen mi nombre. Le he enviado varios casos como él». Por lo tanto, ella tomó un coche y se fue con el hijo inmediatamente a la casa del Dr. M____. Cuando el doctor entró el joven se paró y dijo: «Sr. el Sr. Wh____ me ha enviado a usted». El doctor le preguntó, «¿Es el Sr. Wh____ su pastor?». Y le pidió que sacara la lengua. Entonces, sin hacer pregunta alguna, le dijo a la madre: «Escoja su boticario y le voy a recetar.» De acuerdo a lo prescrito, al día siguiente, lo sangraron profusamente, lo encerraron en un cuarto oscuro y le pusieron un fuerte ungüento en cada brazo y en la cabeza. Pero todavía continuaba tan loco como antes, orando o cantando o dando gracias continuamente. Lucharon seis semanas para curarlo, pero fue en vano y estaba tan débil que casi no podía pararse solo. Su madre despidió al doctor y al boticario y lo dejaron estar «loco», pero en paz.

DOMINGO 8 de marzo de 1741. Después de predicar en Bristol sobre el abuso y el buen uso de la Santa Cena, seriamente les supliqué en Kingswood que tuvieran cuidado de *no pecar con la lengua*,[28] ya sea en contra de la justicia,

---

[28] Sal.39.1.

en contra de la misericordia, o de la verdad. Después del sermón los que permanecieron de nuestra sociedad nos reunimos y nos dimos cuenta de que teníamos gran razón para bendecir a Dios, ya que después de haberse retirado cincuenta y dos, todavía quedábamos más de noventa. ¡Oh, que puedan éstos, por lo menos, mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz!

Terminaré con este triste tema con parte de una carta escrita por mi hermano por esta época.

Si lo crees conveniente, puedes enseñarle al Hermano C____ lo que sigue. (**N.B.** No pensé que era apropiado entonces.)

Mi muy querido hermano John C____, con mucho amor y ternura le escribo. Usted vino a Kingswood respondiendo al llamado de mi hermano. Sirvió bajo él en el evangelio como un hijo. No necesito decirle cuánto él le amaba. Usted usó la autoridad que él le dio para echar abajo su doctrina. En todo lugar la contradijo. (Que sea verdadera o falsa no es el asunto.) Usted primeramente debió haberle dicho: «Yo predico contrario a su prédica. ¿Está dispuesto, no obstante, a que pueda continuar en su casa oponiéndome a usted? Si no lo está, no tengo más lugar en estas regiones. Usted tiene el derecho a este abierto proceder. Ahora le doy un aviso de antemano. ¿Puedo quedarme aquí en oposición suya, o debo retirarme?»

Mi hermano, ¿ha tratado esto honesta y abiertamente con él? No. Mas usted le ha robado el corazón de la gente. Cuando algunos de ellos trataron vilmente a su mejor amigo, exceptuando a Dios, ¿con qué paciencia lo tomó usted? ¿Cuándo nos ha vindicado usted, como nosotros lo hemos hecho con usted? ¿Por qué no les dijo a ellos claramente su posición? «Estoy eternamente endeudado con estos hombres. No piense que me quedaré entre ustedes para dirigir una facción contra mi muy querido amigo y hermano, como me permite llamarle, quien se humilló por mi bien y me dio (a mí que no soy ni obispo, ni sacerdote, ni diácono) la mano derecha del compañerismo. Si oigo una palabra más que sea dicha contra él, le abandonaré en ese momento y nunca veré nuevamente su cara.»

Esto hubiera sido justo y honesto y no más de lo que hemos merecido de sus manos. Digo nosotros, porque Dios es mi testigo de cuan condescendiente y amable he sido con usted. Empero usted se olvidó de usted mismo al contradecir mi doctrina abierta y privadamente, mientras tanto yo estaba como un sordo que no oía ni contestaba palabra, sea en público o en privado.

¡Ah, mi hermano, estoy triste por usted! Yo podría... pero usted no recibirá mi opinión. Por lo tanto, solamente puedo encomendarlo a quien nos ha ordenado perdonarnos unos a otros, así como Dios, a causa de Cristo, nos ha perdonado.

MIÉRCOLES 10 de junio. Prediqué en la mañana sobre «El reino interior de Dios». Confío que muchos hayan descubierto que eran herejes de corazón y cristianos de nombre solamente.

En la tarde llegamos a la casa de J____ C____, cerca de diez millas más allá de Markfield, hombre sencillo y muy abierto de corazón, deseoso de saber y hacer la voluntad de Dios. Estuve algo sorprendido de lo que dijo. «Hace unos meses que hubo un gran avivamiento en medio de nosotros. Mas desde que llegó el Sr. S____ tres cuartas partes se han quedado más dormidos que nunca.» Le hablé en contra de sacar gente de la iglesia y que no les aconsejara que descuidaran las oraciones. El respondió que no quedaba nada de la Iglesia de Inglaterra y que no había base en la Escritura para la oración familiar ni para orar en privado en ninguna ocasión en particular, y que por tanto un creyente no necesita hacerlo. Le pregunté lo que nuestro Salvador quiso decir por *«entra en tu aposento y cerrada la puerta ora»*.[29] El dijo, «Oh, eso significa, entra en el aposento de tu corazón».

Entre las cinco y las seis llegamos a Ockbrook, donde el Sr. S____ entonces estaba. Le pregunté al Sr. Greaves que doctrina él enseñaba allí. El respondió: «La suma de todo es esto: Si vas a creer, *estate quieto*. No pretendas hacer *el bien* (lo que no puedes hacer hasta que creas), y deja de lado lo que llamas los «medios de la gracia», tales como orar y llegar a la Iglesia y los Sacramentos.

Cerca de las ocho, el Sr. Greaves al ofrecerme el uso de su iglesia, expliqué verdadera quietud del evangelio; y en

---

[29] Mt.6.6.

la mañana, jueves 11, a una congregación numerosa, le hablé sobre, *por gracia sois salvos por medio de la fe*.[30]

En la tarde proseguimos a Nottingham, donde el Sr. Howe nos recibió con mucho gozo. A las ocho la sociedad se reunió, como de costumbre. No pude menos que observar (1) el salón no estaba ni medio lleno, aunque hasta hace poco solía estar lleno adentro y afuera; (2) que ninguna persona de las que llegaron hicieron oración alguna, sino que inmediatamente cada uno se sentó y comenzó a hablar con su vecino o mirando a su alrededor para ver quién estaba allí; (3) que cuando comencé a orar hubo una sorpresa general, nadie se ofreció a arrodillarse y aquellos que se quedaron de pie escogieron la postura más fácil e indolente que pudieron asumir. Busqué más tarde uno de nuestros himnarios sobre el escritorio (que sabía que Mr. Howe había traído desde Londres), pero ambos, el himnario y la Biblia se habían desaparecido. En el salón estaban los himnario moravos y los «sermones» del Conde.

Expliqué (pero con corazón cargado), *cree en el Señor Jesucristo y serás salvo*,[31] y a la mañana siguiente describí (si por casualidad algunos de los más seguros de sí mismos podrían despertar del sueño de la muerte) los frutos de la verdadera fe; *justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*.[32]

En la noche llegamos a Markfield otra vez, donde la iglesia estaba casi llena mientras yo exponía el pasaje *todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros*.[33]

---

[30] Ef.2.8.
[31] Hch.16.31.
[32] Ro.14.17.
[33] Is.53.6.

LUNES 15. Salí para Londres y en el camino leí ese famoso libro, *Los comentarios de Martín Lutero sobre la Epístola a los Gálatas*. Quedé completamente avergonzado. ¡Cuánto había estimado este libro, sólo porque había oído la recomendaciones hechas por otros! O a lo más, porque había leído algunas excelentes porciones citadas del libro. ¿Pero qué puedo decir ahora que lo juzgo por mí mismo, que lo veo ahora con mis propios ojos? Por que el autor no sólo no dice nada, no aclara ninguna dificultad de importancia, sino que también es muy superficial en sus comentarios sobre muchos pasajes, borroso y confuso en casi todos. También está profundamente teñido con misticismo de principio a fin y por lo tanto, fundamentalmente equivocado. Por ejemplo, para citar sólo uno o dos puntos. ¿Cómo puede él (casi en las palabras de Taulero) desacreditar «la razón» como un enemigo irreconciliable del evangelio de Cristo? Mientras que, ¿qué es la razón (la facultad así llamada) sino el poder de comprender, de juzgar y de disertar? Cuyo poder no debe ser condenado en su totalidad más que el poder de ver, oír o sentir. Además, ¡con cuanta blasfemia habla de las buenas obras y de la ley de Dios! ¡Constantemente juntando la ley con el pecado, la muerte, el infierno o el diablo! ¡Y enseñando que Cristo «nos libera» de todos ellos por igual! Mientras que en realidad es tan posible probar por medio de la Escritura que Cristo «nos libera de la ley de Dios» como que nos libera de la santidad o del cielo. Aquí (me parece) está la real causa del gran error de los moravos. Ellos siguen a Lutero, para bien o para mal. De ahí su «sin obras, ni ley,

ni mandamientos». ¿Pero quién eres que *murmuras de la ley y juzgas a la ley*?[34]

VIERNES 31. Al oír que una de nuestras hermanas (Jane Muncy) estaba enferma, fui a verla. Ella fue una de las primeras mujeres de las bandas de Fetter Lane. Cuando comenzó la discusión sobre los medios de la gracia, ella se paró en medio de la controversia y discutió con mucha seriedad a favor de los mandamientos entregados a los santos. Cuando pronto después se ordenó que «los hombres y mujeres solteros no debían conversar entre ellos», ella nuevamente se paró para encarar a aquellos que estaban *enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres*.[35] Ni podía todo el egoísmo, sin controversia, de los hombres más inteligentes de su generación, inducirla ya sea a negar la fe que había recibido o a usar un discurso más sencillo o ser menos celosa en recomendar y cuidar la practica de las buenas obras. Hasta el punto que muchas veces cuando había estado realizando tareas de amor hasta las ocho o nueve de la noche, se sentaba y trabajaba con sus manos hasta las doce o una de la mañana. No que necesitara algo para sí misma, sino para tener para dar a otros cuando lo necesitaran.

A partir del momento en que fue hecha líder de una o dos bandas, llegó a ser un ejemplo importante para el rebaño: en toda clase de abnegación, en amplitud de comportamiento, en sencillez y pureza de sinceridad, en fe inmutable y constante asistencia a todas las ordenanzas de Dios, públicas y privadas. Y como había trabajado más que todos ellos juntos, Dios la llamó ahora al sufrimiento. Fue atacada primero por una violenta fiebre y trasladada a otra

---

[34] Stg.4.11.
[35] Mt.15.9.

casa al comienzo de su enfermedad. Aquí tuvo que hacer trabajos que ella desconocía. Al dueño de la casa no le importaba ninguna de estas cosas. Mas la observaba y se convenció. Así que comenzó a comprender y a poner su corazón en las cosas que al final traen paz a la persona.

En unos pocos días la fiebre disminuyó, o más bien parece que se concentró en un absceso o tumor interno, de tal manera que no podía respirar sin un intenso dolor que aumentaba día y noche. Cuando entré me extendió la mano y dijo, «¿Has venido, tú bendito del Señor? Alabado sea el nombre del Señor por esto.» Le pregunté, «¿Estas desalentada ahora que estás castigada por él?» Ella dijo, «Oh, no, no. No estoy desfallecida. No me quejo. Me regocijo siempre.» Le respondí, «¿puedes *dar gracias en todo*?»[36] Ella respondió, «Sí, puedo, puedo.» Le dije, *«Jehová te sustentará sobre el lecho del dolor.»*[37] Ella clamó, «El me sostiene, él me sostiene. No tengo nada que pedir. El está siempre conmigo y no tengo otra cosa que hacer sino alabarle.»

En el mismo estado mental, aunque débil y más débil de cuerpo, continuó así hasta el siguiente martes, cuando varios de los que habían estado en su grupo se hicieron presentes. Los miró fijamente y luego cayó en una clase de oración agonizante para que Dios les cuidara del maligno. Al mediodía cuando regresé, se encontraba bastante calmada otra vez y todas sus palabras eran de oración y alabanza. El mismo espíritu que manifestó cuando el Sr. Maxfield la visitó al siguiente día. Poco después que él se retiró, ella

---

[36] 1 Ts.5.18.
[37] Sal.41.3.

durmió en paz. ¡Has sido como *una madre en Israel*,[38] y *tus hechos te alaben en las puertas*![39]

JUEVES 3. El Sr. Hutton me avisó que el Conde Zinzendorf se reuniría conmigo a las tres de la tarde. Fui a esa hora a Gray Inn Walks. La mayor parte del material de nuestra conversación (que no me atrevo a encubrir) fue como sigue (que por respeto a los muertos no traduzco.):[40]

Conde Zinzendorf: ¿Por qué ha cambiado su religión?

Wesley: Yo no sé que haya cambiado mi religión. ¿Por qué piensa así? ¿Quién le ha informado a usted de esto?

Z. Sencillamente, usted mismo. Lo veo por su carta a nosotros. Allí, usted se alejó de la religión que profesó entre nosotros e inició una nueva.

W. ¿Cómo así? No le comprendo.

Z. No, usted dice allí que los cristianos no son pecadores miserables. Esto es lo más falso. Los mejores hombres son los pecadores más miserables, aun hasta la muerte. Si alguien habla de otra forma, ellos o bien impostores manifiestos o diabólicamente seducidos. A nuestros hermanos que enseñaron mejores cosas, usted se ha opuesto a ellos y cuando ellos desearon paz, usted la rechazó.

W. No comprendo todavía a dónde se dirige.

Z. Cuando me escribió desde Georgia, yo le amaba mucho. Percibí que usted era de simple corazón, pero perturbado en sus ideas. Vino a nosotros. Sus ideas entonces estaban mucho más perturbadas y confusas. Regresó a Inglaterra. Poco después, me enteré que nuestros hermanos estaban discutiendo con usted. Envié a Spangenberg hacer la paz entre ustedes. El me escribió que los hermanos le habían herido. Volví a escribir para que ellos no continuaran la lucha, sino desearan su perdón. Spangenberg volvió a escribir que los hermanos habían deseado esto, pero que usted, glorificándose sobre ellos, había rehusado la paz. Ahora que he venido, escucho la misma cosa.

W. El asunto no comienza en ese punto. Sus hermanos, es cierto, no me usaron bien. Después desearon perdón. Contesté que eso estaba de más, que nunca había sido ofendido por ellos, pero temía, (1) que fueran a enseñar falsamente, (2) que fueran a vivir perversamente. Esto es y fue la única cuestión entre nosotros.

Z. Hable más ampliamente sobre esto.

W. Temo que puedan enseñar falsamente; (1) concerniente al fin de nuestra fe en esta vida, o sea, la perfección cristiana. (2) concerniente a los medios de la gracia, así llamados por nuestra iglesia.

---

[38] Jue.5.7.

[39] Pr.31.31.

[40] En el *Diario* de Wesley, la conversación se encuentra en latín.

Z. Yo no reconozco que haya perfección inherente en esta vida. Este es el error de errores. Lo he perseguido por todo el mundo con fuego y espada. Lo he pisoteado: lo condeno a completa destrucción. Quienquiera que siga la [doctrina de la] perfección inherente, niega a Cristo.
W. Mas yo creo que el espíritu de Cristo obra esta perfección en los verdaderos cristianos.
Z. De ninguna manera. Toda nuestra perfección está en Cristo. Toda perfección cristiana es fe en la sangre de Cristo. Nuestra perfección cristiana completa es imputada, no inherente. Somos perfectos en Cristo: nosotros mismos nunca somos perfectos.
W. Pienso que discutimos sobre palabras. ¿No es verdad que todo creyente es santo?
Z. En sumo grado. Mas es santo en Cristo, no en sí mismo.
W. ¿Pero no vive en santidad?
Z. Si, vive santamente en todas las cosas.
W. ¿Y no tiene un corazón santo?
Z. Ciertamente que sí.
W. ¿Y no es consecuentemente santo en sí mismo?
Z. No, no. Solamente en Cristo. El creyente no es santo en sí mismo. No tiene nada de santidad en sí mismo.
W. ¿No tiene el amor de Dios, y el de su prójimo, en su corazón? ¿Y aun la imagen completa de Dios?
Z. La tiene. Pero estas cosas constituyen la santidad legal, no evangélica. La santidad evangélica es la fe.
W. La disputa es toda acerca de palabras. Usted admite que un creyente es enteramente santo de corazón y vida; que ama a Dios de todo su corazón y le sirve con todos sus poderes. No deseo nada más. No quiero decir sino eso por PERFECCIÓN, o SANTIDAD CRISTIANA.
Z. Mas esto no es su santidad. El creyente no es más santo si ama más, o menos santo, si ama menos.
W. ¡Qué! ¿Acaso no es que cada creyente, mientras aumenta en amor, aumenta igualmente en santidad?
Z. De ninguna manera. En el momento en que es justificado, es santificado completamente. A partir de ese momento, no es ni más ni menos santo, aun hasta la muerte.
W. ¿No es por lo tanto, un padre en Cristo más santo que un recién nacido?
Z. No. Nuestra completa justificación y santificación se dan a la misma vez. El creyente no recibe ni más ni menos.
W. ¿No es que el verdadero creyente aumenta en amor a Dios diariamente? ¿Es *perfeccionado en amor* cuando es justificado?
Z. Lo es. El creyente no puede nunca crecer en el amor de Dios. Ama íntegramente en ese momento, así como es santificado completamente.
W. ¿Entonces que es lo que el Apóstol Pablo quiere decir por, *«somos renovados día a día»*?
Z. Se lo diré. El plomo, si fuera transformado en oro, sería oro el primer día, el segundo día y el tercer día. Así es renovado día a día, pero nunca será más oro que el primer día.
W. ¡Pensé que debemos crecer en gracia!

Z. Ciertamente, pero no en santidad. Cuando cualquiera es justificado, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo moran en su corazón. Desde ese momento su corazón es tan puro como habrá de ser siempre. Un bebé en Cristo es tan puro de corazón como lo es el padre en Cristo. No hay diferencia.
W. ¿No fueron justificados los apóstoles antes de la muerte de Cristo?
Z. Lo fueron.
W. ¿Pero no fueron ellos más santos después del día de Pentecostés que antes de la muerte de Cristo?
Z. De ninguna manera.
W. ¿No estuvieron ellos en ese día *llenos del Espíritu Santo*?
Z. Si lo estaban. Mas ese don del Espíritu no afectó su santidad. Fue un don de milagros solamente.
W. Quizás no comprendo lo que quiere usted decir. ¿No es que mientras nos negamos nosotros mismos, morimos más y más al mundo y vivimos para Dios?
Z. Rechazamos toda abnegación. La pisoteamos. Nosotros hacemos, como creyentes, todo lo que queremos y nada más. Nos reímos de toda humillación. Ninguna purificación precede al amor perfecto.
W. Lo que usted ha dicho lo pesaré detenidamente. Dios será mi ayudador.

Diario 5
Desde el 6 de septiembre de 1741
hasta el 27 de octubre de 1743

[Wesley está en Bristol, y el día anterior ha sostenido una controversia de dos horas con Howell Harris, calvinista que se preparaba a partir esa misma noche para Gales. Terminaron orando juntos, y la sesión concluyó a las dos de la mañana, una hora antes de la presunta partida de Harris.]

SÁBADO 10 de octubre de 1741. Puesto que su viaje había sido pospuesto hasta el lunes, el Sr. Harris vino a verme en el Nuevo Salón. Dijo, en cuanto al supuesto decreto de *reprobación*, que lo repudiaba y rechazaba completamente. Y, en cuanto a *no poder caer de la gracia*,[1] (1) que creía que no debía siquiera mencionarse ante los no justificados, o ante cualquiera que fuese débil o descuidado, y mucho menos que viviese en pecado, sino solamente ante quienes verdaderamente se dolían de su pecado y estaban desconsolados; (2) que él ciertamente creía que era posible que cayera quien antes había sido en cierto modo «iluminado» con algún conocimiento de Dios, y «probado el don celestial», y hecho «partícipe del Espíritu Santo»; y que por tanto deseaba que en los puntos controvertidos nos limitásemos a las palabras textuales de la Sagrada Escritura; (3) que no consideraba que alguien estuviese justificado de tal modo que no pudiese caer, hasta tanto no estuviese unido vitalmente a Cristo, hasta tanto no tuviese un odio total y permanente hacia el pecado y una continua hambre y sed de toda justicia. ¡Bendito seas del Señor, hombre de paz! Sigue buscando la paz y la santidad.

[1] La doctrina calvinista de la perseverancia de los santos. [N. del Ed.]

DOMINGO 25 - Después del Sacramento en Todos los Santos me fui a caballo a Kingswood, pero antes de llegar a Lawrence Hill mi caballo se cayó y tratando de levantarse se cayó nuevamente sobre mí. Una o dos mujeres salieron corriendo de una casa vecina y cuando me levanté, me ayudaron a entrar. Adoro la sabiduría de Dios. En esta casa había tres personas que habían empezado a correr bien en las cosas del Señor, *pero Satanás les estorbó*.[2] Mas ahora decidieron continuar otra vez y ninguna ha mirado atrás desde entonces.

A pesar de este retraso llegué a Kingswood a las dos. Las palabras que Dios me permitió pronunciar allá, y más tarde en Bristol (aún debo expresarme así; pues no me atrevo a atribuirlas a mi propia sabiduría), fueron como martillo y fuego. La misma bendición encontramos en la reunión de la sociedad y más abundante todavía en el ágape que siguió. No recuerdo nada parecido por muchos meses. Se escuchó un clamor de un extremo a otro de la congregación; no de tristeza, sino de un desbordante gozo y amor. *Extiende tu misericordia a los que te conocen, y tu justicia a los rectos de corazón*.[3]

La gran tranquilidad encontré tanto en público como en privado casi cada día de la siguiente semana la percibí como una preparación para lo que seguiría. Estoy adjuntando copia de un corto relato que envié a Londres poco después en una carta, aunque no soy insensible de que hay muchas circunstancias en él que algún día puedan ser consideradas como simple entusiasmo y extravagancia.

Querido Hermano,

---

[2] 1 Ts.2.18.
[3] Sal.36.10.

Toda la semana pasada me la pasé bajo los efectos del violento resfrío que contraje en Gales. No pienso (como el Sr. Turner y Walcam suponían) que fue por haberme acostado sobre una cama húmeda en St. Bride, sino más bien por cabalgar continuamente en las noches frías y húmedas y predicar inmediatamente después. Pensaba que pasaría pronto, y por lo tanto le puse poca atención hasta el viernes en la mañana. Entonces me sentí muy enfermo y cuando caminé hasta Baptist Mills (a orar con Susanna Basil, quien estaba enferma de fiebre), sentí que el viento me penetraba y atravesaba. Al regreso, me sentí un poco mejor. Sólo que no pude comer nada. Con todo no me sentí falto de fuerza para la hora de intercesión, ni a las seis de la tarde, mientras exponía y aplicaba estas palabras: *Sol, detente en Gabaón; y tú, luna, en el valle de Ajalón*.[4] Después me sentí aliviado y dormí bien, de tal manera que no percibí mayores problemas, sino que me levanté en la mañana como siempre y afirmé con voz fuerte y corazón engrandecido, que *en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircumcisión, sino la fe que obra por el amor*.[5] Cerca de las dos de la tarde, justo cuando me disponía a sentarme a comer, sentí un escalofrío y un pequeño dolor en la espalda, pero no me sentí nada enfermo, así que comí algo y después de entrar en calor, salí a ver a algunos que estaban enfermos. Encontrándome peor a eso de las cuatro me hubiera acostado, pero había prometido ver a la Sra. G____, que había estado enferma, fui allí primero y luego a Weavers Hall. Un hombre me sirvió de buena señal al decir: «El también será un mártir pronto al fin.» La Escritura que usé fue: *«Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis, y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.»*[6] Encontré que no tenía fuerza interna o externa y luego al subirme la fiebre, llamé al Dr. Middleton. Siguiendo su consejo, me fui a casa y me acosté, lo cual es algo raro para mi, pues no había guardado cama un solo día (en treinticinco años) desde que tuve la viruela. Inmediatamente comencé a sudar profusamente, lo que continuó hasta la una o dos de la mañana. Dios me dio un sueño relajante y luego tal tranquilidad de mente que hoy, domingo, noviembre primero, me pareció el día más corto de toda mi vida.

Creo que una pequeña circunstancia no debe omitirse, aunque sé que puede ser mal interpretada. Aquellas palabras estaban ahora tan fuertemente impresas en mi mente que por un tiempo considerable no las pude sacar de mi pensamientos: *«Bienaventurado el que piensa*

---

[4] Jos.10.12.
[5] Gá.5.6.
[6] 1 Jn.2.1.

en el pobre; Jehová lo sustentará sobre el lecho del dolor; mullirás toda su cama en su enfermedad».[7]

El domingo en la noche de igual manera dormí bien y todo fue fácil el lunes por la mañana. Cerca de las tres de la tarde me regresó el escalofrío, mucho más violento que antes, y continuó hasta que me acosté. Luego me parecía que estaba dentro de un horno encendido. En poco tiempo comencé a sudar, pero el sudor parecía aumentar el calor intenso en vez de disminuirlo. Así permanecí hasta casi las ocho de la noche cuando de repente me desperté en una especie de sopor, en tal estado de malestar (no sé si de cuerpo o mente, o de ambos) que no sé cómo describirlo. Mi corazón y mis pulmones y todo lo que está dentro de mí, incluyendo también mi alma, parecían estar en perfecto tumulto. Entonces, *clamé a Jehová en mi angustia, y me libró de mis aflicciones*.[8]

Continué con sudor moderado hasta cerca de la media noche y después dormí bastante bien hasta la mañana. El martes, noviembre 3, alrededor del mediodía, fui trasladado a casa del Sr. Hooper. Allí gocé de una bendita calma por varias horas, el acceso de fiebre no me regresó como hasta las seis de la tarde y de tal forma como nunca había oído o leído. Tenía el pulso acelerado, acompañado de temperatura alta; pero sin dolor ya sea de cabeza, espalda o brazos; sin enfermedad, sin punzada, sin sed. Con seguridad Dios es una ayuda presente en tiempo de dificultades y así lo fue durante toda mi enfermedad.

MIÉRCOLES, 4 de noviembre. Muchos de nuestros hermanos estuvieron de acuerdo de buscar hoy a Dios mediante el ayuno y la oración. Cerca de las doce la fiebre

---

[7] Sal.41.1,3.
[8] Sal.107.6.

empezó con furia. A las dos dormité un poco y repentinamente desperté con igual malestar (sólo más violento) que el del lunes. *La cadena de plata parecía quebrarse y el cántaro parecía quebrarse junto a la fuente*.[9] La sangre daba vueltas de un lado para otro, como si fuera a forzar inmediatamente su salida por todas las venas, especialmente en el pecho; un calor excesivo me quemaba todo el cuerpo, tanto afuera como adentro. Cerca de las tres, en un momento, la conmoción cesó, pasó la fiebre y se fue el dolor. Poco después vino otra crisis, pero no tan violenta como la anterior. Esta duró hasta las cuatro y media y entonces desapareció de repente. Me fui mejorando y mejorando hasta las nueve. Entonces me dormí y me costó trabajo despertarme en la mañana.

JUEVES 5. El ruido de fiesta[10] de la gente en las calles no me agradaba mucho; aunque temo que esto trastornaba sus pobres almas mucho más que mi cuerpo. A las cinco de la tarde me volvió la tos y luego la fiebre y otros síntomas, pero con esta extraordinaria situación, que en las siguientes catorce o quince horas dormí algo cada hora. Por esto nunca estuve delirante, sino que estuve tan consciente desde la primera hora de mi enfermedad hasta la última como cuando tenía perfecta salud.

VIERNES 6. Entre las diez y las doce comenzó la crisis principal. Puedo dar solamente un ligero recuento de ella, no por falta de memoria, sino de palabras. Sentí en mi cuerpo sólo tormentas y tempestades, granizos y brasas de fuego. Mas no recuerdo que sintiera ningún temor (tal fue la misericordia de Dios) ni ningún murmullo. Y aun así, tenía solamente una paciencia apagada y pesada, que sabia que no

---

[9] Ec.12.6.
[10] Era día de fiesta en Inglaterra («Guy Fawkes Day»).

era como debía ser. Me regresó la fiebre embistiendo como un león, lista para romper todos mis huesos en pedazos. Mi cuerpo se debilitaba cada momento, pero no sentí que mi alma ganaba fuerzas. Entonces me vino a la mente: *«no temáis, estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros».*[11] De inmediato mi corazón se tranquilizó. *Mi boca se llenará de risa y mi lengua de alabanza*.[12] Una que estaba a mi lado dijo, «Ahora está delirando.» Le dije, «Oh no, no estoy delirando sino que estoy alabando a Dios. Dios ha venido en mi ayuda y el dolor no es nada. Gloria sea a Dios en las alturas.» Ahora descubrí por qué no tuve urgencia de recuperar mi salud antes, porque entonces hubiera perdido esta prueba experimental de lo pequeño que son las cosas que pueden sucederle al cuerpo, en tanto que Dios lleve el alma a las alturas; como si fuera sobre las alas de un águila.

Una hora después tuve otra lucha con el enemigo, quien entonces parecía que reunía todas sus fuerzas. Ensayé cómo sacudirme y alabar a Dios como antes, pero no pude hacerlo: el poder me había abandonado. Estaba despojado de mi fuerza y me debilité como cualquier otro hombre. Entonces dije, «Aun aquí me sostengo. Vengo a sobrellevar tu voluntad. ¡Oh Dios!». Inmediatamente él regresó a mi alma y levantó la luz de su semblante, y sentí que, «cabalga con facilidad aquél a quien lleva la gracia de Dios».[13]

Supuse que la crisis había pasado, siendo casi las cinco de la tarde, y empecé a tranquilizarme para dormir cuando sentí el primer escalofrío y luego una quemazón por todo el cuerpo, seguida de un desmayo general, debilidad y

---

[11] Ex.14.13.
[12] Sal.1262.
[13] Kempis.

completa pérdida de la fuerza, como si todo el armazón de la naturaleza hubiera sido disuelto. En ese momento mi enfermera, no sé por qué, me sacó de la cama y me puso en una silla. Después, comenzó una purga que creo me salvó la vida. Comencé a sentirme mejor desde esa hora y tuve tal descanso durante la noche como nunca lo había tenido antes, con el favor de Dios que puso su mano sobre mí.

VIERNES 11. Fui a Bath. Muchas veces he tratado de razonar conmigo mismo sobre este lugar, ¿será cierto que *Dios no se dejó a si mismo sin testimonio*?[14] ¿Nunca levantó lo que podrían ser luces brillantes, aun en medio de esta generación pecadora? Sin duda lo ha hecho, pero se han ido «al desierto»[15] u ocultado debajo del almud de la «prudencia». Algunas de las personas más serias que he conocido en Bath son «cristianos solitarios», que apenas se conocen unos a otros, sino sólo de nombre, o «cristianos prudentes», tan cuidadosos de no ofender como si esto fuera un pecado imperdonable y tan celosos de «guardar su religión para ellos mismos» como deberían serlo, al contrario, para dejar que su *luz alumbre delante de los hombres*.[16]

Regresé a Bristol al día siguiente. En la noche uno deseaba hablar conmigo. Me di cuenta de que estaba en la peor confusión, por lo que no pudo hablar por un rato. A la postre dijo, «Yo soy el que le interrumpí en el Salón Nuevo el lunes. No he tenido paz desde entonces, ni de día ni de noche, por lo que no podía tenerla hasta que hablara con usted. Espero que me perdone y que esto pueda ser una advertencia para mí todos los días de mi vida».

---

[14] Hch.14.17.
[15] Una crítica a las prácticas ascéticas y místicas de algunos solitarios.
[16] Mt.5.16.

VIERNES primero de enero de 1742. Después de una noche de sueño tranquilo me desperté con fiebre alta, pero sin ninguna enfermedad, sed o dolor. Sin embargo, decidí guardar cama, pero con la condición de que cualquiera que deseara hablar conmigo tuviera la libertad de hacerlo. Creo que cincuenta o sesenta personas lo hicieron hoy, y no tuve dificultad alguna para hablar con ellas. En la noche mandé buscar a todas las bandas que estaban en la casa[17] para que pudiéramos magnificar a nuestro Señor todos juntos. Un pariente cercano estaba conmigo cuando ellos llegaron, y le pregunté después si ella no se había ofendido. «¡Ofendida!» dijo ella, «Me gustaría poder estar siempre entre ustedes. Pensé que estaba en el cielo.»

Esta noche también, por la gracia de Dios, dormí bien, para el completo asombro de los que me rodeaban, y del boticario en particular, quien dijo que nunca había visto tal fiebre en su vida. Tuve una clara mejoría en la mañana, pero a eso de las dos de la tarde tuve un acceso fuerte como nunca antes. De otra manera hubiera determinado estar en la reunión de las bandas. Pero buena es la voluntad del Señor.

LUNES 4. Me desperté en perfecta salud. ¿No es Dios el que da y quita la vida? Entiendo que el pobre Charles Kinchin murió hoy. «¿Dónde se encontrará otro como él en modestia, fidelidad incorrupta, y verdad desnuda?»[18]

Prediqué mañana y noche todos los días, por el resto de la semana. El sábado, mientras estuve predicando en Long Lane, un rudo tumulto levantó la voz. Sin demora caí sobre ellos. Algunos se quitaron los sombreros y no

---

[17] Es decir, las que se reunían en la Fundición.
[18] Cita de Horacio, *Odas*, I.xxix.6-8.

abrieron más la boca. El resto salió, uno tras otro. Quienes se quedaron estuvieron silenciosos y atentos.

DOMINGO 10. Tuve un corto tiempo para ver al Sr. Dolman. Dos años atrás parecía que se estaba muriendo de asma, se le hacía difícil levantarse a las ocho de la mañana, después de luchar, como si fuera, por su vida. Mas desde el primer momento que llegó, rara vez dejó de estar en la Fundición a las cinco. Ni se había puesto peor, sino se le quitó la fiebre hasta hace unos pocos días. Lo encontré entusiasmado, lleno de amor y paz y gozo por tener fe. En el mismo espíritu, según supe después, continuó viviendo hasta que Dios se lo llevó.

LUNES 25. Mientras que explicaba en Long Lane el pasaje, *«el que practica el pecado es del diablo»*,[19] los que le sirven estaban más que enfurecidos: no solamente hicieron todo el ruido posible (aunque, como había decidido antes, nadie se movió de su lugar o le respondieron palabra alguna), sino violentamente tiraron a muchas personas de un lado a otro, les pegaron, y rompieron parte de la casa. Finalmente comenzaron a tirar grandes piedras a la casa, las cuales entraban por donde quiera que venían, cayendo con las tejas entre la gente, así que estaban en peligro sus vidas. Entonces les dije, «Ustedes no deben continuar haciendo esto. He recibido órdenes del magistrado, quien en este respecto para nosotros es como el ministro de Dios, de informarle de aquellos que rompen las leyes de Dios y las del Rey. Así debo de hacerlo si ustedes persisten en esto, pues de otra manera me hago partícipe de su pecado.» Cuando terminé de hablar estaban más fuera de control que antes. Viendo esto les dije, «Dejen que tres o cuatro

[19] 1 Jn.3.8.

hombres de los más calmados agarren al primero de los revoltosos y lo entreguen a un alguacil y que la ley siga su curso.» Así lo hicieron y lo trajeron dentro de la casa, maldiciendo y blasfemando él en forma espantosa. Lo envié con cinco o seis al juez Copeland, a quien le relataron los hechos con todos los detalles. El juez inmediatamente lo envió a las siguiente Sala de Justicia en Guildford.

Observé que cuando trajeron al hombre a la casa, muchos de sus acompañantes gritaban a viva voz, «¡Richard Smith! ¡Richard Smith! Quien, como más tarde se supo, era uno de sus más fuertes defensores. Mas el Sr. Richard Smith no contestó; estaba en manos de Uno más grande que ellos. Dios le había llegado al corazón, y también a una mujer, que estaba hablando palabras no aptas para ser repetidas y tiraba todo lo que caía en sus manos, a quien Dios alcanzó en el mismo acto. Ella entró a la casa con Richard Smith, cayó de rodillas delante de todos nosotros, exhortando a Smith que nunca se volviera atrás, que nunca olvidara la misericordia que Dios le había mostrado a su alma. Desde ese momento no hemos tenido ninguna interrupción de importancia o disturbio en Long Lane, aunque retiramos nuestra acusación, basada en la promesa y sumisión del acusado que prometió mejorar su conducta.

MARTES 26. Expliqué en Chelsea[20] la fe que obra por amor. Estaba muy débil cuando entré al salón, pero cuanto más «las bestias de la gente» aumentaban en locura y rabia, más me fortalecía en ambos cuerpo y alma. Así que creo que pocos en la casa, la que estaba excesivamente llena, se perdió una sola oración de lo que hablé. A la verdad ellos no me podían ver ni verse entre ellos a pocas yardas de

[20] Suburbio de Londres.

distancia por razón del espeso y excesivo humo, ocasionado por un fuego afuera y cosas por el estilo, continuamente arrojados dentro del salón. Empero, quienes podrían alabar al Señor en medio del fuego no se asustaron por un poco de humo.

MIÉRCOLES 27. Enterré el cuerpo de Sarah Whiskin, una joven llegada últimamente de Cambridge, de quien sigue un corto relato, en las palabras de una que estuvo con ella durante su última lucha por la eternidad.

La primera vez que fue con el propósito de escuchar al Sr. Wesley, fue el 3 enero, pero él entonces estaba enfermo. Ella regresó el martes 5 y no estuvo desilusionada. Desde ese momento pareció muy interesada con las cosas de arriba, y hubiera podido gustosamente siempre estar escuchando, orando o cantando himnos. El miércoles 13 fue enviada al campo, pero al saberlo lloró desconsoladamente, teniendo temor de ir, por miedo de sentirse cómoda otra vez en el mundo. Con lágrimas en los ojos, me preguntó «¿Qué puedo hacer? Estoy en un gran aprieto.» Habiendo sido aconsejada de presentar su causa a Dios y de orar para que su voluntad sea hecha y no la de ella, dijo que aplazaría su viaje por tres días, para esperar que Dios pudiera mostrarle su voluntad concerniente a ella. Al día siguiente se enfermó con fiebre, pero estando un poco mejor el viernes, buscó y separó un lugar en el carruaje a Cambridge para el martes siguiente. Su hermana le preguntó si creía que era la voluntad de Dios que debía ir, y ella contestó: «Esto lo dejo al Señor, estoy segura que él encontrará una forma de impedirlo si no es para mi bien.» El domingo 17 estuvo enferma otra vez y deseó que le escribiera una nota que yo iba a orar por ella. Le pregunté qué debería de escribir. Ella respondió, «Sabes lo que quiero, una fe viva.» Estando

mejor el lunes 18, se levantó para prepararse para el viaje, aunque todavía deseaba que Dios lo detuviera, si es que éste no estaba de acuerdo a su voluntad. Tan pronto se levantó de orar, se desmayó. Cuando volvió en sí, dijo, «¿Dónde está esa Escritura del viaje de Balaam y el ángel del Señor interponiéndose en el camino? Me viene bien a mí. Iba a salir esta mañana, y ves, Dios me ha quitado toda mi fuerza.»

Desde este momento estuvo ella casi continuamente orando a Dios para que él revelara a su alma. El martes 19, estando llorando, se le preguntó qué le pasaba. Ella respondió: «El diablo está muy ocupado conmigo.» Uno le preguntó: «¿Quién te condena?» Ella señaló a su corazón y dijo: «Esto: y Dios que es más grande que mi corazón.» El jueves, después que el Sr. Richards había orado con ella, estuvo más contenta y dijo que ella no podía dudar que Dios cumpliría el deseo que él le había dado.

Viernes 22. Una de sus hermanas vino del campo a verla, ella le dijo: «Si hubiera venido a ti, el mal me hubiera sobrevenido, pero he sido arrancada de las manos del diablo. Aunque Dios aún no se me ha revelado, por lo menos creo, que si muriera esta noche, antes de mañana estaría en el cielo.» Su hermana le dijo: «Espero que Dios te restaure tu salud», y ella respondió: «Dejemos que él haga lo que mejor le parezca.»

Sábado 23. Ella dijo, «Vi a mi madre, a mi hermano y mi hermana en mi sueño y todos ellos recibieron una bendición al momento.» Le pregunté que si pensaba que iba a morir y si ella creía que el Señor recibiría su alma. Mirando atentamente, dijo: «No he visto al Señor todavía, pero creo que lo veré y viviré. Aunque estas son palabras temerarias para ser dichas por una pecadora. ¿No lo son?»

Domingo 24. Le pregunté, «¿Cómo has descansado?» Ella respondió: «Muy bien. Aunque no he dormido y no he querido dormir pues he tenido al Señor conmigo. No tengamos vergüenza de él, sino que proclamémosle desde lo más alto de la casa. Y sé que todo lo que pida en el nombre de Jesús, de acuerdo a su voluntad, lo tendré.» Poco después me llamó apresuradamente y me dijo: «Temo que me he engañado. Pensé que el *amén* estaba sellado en mi corazón, pero temo que no es así. Arrodíllate y ora por mí y no lo dejes ir hasta que me haya concedido el deseo de mi corazón.» Poco después irrumpió cantando y dijo: «He sido prontamente librada de mis temores. Solamente tuve miedo de una esperanza ilusoria, pero si hubiera sido así no le hubiera dejado ir.»

Su hermana que había venido a verla estaba muy preocupada. «Tú,» me dijo ella, «estás sufriendo por ella, mas tengo fe en esta criatura. Dios la ha favorecido.» En la tarde ella me pidió que le hiciera un escrito. Le pregunté, «¿Qué debo escribir?» Ella dijo: «Da gracias por lo que Dios ha hecho por mí y ora para que él pueda manifestarse también a mis amistades. Anda a la predicación. Deja solamente a uno conmigo.» Tan pronto salimos, ella se levantó, llamó a la persona que estaba con ella y le dijo: «Ahora está hecho. Estoy segura que mis pecados están perdonados.» La persona le respondió: «La muerte es algo pequeño para los que mueren en el Señor,» ella respondió con vehemencia: «¡Cosa pequeña! No es nada.» Entonces, puesto que esa le pidió que orara por ella, respondió: «Lo haré: Oro por todos. Oro por todos los que conozco y oro por quienes no conozco; y el Señor oirá la oración de fe.» A nuestro regreso, cuando su hermana se arrodilló al lado de su cama, ella le dijo: «Mi querida, ¿no sientes consuelo por

mí?» Su hablar decaía, y ella le hacía señales para que estuviera a su lado, la besó y se sonrió. Entonces permaneció echada cerca de una hora sin hablar o moverse, hasta que alrededor de las tres en punto el lunes en la mañana exclamó: «¡Mi Señor y mi Dios!» exhaló dos veces y murió.

DOMINGO 21 de febrero. En la noche expliqué *las preciosas y grandísimas promesas*[21] que nos han sido dadas, una firme confirmación de las cuales veo en un relato sencillo y sin pretensiones de un muchacho cuyo cuerpo yacía delante de nosotros. La esencia de este relato es como sigue:

John Woolley estuvo por algún tiempo en la escuela de ustedes, pero fue expulsado por su mal comportamiento. Luego se escapó de sus padres, escondiéndose en guaridas y rincones por muchos días y noches, de tal manera que su madre no podía encontrarlo. Durante este tiempo sufrió hambre y frío. En una oportunidad estuvo tres días completos sin sustento, algunas veces llorando y orando por él mismo y otras veces jugando con otros niños de la calle.

Una noche llegó al salón Nuevo. El Sr. Wesley estaba hablando sobre la desobediencia a los padres. El muchacho estaba bastante confundido y pensó que no habría otro muchacho en el mundo tan perverso como él. Regresó a casa y nunca más volvió a escaparse. Su madre vio el cambio en todo su comportamiento, pero ignoraba la causa del mismo. Con frecuencia el muchacho iba solo a los altos para orar y a veces salía solo al campo, dejando de lado a sus compañeros ociosos.

Y ahora el diablo comenzó a instigarlo con todo su poder, tentándole continuamente al suicidio. A veces sentía el impulso de ahorcarse, otras veces de lanzarse al río. Mas esto lo hizo más diligente en la oración. Cierto día mientras luchaba con Dios a quien vio en medio de una inexplicable luz, se sintió lleno de alegría y del amor de Dios y apenas supo donde estaba. Sintió tal amor por toda la humanidad que pudo haberse tendido en el suelo y dejarse pisotear aun por sus peores enemigos.

A partir de ese momento su padre y su madre estuvieron sorprendidos de él. Ahora era muy solícito en ayudarles en todas las cosas. Cuando ellos iban a la iglesia, él se ocupaba de darles de comer a los otros niños; y después de acostarlos, corría hacia el Salón para alumbrar el camino a su papá o mamá de regreso a la casa. Mientras tanto no perdía la oportunidad de escuchar la predicación o de hacer algún bien, ya sea en casa o en cualquier otro lugar donde se encontraba.

---

[21] 2 P.1.4.

Un día, caminando en el campo, empezó a hablar con un campesino quien hablaba de la religión con desprecio. John le dijo que no debía hablar así y le explicó sobre la palabra del apóstol (la que le rogó considerara profundamente), *«sin la santidad nadie verá al Señor»*.[22] El hombre estuvo tan asombrado que tomó al muchacho en sus brazos y no sabía cómo dejarlo ir.

Su padre y madre le oyeron hablar en voz alta en el cuarto contiguo y escucharon lo que decía. Estaba orando así: «Señor, no espero ser oído por todo lo que hablo. Tú conoces mi corazón. Tú conoces mis deseos.» Luego descendió a cosas particulares en su oración. Después oró con mucho fervor por sus padres, por sus hermanos y hermanas llamándoles por nombre; luego oró por los señores Juan y Carlos Wesley para que Dios fortaleciera sus rostros como pedernales y les permitiera salir a conquistar y seguir conquistando. Luego oró por los otros ministros que podía recordar por sus nombres y por todos los que eran y deseaban ser verdaderos ministros de Cristo.

Al comienzo de su enfermedad su madre le preguntó si quería algo. El contestó: «Solamente a Cristo y estoy seguro de él como si ya lo tuviera.» A veces decía: «Oh, madre, si todos creyeran en Cristo, ¡cuán feliz sería el mundo! Y lo pueden hacer. Ya que Cristo murió por cada alma. Yo era el peor de los pecadores y él murió por mí. Oh, tú que llamas al peor de los pecadores, llámame a mi. Oh, es un don gratuito, pues estoy seguro que nada he hecho para merecerlo.»

El miércoles le dijo a su madre, «Estoy muy preocupado por mi padre. El siempre ha cuidado honestamente a su familia, pero no conoce a Dios. Si muere en el estado en que está ahora, no puede ser salvo. He orado y oraré por él. Si Dios le diera una fe verdadera y luego se lo llevara, no tengas temor. No te aflijas. Dios ha prometido ser un padre a los huérfanos y un esposo a la viuda. Oraré por él y por ti en el cielo y espero que allí juntos cantaremos aleluya.»

A su hermana mayor le dijo: «No te ensalces con orgullo. Cuando recibas tus salarios, que no son muchos, empléalos en verdaderas necesidades. Si te inclinas a ser alegre, no cantes canciones porque ésta es la diversión del diablo. Hay muchas mentiras y cosas malas en aquellas canciones vanas. ¿Cantas salmos e himnos? Recuerda a tu Creador en los días de tu juventud. Cuando estés en tu trabajo, levanta tu corazón a Dios. Y asegúrate de nunca levantarte o acostarte sin pedir su bendición.»

El añadió, «Yo moriré, pero no lloren por mí. ¿Por qué tienen que llorar? Consideren la alegría de tener un hermano que se va al cielo. No soy un hombre. Soy sólo un muchacho. ¿Pero no está escrito en la Biblia, *de la boca de los niños y de los que maman, tú has ordenado fortaleza*?» Sé a dónde voy. No cambiaría esta seguridad por miles de mundos. Aunque no estoy todavía en el cielo, estoy seguro de ello como si ya lo estuviera.»

El miércoles por la noche luchó mucho con Dios en oración. Finalmente, levantando sus brazos abiertos, clamó: «¡Ven, ven, Señor Jesús! Yo soy tuyo. Amén y Amén.» Luego dijo: «Dios responde a mi

---

[22] He.12.14.

corazón, siéntete alegre, has vencido al mundo.» Inmediatamente fue lleno de amor y de alegría indecibles.

Le dijo a su madre: «Esa escuela fue la salvación de mi alma, pues allí comencé a buscar a Dios. ¿Pero cómo es que tan pronto la persona comienza a buscar a Dios el diablo en gran conmoción prepara todos sus instrumentos contra ella?»

Cuando estaba en agonía por el dolor clamaba: «Oh, Salvador, dame paciencia. Tú me ha dado paciencia, pero dame más. Dame tu amor y el dolor es nada. Me merezco todo esto y mil más, pues no hay pecado del que no haya sido culpable.»

Al rato dijo: «Oh, madre, ¿cómo es esto? Si un hombre no hace su trabajo, en el mundo su patrón no le paga, pero no es así con Dios. El me da buenos pagos, aunque estoy seguro de no haber hecho nada para ganármelos. Oh, es un don gratis. Es gratuito para toda alma. Porque Cristo murió por todos.»

El jueves en la mañana su madre le preguntó cómo había pasado la noche. El respondió: «He tenido muchas luchas anoche, pero mi Salvador es tan misericordioso conmigo que no me importa; las luchas son nada para mí.»

Entonces dijo: «Quiero que me entierren desde el Salón y que el Sr. Wesley predique con mi cuerpo presente, sobre esas palabras de David (a no ser que él piense en otras más apropiadas), *antes que fuera yo humillado, descarriado andaba*.»[23]

Le pregunté: «¿Cómo te encuentras ahora?» Respondió: «Con mucho dolor, pero lleno de amor.» Pregunté: «¿Pero no quita el dolor el amor de Dios?» Respondió: «Sí, el dolor no es nada para mí. He cantado alabanzas al Señor en medio de mis más grandes dolores y no pude hacer otra cosa.» Le pregunté si estaba listo a morir. Respondió: «Oh, sí, con todo mi corazón.» Le dije: «Pero si la vida y la muerte fueran puestas delante de ti, ¿cuál escogerías entonces?» Respondió: «Morir y estar con Cristo. Añoro estar fuera de este mundo pecador.»

En la noche del jueves durmió mucho más tranquilo que lo que había hecho desde hacía tiempo. En la mañana rogó ver al Sr. Juan Wesley. Cuando el Sr. Wesley llegó y después de varias preguntas que le hizo, le preguntó sobre qué debía orar, él le dijo, que Dios le diera un limpio corazón y renovara un espíritu recto dentro de él. Cuando terminó la oración parecía estar mucho más animado y dijo: «Pensé que debí haber muerto hoy, pero no debo estar apurado. Estoy contento de quedarme. Esperaré el buen tiempo del Señor.»

El sábado uno le preguntó si todavía prefería morir. El respondió: «No tengo voluntad. Mi voluntad está sometida a la voluntad de Dios, pero moriré. Madre, no te aflijas. Me iré como un cordero.»

El domingo habló muy poco. El lunes su hablar comenzó a vacilar. El martes ya no habló, pero estaba en todos sus sentidos, levantando casi continuamente sus ojos al cielo. El miércoles le volvió el habla y su madre le dijo: «Jacky, no has estado con tu Salvador esta

---

[23] Sal.119.67.

noche.» El dijo, «Sí, he estado.» Ella preguntó: «¿Qué te dijo?» El respondió: «Me ordenó que no tuviera temor del diablo, porque éste no tenía poder para herirme, sino que yo debería pisotearlo.» El miércoles en la noche permaneció tranquilamente acostado. La mañana la pasó en oración continua, repitiendo con frecuencia el Padre Nuestro y encomendando diligentemente su alma en las manos de Dios.

Luego llamó a sus hermanos y hermanas menores para besarlos y a su madre para que ella lo besara a él. Entonces (entre nueve y diez) dijo: «Ahora dejen que yo les bese.» Así lo hizo e inmediatamente se quedó dormido.

Vivió trece años y unos meses.

JUEVES 25 de marzo. Nombré a varios hombres diligentes y razonables para reunirse conmigo. Les mostré la gran dificultad que había encontrado de conocer a las personas que deseaban estar bajo mi cuidado. Después de mucha discusión, todos estuvieron de acuerdo que no había un mejor camino para llegar a tener un conocimiento seguro y completo de cada persona, que el de dividirlos en clases como las de Bristol, bajo la supervisión de aquéllos en quienes podía confiar más. Este fue el origen de nuestras clases en Londres, por lo que nunca podré alabar suficientemente a Dios. La utilidad indecible de la institución ha sido desde entonces más y más manifiesta.

MIÉRCOLES 31. Mi hermano partió para Oxford. En la noche visité a Ann Calcut. Ella había estado muda por algún tiempo, pero casi tan pronto como empezamos a orar Dios le restauró el habla. Entonces ella dio en verdad testimonio de una buena confesión. Esperé no verla más pero desde aquel momento se le quitó la fiebre, y en pocos días se levantó y caminó glorificando a Dios.

VIERNES 16 de abril. Siendo Viernes Santo, tuve el deseo de visitar a uno que estaba enfermo en Islington. Allí encontré a varios de mis antiguos conocidos, quienes antes me amaron como a la niña de sus ojos. Al permanecer con ellos por un corto tiempo, estuve claramente convencido que de permanecer entre ellos más de una semana (a no ser

que la clara providencia de Dios me indicara otra cosa), quedaría tan muerto como el pobre Sr. St____. Sentí que sus palabras me atravesaban las venas. ¡Tan suaves! ¡Tan complacientes a la naturaleza! Parecía que nuestra religión era una cosa pesada y tosca, en modo alguno tan delicada y refinada como la de ellos. ¡Me pregunto si alguien de «buen gusto» (que no tiene fe) puede resistir ante ellos!

DOMINGO 18. En la tarde una que había probado el amor de Dios, pero que regresó a la insensatez, estaba muy convencida de su pecado y como si estuviera hecha pedazos por el sentimiento de culpa, remordimiento y temor. Aún después que terminó el sermón, ella continuaba en la misma agonía, tanto de cuerpo como de alma. Varios de nosotros nos reunimos en otra parte de la casa, pero sus llantos eran tan penetrantes, aun a la distancia, que yo no podía orar, casi ni hablar, y me daban escalofríos cada vez que los oía. Pregunté si era mejor llamarla, o mandarla fuera de la casa. El consenso general fue de llamarla, e imploramos a Dios que sanara su reincidencia. Pronto descubrimos que estábamos pidiendo de acuerdo a su voluntad. El no solamente la *despidió en paz*,[24] sino que llenó a muchos otros, hasta entonces duro de corazón, de paz y gozo en creer.

SÁBADO 8 de mayo. Uno de Fetter Lane me dijo que había recibido una carta de un hombre pobre de Lincolnshire. Leí la carta y quise una copia de ella, parte de la cual es como sigue:

Mayo 3, 1742
Samuel Meggot a Richard Ridley
Hermano,

---

[24] Lc.2.29.

Ahora tengo mucha comunión con usted y deseo tener más, pero hasta ahora encontré un gran abismo entre nosotros, lo que impidió que pudiéramos llegar uno al otro. Por lo tanto, sus cartas eran como la muerte para mí y usted era para mí como rama quebrada y arrojada para que se marchitara... Aun así esperé para ver si el Señor tuviera a bien conducirnos a esa misma unión que tuvimos antes. Y el Señor lo ha concedido. Y en esa unión escribo, deseando que pueda continuar hasta la muerte.

Escribí antes a usted y John Harrison, «No tengan miedo de ser hallados pecadores», con la esperanza de que no separaran la ley del Espíritu, hasta que la carne fuera encontrada muerta. Porque pienso que nuestros corazones son descubiertos por la ley, hasta lo más mínimo, y son condenados por ella. Entonces somos avivados en el Espíritu. La Justicia no puede separarse de la Misericordia ni tampoco puede una ser mayor que la otra. «Guarden los mandamientos y oraré al Padre y él les dará otro Consolador.» ¡Préstenle atención a eso! «Sus pecados serán perdonados. Levántense, tomen su cama y caminen.» Aquí está la obra antes que la compasión y la compasión antes que la obra... así que, a través de la ley por la fe nuestro corazón se purifica... Tengan cuidado de aquellos que, mientras que prometen libertad, son siervos ellos mismos de la corrupción. ¡Oh fe muerta, no puedes siempre vivir pura! ¡Traicionero Judas, que has traicionado a tu maestro!...

Que la ley les juzgue hasta que Jesucristo traiga juicio a sus corazones para victoria. Además, dejen que sus corazones se abran completamente, recibiendo ambos juicio y victoria, y que el uno confirme a la otra. Para que vivas en tal grado en la justicia del Hijo que la ley diga que no tiene nada contra ti... Esta es fe que conquista al hombre viejo, quita al hombre viejo y pone a Cristo en su lugar. Purifiquen sus corazones por fe: que el templo de Dios sea santo y que el altar en él pueda recibir los sacrificios espirituales aceptables al Señor. Ahora si cualquier hombre piensa diferente que sea avergonzado. Pero si vive algo de nuestro propio ser en nosotros, esa rama de la naturaleza, ese único miembro, causará que el hombre completo se queme eternamente. Que los que conocen de esta perfección, que está en Jesucristo, prosigan por fe hasta que lleguen a tener un conocimiento experimental de ella.

¡Pero cuántas almas he visto lavadas, y vueltas luego al torbellino de sus pecados!... ¡Oh ese Cordero! ¡Como es puesto él de nuevo a vergüenza abierta, quien una vez les reconcilió con el Padre!

Ahora escribiré algo de las angustias de mi propia alma. Desde hace tiempo pensé que estaba correcto, pero cuando la luz de la vida me llegó, me vi yo mismo listo a morir en mis pecados... Tuve fe, pero la tenía en conocimiento y no en poder. Empero por esta fe tenía gran libertad. Sin embargo, esta fe mantuvo mi corazón corrupto y vivo al hombre del pecado... Mi manera de proceder fue así: Algunas veces, caí en una falta, y quedé por un tiempo abrumado. Pero tan pronto podía me limpiaba por medio del conocimiento, diciendo, «Cristo murió por los pecadores». Tenía razón hasta allí, pero no más allá. El murió por los pecadores, pero no para salvar a quien continúa pecando. Ya que a cualquiera que él limpie, está verdaderamente limpio. Primero los pecadores, luego los santos y así los

que quedan. Una y otra vez fui de nuevo alcanzado por el pecado y cuanto más a menudo era atrapado me sentía más fuerte en el Señor. Así que por mi corrupción me vi forzado a obtener más conocimiento, o de lo contrario hubiera sido condenado. De esta manera llegué a tal grado de conocimiento (como en la fe ideal) que podía crucificar a Cristo con una mano y con la otra pedir perdón. De esta manera, estaba siempre alegre... Aquí estaba el misterio de la iniquidad, concebido en mi corazón y que me llevó a lo siguiente: si robara los bienes de cualquier hombre, pensaría o diría: «Soy pecador por mí mismo; pero Cristo murió por mí; por lo tanto, su justicia es mía.» Y más todavía, me parecía que si mataba a alguien seguiría puro. Tan gran amigo del pecado y del diablo era yo, que hubiera hecho que el pecado y el diablo llegaran a ser la justicia de Dios en Cristo. Mas aún, comencé a amar a quien el Señor había reservado para el fuego eterno...

Así que mantuve a Cristo afuera y al diablo adentro. Este es un misterio, que pudiera sentirme seguro y puro y aún tener el diablo en mí. ¡Juzgue usted quién me dio esta pureza y me enseñó a ser tan perfecto en Cristo! Pero no pasó mucho tiempo que comenzara a poner en acción lo que había concebido en mi corazón. Mas fue la voluntad del Señor que no fuese lejos antes que de nuevo fuera puesto bajo la ley. Entonces me vi despojado y desnudo de ese conocimiento. Quisiera que todos los que están tan engañados como yo lo estuve fueran traídos ante la ley para que puedan aprender lo que es venir a Jesucristo. Y les deseo que permanecieran bajo la ley hasta que puedan ver al fin de la ley que llega a sus corazones.

La ley que mezclada con la fe la hace más viva y poderosa. Por cuanto la ley no deja un solo cabello de nuestras cabezas sin condenación, así la fe no dejara uno sin reconciliación. Y bendito es el que vive en la misma reconciliación y no se vuelve como un perro a su vómito. Entonces será llamado hijo de Dios, que no puede pecar, porque su semilla permanece en él...

Usted escribió, «Jesús le manifiesta que usted es un gran pecador». Eso está bien, y si fuera más, mejor sería para usted. Otra vez dijo, «desde que usted recibió un completo y libre perdón por todos sus pecados, usted ha recibido tantos perdones nuevos que ya no se pueden contar». Y esto, usted dijo, se menciona «para su propia vergüenza y para la alabanza de su Salvador». Ay, mi hermano, tengamos los dos más vergüenza. Veamos dónde estamos y lo que le estamos haciendo al Cordero. No le estamos glorificando (no nos engañemos a nosotros mismos); le estamos crucificando cada momento. Le estamos poniendo en gran vergüenza y trayendo sobre nuestras cabezas rápida condenación.

También dice usted: «Aunque sus pecados son grandes y muchos, la gracia de su Salvador es más grande.» Usted dice lo correcto. De lo contrario, ¿cómo podemos ser limpios? Mas su gran poder de limpieza no se propone que seamos inmundos de nuevo. Cuidado no nos llame en medio de nuestra inmundicia, y perezcamos para siempre. Porque no será ganancia para nosotros que en una oportunidad fuimos limpios si nos encontramos ahora en medio de impurezas.

Cuídese, que el conocimiento que está en usted no lo engañe. Por lo que usted escribe se acerca tanto a mi experiencia, que le puedo decir

claramente cómo usted puede engañarse; o más claro todavía, que se está engañando, de lo que usted no puede decir por sí mismo. Usted dice: «Después de haber hecho algo fuera de lugar, no necesita estar triste un solo momento si usted va a su Salvador.» ¿No es éste el mismo estado que he mencionado? ¡Oh que ese «conocimiento» fuese desechado! Usted debe hacer siempre las cosas que placen al Padre. ¡Oh mi querido hermano, cómo está fascinado por el engañador su alma! Usted es un extraño al Salvador, quien ha ido al cielo para dar arrepentimiento a su pueblo y remisión de pecados. Temo que el diablo es su salvador: más del diablo se manifiesta en usted que de Cristo. El le dice que es puro y ha sido limpiado; pero le engaña. Sus engaños claman por venganza. Sin embargo, él querría aparentar ser un Cristo o un Dios.

Usted dice que «tiene necesidad de remisión de pecados todos los días». Sí, usted lo necesita; y aún más. Tiene necesidad cada momento. Precisamente por eso usted debe ser limpio; porque ese «cada momento» debería ser una eternidad para su alma. Debe agradecer a Dios que «él ha provisto de tal sumo sacerdote para usted». Deje que él sea suyo para que usted sea gobernado por él cada momento. ¿Qué? ¿Es él tal Salvador que puede limpiarnos del pecado y no mantenernos en ese mismo estado? Juzgue donde usted está. Usted y yo y muchos más fuimos alguna vez hechos puros y fuimos puros mientras creímos en ello, siendo guardados por el Padre en beneficio de su propio nombre. ¿Pero por cuanto tiempo nosotros creímos en esto? Que cada cual juzgue por sí mismo.

Ahora, mi hermano, responda por usted mismo. ¿Cree usted que debe siempre tener este corazón que es corrupto por los cuatro costados con pecado? Digo, ¿cree usted que su corazón es por lo tanto impuro? Si lo cree, la misma doctrina del principio debe serle predicada. «Usted debe recibir el Espíritu Santo.» Esto es, debe ser traído a la primera remisión y allí verá a Jesús herido en su corazón. Esta su primera pureza la reconoceré, y ninguna otra. Creo que el fundamento de la vida estuvo alguna vez en usted, pero muchos juntos con usted han caído. Usted ha escuchado en qué le he reconocido y en nada más. Incluso tengo comunión con usted en mi espíritu y espero que continúe hasta el final...

¿Y es el pobre Samuel Meggot el mismo que ahora ha caído en la misma trampa contra la que tan diligentemente advirtió a su amigo? Señor, ¡lo que es el hombre![25]

---

[25] El 10 de junio, en un pasaje que no traducimos, Wesley se entrevistó con Meggot, quien nunca había sino uno de sus predicadores, pero sí era uno de los muchos predicadores de avivamientos. Wesley no pudo convencerle, y comentó, sobre Meggot y sobre otro: «¡Cuánto bien Dios hizo a través de ellos por algún tiempo! ¡Que su fin no sea peor que sus inicios!»

JUEVES 27. Salimos de Birstall y el viernes 28 llegamos a Newcastle sobre el Tyne. Leí con gran esperanza, ayer y hoy, *Las cosas memorables de Sócrates*, de Jenofonte. Quedé completamente asombrado por su falta de juicio. ¡Cuántas de estas cosas Platón nunca las hubiera mencionado! Mas puede ser beneficioso que veamos también las sombras al lado más brillante de todos los paganos de la antigüedad.

Llegamos a Newcastle cerca de las seis y después de un corto refrigerio caminamos al pueblo. Quedé sorprendido de tanta borrachera, maldición y blasfemia (aun en los labios de los niños) que no recuerdo haber oído y visto nunca antes y en tan poco tiempo. Seguramente que este lugar está maduro para aquel que *no ha venido a llamar a justos, sino a pecadores*.[26]

VIERNES 4 de junio. Al mediodía prediqué una vez más en Birstall. Todos los oyentes estaban profundamente atentos. A ellos ahora con confianza y alegría encomendé al *Pastor y Obispo de vuestras almas*.[27]

De allí viajé a Beeston. Aquí me encontré una vez más con las obras de un célebre autor, de quien muchos grandes hombres no pueden hablar sin éxtasis y las expresiones más grandes de admiración. Me refiero a Jacob Boehme. El libro que ahora abrí fue su *Mysterium Magnum*, o la exposición de Génesis. Consciente de mi ignorancia, diligentemente busqué a Dios para que iluminara mi entendimiento. Seriamente consideré lo que leí y me esforcé para pesarlo en la balanza del santuario. ¿Y qué puedo decir referente a la parte que leí? Puedo y debo decir que todo esto es (con tanta evidencia como puedo decir que dos más

---

[26] Mr.2.17.
[27] 1 P.2.25.

dos son cuatro) la tontería más sublime; ¡rimbombancia inimitable, retumbancia que no tiene paralelo! Todo de una pieza con su interpretación inspirada de la palabra «tetragrámaton» en la cual (equivocándola por el nombre impronunciable en sí mismo, mientras que ésta solo significa una palabra consistente de cuatro letras) él comenta con exquisita seriedad y solemnidad diciendo el significado de cada sílaba en ella.

MIÉRCOLES 9. Viajé a un pueblo vecino para visitar a un juez de paz, un hombre franco y comprensivo, delante de quien (fui informado) sus vecinos disgustados habían llevado un vagón lleno de estos nuevos herejes. Cuando el juez preguntó lo que habían hecho, hubo un silencio profundo, pues éste fue un punto que olvidaron quienes los trajeron. Finalmente, uno de ellos dijo: «Es que ellos pretenden ser mejor que otras personas y además, oran de la mañana hasta la noche.» El Sr. S____ preguntó «¿Pero es que además no han hecho otra cosa?» «Sí, señor», dijo un anciano, «con el beneplácito de su señoría, ellos han convertido a mi esposa. Antes de que se fuera con ellos, ¡tenía tal lengua! Ahora está tan tranquila como un cordero.» «Devuélvanlos, devuélvanlos», contestó el juez, «y dejen que conviertan a todos los mal hablados del pueblo.»

De aquí fui a Belton a la casa de H____ F____, un joven que acostumbraba a portarse bien, pero ahora decía que veía al diablo en cada esquina de la iglesia y en la cara de cada uno de los que habían estado allí. Pero fue fácil restaurarle a un mejor estado mental. Prediqué a la sombra de un roble sobre, *«el Hijo del Hombre tiene potestad en la*

tierra para perdonar pecados».[28] En Epworth, por la noche, expliqué la historia del fariseo y el publicano y creo que muchos comenzaron en esa hora a exclamar, «Dios, sé propicio a mí, pecador.»[29]

SÁBADO 12. Prediqué sobre la justicia de la ley y la justicia de la fe. Mientras predicaba varios se desplomaron como muertos y entre el resto se escuchó el grito de pecadores gimiendo por la justicia de la fe que casi ahogaba mi voz. Muchos de estos levantaron las cabezas con alegría e irrumpieron en acción de gracias, estando seguros de que ahora tenían el deseo de su alma, el perdón de sus pecados.

Observé a un caballero allí que en forma notable pretendía de no ser de ninguna religión. Me informaron que no había estado en ningún servicio público de ninguna clase por casi treinta años. Viéndolo parado sin movimiento y como una estatua, le pregunté abruptamente, «Señor, ¿es usted pecador?» El respondió con una voz profunda y quebrantada «Bastante pecador», y continuó con la vista fija hacia arriba hasta que su esposa y uno o dos sirvientes, quienes estaban en lágrimas, lo pusieron en un carruaje y se lo llevaron a casa.

DOMINGO 13. A las siete prediqué en Haxey sobre *¿Qué debo hacer para ser salvo?*[30] De allí fui a Wroot, donde (así como en Epworth) mi padre fue el rector por muchos años. El Sr. Whitelamb me ofreció la iglesia y prediqué en la mañana sobre, *Pedid, y se os dará*.[31] En la tarde prediqué sobre la diferencia entre *la justicia de la ley y*

---

[28] Lc.5.24.
[29] Lc.18.13.
[30] Hch.16.30.
[31] Mt.7.7.

la justicia de la fe.[32] El templo no pudo dar cabida a toda la gente, muchos de los cuales vinieron desde muy lejos. Confío que no fue en vano.

A las seis prediqué por última vez en el cementerio de Epworth (teniendo que salir del pueblo a la mañana siguiente) a una vasta multitud congregada de todas partes, sobre el comienzo del Sermón del Monte de nuestro Señor. Continué entre ellos por cerca de tres horas y no sabíamos como dejarlos. Que nadie piense que su trabajo de amor se pierde cuando los frutos no aparecen inmediatamente. Mi padre trabajó aquí cerca de cuarenta años, pero vio pocos frutos de todo su trabajo. También yo pasé muchas penas entre ellos y parecía que había gastado mis fuerzas en vano, pero ahora el fruto aparecía. No había casi nadie en el pueblo de quien, tanto mi padre como yo, no hubiéramos experimentado anteriormente alguna aflicción, pero la semilla sembrada hacía tanto tiempo ahora germinaba y traía el arrepentimiento y el perdón de los pecados.

MARTES 22. Tuve una larga conversación con el Sr. Simpson y estoy completamente convencido que lo que él hace lo hace en rectitud de su corazón. Mas es guiado en miles de errores por un principio equivocado (el mismo que muchos ya sea por ignorancia o por maldad la achacan al cuerpo de personas llamadas metodistas) al hacer de las impresiones interiores su regla de acción, y no la Palabra escrita.

Cerca de las ocho dejé a Donington Park y antes del mediodía llegué a Markfield. Nos hospedamos en Coventry y al siguiente día, miércoles 23, por la tarde llegamos a Evesham. Prediqué a las ocho. Hubo muchos que llegaron

---

[32] Ro.10.5-6.

con el plan de perturbar al resto, pero no abrieron sus bocas.

VIERNES 30. Alrededor de las tres de la tarde fui a ver a mi madre y encontré que su fin estaba cerca. Me senté en un lado de su lecho. Ella estaba en su último conflicto, impedida de hablar, pero creo que bastante razonable. Su mirada era de calma y serenidad y sus ojos fijos hacia arriba, mientras nosotros encomendábamos su alma a Dios. De tres a cuatro la cadena de plata se iba quebrando y la rueda se rompía sobre el pozo,[33] entonces, sin ninguna lucha o señal de gemido, su alma fue puesta en libertad. Nos paramos alrededor de su cama y cumplimos con su último deseo, pronunciado un poco antes de que perdiera el habla: «Hijos, tan pronto como sea liberada, canten un salmo de alabanza a Dios».

DOMINGO primero de agosto. Alrededor de las cinco de la tarde, reunidos con un innumerable grupo de personas, encomendé a la tierra el cuerpo de mi madre para que descansara con sus padres. La porción de la Escritura de la cual más tarde hablé fue: *«Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo y en ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos... Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros según sus obras.»*[34] Fue una de las más solemnes reuniones que hasta ahora había visto o espero ver de este lado de la eternidad.

Colocamos una piedra sencilla a la cabecera de su tumba, inscrita con las siguientes palabras:

---

[33] Ec.12.6.
[34] Ap.20.11-12.

Aquí yace el cuerpo de la Sra. Susana Wesley, la hija más joven y última sobreviviente del Dr. Samuel Annesley.

Con segura e inmutable fe se eleva
Reclama su mansión, celestial morada
Humilde mujer de Cristo esperanza lleva,
La cruz excelsa por corona bien ganada.

Verdadera hija de aflicción lo era
Forjada en el dolor y la miseria, horrores
Dolida en larga noche de pesares y temores,
Noche de catorce lustros, su quimera.

El Padre entonces reveló a su Hijo
Al partir el pan, su espíritu bendijo,
Confía, al final, sus pecados ha perdonado,
Le abre el cielo, por ella tan ansiado.

En el cielo, feliz reunión se ha ganado
«Arriba, mi amor», oyó el angelical llamado
Respondió luego, «Allá voy» con singular honor,
Y cual cordero, entregó su vida y alma a su Señor.

No puedo continuar sin dejar de mencionar que ella también (que así como su padre y abuelo; su esposo y tres hijos) había sido, en su medida y grado, predicadora de la justicia. Esto lo supe por una carta escrita hace mucho tiempo a mi padre, parte de la cual la incluyo aquí:

Febrero 6, 1711-12

...Como soy mujer, soy también ama de casa de una familia numerosa. Y aunque el cargo superior de las almas contenido en ello recae sobre ti,... en tu ausencia no puedo menos que velar sobre cada alma que dejas bajo mi cuidado como un talento encomendado a mi bajo una confianza del gran Señor de todas las familias, tanto en el cielo como en la tierra. Y si fuera infiel a él o a ti, no cumpliendo con mejorar esos talentos, ¿cómo podré contestarle cuando él me exija rendir cuenta de mi mayordomía?

Estos y otros pensamientos parecidos al comienzo me hicieron tomar mucho más cuidado de las almas de mis hijos y sirvientes. Así también, puesto que conozco que nuestra religión requiere una estricta observancia del día del Señor y no pienso que respondemos completamente a la finalidad de la institución yendo a la iglesia, a no ser que llenemos los espacios de tiempo intermedio por otras acciones de piedad y devoción, pensé que era mi deber dedicar parte del día a la lectura e instrucción de mi familia... Y estimo que el tiempo dedicado a estos menesteres es más aceptable a Dios que si los hubiera dedicado a mis propias devociones privadas.

Este fue el comienzo de mi presente práctica. El que otras personas vinieran y se unieran a nosotros fue accidental. Nuestro mozo se lo dijo a sus padres, quienes primero pidieron ser admitidos, y después otros que se

enteraron rogaban que se les admitiese también. Así nuestro grupo aumentó a casi treinta y rara vez excedió a los cuarenta el pasado invierno...

Tan pronto te fuiste a Londres la última vez encontré el relato de los misioneros daneses. Creo que nunca estuve más conmovida con cualquier otra cosa... No pude dejar de pasar gran parte de aquella noche alabando y adorando la divina bondad por inspirarles con tal celo ardiente para su gloria... Por muchos días, no pude dejar de pensar en eso, o hablar de otra cosa. Por fin se me ocurrió que aunque no fuera hombre, ni ministro, si mi corazón estaba sinceramente dedicado a Dios y yo inspirada con un verdadero celo por su gloria, podría hacer algo más de lo que hago. Pensé que podría orar más por ellos y hablar con quienes converso con más cálido afecto. Decidí empezar con mis propios hijos, y con ellos utilicé el siguiente método. Tomar una porción de tiempo según pueda cada noche para conversar con cada hijo por separado. El lunes hablo con Molly; el martes con Hetty; el miércoles con Nancy; el jueves con Jacky; el viernes con Patty; el sábado con Charles y con Emily y Suky juntas el domingo.

Con aquellos pocos vecinos que entonces vinieron a verme conversé con más libertad y afecto. Escogí los mejores sermones y de mayor avivamiento que tenemos. Pasé mucho más tiempo con ellos en estos ejercicios sin preocuparme sobre el éxito de mi empresa.

A partir de entonces nuestro grupo aumentaba cada noche ya que no me atrevía a negar a nadie que pidiera ingreso. El domingo creo que tuvimos más de doscientos y muchos se retiraron porque no había lugar en el cuarto donde pararse.

Dejamos a un lado todas las preocupaciones temporales, sin darles lugar en nuestra sociedad. A nadie se le permite mezclar cualquier conversación de esa índole con nuestra lectura o canto. Atendemos sólo a los asuntos del día y cuando terminamos, todos nos vamos a casa.

No puedo concebir por qué alguien deba pensar mal de ti, porque tu esposa se esfuerce en traer gente a la iglesia e impedirles que profanen el día del Señor, leyéndoles y usando otros medios de persuasión. De mi parte, no le doy importancia a ninguna censura sobre este asunto. Hace tiempo que le di la mano [de despedida] al mundo. De todo corazón deseo no haberles dado nunca a ellos más razón que ésta para hablar contra mí.

De que esto parezca algo extraño, digo que sí. Y lo mismo es cierto de casi cualquier cosa seria o que en alguna forma pueda adelantar la gloria de Dios o la salvación de almas...

En cuanto a tu propuesta de que otra persona lea, desgraciadamente, tú no sabes la clase de gente que es ésta. No creo que ningún hombre entre ellos puede leer un sermón, sin deletrear una buena parte del mismo. Ni nadie en nuestra familia tiene una voz lo suficientemente fuerte para que se escuche por este número de personas...

Sin embargo, hay una cosa por la cual estoy muy descontenta, y es la presencia de estas personas en las oraciones de la familia. Lo que me preocupa no es que haya tantos presentes, pues quienes tienen el honor de hablarle al gran y santo Dios no necesitan tener vergüenza de hacerlo delante de todo el mundo, sino que debido a mi sexo dudo si es apropiado

para mí presentar las oraciones del pueblo de Dios.[35] El domingo pasado con mucho gusto los hubiera despedido antes de las oraciones, pero ellos me rogaron con tanta sinceridad para quedarse que no me atreví a negárselo...

Al Revdo. Mr. Wesley, en el cementerio de St. Margaret, Westminster.

Para el beneficio de quienes están dedicados, como lo estaba ella, al cuidado de una familia numerosa, no puedo sino agregar una carta más, que recibí de ella hace muchos años.

Julio 24, 1732
Querido Hijo,

De acuerdo a tu deseo he recolectado las reglas principales que observé al educar a mi familia, las que te envío según vienen a mi mente y que tú puedes (si crees que pueden ser de utilidad para alguien) disponer de las mismas en el orden que te plazca.

Los niños fueron siempre puestos en un método regular de vida en las cosas que eran capaces de hacer, desde su nacimiento; como en vestirse y desvestirse, cambiar sus ropas de cama, etc. El primer trimestre lo pasaban generalmente durmiendo. Después de esto, cuando era posible, se les ponía despiertos en sus cunas y se les mecía para dormir y así se les continuaba meciendo hasta que despertaban. Esto se hacía para llevarlos a un curso regular de sueño que al principio era de tres horas en la mañana y tres horas en la tarde, después dos horas hasta que no necesitaban más.

Cuando cumplían un año (y algunos antes) se les enseñaba a temer la vara y a llorar suavemente. Por este medio escapaban de muchas correcciones que de otra manera hubieran podido haber tenido, y así rara vez se oía en la casa aquella bulla odiosa del llanto de los niños. La familia generalmente vivía en la mayor quietud como si allí no hubiera niños entre ellos.

Tan pronto como llegaban a ser lo suficientemente fuertes se les limitaba a tres comidas diarias. En la cena sus pequeñas mesas y sillas eran colocadas junto a la nuestra, desde donde podían ser vigilados. Ellos podían comer y beber cerveza débil tanto como querían, pero no podían pedir otras cosas. Si querían algo le hablaban en voz baja a la sirviente que les atendía y quien a la vez venía y me hablaba. Tan pronto podían manejar el cuchillo y el tenedor se sentaban en nuestra mesa. Nunca se les permitió escoger su carne, sino que siempre se les hacía comer lo que se proveía para la familia.

---

[35] Lo que le preocupa es que, al orar dirigiendo a todo el pueblo, y no sólo a su familia, parece estar tomando oficios sacerdotales. La frase «las oraciones del pueblo» se refiere a la oración de intercesión que normalmente eran dirigidas por el ministro oficiante. [N. del Ed.]

En las mañanas tenían siempre carne de comer con cuchara, y a veces en las noches, pero cualquier cosa que tenían, nunca se les permitía comer en la misma comida más de una de ellas, y escasamente lo suficiente. No se les permitía comer o beber entre comidas, a no ser en caso de enfermedad, lo que sucedía pocas veces. No podían ir a la cocina a pedir nada a los sirvientes, cuando ellos comían; pero si se sabía que lo habían hecho con seguridad recibían su castigo y los sirvientes una severa reprimenda.

A las seis tan pronto como terminaban las oraciones familiares, los niños tenían su cena. A las siete la sirvienta los aseaba y comenzando con la menor los desvestía y los acostaba a todos a las ocho. A esa hora la sirvienta los dejaba despiertos en sus respectivos cuartos porque en nuestra casa no se permitía tal cosa como sentarse junto a un niño hasta que se quedara dormido.

Los niños estaban tan acostumbrados a comer y beber lo que se les daba que cuando cualquiera de ellos estaba enfermo no era difícil hacerles tomar la medicina más desagradable. No se atrevían a rechazarla, aunque algunos de ellos la vomitaban. Menciono esto para demostrar que a una persona se le puede enseñar a tomar cualquier cosa, excepto cuando el estómago la rechaza.

Para formar las mentes de los niños, lo primero que se debe hacer es conquistar su voluntad y llevarlos a un carácter de obediencia. Desarrollar el entendimiento es una tarea de tiempo y con los niños debe procederse gradual y lentamente y de acuerdo a lo que pueden captar. Mas el sometimiento de la voluntad es algo que debe ser hecho de inmediato, y cuanto antes mejor. Ya que si se descuida la corrección a tiempo, adquieren una terquedad y obstinación que es difícil después de vencer y nunca sin usar tal severidad que sería tan doloroso para mí como para el niño. El mundo considera bondadosos a los padres que no corrigen, e indulgentes a los que yo llamo padres crueles, pues les permiten a sus hijos adquirir hábitos que los padres saben que más tarde deben ser corregidos. Algunos llegan a estar tan estúpidamente encariñados que como por diversión enseñan a sus hijos a hacer cosas tales que poco tiempo después tienen que castigarles severamente por haberlas hecho.

Cada vez que un niño es corregido debe ser conquistado y esto no debe ser difícil, si es que no se le ha permitido crecer testarudo por exceso de indulgencia. Cuando la voluntad del niño está totalmente sometida y es llevada a honrar y a presentarse con reverencia ante los padres, entonces una gran parte de los desatinos e inadvertencias de la niñez pueden dejarse pasar. Algunos de éstos se les debe pasar por desapercibidos, otros no deben tomarse en cuenta, y otros deben ser suavemente reprendidos. Sin embargo, ninguna transgresión intencional debe ser perdonada sin castigo, mayor o menor según la naturaleza y circunstancias de la ofensa lo requieran.

Insisto sobre conquistar la voluntad del niño desde temprano, porque ésta es la única fuerte y racional fuente de la educación religiosa. Sin esto, los preceptos y ejemplos no tendrían efecto. Cuando esto es concienzudamente hecho, entonces el niño es capaz de ser gobernado por la

razón y la piedad de sus padres hasta que su propio entendimiento madure y los principios de religión hayan tomado raíz en su mente.

No puedo dejar todavía este tema. Como la voluntad propia es la raíz de todo pecado y miseria, así todo lo que fomente esto en los niños asegurará más tarde su desdicha e irreligiosidad, y todo aquello que reprima y subyugue la voluntad propia promueve su futura felicidad y piedad. Esto es más evidente si consideramos además que la religión no es otra cosa que el hacer la voluntad de Dios y no la nuestra. El único gran impedimento a nuestra felicidad temporal y eterna es esta voluntad propia. Ninguna satisfacción de esta voluntad puede ser trivial y ninguna negación desventajosa. El cielo o el infierno dependen sólo de esto. Así que el padre que estudia vencer esto en su hijo trabaja junto con Dios en la renovación y salvación de un alma. El padre que consiente a su hijo hace el trabajo del diablo, hace que la religión sea impracticable, la salvación inalcanzable. En fin hace todo cuanto está a su alcance para condenar a su hijo, en alma y cuerpo, para siempre.

A los niños de esta familia se les enseñó, tan pronto como pudieron hablar, el Padre Nuestro; y se les hacía decirlo siempre al levantarse y al acostarse siempre. Conforme crecían se les añadía una corta oración por sus padres, algunas de las oraciones llamadas colectas, un corto catecismo y algunas porciones de la Escritura, según la capacidad de sus memorias.

Desde muy temprano se les hacía distinguir el día de descanso de los otros días, antes de que pudieran hablar o caminar. Pronto se les enseñaba a estar quietos en las oraciones familiares y a pedir una bendición inmediatamente después, que solían hacer por señales antes de arrodillarse o de hablar.

Se les hizo saber pronto que no obtendrían nada por medio del llanto y fueron instruidos a pedir con cortesía lo que querían. No se les permitía pedir aun al sirviente de menor categoría por algo sin decir, «Por favor, deme tal cosa», y la sirvienta era reprendida si le permitía omitir esa palabra. Tomar el nombre de Dios en vano, maldecir y blasfemar, profanar, obscenidad, rudeza o apodos despectivos nunca se oían entre ellos. Tampoco se les permitía llamarse uno al otro por sus nombres propios sin la adición de «hermano» o «hermana».

A ninguno de ellos se le enseñó a leer hasta que cumplió cinco años, excepto a Kezzy, en cuyo caso estuve vencida y ella tomó más años en aprender a leer que el resto había hecho en meses. El método de enseñanza era el siguiente. El día antes que el niño empezara a aprender, la casa se ponía en orden, a cada uno se le asignaba su trabajo y se les ordenaba que nadie debía entrar en la habitación de nueve a doce o de dos a cinco, que, como tú sabes, eran las horas de clases. Un día era dedicado para que el niño aprendiera las letras y cada uno de ellos en ese tiempo aprendió todas las letras, mayúsculas y minúsculas, excepto Molly y Nancy, que estuvieron un día y medio antes de saberlas perfectamente. Pensé que eran muy lentas, pero desde que he observado el tiempo que toman otros niños en aprender la cartilla, he cambiado de opinión. Pero la razón por lo que pensé de ellas así fue porque el resto las aprendieron muy rápidamente y tu hermano

Samuel, que era el primer hijo que enseñé, aprendió el alfabeto en pocas horas. El cumplió cinco años de edad el l0 de febrero, al día siguiente el empezó a aprender, y tan pronto como aprendió las letras comenzó a leer el primer capítulo de Génesis. Se le enseñó a deletrear el primer versículo, después a leerlo una y otra vez, hasta que pudo leerlo de corrido sin ninguna indecisión. Así continuó al segundo versículo, etc. hasta que tuvo diez versículos por lección, lo cual hizo con rapidez. Semana Santa vino temprano ese año y para Pentecostés él podía leer muy bien un capítulo. Leía continuamente y tenía una memoria tan prodigiosa que no recuerdo que alguna vez le haya tenido que decir la misma palabra dos veces.

Lo que era más extraño todavía, cualquier palabra que había aprendido en su lección la reconocía dondequiera que la veía, ya fuera en su Biblia o en cualquier otro libro, por lo que aprendió muy pronto a leer cualquier autor inglés.

El mismo método fue usado con todos los niños. Tan pronto como ellos conocían las letras se les ponía primero a deletrearlas; leían una línea, luego un verso y nunca salían hasta que fueran perfectos en su lección, ya fuera corta o larga. Así que uno u otro continuaba leyendo en las horas de clases, sin descanso, y antes de dejar las clases cada niño leía lo que había aprendido aquella mañana. Y antes de salir en la tarde, leían lo que habían aprendido ese día.

No había tal cosa ni se permitía hablar en voz alta o jugar, sino que cada uno se mantenía ocupado en sus tareas durante las seis horas de clase. Es casi increíble lo que puede aprender un niño en un trimestre del año, con esforzada dedicación, si cuenta con una capacidad razonable y tiene buena salud. Todos los niños, excepto Kezzy, podían leer mejor en ese período de tiempo que la mayoría de las mujeres pueden hacerlo en toda su vida.

Levantarse de sus asientos o salir de la clase no era permitido a no ser que fuera por una razón justificada. Correr en el patio, jardín o la calle, sin permiso, siempre se consideraba como una ofensa mayor.

Por algunos años nos fue muy bien. Nunca estuvieron los niños en mejor disposición. Nunca hubo niños mejor dispuestos a la piedad o más sujetos a sus padres hasta después de aquel fuego que ocasionó la fatal dispersión de los niños entre varias familias. En estas familias fueron dejados en plena libertad para conversar con la servidumbre, cosa que antes había sido restringido, y salir a la calle y jugar con cualquier niño, buenos o malos. Pronto aprendieron a descuidar la estricta observancia del día del descanso y aprendieron muchas canciones y cosas malas que antes desconocían. Aquella conducta cívica que era admirada por quienes los veían en casa se perdió en gran medida y adquirieron un acento grosero y modales rudos que sólo fueron reformados con gran dificultad.

Cuando la casa fue reconstruida y los niños traídos a casa, iniciamos una estricta reforma. Así comenzamos la costumbre de cantar salmos a la entrada y salida de las clases, mañana y tarde. Establecimos un retiro general a las cinco de la tarde donde el mayor se encargaba del menor que podía hablar, y el segundo al siguiente, para leerles los salmos del día y un capítulo del Nuevo Testamento. En las mañanas se leían los salmos y

un capítulo del Antiguo Testamento. Después iban a sus oraciones privadas, antes de tomar desayuno o reunirse con la familia. Doy gracias a Dios por esta costumbre que aún permanece entre nosotros.

Había varias normas practicadas entre nosotros, que se me han escapado de la memoria. De otra manera la hubiera insertado en el lugar apropiado. Pero las menciono aquí porque creo que son útiles.

1. Se había observado que la cobardía y el temor al castigo conducen a los niños a mentir, hasta que lo hacen una costumbre no pueden dejar. Para prevenir esto, se hizo una norma que cualquiera que fuera culpado de una falta, de la cual era culpable, si la confesaba sinceramente y prometía enmendarse, no se le pegaría. Esta norma evitó muchas mentiras y hubiera sido mejor si uno de la familia lo hubiera también observado.[36] Pero no se le podía persuadir y por lo tanto muchas veces algunos se aprovechaban de él mediante falsas opiniones y equívocos que nadie hubiera usado (sino uno) si se les hubiera tratado con bondad. Y algunos, a pesar de todo, hablaban siempre la verdad.

2. Que ninguna acción pecadora, como mentir, robar, jugar en la iglesia o en el día del Señor, la desobediencia, las peleas, etc., debería quedar sin castigo.

3. Que ningún niño debía ser reprendido o golpeado dos veces por el mismo incidente, y si ellos enmendaban su error nunca se les echaría en cara después.

4. Que cada acción importante de obediencia, especialmente cuando iba en contra de sus propias inclinaciones, debería ser siempre elogiada y con frecuencia premiada, según al mérito de la causa.

5. Que si alguna vez un niño ejecutara un acto de obediencia, o hiciera cualquier cosa con la intención de agradar, aunque lo realizado no fuese del todo bueno, la obediencia y la intención debían ser aceptadas con bondad y al niño dirigirlo con ternura sobre cómo hacerlo mejor en el futuro.

6. Que la propiedad debe ser inviolablemente preservada, y a nadie se le permitía invadir la propiedad de otro ni siquiera en lo mínimo, aunque fuera por el valor de un centavo o un alfiler. Que nadie podía tomarlo sin, y mucho menos contra, el consentimiento del dueño. Esta norma nunca puede ser demasiado inculcada en la mente de los niños y de la falta de padres o gobernantes de inculcarla como deben, procede la vergonzosa negligencia de la justicia que podemos observar en el mundo.

7. Las promesas deben ser estrictamente cumplidas. Una vez dado un regalo, el donante pierde el derecho, y este derecho no puede recuperarse, sino que queda a disposición del que recibió el regalo. (De no ser que el regalo fuera condicional y que la condición de la obligación no se haya ejecutado.)

8. Que ninguna niña aprenda a trabajar hasta que pueda leer correctamente y luego que pueda mantener su trabajo con la misma aplicación, y por el mismo tiempo, que le tomó aprender a leer. Esta regla

---

[36] Los editores de la Edición del Bicentenario suponen que se trata del padre, Samuel Wesley.

debe ser estrictamente cumplida ya que al poner niñas a aprender a coser antes de que puedan leer perfectamente es la razón principal por lo que tan pocas mujeres pueden leer lo suficientemente bien como para ser escuchadas y nunca lo suficientemente bien comprendidas.

MARTES 31. Volví a leer la vida de ese buen y sabio (aunque muy errado) hombre, Gregorio López. Ciertamente, su biógrafo (del cual el propio Gregorio no era digno) piensa alabarlo al decir que López «le atribuía todas sus virtudes a los méritos y mediación de la Reina de los Cielos».

LUNES 6 de septiembre. Encontrando que muchos habían sido ofendidos por el sermón que prediqué el viernes en la noche, especialmente aquéllos que se suponía eran fuertes en la fe, decidí examinar el asunto a fondo.

En conformidad invité a M.C., M.F., E.H., A.G. y unos pocos más para reunirnos con Sarah Cl____, Jane J____n y Ann P____, a quienes les habían más por sobre los puntos en cuestión. Escuché a cada uno de ellos relatar su experiencia sin limitaciones. Después los examiné varias veces tocante a las circunstancias que no entendía y sobre las cuales también hablé con otros. En todo esto aprobé de sus experiencias (porque estaban de acuerdo a la Palabra escrita) en cuanto a su sentir al Espíritu de Dios, que obraba en ellos paz, alegría y amor. Pero en cuanto a lo que algunas de ellas dijeron más adelante en relación a sentir la sangre de Cristo corriéndoles por los brazos o bajándoles por las gargantas o derramada sobre sus pechos o corazones, les dije francamente que lo más que podía permitirles, sin renunciar a la Escritura y a la razón, era que algunas de estas circunstancias podrían ser de Dios (aunque no podía afirmar que fueran), quien estaría obrando de manera no usual. Estas circunstancias, les dije, no eran esenciales ya sea para la justificación o la santificación. Y les dije además que todo lo

demás lo acepto como simples sueños vacíos de una imaginación ardiente.

MIÉRCOLES 8. Observé el fermento del quietismo no ha sido eliminado de entre nosotros. Uno de nuestros hermanos dijo que se sentía incómodo porque había descuidado voluntariamente la Cena del Señor. Otro respondió: «Entonces su fe es débil, pues de lo contrario su tranquilidad no podría ser sacudida por cosas tan pequeñas.» Ciertamente, pienso que tales cosas «pequeñas» sacudirán la tranquilidad de cualquier creyente, como debe hacerlo el quebrantamiento voluntario de cualquier mandamiento de Dios. Si esto no nos sacude, estamos dormidos en los brazos del diablo.

VIERNES 29. Expliqué extensamente el texto *«donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad»*,[37] especialmente, libertad para obedecer la completa voluntad de Dios, ser y hacer todo lo que él ha ordenado; en una palabra, amar a Dios con todo nuestro corazón y servirle con todas nuestras fuerzas.

MIÉRCOLES 3 de noviembre. Dos de aquellos que se llaman «profetas» deseaban hablar conmigo. Me dijeron que eran enviados de Dios con un mensaje para mí, el cual era que muy pronto yo debería «nacer de nuevo». Uno de ellos añadió que ellos se quedarían en la casa hasta que esto sucediera, a no ser que yo les echara. Les contesté seriamente, «No les echaré», y los conduje al salón de la sociedad. Había un frío tolerable y ellos no habían comido ni bebido. Sin embargo, allí se sentaron desde la mañana hasta la noche. Se retiraron calladamente y no he oído nada más de ellos desde entonces.

---

[37] 2 Co.3.17.

DOMINGO 7. Terminé la Epístola a los Hebreos, esa fuerte barrera contra la muy prevaleciente imaginación de que los privilegios de los creyentes cristianos deben ser medidos por los de los judíos. De ninguna manera: los cristianos están bajo un mejor pacto,[38] establecido sobre mejores promesas; y aunque «la ley no hizo nada perfecto», no hizo a nadie perfecto en santidad o felicidad, no obstante, la introducción de una mejor esperanza, por la cual ahora *nos acercamos a Dios*,[39] es la gran verdad continuamente inculcada y que corre a través de toda esta Epístola.

JUEVES 18. No pude menos que observar las diferentes maneras en que Dios se agrada de trabajar en diferentes lugares. La gracia de Dios fluye aquí con un torrente más amplio que al principio en Bristol o en Kingswood. Sin embargo, no tan profundo. Pocos son los completamente convencidos de pecado y escasos son los que pueden dar testimonio de que el Cordero de Dios les ha quitado sus pecados.

JUEVES 25. En la noche Dios tuvo a bien herir a muchos más que estaban quietos y tranquilos. No pude menos que observar que aquí la «mejor gente», así llamados, estaban tan profundamente convencidos de pecado como cualquier pecador. Muchos de éstos estaban ahora obligados a gritar en alta voz por la intranquilidad de sus corazones; y generalmente no eran jóvenes (como en la mayoría de otros lugares), sino de edad madura o avanzados en años.

Nunca vi una obra de Dios, en ningún otro lugar, tan simple y gradualmente llevada a cabo, pero continuó aumentando paso a paso. Parecía que no se hacía mucho de

---

[38] He.8.6.
[39] He.7.19.

una vez, como frecuentemente se había hecho en Bristol o en Londres, pero algo se hacía cada vez. Lo mismo sucede con algunas almas en particular. No vi a ninguna en aquel triunfo de fe que ha sido muy común en otros lugares. Pero los creyentes prosiguen, con calma y firmeza. Dejemos que Dios haga su obra como le parezca mejor a él hacerla.

JUEVES 30 de diciembre. Examiné cuidadosamente a quienes habían gritado últimamente en la congregación. Encontré que algunos de ellos no podían relatar de modo alguno la causa de lo que habían hecho, sino solamente que de pronto se habían derribado, pero no sabían cómo, ni tampoco lo que dijeron e hicieron después. Otros podían solamente recordar que estaban atemorizados, pero no podían decir a qué le tenían miedo. Varios dijeron que le tenían miedo al diablo, y esto era todo lo que sabían. Unos pocos dieron un relato más inteligente del penetrante sentido que habían tenido entonces de sus pecados, interior y exterior, los cuales les rodeaban como en despliegue. También del terror en que estaban de la ira de Dios y el castigo que habían merecido y en el cual parecía que estaban cayendo, sin forma alguna de escapar. Uno de ellos me dijo: «Yo estaba como si me estuviera cayendo del lugar más alto que jamás había visto. Pensé que el diablo me estaba empujando y que Dios me había abandonado.» Otro dijo: «Sentí el mismo fuego del infierno ya encendido en mi pecho y todo mi cuerpo estaba con tanto dolor como si ya hubiera estado en una ardiente caldera.» ¿Qué sabiduría es la que se atreve a reprender a éstos, diciendo que deben permanecer silenciosos? ¡De ningún modo! Dejen que clame por Jesús de Nazaret hasta que le diga, *tu fe te ha salvado*.[40]

---

[40] Mr.10.52.

A las once prediqué mi sermón de despedida en la Plaza del Hospital. Nunca antes vi tal congregación allí ni tampoco hablé con tanta exigencia. No pude concluir hasta la una; y luego hombres, mujeres y niños me seguían de tal manera que no sabía cómo deshacerme de ellos. Después de un rato llegué a la puerta y tomé el caballo, pero aun entonces una «mujerona» (como alguien la llamó en un ataque de cólera) se agarró y corrió a un lado del caballo, en la dicha y en la desdicha, hasta Sandgate. Jonathan Reeves viajaba conmigo. Llegamos a Darlington aquella noche y a Boroughbridge al día siguiente.

¡Qué estímulo tenemos para hablar de Dios! En nuestro hospedaje conocimos a un anciano, quien pareció por su conversación que nunca había pensado si tenía alma o no. Antes de salir le hablé unas pocas palabras en relación a su maldecir y su frívola conversación. El hombre parecía que se había hecho pedazos. Las lágrimas aparecieron en sus ojos y reconoció (con abundancia de gracias a mí) su propia culpa y la bondad de Dios.

VIERNES 11 de febrero de 1743. Visité al pobre Joseph Hodges, quien después de haber sufrido por largo tiempo todos los engaños del enemigo había sido finalmente persuadido, por su fatal consideración al Sr. Hall, a abandonar a mi hermano y a mí. Pero había aprendido perfectamente el uso de sus armas. Estaba tan «feliz», tal «pobre» pecador, que producir Escritura o juicio contra él era como dar palos al aire.

VIERNES 18. Me dirigí a Newcastle. Averiguamos en Poppleton, un pequeño pueblo tres millas más allá de York, y al oír que no había otro pueblo cerca, decidimos que era mejor quedarnos allí. Había una Biblia en la ventana y mi

compañero de viaje le preguntó a la señora de la casa que si ella la leía. Respondió: «Señor, no puedo leer, por mala fortuna. Pero aquella muchachona es una estudiante excepcional: no le importa si no mira nunca a un libro. Lo único que le interesa es jugar.» Pronto comencé a hablarle al dueño de la casa, mientras que la anciana se me acercaba más y más. La muchacha continuaba hilando. De repente paró la rueda, rompió en llantos, y en compañía con todos los otros que estaban en la casa, devoraron nuestras palabras de tal forma que no sabíamos cómo salir de la casa.

En la tarde llegamos a Boroughbridge y el sábado 19 a Newcastle.

MARTES 8 de marzo. En la tarde prediqué en un lugar llano de los terrenos comunes cerca de Chowdean. Me encontré que habíamos llegado al norte de Kingswood. Veinte o treinta niños desenfrenados corrían alrededor nuestro tan pronto como llegamos, mirándonos con asombro. No se podía decir de ellos si estaban propiamente vestidos o desnudos. Uno de los más grandes, (una niña como de quince años), tenía un pedazo de frazada sucia y harapienta que de cierta manera le colgaba a un costado. Sobre la cabeza tenía una especie de gorra de la misma tela y color. Mi corazón se enterneció sobremanera por ellos. Parecían como si me hubieran tragado con gusto, especialmente mientras les explicaba estas palabras: *«Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados*.[41]

SÁBADO 12. Concluí mi segunda etapa de visitas, en la cual particularmente me pregunté sobre dos cosas: (1) el caso de quienes casi todas las noches de la semana pasada

---

[41] Hch.13.38.

habían clamado en voz alta durante la predicación, (2) el número de los que se separaron de nosotros y la razón y ocasión de lo mismo.

En cuanto a lo primero, encontré,

(1) Que todos ellos, (pienso, sin excepción alguna) eran personas en perfecta salud y que no habían sufrido convulsiones de ninguna clase hasta que fueron así conmovidos.

(2) Que esto les sobrevino a cada uno de ellos de momento, sin previo aviso, mientras escuchaban la Palabra de Dios o pensaban en lo que habían oído.

(3) Que en el momento en que se desplomaron, perdieron todas sus fuerzas y se vieron afectados por fuerte dolor.

Esto lo expresaron en diferentes maneras. Algunos dijeron que sintieron como que si una espada los atravesaba por todo el cuerpo. Otros, pensaron que un gran peso les había caído encima, como si fuera a comprimirlos contra la tierra. Algunos dijeron que estuvieron casi asfixiados de tal manera que no podían respirar. Otros, que sus corazones se hincharon y estaban a punto de reventar. Otros, que era como si sus corazones, todas sus entrañas, y todos sus cuerpos se estaban haciendo pedazos.

Estos síntomas no se los puedo achacar a cualquier causa natural, sino más bien al Espíritu de Dios. No puedo dudar que fue Satanás que los estaba haciendo «pedazos», conforme «venían a Cristo». Por lo que precedieron estos llantos dolorosos, mediante los cuales pudo planear el descrédito de la palabra de Dios y asustar a aquella gente temerosa de escuchar aquella Palabra mediante la cual sus almas podían ser salvadas.

(4) Encontré que sus mentes habían sido tan afectadas como sus cuerpos. De esto algunos podían escasamente dar información alguna, lo cual también atribuyo a ese sabio espíritu que a propósito aturdía y confundía a tantos como podía para que no pudieran ser capaces de revelar sus planes. Otros dieron un relato claro y preciso de principio a fin. La Palabra de Dios penetró sus almas y los convenció de pecados interiores, así como exteriores. Vieron y sintieron la ira de Dios habitando en ellos y tuvieron miedo de su juicio. Y aquí el acusador vino con gran poder, diciéndoles que no había esperanza, estaban perdidos para siempre. Los dolores de cuerpo entonces se apoderaron de ellos en un momento y forzaron esos fuertes y amargos llantos.

En cuanto al segundo grupo, observé que el número de los que abandonaron la sociedad desde diciembre 30 fueron setenta y seis:

Catorce de los mismos (en su mayoría disidentes) dijeron que se habían retirado porque de otra manera sus ministros no le hubieran dado los Sacramentos.

Nueve más, porque sus esposos o esposas no estaban dispuestos a que ellos permanecieran en la sociedad.

Doce, porque sus padres no aceptaban.

Cinco, porque sus patrones y patronas no les permitían venir.

Siete, porque sus amistades les convencieron a dejarla.

Cinco, porque la gente decían cosas malas de la sociedad.

Nueve, porque no querían que se rieran de ellos.

Tres, porque no querían perder la asignación de los pobres.

Tres más, porque no tenían tiempo disponible para venir.

Dos, porque quedaba muy lejos.

Una, porque tenía miedo de caer en convulsiones.

Uno, porque la gente era muy cruel en la calle.

Dos, porque Thomas Naisbit estaba en la sociedad.

Uno, porque no quería dar la espalda a su bautismo.

Uno, porque éramos simples miembros de la Iglesia de Inglaterra. Y

Uno, porque todavía tenía tiempo suficiente para servir a Dios.

El número de los que fueron expulsados de la sociedad fue de sesenta y cuatro:

Dos, por maldecir y blasfemar.

Dos, por quebrantar habitualmente el día del Señor.

Diecisiete, por borrachera.

Dos, por vender al por menor bebidas espiritosas.

Tres, por peleas y alborotos.

Uno, por pegarle a su esposa.

Tres, por mentir habitual e intencionalmente.

Cuatro, por denunciar abusivamente y hablar mal del prójimo.

Uno, por pereza y haraganería. Y

Veintinueve, por frivolidad y negligencia.

VIERNES 25. Ante la persistencia firme de un papista maldiciente, blasfemo y borracho, quien sentía la necesidad de llevarme a un estado de salvación, pasé algunas horas leyendo un libro mañoso titulado *Las bases de la religión antigua*. En las primeras treinta páginas el autor amontona Escrituras relacionadas a los privilegios de la iglesia. Pero todo esto es como dar golpes en el aire hasta tanto que pruebe que los romanistas son la iglesia, es decir,

que una parte es el todo. ¡En el segundo capítulo usa muchos argumentos para demostrar que «la Escritura no es la única fuente de fe; por lo menos, no si es interpretada por juicio privado, porque el juicio privado no tiene lugar en asuntos de religión»! El hecho es que en este momento estás apelando a mi juicio privado y posiblemente no puedes dejar de hacerlo. La base de tu religión, así como la mía, debe necesariamente descansar en esto. Primeramente, debes (así como debo yo también) juzgar por ti mismo si estás dispuesto o no a seguir a la iglesia. Y también cuál es la verdadera iglesia. De otro modo, no es posible dar un paso más adelante.

Esta noche prediqué en el casco de la nueva casa, acerca del rico y Lázaro. Una gran multitud se encontraba allí reunida, la mayoría de ellos se quedaron con nosotros en vigilia ante el Señor.

MARTES 23 de agosto. Llegué a Kingswood por la tarde y en la noche prediqué en Bristol. El miércoles 24 me propuse investigar la verdad sobre una extraña situación que me habían contado. Encontré que no había posibilidad de dudar sobre la misma. El hecho real fue el siguiente:

El Reverendo Señor _____ (uso las palabras de un caballero de Bristol, cuyo manuscrito tengo a mi lado) predicó en dos o tres iglesias sobre estas palabras: *«Tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella»*.[42] Después de mostrar las diferentes clases de disidentes de la Iglesia de Inglaterra, quienes (según él dijo) tenían sólo apariencia de piedad, atacó mucho de palabra a esa «nueva secta» los «metodistas advenedizos» (como él les llamaba). Cosa que por cierto acostumbra hacer en casi todos sus sermones. «Estos son los hombres», dijo, «a quienes San Pablo se refirió, aquellos que tienen la forma, la apariencia exterior de la piedad, pero no el poder, porque son lobos rapaces»,[43] llenos de hipocresía. Luego infirió otras cosas lastimosas contra ellos, pero sin ningún color de la verdad, y advirtió a su congregación a «alejarse» de ellos y no ofrecerles el favor de Dios, para que no se hagan partícipes de sus malas obras.

---

[42] 2 Ti.3.5.
[43] Mt.7.15.

Poco después él iba a predicar en la Iglesia de San Nicolás. Había usado dos veces el texto antes mencionado, cuando repentinamente fue acosado por un crujido en su garganta, seguido por un horrible gemido. Cayó de espalda contra la puerta del púlpito, abriéndola estrepitosamente; y hubiera rodado por las escaleras a no ser por un grupo de personas que lograron agarrarlo y sacarlo, ya que parecía muerto, a la sacristía. En dos o tres días recuperó sus sentidos y al siguiente domingo, ¡se murió!

En la noche, la palabra de Dios fue verdaderamente rápida y poderosa. Después de la predicación quise reunirme con los hombres, así como con las mujeres, pero no pude hablarles. El espíritu de oración estaba derramado sobre nosotros de tal forma que sólo podíamos hablarle a Dios.

Habiendo tenido por algún tiempo el deseo de reunirme con el Sr. Whitefield y en lo posible cortar cualquier disputa innecesaria, puse por escrito mis sentimientos, tan simplemente como pude, en los siguientes términos:

Hay tres puntos en debate: (1) la elección incondicional; (2) la gracia irresistible; (3) la perseverancia final.

En relación a lo primero, la elección incondicional, creo:

Que Dios, antes de la creación del mundo, eligió incondicionalmente a ciertas personas para hacer ciertas obras, como a Pablo para predicar el evangelio;

Que él ha elegido incondicionalmente a algunas naciones a escuchar el evangelio, como Inglaterra y Escocia ahora y a muchas otras en el pasado;

Que él ha elegido incondicionalmente a algunas personas con muchas ventajas peculiares, con relación a cosas temporales y espirituales;

No niego (aunque no puedo probarlo):

Que él ha elegido incondicionalmente a algunas personas, por tanto, eminentemente nombrados, los elegidos, para gloria eterna.

Pero no puedo creer:

Que todos aquellos que no son elegidos para gloria deben perecer eternamente; o

Que haya un alma sobre la tierra que no haya tenido ni tendrá una posibilidad de escapar la maldición eterna.

En relación al segundo punto, la gracia irresistible, creo:

Que la gracia que trae fe y por lo tanto, salvación para el alma, es irresistible en aquel momento;

Que la mayoría de los creyentes pueden recordar alguna vez cuando Dios les convenció irresistiblemente del pecado;

Que la mayoría de los creyentes una que otras veces encuentran a Dios actuando irresistiblemente sobre sus almas;

No obstante, creo acerca de la gracia de Dios que antes y después de aquellos momentos, puede ser y ha sido, resistida; y

Que en términos generales, ésta no actúa irresistiblemente, pero que podemos o no podemos estar de acuerdo con esto.

No niego:

Que en aquellos eminentemente nombrados «los elegidos» (si los hubiera) la gracia de Dios es tan irresistible que ellos no pueden hacer otra cosa que creer y ser finalmente salvos.

Pero no puedo creer:

Que todos aquellos deben ser condenados en quienes la gracia de Dios no se manifiesta irresistiblemente; o

Que haya un alma sobre la tierra que no tiene o nunca ha tenido, ninguna otra gracia que la que de hecho sólo aumenta su condenación y que sea el plan de Dios hacerlo así.

En relación al tercer punto, la perseverancia final, me inclino a creer:

Que hay un estado accesible en esta vida, del cual el humano no puede finalmente caer; y

Que ha obtenido esto quien es, según el relato de San Pablo, «una nueva criatura»; esto es, quien puede decir, *«las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*[44] en mí».

Y no niego:

Que todos aquellos eminentemente llamados «los elegidos» infaliblemente perseverarán hasta el final.

MIÉRCOLES 31. Hablé con los de la sociedad en varias ocasiones, los que eran alrededor de ciento veinte. Cerca de cien de ellos habían encontrado la paz con Dios. Tal es la bendición de ser perseguido por causa de la justicia.[45] En camino a la iglesia a las once, un numeroso grupo en el mercado nos dio la bienvenida con un grito de hurra tan inofensivo como la cancioncita cantada bajo mi ventana (compuesta, como alguien me aseguró, por una dama distinguida de su propio pueblo):

Carlos Wesley a nuestro pueblo llega
A las iglesias destrucción lleva.

---

[44] 2 Co.5.17.
[45] Mt.5.10.

En la noche prediqué sobre *la promesa del Padre*.[46] Después de la predicación, muchos empezaron a alborotarse, pero John Nelson se puso en medio de ellos y les habló a los que más ruido hacían, quienes no respondieron y se alejaron tranquilamente.

SÁBADO 10 de septiembre. Hubo reuniones de oración por la tarde en la Iglesia de St. Just, las que no terminaron hasta las cuatro. Luego prediqué en la encrucijada, creo que a unas mil personas, quienes se comportaron en forma tranquila y seria.

A las seis prediqué en Sennen, cerca de Land's End, e invitando a la pequeña congregación (formada principalmente de ancianos canosos) para que se reunieran nuevamente conmigo a las cinco de la mañana. Pero el domingo 11 gran parte de ellos se reunieron entre las tres y cuatro de la mañana. Así es que entre las cuatro y cinco empezamos a alabar a Dios y expliqué ampliamente y apliqué el texto *«Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia»*.[47]

Más tarde bajamos, hasta donde pudimos ir sin peligro, hacia el punto de las rocas en Land's End.[48] ¡Era una vista espantosa! ¡Cómo se derretirán estas rocas cuando Dios se levante a juicio! El mar entre ellas hervía como una olla, de modo que parecía que el abismo era cano.[49] Pero, *se levantarán tempestades, más no prevalecerán; bramarán sus ondas más no lo pasarán*.[50]

Entre las ocho y las nueve prediqué en St. Just, en el prado cerca del pueblo, a la congregación más grande (según

---

[46] Hch. 1.4.
[47] Os. 14.4.
[48] Es decir, «el fin de la tierra».
[49] Job 41.31-32.
[50] Jer. 5.22.

me informaron) que se había visto en estos lugares. Alcé mi voz con toda la autoridad del amor: *«¿Por qué moriréis, casa de Israel?»*[51] La gente se estremecía y permanecía quieta. No había experimentado antes Cornwall una hora como ésta.

Después de la una tuvimos otra congregación en el lado norte de la iglesia de Morvah. El Espíritu del Gran Rey estaba en medio de nosotros. Estuve lleno tanto de contenido como de palabras, aun con más abundancia que en St. Just. *Esperaré en ti, porque Dios es mi defensa*.[52]

En Zennor prediqué cerca de las cinco y luego me apuré para ir a St. Ives, donde concluimos el día alabando a Dios con labios llenos de gozo.

SÁBADO 17. Prediqué en St. Just y en Land's End, donde en la mañana, el domingo 18, ampliamente declaré aquello de lo que muchos darán testimonio a su debido tiempo, que *por gracia sois salvos por medio de la fe*.[53]

La congregación en St. Just aumentó considerablemente, mientras que yo proclamaba a cada pecador convencido de su pecado: *«Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo»*.[54]

Cerca de la una prediqué en Morvah sobre Romanos 8.15, a la congregación más grande que había visto en Cornwall. Después se reunió la sociedad, consistente en más de cien miembros. ¿Cuántos de ellos permanecerán hasta el fin?

En Zennor prediqué sobre el capítulo cincuenta y tres de Isaías, sin sentir cansancio alguno. Concluí el día con

---

[51] Ez.18.31.
[52] Sal.59.9.
[53] Ef.2.8.
[54] Hch.16.31.

nuestros hermanos en St. Ives, regocijándonos y alabando a Dios.

JUEVES 20 de octubre.[55] Después de predicar a una pequeña y atenta congregación, viajé a Wednesbury. A las doce prediqué en un terreno cerca del centro del pueblo a una congregación mucho más grande de lo que se esperaba, sobre *Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos*.[56] Creo que cada uno de los presentes sintió el poder de Dios. Ninguna criatura se prestó a molestarnos, saliendo o entrando. *Jehová peleará por vosotros y vosotros estaréis tranquilos*.[57]

Estaba escribiendo en lo de Francis Ward por la tarde cuando se oyó el gritó de que una multitud había acosado la casa. Oramos para que Dios los dispersara. Así fue: uno se fue en una dirección y el otro en otra, de tal manera que en media hora no quedó ni un solo hombre. Les dije a nuestros hermanos, «Es hora de que nos vayamos nosotros ahora». Mas ellos me presionaron fuertemente para que me quedara. Así que tratando de no ofenderles, me senté, aunque preveía lo que seguiría. Antes de las cinco la turba rodeó nuevamente la casa, en mayor número que antes. El grito de uno y de todos era, «Saquen al ministro; queremos al ministro.» Decidí tomar al capitán por la mano y traerlo a la casa. Después de un intercambio de pocas palabras entre nosotros, el león se convirtió en cordero. Le pedí que saliera y trajera a uno o dos de sus compañeros más enfurecidos. Trajo a dos, los que estaban listos a tragarse la tierra de la ira, pero en dos minutos estaban tan

---

[55] Estos acontecimientos se encuentran narrados, con informes de otras personas y con algunas variantes, en *El cristianismo moderno manifestado en Wednesbury*, en *Obras de Wesley*, 5:73-105.
[56] He.13.8.
[57] Ex.14.14.

calmados como él. Entonces les propuse que abrieran camino para poder estar entre ellos. Tan pronto como estuve en medio de ellos pedí una silla y subiéndome en la misma, pregunté, «¿Quién de ustedes quiere algo conmigo?» Algunos dijeron, «Queremos que vayas con nosotros a la justicia». Les respondí, «Lo haré de todo corazón». Entonces, hablé algunas palabras que Dios empleó, de modo que gritaron con poder y todas sus fuerzas: «El caballero es un caballero honesto y nosotros derramaremos nuestra sangre en su defensa». Les pregunté, «¿Iremos a la justicia esta noche o en la mañana?» La mayoría gritó, «Esta noche, esta noche». Por lo que me adelanté en ir y me siguieron doscientos o trescientos de ellos, mientras el resto se regresaron de donde habían venido.

Se hizo de noche antes de haber caminado una milla, y vino una gran lluvia. Sin embargo, continuamos hacia Bentley Hall, a dos millas de Wednesbury. Uno o dos se adelantaron para informar al Sr. Lane que habían traído al Sr. Wesley ante su señoría. El Sr. Lane respondió, «¿Qué tengo yo que hacer con el Sr. Wesley? Vayan y llévenselo de vuelta.» En ese momento, el grupo principal se adelantó y comenzó a tocar a la puerta. Un sirviente les dijo que el Sr. Lane estaba en cama. Su hijo salió y preguntó qué era lo que pasaba. Uno respondió, «Pero imagínese, su señoría, que estas gentes cantan salmos todo el día; más aún, hacen que la gente se levante a las cinco de la mañana. ¿Qué nos aconsejaría su señoría hacer?» «Irse a la casa», dijo el Sr. Lane, «y callarse».

Aquí se encontraban en un punto sin salida, hasta que uno les aconsejó que fueran al Juez Persehouse en Walsall. Todos estuvieron de acuerdo de hacerlo. Así que nos apresuramos y cerca de las siete llegamos a su casa.

Mas el Sr. Persehouse, igualmente, mandó a decir que estaba en cama. Ahora ellos estaban otra vez en la misma situación sin salida. Pero al final, pensaron que el camino más sabio a tomar era el de regresar a sus casas. Cerca de cincuenta de ellos tomaron la responsabilidad de regresarme, pero no habíamos adelantado unas cien yardas cuando la turba de Walsall llegó, entrando como avalancha, y abalanzándose sobre ellos. La multitud de Darlaston se defendió todo lo que pudo, pero estaban cansados y eran menos en número. Así que en corto tiempo, muchos fueron derribados y el resto se escapó y me dejaron en sus manos.

Intentar hablarles era en vano, pues la bulla en cada lado era como el rugir del mar. Así que me arrastraron hasta que llegamos al pueblo, donde, al ver la puerta abierta de una casa grande, intenté meterme en ella. Un hombre al ver mi intención me cogió por el cabello y me haló al centro de la multitud. No hicieron otra parada hasta que me llevaron por la calle principal de un lado al otro del pueblo. Continué hablando todo el tiempo a los que podían escucharme, sin sentir ningún dolor o cansancio. Al final del lado oeste del pueblo, al ver una puerta entreabierta, me dirigí hacia ella y me hubiera metido. Mas un caballero en la tienda no me ayudó, diciendo que ellos «derribarían la casa al suelo». Sin embargo, me paré en la puerta y pregunté, «¿Están dispuestos a escucharme hablar?» Muchos gritaron, «¡No, no! ¡Sáquenle los sesos! ¡Abajo con él! ¡Mátenlo de una vez!» Otros dijeron, «No, le escucharemos primero». Comencé preguntando, «¿Qué mal he hecho? ¿A quien de ustedes le he hecho daño de palabra o de obra?» Continué hablando por más de un cuarto de hora, hasta que mi voz de repente se apagó. Entonces las turbas comenzaron a

levantar sus voces nuevamente. Muchos gritaban a viva voz, «Tráiganlo, tráiganlo».

Mientras tanto, mi fuerza y mi voz regresaron y comencé a orar en voz alta. El hombre que antes comandaba la turba se volteó y dijo, «Señor, daré mi vida por usted. Sígame y ningún hombre aquí le tocará un cabello de su cabeza». Dos o tres de sus compañeros confirmaron sus palabras y se acercaron a mí inmediatamente. Al mismo tiempo, el caballero de la tienda gritó, «Por vergüenza, por vergüenza, déjenlo ir». Un carnicero honesto, quien se encontraba un poco lejos, dijo que era una vergüenza que ellos hicieran esto y sacó a cuatro o cinco, uno a uno, de los que estaban asediando con mayor fuerza. Entonces, la gente, como si hubiera estado de acuerdo, se hicieron unos a la izquierda y otros a la derecha, mientras aquellos tres o cuatro hombres me llevaron entre ellos y a través de la turba. En el puente la turba se enardeció nuevamente, por lo que nos hicimos a un lado, sobre la represa del molino, y de allí a través de la pradera, hasta que un poco antes de las diez, Dios me trajo a salvo a Wednesbury, habiendo perdido solamente una solapa de mi chaleco y un pequeño pedazo de piel de una de mis manos.

Nunca antes había visto tal cadena de providencias; tantas pruebas convincentes que la mano de Dios está sobre cada persona y cosa, venciendo todo de acuerdo a su voluntad.

La pobre mujer de Darlaston que había dirigido la turba y que juró que nadie me tocaría, al ver a sus compañeros retroceder, corrió a donde estaba el mayor número de hombres y derribó a tres o cuatro de ellos, uno tras otro. Mas muchos la asaltaron a la misma vez y fue pronto vencida y probablemente la hubieran matado en

pocos minutos (tres hombres la sostenían en el suelo pegándole con todas sus fuerzas), si no hubiera sido por un hombre que le grito a uno de ellos, «¡Detente, Tomás, detente!» «¿Quién está allí?» dijo Tomás. «Ah, ¿el honesto Munchin? está bien, déjenla ir.» La tomaron de las manos, la levantaron y ella se arrastró a su casa como pudo.

Desde el principio hasta el final sentí el mismo estado mental como si hubiera estado sentado en mi propio estudio, pero viví cada momento uno a uno. Solamente en una ocasión me vino a la mente que si ellos me arrojaban al río me echarían a perder los papeles que estaban en mi bolsillo. En cuanto a mí, no tenía duda que podía cruzar a nado pues tenía sólo un chaleco delgado y un par de botas livianas.

Las circunstancias que siguen pensé que fueron particularmente extraordinarias: (1) Que muchos intentaron arrojarme al suelo mientras íbamos cuesta abajo por un sendero resbaladizo hacia el pueblo, juzgando bien, que de haber caído una vez al suelo, difícilmente me hubiera podido levantar otra vez. Mas no tropecé una sola vez, ni tuve el menor resbalón hasta que estuve enteramente fuera de sus manos. (2) Que aunque muchos trataron de poner sus manos en mi cuello o ropa para tumbarme, no pudieron agarrarme. Solamente uno agarró la solapa de mi chaleco, la que pronto se quedó en su mano. La otra solapa, en cuyo bolsillo había una nota de banco, se rompió por la mitad. (3) Que un hombre vigoroso detrás de mí me golpeó varias veces con un palo de roble, con el cual si me hubiera golpeado una vez en la parte de atrás de la cabeza, le hubiera ahorrado todo problema futuro. Cada vez el golpe se iba de un lado a otro, no sé cómo, ya que no podía moverme ni a la mano derecha ni a la izquierda. (4) Que otro vino corriendo

a través de la turba y levantando su brazo para golpearme, de repente lo dejó caer y sólo posó sobre mi cabeza, diciendo, «¡Qué cabello tan suave tiene!» (5) Que me detuve exactamente a la puerta de la casa del alcalde, como si lo hubiera sabido (lo que sin duda la turba pensó que yo sabía) y encontrándolo parado en la tienda, lo cual empezó a ponerle freno a la locura de la gente. (6) Que los primeros hombres cuyos corazones fueron cambiados eran los héroes del pueblo, los capitanes de la chusma en todas las ocasiones, teniendo uno de ellos el premio de luchador en el patio de los osos. (7) Que de principio a fin no oí a nadie que me llamara con palabra denigrante o nombre u oprobioso de ninguna clase. Al contrario, el grito de uno y de todos era, «¡El predicador! ¡El predicador! ¡El párroco! ¡El ministro!» (8) Que ninguna criatura, por lo menos que yo oyera, puso nada contra mi cargo, ya fuera verdadero o falso; quizás por el apuro se olvidaron ellos mismos de proveer acusación alguna. Y finalmente, que estaban tan completamente confundidos sobre lo que debían hacer conmigo, que nadie propuso alguna cosa definida, sino solamente, «¡Acaben con él; mátenlo de una vez!»

¡De qué manera tan suave nos prepara Dios para su voluntad! Hace dos años un pedazo de ladrillo pasó rozando mis hombros. Fue un año después que una piedra me cayó entre los dos ojos. El mes pasado recibí un golpe; y esta noche, dos: uno antes de llegar al pueblo y el otro antes de salir del pueblo, pero ambos fueron como nada. Un hombre me golpeó en el pecho con toda su fuerza y otro en la boca con tal fuerza que la sangre salió a borbotones de inmediato. No sentí mayor dolor por ninguno de estos golpes pues fueron como si me hubieran tocado con una paja.

No se debe de olvidar que cuando el resto de la sociedad se escapó apresuradamente temiendo por sus vidas, solamente cuatro no se movieron, William Sitch, Edward Slater, John Griffiths y Joan Parks. Estos se quedaron conmigo, resueltos a morir o vivir juntos. Ninguno de ellos recibió un golpe, excepto William Sitch, quien me sostuvo por el brazo de un lado al otro del pueblo. Entonces fue arrastrado y derribado, pero prontamente se levantó y vino a donde yo estaba. Después le pregunté lo que esperaba cuando la turba vino sobre nosotros. El respondió, «morir por Aquel que había muerto por nosotros». No sintió apuro ni temor, sino que solamente esperaba calmadamente que el Señor le pidiera su alma.

Le pregunté a J. Parks si ella no tenía miedo cuando la arrebataron de mi lado. Ella dijo, «No, no más de como estoy ahora. Pude confiar en Dios tanto por ti como por mí. Desde el principio tuve plena confianza de que Dios te libraría. No sabía cómo, pero eso lo dejé en sus manos y estaba tan segura como si ya lo hubiera hecho.» Le pregunté si era verdad que ella había peleado por mí. Dijo, «No. Yo sabía que Dios pelearía por sus hijos.» ¿Perecerán estas almas al final?

Cuando regresé a lo de Francis Ward encontré a muchos de nuestros hermanos esperando la gracia de Dios. También muchos que nunca había visto antes vinieron a regocijarse con nosotros. A la siguiente mañana, cuando iba por el pueblo camino a Nottingham, toda persona que encontré me expresó tal cordial afecto que apenas podía creer lo que veía y oía.

No puedo cerrar este tema sin insertar una curiosidad tan grande en su género, que creo nunca se ha

visto cosa semejante en Inglaterra, habiendo tenido su origen a los pocos días de este extraordinario suceso en Walsall:

Staffordshire

A todos los altos-condestables, sub-condestables y otros oficiales de paz de su Majestad, dentro de dicho condado y particularmente al condestable de Tipton (cerca a Walsall):

Considerando que nosotros, los Jueces de Paz de su Majestad, por el antedicho condado de Stafford, hemos recibido información que varias personas desordenadas, que se nombran a sí mismos predicadores metodistas, inician alborotos y desórdenes que dañan grandemente a los súbditos de Su Majestad y atentan contra la paz de nuestro Soberano Señor el Rey.

Sirva la presente en el nombre de Su Majestad para ordenar a usted y a cada uno de ustedes, dentro de sus respectivos distritos, hacer una búsqueda diligente sobre los mencionados predicadores metodistas y traer a los que encuentren ante alguno de nosotros, los jueces de Paz de su Majestad, para ser examinados concerniente a sus actos fuera de ley.

Dado de nuestras manos y sellado, éste [12] día de octubre, 1743

J. Lane
W. Persehouse

N.B. ¡Los mismos jueces a cuyas casas fui llevado y quienes repetidamente rehusaron verme!

SÁBADO 22 - Viajé de Nottingham a Epworth y el lunes salí para Grimsby. Pero en Ferry nos detuvimos por completo, pues los boteros nos dijeron que no podíamos pasar el río Trent. Era demasiado arriesgar nuestras vidas por no ir a la orilla hasta que la tormenta no amainara. Esperamos una hora. Pero, temiendo que podía hacer mucho daño si desilusionaba a la congregación en Grimsby, pregunté a los hombres si pensaban que era posible llegar a la otra orilla. Ellos respondieron que no podían decirlo, pero que si nosotros estábamos dispuestos a arriesgar nuestras vidas ellos también podrían arriesgar las suyas. De esta manera nos alistamos, teniendo seis hombres, dos mujeres y tres caballos en el barco. Muchos se quedaron parados en la orilla mirándonos. En medio del río estábamos todavía, cuando en un instante, el lado del bote estaba bajo agua y los caballos y los hombres rodaban uno sobre otro. Esperábamos que el barco se hundiera en cualquier

momento, pero no dudaba de poder nadar a la orilla. Los boteros estaban tan asombrados como el resto, pero pronto se recuperaron y remaron por sus vidas. Poco después nuestros caballos saltaron fuera de borda, aligerando el peso del bote, y todos llegamos a tierra a salvo.

Ellos se preguntaban lo que pasaba, que yo no me levantaba (pues estaba acostado en el fondo del barco) y yo también quería saber lo que sucedía, hasta que al examinar el bote, encontramos que un enorme garfio que los boteros algunas veces usaban, se había (nadie supo como) pasado a través de los cordones de mi bota, lo que me amarraba y no podía moverme. Así que si el bote se hubiera hundido, hubiera estado lo suficientemente seguro como para no tener ni que ocuparme de nadar.

El mismo día y a la misma hora por lo que pudimos juzgar, el bote en que mi hermano estaba cruzando el río Severn en el New Passage fue llevado por el viento y estuvo en gran peligro de partirse contra la rocas. Pero el mismo Dios, cuando toda esperanza humana se había perdido, los liberó a ellos como a nosotros.

En la noche, la casa en Grimsby no pudiendo dar cabida a un cuarto de la congregación, me paré en la calle y exhorté a cada pródigo a levantarse e ir a su padre.[58] Uno o dos intentaron interrumpir, pero pronto fueron tranquilizados por sus propios compañeros. Al siguiente día, martes 25, uno del pueblo nos prometió el uso de un cuarto grande, pero fue persuadido a retractarse de su promesa antes de la hora del inicio de la predicación. Luego decidí ir al crucero, pero la lluvia me lo impidió, así que nos sentimos algo perdidos hasta que se nos ofreció un lugar

---

[58] Lc.15.18.

apropiado por una mujer de la ciudad, que era pecadora. Allí, cerca de la una, proclamé a éste *a quien Dios ha exaltado para dar arrepentimiento y perdón de pecados*.[59] Y Dios de tal modo confirmó la palabra de su gracia que me maravillaba de que alguien podía soportarlo.

Sin embargo, la pródiga se quedó hasta la noche, cuando abundé sobre los pecados y la fe de la que había *regado los pies del Señor con lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos*.[60] Entonces ella estuvo completamente quebrantada (y en verdad, casi toda la congregación) y vino a buscarme en mi hospedaje, clamando «Oh Señor, ¿qué debo hacer para ser salva?» Estando informado de su situación, le dije, *«Escápate de tu vida. Vuelve de inmediato a tu marido»*. Ella respondió: «¿Pero cómo puedo hacerlo? ¿Qué camino debo tomar? El está a cien millas de aquí. Acabo de recibir una carta de él; está en Newcastle sobre el Tyne.» Le dije, «Voy a Newcastle en la mañana. Puedes venir conmigo. William Blow te llevará en su caballo detrás de él.» Así lo hizo. ¡Gloria sea al Amigo de los pecadores! El había sacado un leño encendido más del fuego. Tú pobre pecador, tú has recibido un profeta en el nombre de un profeta y has sido encontrado por aquel que lo envió.

MIÉRCOLES 26. Abundé sobre aquellas palabras profundas, *«Arrepentíos, y creed en el evangelio»*.[61] Cuando terminé un hombre se paró en medio, uno que había molestado en exceso a sus hermanos, sosteniendo vehementemente (pues la plaga se había esparcido aquí también) que no debían de orar, de cantar, de comulgar, de escudriñar las Escrituras, o de molestarse acerca de las obras

---

[59] Hch.5.31.
[60] Lc.7.44.
[61] Mr.1.15.

y solamente debían creer y estar quietos, y dijo con voz fuerte, «¡Sr. Wesley! Déjeme hablar unas pocas palabras. ¿No se ha dicho, "Cierto hombre tenía dos hijos. El le dijo al menor, anda y trabaja en mi viña. Y el le contestó, no lo haré; pero luego se arrepintió y fue?" Yo soy ése. Lo dije ayer, "No iré a escucharle, no tendré nada que ver con usted". Pero me arrepiento. Aquí está mi mano. Por la gracia de Dios, no le abandonaré mientras viva.»

William Blow, la Sra. S____ y yo salimos a las seis. Durante todo el viaje a Newcaste observé que ella escasamente se reía y ni siquiera sonreía. En ningún momento se quejó o aparecía conmovida por aquellas difíciles circunstancias que muchas veces ocurrieron en nuestro camino. Una seriedad constante o tristeza aparecía en todo su comportamiento y conversación que parecía venir de quien sentía la carga del pecado y estaba clamando por la salvación. En el mismo espíritu, por todo lo que pude observar o aprender, ella continuó así durante su estadía en Newcastle. No mucho después, su esposo que se había mudado de allí le escribió para que fuera donde él. Ella salió en un barco rumbo a Hull. Una tormenta los sorprendió en el camino. El barco empezó a hacer agua y a pesar de estar cerca de la costa, donde muchas personas se habían reunido, la marea había subido tanto que fue imposible socorrerlos. La Sra. S____ fue vista parada en la cubierta mientras que el barco se hundía gradualmente y luego colgada de las sogas con sus manos hasta que los mástiles igualmente desaparecieron. Aún entonces por algunos momentos se le pudo ver flotando sobre las olas, hasta que sus ropas, que la mantenían flotando, se mojaron completamente y ella se hundió. Confío que fue en el océano de la misericordia de Dios.

Diario 6
Desde el 28 de octubre de 1743
hasta el 16 de noviembre de 1746

MIÉRCOLES 2 de noviembre de 1743. El siguiente aviso fue publicado:

Para el beneficio del Sr. Este:

Por la Compañía de Comediantes de Edimburgo, el Viernes, Noviembre 4, se presentará una comedia titulada, *Los amantes conscientes*, a la cual se añadirá una farsa llamada *Treta sobre tetra*, o *El metodismo al descubierto*.

El viernes una vasta multitud de espectadores se reunió en Moot Hall para ver esto. Se estimó que no podía haber menos de mil quinientas personas, algunos cientos de ellas sentadas en filas de asientos construidos sobre el escenario. Poco después que los comediantes habían iniciado el primer acto de la obra, de repente todos aquellos asientos se vinieron a bajo a una sola vez, pues los soportes de los mismos se rompieron como palos podridos. La gente cayó unos encima de otros, cerca de cinco pies hacia delante, pero ninguno resultó herido. Después de un corto tiempo el resto de los espectadores se tranquilizaron y los actores continuaron con la obra. A la mitad del segundo acto todos los asientos de a chelín se rajaron y se hundieron varias pulgadas. A esto siguió un gran ruido y chillido y tantos como pudieron llegar a la puerta se salieron y no regresaron más. A pesar de todo esto, cuando el ruido pasó los actores continuaron con la obra. Al comenzar el tercer acto el escenario completo de repente se hundió unas seis pulgadas. Los actores se retiraron precipitadamente, pero después de un rato comenzaron nuevamente. En la parte final del tercer acto todos los asientos que costaban seis

peniques, sin aviso alguno, se cayeron al suelo. Ahora se oyó un grito en cada lado, suponiéndose que muchos habían sido aplastados a pedazos. Mas al averiguar resultó que ni una sola persona (tal fue la misericordia de Dios) había muerto o resultado herida de gravedad. Doscientas o trescientas personas permanecían aún en el salón, y el Sr. Este (que iba a actuar como el metodista) salió al escenario y les dijo que a pesar de todo lo que había sucedido había resuelto que la farsa debería presentarse. Mientras él hablaba el escenario se hundió seis pulgadas más por lo que se retiró corriendo en la mayor confusión y la gente, tan rápido como pudo, salió corriendo hacia las puertas, sin que nadie se detuviera para mirar atrás.

¿Qué es lo más sorprendente, que esos actores presentaron esta farsa a la siguiente semana, o que algunos cientos de personas regresaron a verla?

LUNES 28. Viajé a Breaston y pasé una o dos horas en conversación con el Sr. Simpson, el más extraño y honesto entusiasta[1] sobre la faz de la tierra. Antes de despedirnos me dijo, «Una cosa que no me gusta: usted se ha llevado mi rebaño en Nottingham. Justo ahora este texto me viene a la mente. Es el mismo caso. Le ruego que lo lea.» Así lo hice, como sigue: *«Y Abraham reconvino a Abimelec a causa de un pozo de agua, que los siervos de Abimelec le habían quitado.»*[2] Yo le pedí que leyera mi respuesta en el siguiente versículo: *«Y respondió Abimelec: No sé quien haya hecho esto, ni tampoco tú me lo hiciste saber, ni yo lo he oído hasta hoy.»*[3]

---

[1] Sobre el uso del término «entusiasta», véase la *Introducción* al tomo 6 de estas *Obras de Wesley*, pp.6-7.
[2] Gn.21.25.
[3] Gn.21.26.

Por la tarde viajé a Markfield. Después de predicar allí dos veces, el martes 29, fui a Hinckley y prediqué a una congregación grande y tranquila. Viajamos ese día a Market Harborough y al siguiente a Hockley y el jueves, diciembre l, a Londres.

Tuve trabajo a tiempo completo aquí en las siguientes semanas, hablando varias veces a los miembros de la sociedad. Muchos de estos me vi obligado a excluirlos, quedando alrededor de doscientas veinte personas.

VIERNES primero de enero de 1744. Recibí una carta de un pobre hombre, escrita de lo más profundo de su corazón, como sigue:

He aquí lamentación escrita, duelo e infortunio:
Señor,

He tenido poco descanso desde que lo dejé, a causa de haber dejado a Dios primeramente. Es verdad que lo hice en una manera solemne, sobre mis rodillas, mi partida de usted, como si lo hubiera hecho sencillamente para complacer a Dios, pero por lo que siguió parece ser todo lo contrario. Porque tan pronto me separé de usted comencé a pensar como podría sacar ventaja mundana de esto. O pensé, que ahora no sería tan escrupuloso en muchas cosas, especialmente trabajar en el día del Señor. Entonces adquirí algunos conejos y aves, asegurándome de alimentarlos y limpiarlos bien en ese día y salir a buscar alimentos para ellos. Me aseguré que mi pobre familia debería ser partícipe conmigo en este penoso trabajo o de lo contrario deberían esperar de mí muchas miradas agrias y palabras amargas por lo menos. Más tarde me puse peor y peor, hasta el punto que muchas veces he dada tal ocasión al enemigo para blasfemar, tal herida para la religión, la que no podría curar aunque tuviera que vivir diez mil años. ¿Que he hecho? ¡Oh, lo que he perdido! ¡Si pudiera ser yo admitido al favor de Dios una vez más! Ore por mí, le ruego, si ve todavía alguna esperanza, si usted no piensa que el arrepentimiento me sea denegado, aunque cuidadosamente lo busco con lágrimas. Entonces si usted puede pensar en cualquier humillación que sea lo suficientemente dura para que la sobrelleve antes de ser admitido en aquel grupo que voluntariamente abandoné, vea si puedo someterme a ella. ¡Oh que Dios tenga a bien traerme a la luz y al amor otra vez! ¡Cuán cuidadoso sería de su gracia! ¡Cómo me negaría yo mismo, tomaría mi cruz, soportaría humillación, sufriría persecución de cualquier clase, seguiría solo al amado Señor Jesús, aun

fuera del campamento![4] Pero le he crucificado nuevamente. ¡Si pudiera darle completa libertad a mi mente! Mas no puedo hacerlo. Estas líneas son solamente una descripción muy imperfecta del estado, condición y deseo de ese reincidente, ese apóstata, ese traidor.
John Ewer

MIÉRCOLES 18 de abril. Antes de las ocho llegamos a Crediton (o Kirton) o mejor dicho, a las ruinas de éste, ya que las casas en ambos lados estaban todas en cenizas por varios cientos de yardas. Al encontrarme con una mujer de aspecto serio le pregunté: «¿Está ahora la gente de este lugar advertida de buscar a Dios?» Ella respondió: «Aunque algunos de ellos perecieron en las llamas, el resto sigue igual que antes, maldiciendo, blasfemando, emborrachándose, apostando y divirtiéndose, sin Dios en todos sus pensamientos.» Agregó: «No más hace que el jueves pasado los hombres que estaban reconstruyendo una de las casa se estaban maldiciendo y blasfemando unos a los otros y dos de ellos aún más que los otros, cuando el arco que estaba sobre ellos se desplomó y los aplastó quedando sus huesos en pedazos.» *Prestad atención al castigo, y a quien lo establece*.[5]

Entre las cinco y seis de la tarde llegamos a Minehead. Encontramos una expectativa general entre los pobladores. Cerca de las siete prediqué a orillas del mar, a casi todos los habitantes de ese lugar. La mayoría de los caballeros del pueblo estaban allí y se comportaron con seriedad y decencia.

MARTES 21 de agosto. Salí con unos cuantos amigos para Oxford. El miércoles mi hermano, quien llegó de Bristol, se unió a nosotros. El viernes 23, día de San Bartolomé, prediqué, supongo, por última vez en la iglesia

---

[4] He.13.13.
[5] Mi.6.9.

de Santa María. Así mismo fue. Estoy ahora libre de la sangre de estos hombres. He entregado mi alma completamente.

El Alguacil vino a verme después del sermón y me dijo que el Vicecanciller lo había enviado por mis notas. Las envié sin demora alguna, no sin dejar de admirar la sabia providencia de Dios. Quizás pocos hombres notables hubieran leído uno de mis sermones si lo hubiera puesto en sus manos. Mas por este medio el sermón fue leído, probablemente más de una vez, por cada personaje de eminencia en la Universidad.

Salí de Oxford cerca del mediodía. Prediqué en Wycombe en la noche y el sábado 25 regresé a Londres.

JUEVES 6 de septiembre. Encomendé a la tierra los restos de Elizabeth Marsh, una joven mujer que había recibido el conocimiento del amor perdonador de Dios unos cuatro años antes de su muerte, no abandonando nunca este primer amor. A duras penas gozó de salud o tranquilidad desde aquel momento. Sin embargo, nunca murmuró o se quejó de nada. La vi muchas veces después que estuvo postrada en cama, y siempre la encontré quieta y calmada, siempre alegre, alabando a Dios en las dificultades, *teniendo deseos de partir y estar con Cristo*.[6] Nunca supe que su mente estuviera confusa; no, en ningún momento, desde el comienzo de su enfermedad. Mas unos pocos días antes de su muerte me dijo: «Estoy preocupada que hoy usé una palabra sin pensarla. Alguien me dijo, "Te recuperarás dentro de diez días". Le respondí: "No deseo recuperarme".» Poco antes de que perdiera el habla, llamó a una persona para que se acercara a ella y le dijo: «Anda y

---

[6] Fil.1.23.

dile a Molly Brown de mi parte que debe regresar al Sr. Wesley. No tengo aliento para hablarle yo misma, pero tú dile que debe regresar.» Había perdido la voz cuando oré con ella por última vez y encomendé su alma a Dios. Mas «su ojo hablaba con sentido claro y diáfano, tanto como la lengua de la musa misma.»[7] Decía: «*El morir es ganancia*.[8] *Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno*.»[9]

Pude hablar solamente unas palabras ante su tumba, pero al regresar a la Fundición, Dios manifestó su palabra como llama de fuego. Hablé basado en el pasaje de Apocalipsis, *«Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de donde han venido? Yo le dije: Señor, tú lo sabes; y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas y las han emblanquecido en la sangre del Cordero.»*[10]

Un joven, sirviente de la Sra. Clark de Newington, regresó a casa profundamente conmovido. Al siguiente día se enfermó, empeorando cada día, de tal manera que cuando llegué a la casa el lunes 10 (aunque no sabía nada de él ni de su enfermedad), él luchaba por poder respirar. Era un triste espectáculo. Tanto sus palabras como sus ojos testificaban gran aflicción y pesar. Se veía la muerte en su rostro y él no conocía a Dios. Solamente pudo decir, «Por el favor de Dios, ore por mí».

John Nelson nos acompañó y pedimos vida para nuestro hermano, en la plena confianza de la promesa.

---

[7] Cita del poema de Prior, *The Garland*.
[8] Fil.1.21.
[9] Sal.23.4.
[10] Ap.7.13-14.

Durante todo el día, como su enfermedad, aumentaron sus temores; pero al día siguiente Dios le dio vida de la muerte. Me dijo: «Ahora no temo morir, porque sé que Dios me ama. No te amaba a ti ni a tu gente, pero ahora te amo como a mi alma. Les amo a todos; sé que ustedes son el pueblo de Dios y que yo me dirijo a él.» Continuó alabando a Dios siempre que podía hablar; y cuando no podía hacerlo, sus ojos miraban hacia lo alto. Entre una y dos del miércoles por la mañana, gritó, «¡He perdido a mi Dios! ¿Dónde está él? No puedo verlo.» Mas pronto se recuperó y dijo, «Ahora lo he encontrado y más nunca lo perderé.» Alrededor de las siete oré y rogué a Dios por él, no demorando en quedarse dormido.

VIERNES 14. Oficié los últimos ritos (según su deseo) sobre su cuerpo, que fue enterrado en presencia de una gran multitud, cerca del de Elizabeth Marsh.

DOMINGO 16. Enterré, cerca del mismo lugar, a una que acababa de terminar su existencia, yendo a Dios con la plena seguridad de la fe y teniendo solamente un poco más de cuatro años de edad. En su última enfermedad (habiendo estado muy seriamente perturbada en su comportamiento hacía muchos meses) pasaba todos los intervalos entre sus convulsiones hablando sobre Dios o hablándole a Dios. Cuando percibió que sus fuerzas se agotaban, deseó que toda su familia estuviera a su alrededor y oró por todos ellos, uno por uno; después por sus ministros, por la iglesia y por todo el mundo. Poco después, recuperándose de una convulsión, levantó sus ojos, dijo, «Venga tu reino» y murió.

DOMINGO 4 de noviembre. El pobre Richard Jeffs, quien a pesar de sus convicciones anteriores, estaba ahora determinado a renunciar a nosotros y unirse a los

cuáqueros, se aventuró sin embargo a tomar la comunión una vez más. Apenas la había recibido cayó y grito a viva voz, «He pecado; he pecado contra Dios». En ese instante muchos se sentían heridos de corazón. Apenas pude hablar por algún tiempo. Varios de los dolientes estuvieron llenos de gran consolación. Todos dijeron, «¡Ciertamente Dios está en este lugar!»

Por ese tiempo recibí una carta, proveniente del campamento en Lisle. Parte de su contenido era como sigue:

Mayo 1. Salimos hacia el campamento, cerca de Bruselas. Allí algunos de nosotros nos agrupamos en una sociedad, estando conscientes, que donde dos o tres están reunidos en su nombre, allí está nuestro Señor en medio de ellos. Nuestro lugar de reunión era un pequeño bosque cerca del campamento. Permanecimos en el campamento ocho días y luego nos trasladamos a un lugar llamado Assche. Aquí comencé a hablar abiertamente, a poca distancia del campamento, justo en medio del ejército inglés. Y aquí Dios me ofreció algunas evidencias de que mi trabajo no era en vano. Cantamos un himno, que reunió a cerca de doscientos soldados quienes se comportaron decentemente. Después de haber orado, comencé a exhortarles y a pesar de haber llovido copiosamente pocos se ausentaron. Muchos reconocieron la verdad, en particular un joven, de nombre John Greenwood, quien se ha quedado conmigo desde entonces y a quien Dios tuvo a bien de concedérmelo como compañero colaborador. Nuestra sociedad ha aumentado ahora a más de doscientos y los oyentes con frecuencia son más de mil. Aunque muchos dicen que estoy loco, otros han pretendido encolerizar al Mariscal de Campo en contra nuestra. He sido llamado y cuestionado varias veces; pero, bendito sea el Señor, el siempre me ha librado.

Muchos de los oficiales han venido a escuchar por su propia voluntad, con frecuencia nueve o diez a la vez. Procuro no perder ninguna oportunidad. Durante nuestra permanencia en el campamento de Assche he predicado treinticinco veces en siete días. En una de esas ocasiones un soldado presente gritó a sus compañeros que se retiraran y no escucharan a ese tonto por más tiempo. Sin embargo, Dios permitió que la palabra hablada llegara a su corazón, de tal manera que él mismo gimió la amargura de su alma, por un tiempo considerable, y aquel que nunca falla a quienes lo buscan cambió su carga en alegría. Ahora nunca ha estado más feliz que cuando proclama el amor bondadoso de Dios su salvador.

Estuve un poco impresionado cuando me inicié en este gran trabajo, porque estaba solo, y no tenía a nadie que me ayudara. Mas el Señor me ayudó y pronto levantó a William Clement y, en junio, a John Evans, de entre los que acompañaban al ejército, como mis ayudantes. Desde que hemos estado en este campamento hemos construido dos pequeños tabernáculos en donde nos reunimos a las ocho de la mañana, a las tres de la

tarde, a las siete de la noche y comúnmente dos noches completas cada semana.

Desde que comencé a escribir esto hemos regresado a nuestros cuarteles de invierno, así que nuestra sociedad está ahora dividida. Estamos algunos en Brujas y otros en Gante. Mas la voluntad del Señor no ha dejado a ninguno de los dos grupos sin maestros. John Greenwood y yo nos quedamos en esta ciudad de Brujas, y los hermanos Clements y Evans están en Gante. Por lo que confiamos que nuestro Señor continuará su trabajo en ambos lugares.

Nosotros los que estamos en Brujas hemos alquilado un pequeño lugar, en donde nos reunimos y nuestro amado Señor está en medio de nosotros. Muchas veces las lágrimas corren sobre nuestros rostros y la alegría reina en cada corazón.

Debo concluir con la plena seguridad de sus oraciones y con el ferviente deseo de verle. Oh, ¿cuándo será la gozosa reunión? Quizás no en este lado de la muerte. Si no fuera así, que la voluntad de mi Maestro sea hecha.

Su indigno hermano en el Señor,
John Haime

DOMINGO 25. Conversé con uno quien grandemente elogiaba la forma cómoda en que los Hermanos predican. Le comprendí bien. Uno que era un creyente cae en descuido, o en pecado premeditado. Si viene a escuchar nuestra predicación, le sacudimos todos los huesos en pedazos. Si va a ellos, lo acarician y lo ponen a dormir. ¿Cómo puede un reincidente escapar de esta cómoda predicación?

DOMINGO 2 de diciembre. Estuve con dos personas que creían que estaban salvos de todo pecado. Sea así o no, ¿por qué no podemos regocijarnos en la obra de Dios, siempre que esta salvación haya sido incuestionablemente forjada en ellos? Por ejemplo. Le pregunto a Juan C.: «¿Ora usted siempre? ¿Se regocija en Dios en todo momento? ¿Da gracias en todo?[11] ¿En caso de pérdida? ¿En el dolor? ¿En la enfermedad, en el abatimiento, en las desilusiones? ¿Desea algo? ¿No teme a nada? ¿Siente el amor de Dios constantemente en su corazón? ¿Tiene un

---

[11] 1 Ts.5.16-18.

testimonio en todo lo que habla y hace que sea agradable a Dios?» Si puede solemnemente y deliberadamente contestar afirmativamente, ¿por qué es que no me regocijo y alabo a Dios por esa persona? Quizás porque tengo una idea muy compleja de la santidad o de lo que es una persona santificada. Así es que por temor de que esa persona no pueda obtener todo lo que incluyo en esa idea, no puedo regocijarme en lo que ya ha conseguido.

Después de haber declarado con frecuencia la misma cosa delante de muchos testigos, hoy el Sr. Williams escribió una solemne retractación de sus graves calumnias que había propagado por muchos meses concernientes a mi hermano y a mí. Esto lo terminó en estas palabras:

> Aunque no dudo que ustedes me puedan perdonar, empero a duras penas me puedo perdonar yo mismo. He sido tan desagradecido y desobediente a la bondad de amigos, quienes, a través del poder de Dios, fueron mi socorro en todas mis tentaciones....
>
> Suplico sus oraciones en mi favor para que Dios pueda restaurar, fortalecer, establecer y colocarme en la gracia para la cual he sido llamado... Que el Señor pueda bendecirles a usted y a su querido hermano y que todos podamos permanecer unidos en compañerismo, es la oración de quien para el futuro espera ser
>
> Su obediente hijo y siervo
> En el nombre de Cristo,
> Thomas Williams

LUNES 3. Contesté otra carta recibida de Flandes. Un extracto de la misma se incluye aquí:

> Gante, Nov. 12 (O.S.),[12] 1744
> Revdo. Señor,
>
> Nos atrevemos a molestarlo con esto, para darle a conocer ciertos asuntos del Señor entre nosotros aquí. Hemos alquilado dos cuartos, uno pequeño, en donde unos cuantos de nosotros nos reunimos cada día a la una de la tarde. Otro más grande para servicios públicos, donde nos reunimos dos veces al día, a las nueve de la mañana y a las cuatro de la tarde. La mano del Dios Omnipotente está con nosotros para derrumbar la fortaleza de Satán...

---

[12] Las iniciales «O.S.» quieren decir «Old Style», y se refieren a uno de los dos calendarios que a la sazón se usaban.

El día siete de los corrientes, cuando estábamos reunidos en la noche, mientras oraba, uno de los que estaban arrodillados a mi lado gritó (como una mujer con dolores de parto): «¡Mi Redentor! ¡mi Redentor!», lo que continuó por unos diez minutos. Cuando se le preguntó lo que le pasaba, contestó que había encontrado eso de lo que había oído a menudo, esto es, un cielo en la tierra. Otros más hicieron mucho esfuerzo para abstenerse de gritar en la misma forma.

Estimado señor, le soy un extraño a usted en la carne. No sé si le había visto a usted con anterioridad, cuando le vi predicando en la plaza de Kennington. En ese entonces le odiaba, tanto como ahora (por la gracia de Dios) le amo. El Señor me persiguió con convicciones desde mi infancia e hice con frecuencia muchas buenas resoluciones; pero encontrando, como siempre, que no podía cumplirlas (porque fueron hechas enteramente en mi propia fortaleza). Finalmente, abandoné todo esfuerzo y lucha y me entregué a toda clase de lujuria y profanidad. Así continué por algunos años, hasta la Batalla de Dettingen. Las balas de los cañones caían a mi alrededor y mis compañeros caían por todos lados. Sin embargo, me conservé sin herida alguna. Pocos días después de esta batalla el Señor tuvo a bien visitarme otra vez. Los dolores del infierno se apoderaron de mí; las trampas de la muerte me rodearon. Ya no me atreví a seguir cometiendo ningún pecado visible y oré a Dios ser misericordioso con mi alma. Ahora estaba en busca de libros, pero Dios también cuidó de esta necesidad. Un día cuando estaba trabajando, encontré una vieja Biblia en uno de los vagones del tren. Para leerla, pronto busqué a mis viejos compañeros (todos menos uno, quien todavía era una espina en mi carne). No mucho después, él se enfermó y murió.

Mi Biblia era ahora mi sola compañera y yo me creí un muy buen cristiano hasta que llegamos a nuestros cuarteles de invierno, donde me encontré con John Haime. Muy pronto me aburrí de su presencia. El me robó mi tesoro; hurtó mis dioses cuando me decía que yo y mis obras iríamos juntos al infierno. Esta era una doctrina extraña para mí, quien estaba completamente ignorante de la justicia de Cristo y sólo buscando establecer mi propia justicia. Siendo por naturaleza terco de temperamento, mi pobre hermano estaba tan confundido conmigo que a veces decidía (como me contó después) prohibirme que le visitara más.

Cuando finalmente el Señor abrió mis ojos y me enseñó que *por gracia somos salvos por medio de la fe*.[13] Comencé inmediatamente a declararlo a otros, aunque personalmente no lo había experimentado todavía. Mas el 23 de octubre cuando William Clements estaba en oración, sentí repentinamente un cambio en mi alma. Mis ojos se llenaron de lágrimas de amor. Supe que estaba reconciliado con Dios a través de Cristo, lo que llenó mi alma con ferviente amor hacia él, a quien veía ahora como mi único Salvador.

¡Cuán tierno el cuidado del Dios Todopoderoso en educar a sus hijos! ¡Cómo es que estamos sujetos a amar con tanta complacencia a un Padre y postrarnos en admiración y adoración ante su gran y glorioso

---

[13] Ef.2.8.

nombre por sus tiernas misericordias!... Estimado señor, le ruego que ore por éste que no es digno de ser portero del menor de los siervos de mi Maestro.

John Evans

El continuó predicando y viviendo el evangelio hasta la batalla de Fontenoy. Uno de sus compañeros lo vio allí, tendido sobre un cañón (con ambas piernas cercenadas por una serie de balas atadas con cadenas), alabando a Dios y exhortando a todos los que le rodeaban, lo que hizo hasta que su espíritu retornó a Dios.

MARTES 25. Me desperté, por la gracia de Dios, en el mismo espíritu. Cerca de las ocho, estando con dos o tres que creyeron en Jesús, sentí tal reverente temor y tierna sensación de la presencia de Dios que quedé profundamente confirmado en mi interior. Así que Dios estuvo delante de mi durante todo el día; le busqué y encontré en todo sitio, y pude verdaderamente decir cuando me acosté aquella noche, «Hoy he *vivido* un día».

JUEVES 27. Visité al procurador a quien había empleado en el juicio recientemente iniciado contra mí en la Cancillería.[14] Aquí vi por primera vez aquel detestable monstruo, ¡un Documento de la Cancillería! ¡Un pergamino de cuarenta y dos páginas, en tamaño de folio, para decir una historia que no necesitaba más de cuarenta líneas! Y lleno de mentiras inverosímiles, estúpidas y sin sentido (muchas de ellas, también, muy ajenas al asunto); tanto, que creo que podrían haberle costado la vida a quien las recopiló de haberse presentado ante un tribunal pagano, sea de Grecia o de Roma. ¡Y esto es *equidad* en un país *cristiano*! ¡Este es el método inglés de dar solución a los agravios!

---

[14] Los herederos de Alexander Pope acusaban a Wesley de haber publicado algunos de sus poemas sin el debido permiso. No se sabe en qué quedó el pleito.

VIERNES 19 de abril de 1745. William Fenwick viajó conmigo a Linwood, donde el ministro de allí le había dicho una y otra vez, «Asegúrate de traer al Sr. Wesley contigo cuando él venga. Es para mi alma, para el bien de mi pobre alma.» Cuando estábamos solos él me dijo, «Señor, he leído sus escritos, pero no pude creerlos hasta hace muy poco. Ahora sé que su doctrina es verdadera. Dios mismo me la ha mostrado. Hace pocos días que estuve en gran agonía de alma, orando a Dios por el perdón de mis pecados, y hubo tal luz a mi alrededor que no puedo expresarla y supe que Dios había oído mi oración. Mi corazón estuvo lleno del amor de Dios y desde entonces oro y le alabo durante todo el día

Le pregunté si había contado de esta experiencia a alguien más. Me respondió, «Comencé a contarla a uno que creía era un buen cristiano; pero él parecía pensar que yo estaba aturdido. Así que no hablé más. Y por cierto, no conozco a ningún otro que quiera oírme.»

Le respondí, «Usted encontrará otras pruebas como ésta y muchas más, de las cuales usted no se da cuenta todavía». El respondió, «Sé que no puedo sobrellevarlas solo. No tengo fuerzas a no ser que las guarde y ore siempre. Pero sí oro siempre. ¿Y qué son las pruebas para mí? No estoy en el mundo. Vivo en la eternidad. No puedo moverme sin dejar de ver a Dios. El está conmigo constantemente y en todas partes.»

Encontré mucha consolación en este gran momento de la misericordia de Dios. Así también la obtuve de una carta escrita por uno de nuestros predicadores, relacionada con alguien con quien temí haber trabajado en vano. La carta decía:

Estimado Señor,

Estoy completamente convencido que su temor concerniente a mí procede enteramente de su amor por mi alma. Por lo tanto debo pensar que sería culpable de la más grande ingratitud si no me esforzara en hacer uso apropiado a su bondadoso reproche.

Sé que mi alma no ha prosperado. Sé que mi conversación no ha sido siempre como si estuviera en la presencia de Dios. Sé que no he sido, ni soy todavía, como lo desearía ser, un seguidor serio y humilde de Jesucristo. No he sido muy ejemplar en mi comportamiento, que debe ser consistente con el trabajo importante para el que fui empleado. Pero, mi estimado señor, permítame que le ruegue en el nombre de Dios, dígame, ¿usted verdaderamente piensa que en vez de beneficiar destruyo a otros? ¿Que debería desistir de predicar para perecer solo, y no llevar a otros junto conmigo? Mi buen señor, ¿seré un instrumento en las manos del diablo para destruir las almas por las cuales Cristo murió? ¡Que mi lengua pueda adherirse a mi paladar en vez de que continúe haciendo tan gran mal! ¡Señor, sé misericordioso conmigo y perdona mi pecado, pues este es grande!

No estoy libre de culpa, pero bendito sea Dios, últimamente he descubierto, o mejor dicho he sentido, en mi alma muchas cosas que eran obstáculos a la obra de Dios. Antes las veía; pero las veía en vano. No me preocupé por ser liberado de ellos. Por lo tanto permanecieron como otras tantas barreras insalvables en mi camino. Últimamente he estado muy confundido; las reprimendas que recibí me pusieron bajo estricto autoexamen. De pronto encontré muchas cosas que estaban mal y me fueron una carga tan pesada que pasaba todo el día afligido. Solamente Dios sabe lo mal que me sentí. Mas, bendito sea Dios, que no me abandonó en mi angustia, sino que en medio de mis problemas me dio consolación. ¡Que pueda mi alma alabarle por siempre!

He estado por mucho tiempo en un estado como de muerte, y sin vida, habiendo perdido aquellos agradables sabores del amor de Dios que una vez disfruté. No he podido encontrar ningún placer en la oración. Ni he podido orar de lo profundo de mi corazón. Si me forzaba a orar (ya que era una cruz dolorosa), la vergüenza cubría mi rostro y escasamente podía levantar mis ojos, consciente de mi propia infidelidad a Dios y la negligencia de mi vigilancia. Se suspendió toda relación entre Dios y mi alma. En verdad cuando oraba con otros o les hablaba a otros, encontraba que el Espíritu de Dios elevaba mi propia alma. Mas cuando me presentaba ante Dios en secreto, tratando de volcar mis quejas delante de él, mi boca se cerraba y el diablo de inmediato susurraba a mis oídos, «¿En qué te beneficia la oración?» Empero si perseveraba en la oración mi mente se llenaba con miles de pensamientos superfluos, de tal manera que me veía obligado a levantarme de mis rodillas, o podía solamente suspirar o gemir de lo profundo de mi miseria. Mi corazón se endurecía más y más, de tal manera que ciertamente pensé que a la larga me volvería un perdido.

Mas, bendito sea el Señor, hace algún tiempo encontré un avivamiento de amor y he tenido más comunión con Dios que en otros

tiempos recientes. ¡Que sea mi cuidado constante de vigilar y orar, pues la negligencia en esas cosas fue la causa principal de mi muerte anterior! La ligereza e inconsistencia de mente que solía oprimirme, encuentro que desaparecieron grandemente. Al presente (Dios permita que continúe siempre) el recuerdo de ellas me apena. Con frecuencia encuentro una gran dulzura en mi alma y puedo llorar por mi ingratitud pasada hacia Dios. ¡Ore por mi, estimado señor, si usted me ama, que nunca más resista su gracia!

No puedo decirle lo mucho que pienso que le debo a usted, delante de Dios, por su cuidado, reproches y bondades. ¡Que Dios le recompense! Y que yo nunca, nunca más pueda hacer mal uso de ello, sino brindarle amor y reverencia y alabar a Dios por su amor en hacerle un instrumento de bien y felicidad a mi alma.

Tho. Meyrick

MARTES 25 de junio. Viajamos a St. Just. Prediqué a las siete a la más grande congregación que había visto desde mi llegada. En la reunión de la más formal y amable sociedad todos nuestros corazones estaban inflamados, y nuevamente a las cinco de la mañana, mientras explicaba el texto, *Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*.[15]

Cuando terminó la predicación el Condestable tomó preso a Edward Greenfield (por medio de orden de arresto del Dr. Borlase), un minero, de cuarentiséis años de edad, con esposa y siete hijos. Tres años atrás sobresalía en la comunidad por su maldicencia, blasfemia, borracheras y toda clase de iniquidad. Pero todas esas cosas viejas habían pasado por algún tiempo. Ahora era conocido por un comportamiento todo lo contrario.

Le pregunté a un pequeño caballero en St. Just qué objeción había contra Edward Greenfield. Dijo: «Pues bien el hombre es bueno en todo lo demás. Pero los caballeros distinguidos no pueden soportar su imprudencia. ¡Imagínese! ¡Dice que sabe que sus pecados han sido perdonados!» ¡Y por esta supuesta causa se le aplica el destierro o la muerte!

---

[15] Ro.8.1.

JUEVES 4 de julio. Viajé a Falmouth. Alrededor de las tres de la tarde fui a ver a una dama que había estado enferma por mucho tiempo. Casi tan pronto como me senté la casa fue rodeada por todos lados por una innumerable multitud de gente. Un ruido más fuerte y más confuso como a duras penas lo hubiera hecho la toma por asalto de una ciudad. Al principio la Sra. B. y su hija se esforzaron por tranquilizarlos. Pero fue trabajo perdido. Más fácilmente hubieran podido intentar acallar la braveza del mar. A la postre escaparon y se contentaron con dejarnos a K.E. y a mí para arreglárnoslas lo mejor que pudiéramos. El populacho gritaba a voz en cuello: «¡Saquen a los *canorum*! ¿Dónde están los *canorum*?» (Esta es una palabra sin significado que los de Cornwall generalmente usan en vez de «metodistas».) Al no tener respuesta, rápidamente forzaron la puerta principal y llenaron el pasillo. Solamente una división de madera estaba entre nosotros, la que parecía que no resistiría por mucho tiempo. Inmediatamente bajé un gran espejo que colgaba contra la división, al suponer que todo ese lado se derrumbaría de una sola vez. Cuando comenzaron el trabajo con abundancia de amargas maldiciones, la pobre Kitty estaba completamente impresionada y gritó: «Ay, señor, ¿que debemos hacer?» Le dije: «Debemos orar». A la verdad, en aquel momento tal parecía que nuestras vidas no valían una hora de compras. Ella preguntó: «Pero, señor, ¿no es mejor que se esconda? ¿Que se meta en el armario?» Le respondí: «No, lo mejor para mí es pararme justamente donde estoy.» Entre los que estaban afuera estaban las tripulaciones marineros de unos buques corsarios que poco antes habían llegado a la bahía. Algunos de ellos, molestos por la lentitud del resto, les empujaron y entraron todos juntos, presionando sus

hombros contra la puerta interior y gritando, «¡Fuerte, muchachos, fuerte!» Todas las bisagras saltaron a una vez y la puerta cayó dentro del cuarto. En seguida me puse en medio de ellos y dije: «Aquí estoy. ¿Quién de ustedes tiene algo que decirme? ¿A quién de ustedes le he hecho algún daño? ¿A ti? ¿O a ti? ¿O a ti?» Continué hablando hasta que llegué, sin sombrero como estaba (ya que a propósito había dejado mi sombrero, para que ellos pudieran verme la cara) al medio de la calle y entonces alzando la voz, dije, «¡Vecinos, compatriotas! ¿Desean oírme hablar?» Ellos gritaron con vehemencia, «Sí, sí. Debe hablar. Que hable. Nadie debe impedírselo.» Mas no teniendo nada en que pararme y sin la ventaja del terreno, podía ser escuchado solamente por unos pocos. Sin embargo, hablé sin descanso y tan lejos como llegó mi voz, la gente estuvo quieta, hasta que uno o dos de sus capitanes se dieron media vuelta y juraron que ningún hombre me tocaría. El Sr. Thomas, un clérigo, se acercó y preguntó: «¿No les da vergüenza tratar a un extraño así?» Pronto estuvo apoyado por dos o tres caballeros del pueblo y uno de los regidores, con quien había caminado por el pueblo, hablando todo el tiempo, hasta que llegamos a la casa de la Sra. Maddern. Los caballeros propusieron mandar a buscar por mi caballo hasta la puerta y desearon que ingresara a la casa y que descansara mientras tanto. Mas pensándolo dos veces juzgaron que no era aconsejable dejarme salir entre la gente otra vez. Así que decidieron enviar a mi caballo adelante a Penryn y enviarme por agua allá, ya que el mar pasaba por la puerta de atrás de la casa donde estábamos.

Nunca antes había visto, no, ni siquiera en Walsall, la mano de Dios tan claramente manifestada como aquí. Allá tuve muchos compañeros que estaban prestos a morir

conmigo; aquí ningún amigo, sólo una sencilla niña, quien en todo caso fue separada de mí en un instante, tan pronto como salió de la puerta de la casa de la Sra. B. Allí recibí algunos golpes, perdí parte de mis ropas y estaba cubierto de tierra. Aquí, aunque las manos de quizás algunos cientos de personas se levantaron para golpear o arrojar, no obstante todos fueron detenidos a medio camino, de tal manera que nadie me tocó siquiera con un dedo. Nada tampoco fue arrojado de principio a fin, así que no tuve ni una sola mancha en mis ropas. ¿Quién puede negar que Dios escucha la oración? ¿O que tiene todo poder en el cielo y la tierra?

Me embarqué cerca de las cinco y media. Muchos de la turba esperaron a la salida del pueblo, quienes, al ver que me escapaba de sus manos, sólo podían vengarse con la lengua. Algunos de los más fieros corrieron a lo largo de la orilla para recibirme en el momento de mi desembarque. Subí por el empinado y estrecho pasaje desde el mar hasta el tope donde el principal hombre estaba parado. Le miré a la cara y dije: «Le deseo buenas noches». El no habló, ni movió mano o pie hasta que estuve sobre el caballo. Luego dijo: «Le deseo que estuviera en el infierno», y se volteó hacia sus compañeros.

Tan pronto estuve a la vista de Tolcarn (en la parroquia de Wendron), donde tuve que predicar en la noche, fui recibido por varios, corriendo como por sus vidas y rogándome que no fuera más lejos. Pregunté: «¿Por qué no?» Dijeron: «Los guardianes de la iglesia, los condestables y las autoridades de la parroquia están esperándole en la cima del cerro y están dispuestos a agarrarlo. Tienen una orden judicial especial de los jueces reunidos en Helston, quienes permanecerán allí hasta que lo hayan llevado.»

Cabalgué directamente cerro arriba y al ver a cuatro o cinco jinetes, bien vestidos, me dirigí directamente a ellos y les dije: «Caballeros, ¿tiene alguno de ustedes algo que decirme? Yo soy Juan Wesley.» Uno de ellos se puso extremadamente molesto por esto de que yo presumía decir que era el Sr. Juan Wesley. No sé como podría haber resultado tan atrevida afirmación a no ser porque el Sr. Collins, el ministro de Redruth (accidentalmente, según dijo) pasó por allí. Al dirigirse a mí y decir que me conoció en Oxford, mi primer antagonista se quedó en silencio, y otra disputa distinta empezó: si esta predicación había hecho algún bien. Apelé a los hechos. El consintió (después de muchas palabras): «Las gentes son mejores al presente.» pero agregó, «De seguro, pronto estarán tan mal, si no peor que antes.»

Cuando él se fue uno de los caballeros dijo: «Señor, me gustaría hablar algo con usted. Cabalguemos a la entrada». Así lo hicimos, y él dijo: »Señor, le diré cual es el fondo del asunto. Todos los caballeros de estos lugares dicen que usted ha estado mucho tiempo en Francia y España y ahora usted es enviado aquí por el Pretendiente y que estas sociedades han de unirse a él.» Ciertamente, ¡«todos los caballeros de estos lugares» no mentirían contra sus propias conciencias!

Cabalgué a la casa de un amigo, a unas cuantas millas, encontrando que el sueño de un hombre trabajador es dulce. Fui informado que había muchos aquí que también tenían el deseo fervoroso de escuchar «esta predicación». Mas no se atrevían, pues Sir V____n había declarado solemnemente, y delante de toda la congregación conforme salían de la iglesia: «Si cualquiera de esta parroquia se atreve

a escuchar a estos hombres, no podrá asistir a mi banquete de Navidad.»

LUNES 18 de noviembre. Pasé un corto tiempo con B. Armsted, débil de cuerpo, pero fuerte en la fe. Ella había estado esperando con paciencia a Dios, hasta que sus manos y sus pies comenzaron a enfriarse y parecía estar a punto de morir. Luego Satanás volvió con toda su fuerza y la cubrió con profunda oscuridad. Esto la arrojó a una lucha con Dios tan fuerte que se le quitó la fiebre y volvió su fuerza. Así es que con toda probabilidad el viejo asesino le salvó la vida por su furiosa intención de destruirle el alma.

LUNES 2 de diciembre. Las alarmas continuaban aumentando en Londres, debido a la proximidad del acercamiento de los rebeldes. ¡Pero qué ligeras son todas estas cosas para quienes pueden consignar tanto su alma como su cuerpo a un fiel y misericordioso Creador!

Por este tiempo recibí algunos informes más sobre el ejercito, cuya sustancia es como sigue:

Octubre 10 de 1745
Reverendo Señor,

Le haré conocer las manifestaciones del Señor con nosotros el pasado abril. Marchamos de Gante a Allest el día 14, donde encontré a dos o tres de nuestros hermanos en los campos. Cantamos y oramos juntos y fuimos consolados. El día 15, encontré una pequeña compañía a unas tres millas del pueblo y el Señor llenó nuestros corazones con amor y paz. El día 17, marchamos al campamento cerca de Bruselas. El 18, encontré una pequeña congregación al lado de un cerro y hablé sobre estas palabras: *Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio*.[16] El 28, hablé sobre estas palabras de Isaías: *Por tanto, Jehová, que redimió a Abraham, dice así a la casa de Jacob: No será ahora avergonzado Jacob, ni su rostro se pondrá pálido*.[17] El 29, marchamos cerca del enemigo y cuando les vi en su campamento, mis entrañas se movieron por ellos, en amor y piedad por sus almas. Nos acostamos sobre nuestras armas toda la noche. En la mañana, abril 30, el cañón comenzó a sonar a las cuatro y treinta y el Señor me libró de todo temor, de tal manera que fui al campo

---

[16] He.13.13.
[17] Is.29.22.

con alegría. Las balas de los cañones volaban por ambos lados, muchos eran los hombres que caían, pero nada me tocó hasta las dos de la tarde. Entonces recibí una bala en el brazo izquierdo y me regocijé sobremanera. Poco después recibí otra bala en el brazo derecho, lo que me obligó a abandonar el campo. Mas apenas sabía si estaba en la tierra o en el cielo. Fue uno de los días más dulces jamás gozado.

MIÉRCOLES 18. Siendo el día de Ayuno Nacional, nos reunimos a las cuatro de la mañana. Prediqué sobre Joel 2.12, etc. A las nueve nuestro servicio en West Street comenzó. A las cinco prediqué en la Fundición otra vez, sobre *Jehová preside en el diluvio*.[18] Hubo abundancia de personas en la Capilla de West Street y en la Fundición, tanto en la mañana como en la noche, así también (lo entendimos) en cada lugar de cultos públicos por todo Londres y Westminster. Tal solemnidad y seriedad en todo lugar como no se había visto últimamente en Inglaterra.

Habíamos distribuido en poco tiempo algunos miles de pequeños tratados entre la gente del pueblo. Y esto agradó a Dios, lo que provocó celos en otros. De suerte que el Alcalde de Londres había ordenado imprimir una gran cantidad de papeles disuadiendo a la gente a maldecir y blasfemar, y se distribuyeron a la milicia. En este día una *Ferviente exhortación a favor de un arrepentimiento serio* fue entregada a cada persona que salía de las iglesias de Londres y sus alrededores. Una copia de la misma fue dejada en cada casa cuyos ocupantes estuvieron ausentes de la iglesia. No dudo que Dios dio su bendición con esto. Y quizás por eso la sentencia de desolación fue revocada.

Fue en este mismo día que el ejército del Duque estuvo notablemente protegido en medio de las emboscadas en Clifton Moor. Los rebeldes tiraron muchas andanadas sobre las tropas del Rey desde las vallas y murallas detrás

---

[18] Sal.29.10.

de las cuales se apostaron. Y aun así, del primero al último, sólo diez o doce hombres cayeron, pues los tiros pasaban volando sobre sus cabezas.

VIERNES 27. [Aquí Wesley cita una carta en la que se le exhortaba a abandonar la Iglesia de Inglaterra. Se incluye más adelante en esta serie de *Obras de Wesley*, entre su correspondencia.]

MIÉRCOLES 19 de enero de 1746. Viajamos a Birmingham, donde muchos de nuestros hermanos de diferentes lugares se reunieron en la noche.

JUEVES 20. Partimos tan pronto fue de día. Antes de llegar a Aldridge Heath la lluvia se convirtió en nieve, que el viento del norte dirigía de lleno en nuestras caras y nos cubrió de pies a cabeza en menos de una hora. Le preguntamos a uno que vivía a la entrada de las ciénagas cuál sería de nuestra mejor ruta para Stafford. «Señor», respondió, «mil libras contra un penique que usted no puede llegar allá hoy. Hombre, son cuatro largas millas desde el otro lado más lejos de esta comunidad. En un día claro no estoy seguro de poder atravesar. Ahora todos los caminos están cubiertos con nieve y cae tanta nieve que usted no puede ver delante suyo.» Sin embargo, continuamos y creo que no nos habíamos salido más de diez yardas del camino cuando llegamos a Stafford.

En la noche llegamos a la casa de Roger Moss. Prediqué sobre Romanos 3.22 y agrupamos a unos cuantos como una sociedad.

VIERNES 21. Desayunamos en Bredbury Green, de donde viajamos a Marsden. Al día siguiente, sábado 22, viajamos a Leeds. Prediqué a las cinco. Al regresar a la casa una gran multitud nos siguió y nos tiraron todo lo que tuvieron a la mano. Fui golpeado varias veces, una o dos veces en la cara, pero sin ser lastimado. Me dirigí a la oficina

del Registrador y le conté del caso. Me prometió prevenir acciones semejantes en el futuro.

MARTES 22 de marzo. Viajé con el Sr. Piers a ver a uno que se llamaba a sí mismo profeta. Estuvimos con él cerca de una hora. Mas no pude pensar que fuera enviado de Dios: (1) porque lucía estar lleno de sí mismo, vano, temerario y obstinado; (2) porque habló con extrema amargura tanto del Rey, como dos los obispos y de todo el clero; (3) porque insistía en hablar en latín sin poderlo hacer, demostrando simplemente que él mismo no entendía su propio llamado.

LUNES 12 de mayo. Cené con un caballero que estaba completamente convencido que no hay tal cosa como virtud o felicidad en la tierra, «habiendo encontrado», dijo, «mediante experimentos repetidos, que no obstante las mil favorables apariencias, todo hombre vivía en el fondo de un completo egoísmo y verdadera miseria.» No me sorprendería si cada deista racional pensara lo mismo. Ciertamente deben hacerlo, si son consistentes consigo mismos. Porque es seguro que todos los humanos son miserables y egoístas, cualquiera sea la presentación que puedan hacer, hasta que no tienen fe, esa *convicción de lo que no se ve*,[19] cuya misma existencia cuestionan.

LUNES 19. Vi un increíble caso de angustia. Una sensata joven mujer (no metodista), que siempre asistía a su iglesia, había creído ser una cristiana buena y justa durante toda su vida. Mantuvo esta creencia a través de unas violentas fiebres y hasta que el médico le dijo a su hermano que ella moriría. Al saberlo gritó: «Así que mi hermano y usted van al cielo y yo al infierno.» El hermano dijo que

---

[19] He. 11.1.

desde ese momento estuvo en desesperación y agonía, diciendo que ya estaba en el infierno, que sentía las llamas; que el diablo tenía su alma y cuerpo y que ahora la estaba desgarrando a pedazos. Si tragaba algo, gritaba que estaba tragando fuego y azufre. Por doce días no probó alimento alguno y por más de veinte solamente agua. No dormía ni de día ni de noche. Permanecía acostada maldiciendo y blasfemando, rasgando sus ropas o rompiendo en pedazos todo lo que podía alcanzar. Los pecados de mayor carga sobre ella eran el no tener conocimiento de Dios o de su amor, no creer en Jesucristo. y aun así haberse convencido y convencido a otros que era una buena cristiana. Estuvo más tranquila desde el momento en que oramos con ella, dejando de maldecir y blasfemar. A los pocos días comenzó a tomar un poco de te, aunque permaneciendo en plena desesperación. Más tarde Dios convirtió su pesar en alegría.

SÁBADO 7 de junio. Le pregunté a Richard Langman y a su esposa cómo se habían recuperado del engaño alemán. Ella respondió: «Nadie hubiera podido librarnos de ellos a no ser ellos mismos, ya que no hay barreras contra sus tiernas palabras. Mas uno o dos de sus sermones abrieron nuestros ojos, especialmente uno en que el predicador estaba describiendo cómo la Virgen «alimentó al pequeño Cordero con comida blanda, y cómo, cuando él creció podía enviarle a hacer un mandado, quizás por un porrón de leche. Pero si lo dejaba caer, el podía hacer el milagro de componerlo.» Ellos entonces no eran capaces de digerir estas cosas; ahora ya no les revuelven el estomago.

En la tarde un viejo amigo (ahora con los moravos) luchó mucho para convencerme que no podía continuar en la Iglesia de Inglaterra, porque no podía someterme implícitamente a sus resoluciones. «Porque esto», dijo, «era

esencialmente necesario para permanecer en cualquier iglesia.» No es necesario para continuar en cualquier iglesia, sino en la de los Hermanos. Si así fuera, no sería posible que yo fuera miembro de iglesia alguna bajo el cielo. Pues debo aun insistir en el derecho al juicio privado. No me atrevo a llamar a hombre alguno Rabí. No puedo someterme ya sea a una fe implícita o a la obediencia de cualquier hombre o número de hombres bajo el cielo.

MIÉRCOLES 2 de julio. Recibí la siguiente carta de un amable hombre que está ahora con Dios:

Northampton, junio 29 de 1746
Reverendo y Estimado Señor,

Estoy verdaderamente feliz que la extensa carta que le envié últimamente fue de su agrado. Bendigo a Dios que mis prejuicios contra los escritores del orden establecido fueron oportunamente eliminados y vencidos. Me regocijo grandemente al ver en aquéllos que por relatos de otros debo estimar grandemente como excelencia de esta tierra, que sus prejuicios contra sus hermanos de cualquier denominación han sido igualmente calmados; que nos estamos acercando más a la armonía en la que espero que lleguemos a ser uno en Cristo Jesús...

Siempre he estimado que el verdadero acto de amistad es usar nuestros esfuerzos mutuos para dar testimonio el uno del otro como de carácter intachable y tan valioso como sea posible. Nunca he tenido un mejor concepto de mis obligaciones que cuando aquellas personas dignas que me honraron con su afecto y relación libremente me dijeron lo que ellos pensaban que era impropio de mi carácter y conducta. Esto por lo tanto, estimado señor, es un testimonio que usted puede razonablemente esperar de mí, ya que he gozado por algún tiempo de haberle conocido. Más, siempre he tenido como práctica, no creer en ningún cuento que perjudique a aquéllos a quienes tenía razón aparente de estimar, por lo que sabía de ellos. Consecuentemente, como no debo tomar esto como una base firme, usted debe contentarse en esperar un poco más antes de que usted pueda recibir aquel testimonio de amor fraterno que usted solicita de

Reverendo y estimado señor,
Su obligado y afectuoso
Hermano y siervo,
P. Doddridge

Su prudencia me ha sugerido un pensamiento, ¿sería modesto llamarnos nosotros mismos humildes? Si la expresión significa estar listos para servir en amor en

cualquier cosa humilde, como el lavado de pies a otros, espero que pueda decir: «Soy su humilde servidor». Pero si esto se refiere a alguien que en todo respecto es tan humilde como debería ser, Dios me perdone que usurpe título tan orgulloso. ¿En qué puedo decir «que ya lo he logrado»? Sólo en que amo a mi divino Maestro y que no quisiera tener ningún pensamiento en mi corazón que él pudiera desaprobar. Siento una gran dulzura en tener la seguridad de estar en su bendita mano, lo que no todo el mundo puede tener y que verdaderamente pienso, me haría más feliz estar en un calabozo oscuro que en diez mil mundos que me impidieran tenerla. Por lo tanto, amo a toda criatura sobre la tierra que lleve su imagen. Sin exceptuar a aquéllos que por ignorancia, imprudencia o prejuicio me han lastimado grandemente.

DOMINGO 6. Después de conversar largamente con los líderes, ambos, hombres y mujeres, acordamos que nos evitaríamos un gran gasto tanto en salud, como en tiempo y dinero, si la gente pobre de nuestra sociedad pudiera ser convencida de dejar de tomar té. Decidimos empezar nosotros mismos y dar el ejemplo. Esperaba tener alguna dificultad en romper con una costumbre de veintiséis años de práctica. Como resultado, tuve dolor de cabeza los tres primeros días, más o menos durante todo el día y estaba medio dormido de mañana a noche. Al tercer día, el miércoles en la tarde, perdí la memoria casi completamente. Por la noche busqué mi remedio por medio de la oración. El jueves por la mañana mi dolor de cabeza había desaparecido. Mi memoria estaba alerta como nunca. No he encontrado ninguna dificultad, sino más bien un beneficio razonable en muchos aspectos desde aquel día hasta el presente.

LUNES 4 de agosto. Recibí una carta de Yorkshire, parte de la misma son estas palabras:

> El miércoles, julio 16, visité al buen viejo Sr. Clayton. Estaba sumamente débil y parecía como uno que no tuviera mucho más tiempo de vida. Lo volví a visitar el lunes 21 y lo encontré muy enfermo. Me dijo que nadie más debía de haber sido admitido a visitarle; que él tenía mucho que decirme para contarle a usted y deseaba que le enviara sus saludos y que le deseaba prosperidad en su piadoso trabajo. Viendo que no podía hablar mucho, decidí salir, sin pensar que esta sería la última visita. Al regresar por estos lugares el sábado pasado, encontré que había muerto esa mañana entre dos y tres. El lunes pasado fui a su entierro y en forma inesperada llevé el duelo de mi buen y viejo amigo. Acompañé su cuerpo hasta la sepultura. Allí observé su solemne entierro. Mucho de sus parroquianos derramaron lágrimas, habiendo sido él un padre para los pobres. Murió muy pobre, aunque tenía una renta de cuarenta libras al año y un salario de cerca de trescientas libras por haber sido rector por cuarenta y tres años.

MIÉRCOLES 13. Prediqué en Llansanffraid. Tan pronto salimos de la iglesia se nos acercó una pobre mujer a quien Satanás la había atado en manera poco común por varios años. Nos siguió hasta la casa donde estaban nuestros caballos, llorando, regocijándose y alabando a Dios. Había dos clérigos allí a mi lado, y la casa llena de gente. Mas ella no pudo contenerse de declarar delante de ellos todo lo que Dios había hecho por su alma. Las palabras que salieron del corazón llegaron al corazón. Rara vez antes había escuchado tal predicador. Todos alrededor de ella estaban en lágrimas, los grandes así como los humildes, pues no había cómo hacer resistencia al Espíritu por el cual habló.

El extraño relato que hizo sobre sí mismo éste (sin preocupase de que cada uno juzgara como quisiera): Que hacía cerca de siete años desde que había insultado a uno de sus vecinos, quien luego fue a ver a Francis Morgan (un hombre famoso de esos lugares) y le dio catorce chelines para «hacerle el peor daño». Que a la noche siguiente, tan pronto como se acostó, comenzó repentinamente una tormenta de truenos, rayos y lluvia, en medio de la cual ella sintió que todo su cuerpo se estremecía y supo que el diablo

estaba cerca de ella. Que al mismo tiempo el caballo que tenía abajo en el establo, que solía estar tan quieto como oveja, saltaba de un lado a otro y rompía de tal forma que ella se vio obligada a levantarse y soltarlo. Que el árbol que crecía junto a la casa había sido arrancado de raíz. Desde ese momento no tuvo descanso día o noche, estando no sólo en temor y pavor, sino también en el peor de los tormentos. Sentía como si le desgarraran la carne con tenazas calientes y hasta el día de hoy no había tenido ningún respiro o tranquilidad. Ahora sabía que Dios la había liberado y creyó que Dios todavía podía salvar su cuerpo y alma y golpear a Satán a sus pies.

A las tres de la tarde prediqué en Builth, habiendo decidido ir de allí a Carmarthen. Me di cuenta que por error se había anunciado una predicación mía en Leominster en Herefordshire. Cambié mi plan y me fui a Llansanffraid esa noche y al día siguiente viajé a Leominster.

A las seis de la tarde empecé a predicar sobre una tumba cerca del lado sur de la iglesia. La multitud rugía por todas partes, pero pronto mi voz prevaleció. Poco a poco la gente comenzó a calmarse, hasta que [en la iglesia] empezaron a tocar las campanas, pero aun así no ganaron lo que pretendían, pues mi voz todavía se podía escuchar. Entonces los órganos comenzaron a tocar con todo su poder. El Sr. C., el cura encargado, entró a la iglesia y se esforzó en acallarlos, pero en vano. Así que pensé que lo mejor sería trasladarme al mercado de trigo. Toda la congregación me siguió, a los que se unieron muchos más que no hubieran venido al cementerio. Aquí tuvimos momentos de tranquilidad y expliqué lo que es *esta secta que nos es notorio que en todas partes se habla contra*

ella.[20] Caminé seguido de un gran número de personas hacia nuestro hospedaje, pero a ninguno le oí palabra hiriente. Un cuáquero que me siguió me dijo: «Estaba muy descontento contigo por tu último *Llamado*,[21] pero mi descontento pasó. Te oí hablar y mi corazón se asió de ti.»[22]

LUNES 18. Cabalgué con el Sr. Hodges a Neath. Aquí encontré a doce jóvenes a los que casi pude envidiar. Vivían juntos en una casa y continuamente regalaban lo que les sobraba después de cubrir lo que necesitaban para vivir. La mayoría de ellos, (me contaron) eran predestinistas, pero tan poco intolerantes de sus opiniones que no soportaban que un predicador predestinista predicara entre ellos, a no ser que dejara toda controversia a un lado. Bajo estas condiciones recibían con todo gusto a aquéllos de diferentes opiniones.

La multitud de personas me obligó a predicar en la calle sobre *«Arrepentíos, y creed en el evangelio»*.[23] Un hombre que estaba dispuesto a interrumpir procuró que un violinista borracho le siguiera, pero al descubrir que nadie lo hizo, se sintieron avergonzados. El caballero se retiró a un lado y el violinista al otro.

[En nota al 8 de septiembre, Wesley incluye copia de una carta a Benjamin Ingham. Esta carta se incluye entre la correspondencia traducida en otro tomo de esta serie.]

MARTES 9 de septiembre. Prediqué en Crowan. Se nos hizo de noche mientras predicaba, pero nadie se ofreció a salir.

---

[20] Hch.28.22.

[21] Véase *Un nuevo llamado a personas razonables y religiosas*, en *Obras de Wesley*, 5:75-378.

[22] Los cuáqueros insistían en tratar a todos de «tú», pues no se debía tratar a nadie con mayor respeto que el que se le daba a Dios.

[23] Mr.1.15.

MIÉRCOLES 10. Prediqué en Porkellis, en Wendron, a muchos más que los que la casa podía albergar. W____ T ____ de Sithney cabalgó conmigo a Gwennap, un compañero inseparable del Sr. N____ siempre que pudiera unirse a él en pleitos y borracheras, pero con sus borracheras terminó la amistad del Sr. N____.

Cuando oyó que un tal John O____, un hojalatero, estaba predicando, se fue allá con el propósito de hacer bromas. Pero la palabra de Dios lo derribó a tierra. No obstante el luchó en su esfuerzo, algunas veces tratando de ir otra vez, otras veces resuelto a nunca ir más. Un día cuando visitaba a su hermana, cargó a una pequeña niña (de más o menos cuatro años) y le dijo: «Me dicen que tú puedes cantar himnos. Ven, cántame un himno.» Ella comenzó de inmediato

¡Mi alma, no demores!
Cristo llama, que le adores:
¡Levantaos, seguid al Salvador,
bendecid al día feliz y dad loor!
Ningún mortal habrá de saber
Lo que él promete conceder:
¡La paz, el amor y el consuelo:
Id a él, seguidle sin desvelo!

De inmediato él se levantó y se fue al servicio de predicación. Esa misma noche encontró paz para su alma.

JUEVES 11. E____ T____ (la hermana de W____ T____) viajó conmigo a Camborne. Cuando ella se enteró que su hermano era un «pervertido», fue a Sithney con el propósito de rescatarlo. Mas no encontrando palabras justas, ni nombres duros, ni juramentos, ni maldiciones, ni golpes que pudieran convencerlo, se retiró renunciando a él y a todo lo que le pertenecía y decidió del todo no verlo nunca jamás.

Seis semanas después, lo encontró en Redruth y le invitó a que entrara a una casa. Cuando estuvieron sentados,

ella irrumpió en llanto y le dijo: «Hermano, en el nombre de Dios, sigue a esos hombres. Me avisas cuando cualquiera de ellos predique en tu casa y vendré a escucharle.»

El preguntó: «¿Cómo es esto? ¿Cómo es que tú llegaste a cambiar tanto?» Ella respondió: «Hace dos semanas, soñé que un hombre se paró a mi lado y me dijo, "No hables mal de estos hombres, pues ellos son los siervos de Dios." Le respondí, "¿Qué, es usted uno de ellos? Les desafío a todos ustedes. Me quedo en mi iglesia." El dijo, "Y cuando estás en la iglesia, ¿cómo empleas tus pensamientos? ¿O hasta en la Mesa del Señor?" Y así continuó, diciéndome todo lo que guardaba en mi corazón. Cada palabra me atravesó. Levanté mis ojos y le vi brillante y glorioso. Y supe que era nuestro Salvador. Caí a sus pies y luego desperté.»

A la semana siguiente, ella fue a Sithney, donde el Sr. Meyrick estaba predicando y diciendo: «¿Hay alguno de ustedes que ha cerrado sus puertas contra los mensajeros de Dios? ¿Cómo sería si nuestro Señor cerrara la puerta de su misericordia contra ti?» Ella gritó, «Esa soy yo,» y se desplomó. No tuvo ella más descanso hasta que Dios la hizo testigo de la fe que una vez persiguió.

Diario 7
Desde el 25 de noviembre de 1746 hasta el 20 de julio de 1749

DOMINGO 11 de enero de 1747. En la noche cabalgué a Brentford, al día siguiente a Newbury y el martes 13 a las Devizes. El pueblo estaba alborotado de principio a fin, como si los franceses estuvieran entrando; y se oía abundantes palabras groseras, juramentos, maldiciones y amenazas. La persona más activa que incitaba al pueblo, fuimos informados, era el Sr.____, el párroco. El había estado trabajando infatigablemente, yendo todo el día de casa en casa. También se había tomado el trabajo de poner avisos en los lugares más concurridos del pueblo, sobre «Un entretenimiento encubridor y pantomímico que será exhibido en la casa del Sr. Clark» (donde yo iba a predicar). La última parte del aviso contenía algo de doble sentido que una persona decente no puede repetir. Empecé a predicar a las siete sobre *«La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros»*.[1] Muchos del gentío entraron, escucharon algo y permanecieron quietos. Nadie abrió su boca y se reflejaba la atención en el rostro de cada uno de ellos.

JUEVES 22. A las doce y media me fui a caballo a Wick, donde estaba citado para predicar a las tres. Estuve cruzando la muralla a caballo por de la Puerta de San Nicolás (me habían traído el caballo al lugar donde cenaba), justo cuando un carretón hizo un viraje brusco de la Calle San Nicolás y se vino de pronto cerro abajo. Había solamente espacio para pasar entre la rueda y la muralla,

[1] Ro.16.20.

pero el espacio estaba tomado por el arriero. Le pedí que se retirara o de lo contrario tendría que pasarle por encima. Mas, el hombre, como si fuera sordo, caminó directamente hacia adelante. Esto me obligó a frenar a mi caballo. Mientras tanto el eje de la carreta le golpeó con fuerza en el hombro, con tal impacto que lo tiró al suelo. El me lanzó por encima de su cabeza, como flecha de arco, y quedé tendido, con mis brazos y piernas, no sé cómo, estiradas y cerca de la muralla. La rueda siguió corriendo, y pasó a mi lado, pero solamente me ensució las ropas. No sentí la más mínima ansiedad en mi espíritu, sino la misma compostura como si hubiera estado sentado en mi estudio. Cuando se fue la carreta me levanté. Muchas personas se reunieron en derredor mío hasta que un caballero me invitó a que entrara en su tienda. Después de limpiarme un poco volví a coger el caballo y llegué a Wick a tiempo para mi predicación.

Regresé a Bristol (donde se había esparcido la noticia de mi muerte) con tiempo suficiente para alabar a Dios en la gran congregación y predicar sobre *«Tú, oh Señor, salvarás al hombre como a la bestia.»*[2] Mis hombros, mis manos, mi lado, y ambas piernas estaban algo amoratados; mis rodillas algo más; mi muslo derecho mucho más, lo que me dificultaba para caminar. Un poco de melaza caliente me quitó todo el dolor en una hora y la cojera en uno o dos días.

LUNES 2. Empecé a examinar las clases. Los líderes desearon, en sus tiempos libres, rendirme un corto informe por escrito de los que estaban bajo su cuidado. Entre otras muchas, recibí la siguiente nota:

Estimado señor,

---

[2] Sal.56.7.

Espero que mi clase se está inclinando en una sola dirección. K. T., A.G., A. S., M. S., M. R., E. L. y S. S. parecen conservar su confianza en el Señor. W.R., L.R., S.R., H.B. y I.B. el anciano y A.B. parecieran estar encerrados en una neblina y no son capaces de salir para ningún lado. Están muy muertos y al mismo tiempo muy sentidos. Nada parece hacerles ningún bien, a no ser que sea suave como el aceite y cortante como una navaja.

M.S., M.Q., E.E., E.B., M.H., F.B., M.S., J.B e I.B., el más joven, parece que buscan a Dios con fervor. J.T. y M.H. parecen tener un anhelo y buscan algo con fervor.

Me parece que todos nosotros deseamos consejos simples y cortantes, que nos despierten y sacudan y nos apuren, como el del ángel, *«escapa por tu vida; no mires tras de ti, ni pares en toda esta llanura»*.[3] Encuentro muchas veces al Señor que me despierta como con trueno. Sin embargo encuentro un espíritu de quietud y de tibieza que se adhiere a mi como lo hace la piel a mi carne. A veces el Señor me demuestra cómo sin yo sentirlo ese espíritu se me aproxima, y esto me hace temblar, porque no siempre he temido. ¡Que Dios pueda darnos el sentir la verdadera condición de nuestras almas! Lo que, espero, será siempre la oración de

Su indigno hijo en el evangelio,
John Hague

Ustedes que fueron amados y beneficiados por este hombre de Dios cuando estaba en vida, escuchen lo que, *muerto, aún habla* por ustedes.[4]

MARTES 10. Mi hermano regresó del norte y me preparé para reemplazarle allí.

DOMINGO 15. Estuve muy débil y sin fuerzas. Mas el lunes 16, me levanté poco después de las tres, con vida y fuerza y encontré que todos mis achaques habían desaparecido como un sueño.

El día anterior me asombraba la calma del tiempo, porque raras veces me sucede esto en mis viajes. Pero mi asombro se acabó: el viento cambió por completo al norte y sopló con tanta fuerza e intensidad que cuando llegamos a Hatfield ni mis compañeros ni yo teníamos mayor uso de nuestras manos y pies. Después de descansar una hora, comenzamos de nuevo a través del viento y la nieve, los que

---

[3] Gn.19.17.
[4] He.11.4.

nos caían en la cara. Esto fue sólo una ráfaga. En Baldock Field la tormenta comenzó con más fuerza. El granizo grande caía con tanta violencia en nuestras caras que no podíamos ver y a duras penas respirar. Sin embargo, antes de las dos en punto llegamos a Baldock, donde alguien nos recibió y nos condujo a salvo a Potton.

A las seis prediqué a una congregación muy formal.

MARTES 17. Salimos tan pronto amaneció, pero era un trabajo muy difícil poder avanzar. La escarcha no se deshacía o rompía. La nieve limpia sin huellas cubría todos los caminos y teníamos que hacer gran esfuerzo para mantener a nuestros caballos en pie. Mientras tanto el viento aumentaba más y más, hasta poder voltear a ambos, hombre y bestia. Sin embargo, después de darles algo de comer a los caballos en Buckden, continuamos de nuevo hasta encontrarnos en medio de un campo abierto con una tormenta fuerte de lluvia y granizos como nunca habíamos tenido antes. Atravesaba nuestros abrigos, externos e interiores, botas y todo, y sin embargo se congelaba al caer, aun sobre nuestras cejas, así que a duras penas teníamos nada de fuerzas o movimiento cuando llegamos a nuestro albergue en Stilton.

Ahora perdimos nuestras esperanzas de llegar a Grantham, al caer rápidamente más y más nieve. Sin embargo, aprovechamos una suave ráfaga para salir y hacer lo mejor posible de nuestro camino a Stamford Heath. Mas aquí surgió una nueva dificultad por causa de la caída y gran acumulación de nieve. A veces hombre y caballo estaban en peligro de desaparecer en la nieve. No obstante en menos de una hora estuvimos a salvo en Stamford. Estando dispuestos a llegar tan lejos como fuera posible, hicimos una corta parada aquí y cerca de la puesta del sol, con frío y

cansados, pero con salud, llegamos a un pequeño pueblo llamado Brig Casterton.

MARTES 24. Escribí unas cuantas líneas al Sr. C. dándole un relato del comportamiento de su pariente. El le obligó a venir directamente a mí para pedirme perdón. Desde ese momento no hemos tenido desórdenes en Grimsby.

Al mediodía supervisé la pequeña sociedad en Tetney. No había visto otra igual en toda Inglaterra. En el listado (que revela el informe de la contribución a los pobres) observé que uno dio ocho peniques, con frecuencia diez, a la semana; otro, trece, quince o dieciocho peniques; otro algunas veces uno, a veces dos chelines. Le pregunté a Micah Elmoor, el líder (un verdadero israelita, ahora retirado): «¿Cómo es esto? ¿Son ustedes la sociedad más rica en Inglaterra?» El me respondió: «Supongo que no, pero todos nosotros los que somos solteros hemos juntos acordado darnos a nosotros mismos y todo lo que tenemos a Dios. Lo hacemos con alegría, por lo que estamos dispuestos de tiempo en tiempo a recibir a todos los extraños que vienen a Tetney, quienes con frecuencia no tienen alimento que comer, ni ningún amigo que les de albergue.»

Llegamos a Hainton poco después de la puesta del sol. Nunca antes había visto congregación tan grande aquí. Les exhorté a todos ellos (protestantes y papistas) sobre *la gracia de nuestro Señor Jesucristo*,[5] y lo que decía parecían ser en verdad (como dice Homero), «palabras con alas,» que volaban como flechas de la mano del Altísimo al corazón de cada oyente.

---

[5] Ro.16.20.

SÁBADO 28. Visité en Shipton al Sr. Coates, el ministro de Acomb, quien había querido verme. Después de pasar con él media hora agradable y útil, viajé a Thirsk.

Aquí me regocijé con T. Brooke y su esposa, luces que brillan en la oscuridad. Últimamente Dios les había agregado un tercero, uno que había sido anteriormente famoso por toda clase de maldades, quien se arrepintió de corazón mientras que el Sr. Brooke le hablaba y se retiró a su casa justificado. Esta experiencia había impactado a toda la comunidad, de tal manera que cuando llegué, alrededor de las cinco, a predicar en una casa vacía, ésta se llenó rápidamente, dentro y fuera, siendo el Juez uno de la congregación. En la mañana cerca de las seis prediqué otra vez a una congregación más numerosa que antes. Nadie abrió la boca, ya sea a la hora de la predicación o cuando caminé por el pueblo, a no ser que fuera para desearme que Dios me acompañara o preguntarme cuándo regresaría de nuevo.

DOMINGO primero de marzo. Llegué a Osmotherley cerca de las diez en punto, justamente cuando el ministro (que vive a unas millas de allí) llegaba al pueblo. Le ofrecí mis servicios y le dije, que si él deseaba, yo podría ayudarle, ya sea leyendo oraciones o predicando. Al recibir el mensaje vino donde mí inmediatamente y me dijo que aceptaba con todo gusto mi ayuda. Conforme caminábamos a la iglesia dijo: «¿Acaso no será mucho para usted leer las oraciones y predicar también?» Le respondí que no, sino que escogería hacerlo, si él lo permitía, lo que hice finalmente. Después que terminó el servicio el Sr. Deason dijo: «Señor, siento que no tenga una casa para recibirle. Le ruego que me haga saber cuando regrese.» Muchos preguntaban dónde iba a predicar en la tarde. Uno de ellos

fue al Sr. Deason de nuevo y le preguntó si estaba dispuesto a que predicara de nuevo en la iglesia. El respondió: «Si, cuando el Sr. Wesley lo desee». Tuvimos una congregación numerosa a las tres de la tarde. Aquellos que en el pasado habían sido los más contrarios parecía ahora que se derretían en amor. Todos estaban convencidos de que no éramos papistas. ¡Cuán sabiamente Dios ordena todas las cosas en su debido tiempo!

LUNES 2. Viajé a Newcastle. Al día siguiente me reuní con los mayordomos, hombres que habían dado prueba de sí mismos en todas las cosas. Eran de un solo corazón y una sola mente. Les encontré en la casa con el mismo espíritu, volcando juntos sus almas a Dios muchas veces al día y respirando ninguna otra cosa que amor y bondad fraternal.

MIÉRCOLES 4. Siendo Miércoles de Ceniza, pasé algunas horas leyendo las exhortaciones de Efraín Siro. Con seguridad, nunca hombre alguno desde David nos da tal descripción de un corazón contrito y humillado.[6]

Esta semana leí junto con algunos jóvenes un compendio de retórica y un sistema de ética. No veo por qué una persona de inteligencia normal no pueda aprender en seis meses más de filosofía que lo que comúnmente se aprende en Oxford en cuatro (quizás siete) años.

DOMINGO 8. Prediqué en Gateshead y expuse el amor bondadoso del Señor. En la noche, al notar la abundancia de extraños en el salón, cambié mi voz y usé aquellas palabras terribles, *«Os trastorné como cuando Dios trastornó a Sodoma y a Gomorra, y fuisteis como*

---

[6] Sal.51.17.

tizón escapado del fuego; mas no os volvisteis a mí, dice Jehová.»[7]

El lunes, martes y jueves supervisé las clases. Se me había dicho con frecuencia que me era imposible distinguir lo precioso de lo vil, sin el discernimiento milagroso de espíritus. Pero ahora vi, más claramente que nunca, que esto puede hacerse y sin mucha dificultad, con la suposición sólo de dos cosas: primero, el valor y la firmeza del examinador; segundo, el sentido común y la honestidad común en el líder de cada clase. Visité, por ejemplo, la clase en Close, en la que Robert Peacock es el líder. Pregunto: «¿Este y esta otra persona en su clase viven en borracheras o bajo cualquier otro pecado externo? ¿Va a la iglesia y usa otros medios de gracia? ¿Se reúne con usted tantas veces como tiene la oportunidad de hacerlo?» Ahora si Robert Peacock tiene sentido común, puede contestar la verdad a estas preguntas; y si tiene honestidad común, lo hará. Y si no, cualquier otro en la clase que tenga ambas puede contestar y hacerlo por él. ¿Dónde está entonces la dificultad de averiguar si hay algún desordenado en esta clase? Y, consecuentemente, ¿en cualquier otra clase? La pregunta no se refiere al corazón, sino a la vida. El tenor general de ésta no quiero decir que no se pueda conocer, sino que no se puede esconder, sin algún milagro.

¿Dónde entonces está la necesidad de cualquier discernimiento milagroso para purgar a una de estas sociedades? Mas aun, ¿de que serviría eso? Porque aunque tuviera ese discernimiento, tendría que pasar sentencia sólo después que los cargos han sido hechos y probados; no

---

[7] Am.4.11.

según lo que discierno milagrosamente, sino de acuerdo a lo que está probado a la luz del sol.

La sociedad que en el primer año consistió de más de ochocientos miembros, se ha reducido ahora a cuatrocientos. Pero según el antiguo proverbio la mitad es más que el todo. *No seremos avergonzados cuando hablemos con los enemigos en la puerta*.[8]

JUEVES 19. Consideré, ¿qué haría ahora, si estuviera seguro de tener solamente dos días de vida? Todas las cosas externas están arregladas de acuerdo a mi deseo. Las casas en Bristol, Kingswood y Newcastle están seguras. Las escrituras por las cuales se transfirieron a los fideicomisarios fueron hechas en el quinto juzgado. Mi testamento está hecho. ¿Qué más tengo que hacer, sino encomendar mi alma a mi fiel y misericordioso Creador?

DOMINGO 5 de abril. salimos temprano y como a las ocho nos dirigimos al mercado de Hexham. Pronto se reunió una multitud de personas. La mayoría furiosos como potros sin domar. Muchos habían prometido grandes cosas, pero el freno estaba en sus dientes. Grité, *«Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos»*.[9] Ellos sintieron el filo de la espada de doble filo y se mantuvieron serios por todos lados, de tal forma que no escuché ninguna palabra indigna o no civilizada, hasta que los dejamos parados y mirándose unos a otros. A la una prediqué en Horsley y alrededor de las cinco en Newcastle.

VIERNES 10. Habiendo establecido todas las sociedades en el país, empecé a supervisar otra vez la de Newcastle. Mi preocupación principal era borrar, en lo posible, todo obstáculo al amor fraternal. Encontré un

---

[8] Sal.1275.
[9] Is.55.7.

obstáculo raro que se estaba deslizando entre nosotros, y que ya había hecho mucho daño: a saber, la ilusión de que «no debemos justificarnos nosotros mismos». Esto es uno de los resultados de la teología mística, justamente contraria al requerimiento bíblico, *«estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.»*[10] Por no hacerlo a tiempo, algunas ofensas incurables habían crecido ahora. Por lo tanto, creí necesario arrancar esto de raíz; explicar este deber desde su base y requerir a todos aquellos que desearan quedarse con nosotros de *justificarse* a sí mismos cuando fueran culpados injustamente y no supeditar ambos la paz y el amor a su *humildad* voluntaria.

DOMINGO 19. Siendo Domingo de Resurrección, prediqué en Gateshead por última vez, después en Swalwell y en Newcastle en la noche. Con mucho gusto hubiera pasado unas seis semanas más en estos lugares, pero mi tiempo se había agotado. Prediqué mi sermón de despedida a las cinco. El lunes 20 gran parte de la congregación (que llenaba el salón) fueron magníficas personas, las mejores que había visto allí. Seguramente que Dios esta elaborando algo nuevo en la tierra. ¡Se les predicó el evangelio aun a los ricos! Hay también entre éstos quienes tienen oído para oír y corazones para recibir la verdad que está en Jesús.

Cerca de las nueve prediqué a una congregación grande en Rainton y antes de las seis llegué a Osmotherley. Encontré al Sr. Deason (como lo esperaba) que había sido violentamente atacado por los clérigos y la clase rica de la vecindad. Para evitarle que se expusiera a tener mayores

---

[10] 1 P.3.15.

dificultades por mi culpa, no le reclamé su promesa, sino que prediqué en el cementerio cerca de la iglesia sobre *«Ha resucitado el Señor verdaderamente»*.[11] ¡Cuán sabiamente Dios ordena todas las cosas! Algunos no escucharían la palabra de Dios fuera de una iglesia. Por el bien de éstos se nos permite predicar en la iglesia. Otros no escucharían en la iglesia. Por su bien nos vemos con frecuencia obligados a predicar en los caminos.

Aquí John Nelson se encontró conmigo. El jueves, viernes y sábado él había predicado en Acomb y sus alrededores y el Viernes Santos, en particular, en Heworth Moor, a una congregación grande y tranquila. El Domingo de Resurrección, a las ocho, predicó allí otra vez a un gran número de oyentes formales. Al final de su sermón una turba vino desde York, contratada y dirigida por algunos (mal llamados) caballeros. Permanecieron tranquilos, hasta que un importante papista gritó: «¿Por qué no le sacan el cerebro al perro?» A esa voz, ellos inmediatamente comenzaron a tirarle todo lo que tenían a la mano, y así la congregación se dispersó rápidamente. John habló unas cuantas palabras y se encaminó hacia York. La turba le siguió con lluvia de ladrillos y piedras, uno de los cuales le cayó en el hombro y otro en la espalda. Un poco antes de llegar a la ciudad, parte de un ladrillo le cayó en la parte de atrás de la cabeza y lo tumbó al suelo. Cuando volvió en sí, dos personas de Acomb lo levantaron y lo colocaron entre ellos. Los caballeros le siguieron, arrojando piedras y ladrillos como antes, hasta que llegaron a la puerta de la ciudad, cerca de la cual vivía un honesto comerciante, quien le tomó de la mano y lo hizo entrar en su casa. Algunos de

---

[11] Lc.24.34.

los revoltosos juraron que romperían todas sus ventanas si no lo sacaba de la casa, pero él resueltamente les dijo: «No lo haré, Cualquiera que toque mi casa lo hará a su propio riesgo. Se lo haré recordar toda su vida.» Al oír esto pensaron que era bueno retirarse.

Después que un cirujano le curó la herida de la cabeza, John se fue tranquilo a Acomb. Cerca de las cinco salió, para predicar, y comenzó a cantar un himno. Antes de terminar de cantar los mismos caballeros llegaron en coche desde York con un buen número de personas. Tiraron terrones y piedras tan rápido por todas partes que la congregación se dispersó rápidamente. John caminó a un pequeño terreno no lejos de la casa de Thomas Slaton. Dos hombres le siguieron rápidamente, uno de ellos jurando desesperadamente que le quitaría la vida, y parecía estar bien dispuesto a hacerlo. Le golpeó varias veces con todas sus fuerzas en la cabeza y en el pecho y finalmente lo tiró al suelo y lo pisoteó, hasta que lo dio por muerto. Mas por la misericordia de Dios, fue llevado a una casa, volvió en sí, y después del descanso de la noche se encontró tan recuperado que pudo viajar a Osmotherley.

JUEVES 4 de junio. Reduje los dieciséis mayordomos a siete, a quienes se dieron las siguientes instrucciones:

1) Serán hombres llenos del Espíritu Santo y sabiduría y harán todas las cosas en forma aceptable a Dios.

2) Estarán presentes cada martes y jueves en la mañana para desempeñar los asuntos temporales de la sociedad.

3) Deben iniciar y terminar cada reunión con ferviente oración a Dios pidiendo su bendición sobre todos sus quehaceres.

4) Deben presentar sus cuentas el primer martes de cada mes para que puedan ser transferidas al libro mayor.

5) Tomarán por turno, mes a mes, la presidencia. La presidencia verá que todas las reglas se cumplan con puntualidad y confrontará a quien las infrinja.

6) No harán nada sin el consentimiento del ministro, ya sea explícito, o ya un consentimiento que razonablemente debería esperarse.

7) Deben considerar que cada vez que se reúnen, «Dios está presente». Por lo tanto, háganlo con reverencia. No pronuncien palabras frívolas. Hablen como si estuvieran en su presencia y para la gloria de su gran nombre.

8) Cuando algo esté en debate, que uno a la vez se ponga de pie y hable y que el resto preste atención. Que hable lo suficientemente alto para ser escuchado y no más, *en amor y espíritu de mansedumbre*.[12]

9) Deben orar sin cesar y esforzarse porque una santa armonía de mente prevalezca en todas las cosas que subsistan entre ustedes. Que en cada paso sean solícitos en guardar *la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*.[13]

10) Que en todos los debates sean cuidadosos sobre sus espíritus, evitando como al fuego todo clamor y contención, siendo *prontos para oír, tardos para hablar*,[14] y *en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros*.[15]

11) Si no pueden consolar a los pobres, no los hagan sufrir. Denles palabras suaves, por lo menos. Absténganse de miradas duras o palabras fuertes. Permítanles acercarse con gozo, aunque se vayan vacíos. Pónganse en el lugar de cada pobre y trátenlo como quisieran que Dios les trate a ustedes.

Estas instrucciones cuyos nombres se suscriben (siendo los mayordomos actuales de la sociedad en Londres) las recibimos de todo corazón y deseamos fervientemente hacerlas cumplir. Como testigo de ello ponemos nuestras manos.

N.B. Si cualquier mayordomo transgrediera cualquiera de las reglas que preceden, después de haber tenido tres amonestaciones por el presidente (cuya notificación debe ser entrega de inmediato al ministro) dejará de ser mayordomo.

SÁBADO 6. Hice el compromiso de hablar con quienes nos habían solicitado un informe sobre las medicinas. Encontré que habíamos tenido casi seiscientos en cerca de seis meses. Más de trescientos de ellos vinieron dos o tres veces y después no los volvimos a ver. Alrededor de veinte de aquellos que habían asistido regularmente no parecían estar mejor ni peor. Más de doscientos estaban notablemente mejor y cincuenta y uno completamente

---

[12] 1 Co.4.21.
[13] Ef.4.3.
[14] 1 Stg.1.19.
[15] Ro.12.10.

curados. El costo total de los gastos, desde el principio hasta el presente, fue de treinta libras.

VIERNES 26. Llegamos a Tavistock antes del mediodía, pero siendo día de mercado no prediqué hasta las cinco de la tarde. La lluvia comenzó casi tan pronto como empezamos a cantar e hizo que muchos se retiraran del campo. Después de predicar (dejando al Sr. Swindells allí) salí para Plymouth Dock.

Dos millas antes de llegar a Plymouth uno nos alcanzó y nos dijo que la noche anterior todo Dock era un tumulto y que un alguacil, tratando de mantener la paz, fue golpeado y muy maltratado. Mientras entrábamos a Dock se dirigió a nosotros y nos pidió que entráramos por la parte de atrás. «Ya que,» dijo el, «hay miles de personas esperando en la puerta de la casa del Sr. Hide.» Seguimos a caballo hasta que nos pusimos exactamente en medio de ellos. Nos saludaron con tres vivas, después de lo cual me bajé del caballo, estreché las manos de varios y comencé a hablarles. Con mucho gusto me hubiera pasado una hora entre ellos y créanme que si lo hubiera hecho, habría sido el final del tumulto. Mas siendo ya tarde (eran pasadas las nueve de la noche), me convencieron de entrar. La turba entonces recobró su espíritu y luchó con valor contra puertas y ventanas, pero alrededor de las diez se cansaron y se regresaron todos a sus casas.

SÁBADO 27. Prediqué a las cuatro y entonces hablé individualmente con algunos de la sociedad. Y es así que encontré que solamente una persona entre ellos conocía el amor de Dios antes de que mi hermano llegara. Razón por

la que el diablo estaba tan tranquilo: porque *en paz está lo que posee*.[16]

Cerca de las seis de la tarde fui al lugar donde prediqué el año pasado. Un poquito antes de terminar el himno llegó «el Teniente», un hombre famoso, con su séquito de soldados, tamboriles y la turba. Cuando los tambores dejaron de sonar un gentilhombre barbero empezó a hablar, pero su voz se ahogó rápidamente entre los gritos de la multitud, que seguía más y más furiosa al aumentar en número. Después de esperar cerca de un cuarto de hora y notando que la violencia del populacho seguía aumentando, caminé al mismo centro donde estaba el grueso de ellos y tomé al capitán de la turba por la mano. El respondió de inmediato: «Señor, yo veré que llegue a salvo a casa. Señor, nadie le va a tocar. Señores, apártense. Retírense. Derribaré al primer hombre que lo toque.» Caminamos en gran paz. Mi guía de vez en cuando estiraba el cuello (era un hombre muy alto) y miraba alrededor para ver si alguien se comportaba rudamente, hasta que llegamos a la puerta de la casa del Sr. Hide. Entonces nos separamos con mucho afecto. Permanecí en la calle cerca de media hora después que él se había ido, hablando con la gente, quienes ya se habían olvidado de su cólera y se regresaban en buen espíritu.

DOMINGO 28. Prediqué a las cinco en terreno comunal a una congregación muy formal y bien comportada y a las ocho, cerca del salón, sobre *«Buscad a Jehová mientras pueda ser hallado*.[17] La congregación era mucho más grande que antes e igualmente seria y atenta. A las diez fui a la iglesia. El Sr. Barlow predicó un sermón muy útil,

---

[16] Lc.11.21.
[17] Is.55.6.

sobre *«sé propicio a mí, pecador»*,[18] y en la tarde un estruendoso sermón, sobre *«donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga»*.[19]

A la una prediqué otra vez, cerca del salón, de aquellas palabras en el Evangelio para este día: *«Venid, que ya todo está preparado»*.[20] Los corazones de quienes estaban desviados parecían inclinarse ante el Señor. Había decidido predicar en la iglesia de Stoke Hill a las cinco, pero la lluvia no me lo permitió. Sin embargo, antes de las seis fui al centro del pueblo, donde tuvimos una gran y respetable asamblea. El temor de Dios parecía que se había esparcido por sobre todos y ellos recibieron lo que fue hablado como la palabra de Dios. Una vez más él ha abierto la puerta para que el evangelio pueda tener aquí entrada libre también.

MARTES 7 de julio. Prediqué en St. Ives, el miércoles 8 en Sithney. El jueves los mayordomos de todas las sociedades se reunieron. Y ahora solícitamente averigüé cuántos exhortadores había en cada sociedad; si poseían algunos dones para el trabajo; si sus vidas eran eminentemente santas; y si habría algún fruto de su labor. De todo esto encontré lo siguiente: 1) que no había menos de dieciocho exhortadores en el condado; 2) que tres de estos exhortadores no tenían ningún don para su trabajo, ni natural, ni sobrenatural; 3) que un cuarto no tenía ni dones ni gracia, sino que era un individuo obtuso, vacío y fatuo; 4) que un quinto tenía considerable cantidad de dones, pero había hecho evidentemente, un naufragio de la gracia de Dios. A éstos por lo tanto, determiné de separarlos inmediatamente y di aviso a nuestras sociedades que no se

---

[18] Lc.18.13.
[19] Mr.9.44.
[20] Lc.14.17.

les escuchara; 5) que J.B., A.L., y J.W. tenían dones y gracia y que habían sido de mucha bendición en el trabajo. Finalmente, que el resto podría ser de mucha ayuda donde no había predicador en su sociedad o en sociedades vecinas, con la provisión de que no podían tomar otro paso sin el consejo de quienes tuvieran mayor experiencia.

MARTES 4 de agosto. Salí para Irlanda. Cabalgamos ese día (pero fue una dura empresa) a Builth, donde prediqué en la noche sobre el Hijo Pródigo. MIÉRCOLES 5. Salimos a caballo temprano en la mañana, cabalgamos sobre las ásperas montañas de Radnorshire y Montgomeryshire hacia Merionethshire. En la tarde quedé sorprendido con uno de los mejores panoramas, en su clase, que había visto en mi vida. Cabalgamos en un valle verde, con hileras de árboles, que daban sombra y formaban un emparrado por varias millas. El río corría a nuestra mano derecha, a través de pedazos de rocas de todo tamaño, forma y color. Al otro lado del río se levantaba la montaña a una altura inmensa, casi perpendicular. Y no obstante, los robles altos y derechos se levantaban, unos superiores a los otros, del suelo a la misma cima; sólo aquí y allá, donde la montaña no era tan empinada, se interponían pastos o campos de trigo. A la distancia, tan lejos como el ojo podía alcanzar, como si fuera un medio de contraste,

> Una enorme montaña se erguía
> Su ancha espalda desnuda lucía[21]

con enorme, escarpadas rocas colgando sobre su cumbre, que parecían inclinar la cima, presagiando la ruina.

SÁBADO 8. Encontrando un paquebote listo, lo abordamos alrededor de las ocho de la mañana. Había una gran calma cuando remamos para salir de la bahía. Mas cerca

---

[21] Milton, *El Paraíso perdido*, vii 285-87.

de las dos de la tarde el viento comenzó a soplar y continuó hasta cerca de las cuatro de la mañana del domingo, cuando tuvimos a la vista la orilla irlandesa.

No pude menos que observar (1) que mientras estuvimos navegando con un viento fresco, no había nada de viento a una milla alrededor, pero un barco que estaba delante de nosotros se había quedado sin viento hasta que lo perdimos de vista; (2) que un corsario francés, que por varios días había tomado a todo barco que navegaba en esa costa, fue apresado y llevado a la bahía de Dublin la misma mañana que arribamos.

Antes de las diez llegamos al muelle de St. George. Tan pronto desembarcamos, escuchamos las campanas de la iglesia, a la que fui directamente. El Sr. Lunell llegó al muelle, justo después de mi partida, dejando un mensaje en la casa donde estaban nuestras pertenencias diciendo que regresaría a la una. Así lo hizo, y nos llevó a su casa. A las tres escribí una carta al vicario de St. Mary, quien me había enviado a decir que aceptaría gustosamente mi ayuda. Así que prediqué allí (otro caballero leyó las oraciones) a una congregación tan alegre e insensata como nunca antes había visto. Después del sermón el Sr. Roquier me agradeció muy afectuosamente y me pidió que le favoreciera con mi compañía en la mañana.

MIÉRCOLES 2 de septiembre. Pasé algún tiempo con T. Prosser, quien había llenado la sociedad con vanas querellas. Encontré que el error estaba en su cabeza en vez de su corazón; él es un hombre honesto y de buenas intenciones, pero no más capacitado por ambas, la naturaleza o la gracia, para exponer la Escritura que para dictar conferencias de lógica o álgebra.

Aun gentes de sentido común han considerado que este hombre torpe y místico es mucho más profundo de lo que en realidad es; y es muy natural que así sea. Si miramos dentro de un pozo oscuro parece profundo. Es la oscuridad lo que lo hace parecer así. Traigan la luz y veremos que es superficial.

En la noche prediqué en Fonmon. Siendo la congregación mucho más grande que lo que la capilla podía albergar, me vi obligado a predicar en el atrio. Yo mismo me sentí mucho más consolado al consolar al débil y al agobiado.

VIERNES 27 de noviembre. El pobre Sr. Simpson pasó una hora conmigo, angustiado por todos lados: había sido llevado a Londres por justas y probables promesas, pero luego lo dejaron a la deriva a no ser que prometiera que nunca más predicaría fuera de una iglesia. ¡Qué desgracia! ¿Qué clase de método de conversión es éste? Yo también amo a la Iglesia. Mas estoy tan dispuesto a hacer pasar hambre a alguien en la iglesia como lo estoy a quemarle dentro de ella.

SÁBADO 16 de enero de 1748. Al revisar el informe de los enfermos encontramos una buena razón para alabar a Dios. Durante el año cerca de trescientas personas habían recibido medicinas ocasionalmente. Cerca de cien de ellas las tomaron regularmente y se sometieron a un régimen apropiado. Más de noventa de estas personas fueron curadas del todo de las enfermedades que habían sufrido. El costo de las medicinas por todo el año llegó apenas a unos chelines más de las cuarenta libras.

DOMINGO 17. Hice una colecta pública para formar un fondo de préstamos para los pobres. Nuestra

regla es prestar solamente veinte chelines a la vez, los que deben ser devueltos semanalmente dentro de los tres meses. Empecé con esto hace cerca de año y medio. Treinta libras con dieciséis chelines fueron recolectadas. Con el uso de esa suma no menos de doscientas cincuenta y cinco personas habían sido ayudadas en dieciocho meses. El Dr. W., enterándose de este plan, envío una guinea para este fondo. También lo hizo un eminente deista la siguiente mañana.

VIERNES 12 de febrero. Después de predicar en Oak-hill cerca del mediodía, viajé a Shepton y los encontré a todos bajo una extraña consternación. Una turba, dijeron ellos, fue alquilada, preparada y emborrachada lo suficientemente como para hacer toda clase de maldades. Empecé a predicar entre las cuatro y las cinco; nadie obstaculizó o interrumpió en nada. Tuvimos una oportunidad bendecida y los corazones de muchos fueron consolados en gran manera. Me pregunté qué había pasado con la turba. Pero pronto fuimos informados. Se equivocaron de lugar, creyendo que yo me apearía como siempre lo hacía en la casa de William Stones y habían llamado con tambor a todas sus fuerzas para encontrarse conmigo a mi llegada. Pero el Sr. Swindells inocentemente me llevó al otro extremo del pueblo y ellos no se dieron cuenta de su error hasta que yo había terminado de predicar, lo que ellos trataban de impedir por ser uno de sus planes, pero quedó completamente frustrado.

Sin embargo, nos acompañaron de la casa de predicación a la del Sr. William Stone, tirándonos basura, piedras y terrones en abundancia, pero no pudieron hacernos daño; solamente el Sr. Swindells tuvo un poco de tierra en su saco y yo unas cuantas manchas en mi sombrero.

Después que entramos a la casa, empezaron a tirar grandes piedras, como para romper la puerta. Mas, dándose cuenta que esto tomaría algún tiempo, dejaron por el momento ese plan. Primero rompieron todas las losetas del cobertizo que estaba sobre la puerta y luego tiraron una lluvia de piedras a las ventanas. Uno de sus capitanes, con gran vehemencia, nos había seguido hasta dentro de la casa y estaba ahora encerrado con nosotros. Esto no le gustó mucho y de buena gana se hubiera salido, pero no le era posible. Así que se mantuvo lo más cerca posible de mí, pensando que estaba más seguro. Pero se quedó un poco más atrás cuando subí dos peldaños y se mantuvo de un lado, donde teníamos algo de protección, cuando una gran piedra le cayó en la frente saliéndole un chorro de sangre. Gritó: «Oh Señor, ¿moriremos esta noche? ¿Qué debo de hacer? ¿Qué debo de hacer?» Le dije: «Ore a Dios. El puede librarle de todo peligro». Siguió mi consejo y empezó a orar como nunca lo había hecho antes desde el día que nació.

El Sr. Swindells y yo entonces nos pusimos a orar. Después le dije: «No debemos de quedarnos aquí; debemos bajar inmediatamente.» El respondió: «Señor, no podemos movernos. ¿No ve como llueven las piedras?» Caminé de frente a través del cuarto bajando las escaleras y ninguna piedra nos cayó hasta que estuvimos abajo. La turba acababa de romper y abrir la puerta cuando llegamos al cuarto de abajo y exactamente cuando rompían una de las puertas, nosotros salíamos por la otra. Nadie se dio cuenta de nosotros, a pesar de que estábamos solamente a cinco yardas unos de otros.

La turba llenó de pronto la casa y se proponía a prenderle fuego. Pero uno de ellos se dio cuenta que su propia casa estaba al lado y con gran alboroto les convenció

de que no lo hicieran. Al oír a uno de ellos gritar, «Se escaparon por campo abierto» pensé que fue un buen aviso. Así que atravesamos el campo hasta el otro extremo del pueblo, donde Abraham Jenkins nos esperaba y tomó la responsabilidad de guiarnos a Oakhill.

Cabalgaba por Shepton Lane, estando bastante oscuro, cuando él gritó: «Bájense; bájense del terraplén.» Hice conforme me lo indicó, pero siendo la loma elevada y casi perpendicular, de pronto rodé hacia abajo, mi caballo y yo dando tumbos uno sobre el otro. Ambos salimos ilesos. En menos de una hora llegamos a Oakhill y a la mañana siguiente a Bristol.

JUEVES 3 de marzo. El Sr. Holloway, un vecino recaudador de impuestos, nos invitó a desayunar con él. Una vez había comenzado con buenas intenciones, y ahora había decidido comenzar de nuevo. Confío en que fuimos enviados a él para bien.

Su esposa estaba amargamente opuesta a todo esto, hasta que un día, estando sentada en su casa, el golpe de un rayo mató a un gato que estaba justamente a su lado y a ella la derribó al suelo, quemándole la piel en muchas partes, y sin embargo, no le chamusqueó en nada la ropa. Cuando volvió en sí no pudo menos que reconocer el poderoso llamado de Dios. Pero la seriedad de su convicción no le duró mucho, ya que sus amistades al reírse de ella la hicieron desistir.

Empero Dios la volvió a llamar, por medio de sueños y visiones durante la noche. Pensó que estaba parada al aire libre, cuando alguien apareció en las nubes, con gran gloria, sobre la brillantez del sol. Pronto después vio a un segundo y entonces a un tercero. Uno tenía algo parecido a una lanza en su mano; el segundo, una escoba,

con la cual iba a barrer la tierra. El tercero, un reloj de arena, como si el tiempo fuera corto. Todo esto la afectó tan profundamente que comenzó desde ese momento a buscar a Dios con todo su corazón.

Al mediodía fuimos a la casa del Sr. Morgan, donde me había alojado el pasado agosto. Alrededor de las dos nos encontramos con los Sres. Jones y Williams, este último clérigo del sur de Gales, en Rhyd-sbardun. Después que el Sr. Williams había predicado en galés, yo prediqué en inglés. Muchos me entendieron y sintieron el poder de Dios.

DOMINGO 6. Fuimos a la iglesia de Llangefni, a pesar de haber entendido muy poco de lo que oímos. ¡Oh que tremenda maldición fue la confusión de lenguas! ¡Cuán doloroso son sus resultados! Todos los pájaros del aire, todas las bestias del campo comprenden el lenguaje de sus propias especies. El hombre es el único bárbaro al hombre, ¡sin ser capaz de entenderse entre sus propios hermanos!

En la tarde prediqué en Llanfihangel, como unas seis millas al suroeste de Llangefni. No había visto a gente tan profundamente conmovida desde que llegamos a Anglesey; sus gritos y llantos continuaron por largo tiempo sin interrupción. ¡Cómo hubiéramos deseado explicarles, en su propio idioma, las maravillosas obras de Dios!

En la noche prediqué en Glan-y-gors. Cuando terminé el Sr. Jones repitió en galés (como lo hizo también en la tarde) la esencia de lo que había dicho. A la mañana siguiente regresamos a Holyhead y allí encontramos a todos los paquebotes que habíamos dejado.

Había decidido no quedarme otro día más en un hospedaje. Así es que en la tarde me hospedé en una casa privada, distante del pueblo a menos de un tiro de flecha, y me mudé allá sin demora.

Mi congregación de esa noche fue más grande que nunca y muchos de los asistentes, de clase acomodada, acordaron regresar la próxima vez. Mas fue un poco tarde ya que a medianoche el viento estuvo favorable y antes de la una salimos de la bahía.

LUNES 4 de abril. Prediqué una vez más a las cinco, y gran parte de la congregación estuvo en lágrimas. En verdad casi todo el pueblo parecía estar conmovido, lleno de buena voluntad y deseo de salvación. Excepto que las aguas se esparcieron demasiado para ser profundas. No encontré a nadie con fuertes convicciones y mucho menos, a ninguno que había alcanzado el conocimiento de la salvación después de haber escuchado más de treinta sermones. Por lo tanto, no se puede hacer juicio alguno del futuro trabajo de Dios en este lugar

Salí a caballo a las diez y cerca de las doce prediqué en Moate a una congregación un poco más grande que antes. No pude menos que observar el celo de estos jóvenes discípulos; estaban muy enojados con un hombre que había tirado un tallo de col. Dejemos que guarden su valentía hasta que vean un espectáculo como el de Walsall o Shepton.

Por la noche prediqué en Tyrrellspass y encontré gran apertura de corazón. Mas cuando me reuní con la sociedad, estaba tan exhausto, que los despedí después de una corta exhortación.

MIÉRCOLES 6. Bauticé a seis personas instruidas entre los cuáqueros. En la tarde cabalgamos a Philipstown, pero la escena cambió. La curiosidad de la gente fue satisfecha y pocos de ellos les interesó escuchar algo más.

Tan pronto preparé mi caballo, comenzó a relinchar y correr hacia atrás sin ningún motivo visible. Alguien le azotó por detrás, como yo lo había hecho antes, pero no se

consiguió nada. Brincaba de atrás para adelante, de un lado a otro, hasta que le pasó por encima a la reja, contra la cual chocó retrocediendo y cayendo de cabeza sobre las patas. Me levanté ileso. Entonces el caballo prosiguió tranquilamente.

En Tullamore, en la noche, casi todo el pueblo, ricos y pobres, se juntaron. Usé un lenguaje sencillo para explicar aquellas palabras de, *«por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios»*.[22] Al día siguiente, siendo Viernes Santo, prediqué a las cinco a una congregación grande y formal. Entre la una y las dos, prediqué en Clara y de allí fui a Athlone. Prediqué a las seis sobre, *«¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?»*[23] Nunca conocí tal atracción general entre gente alguna, así que a lo menos nadie parecía oponerse a la verdad.

MIÉRCOLES 20. Pasé una hora agradable con el Sr. Miller, el ministro luterano. De él aprendí que la religión ferviente formal que encontré en tantos lugares de Alemania es de fecha reciente, habiendo tenido su origen en un hombre, ¡August Hermann Francke! Así puede Dios, si es su voluntad, permitir a un hombre revivir su obra a través de toda una nación.

LUNES 25, Encontrando que me había subido mucho la fiebre, juzgué que lo mejor sería guardar cama y alimentarme sólo con manzanas y té de manzana. El martes estaba bastante bien, y debía de haber predicado, pero el Dr. Rutty (quien había estado conmigo en dos ocasiones) insistió que descansara por un tiempo.

---

[22] Ro.3.23.
[23] Lc.24.26.

Leí hoy lo que se conoce como la historia más verídica que existe de San Patricio. Pensándolo con cuidado, me inclino a creer que San Patricio y San Jorge son de la misma familia: la historia completa huele a romance. Mencionando solamente a algunos detalles, el error comienza en el mismo punto de partida. El Obispo de Roma no tenía ningún poder al comienzo del siglo quinto como lo supone este relato. Ni su tío, el Obispo de Tours, le hubiera enviado en esa época a Roma en una comisión para convertir a Irlanda, puesto que él mismo tenía tanta autoridad sobre aquella tierra como cualquier otro obispo italiano. Aún más, si Dios le hubiera enviado allá, él no hubiera enterrado su talento por tanto tiempo. Jamás he escuchado de un apóstol que duerma por treinta y cinco años y empiece a predicar a los sesenta. Sin embargo su éxito me asombra más que todo. No hay sangre de mártires aquí, ni reproche, ni escándalo de la cruz; ni persecución de aquellos que desean vivir piadosamente. Nada ha de escucharse de principio a fin, a no ser que sea sobre reyes, nobles, guerreros, inclinándose ante él. Miles se convierten sin oposición alguna: doce mil en un solo sermón. Si estas cosas fueran así, entonces no existiría el demonio en el mundo, o san Patricio no predicó el evangelio de Cristo

MIÉRCOLES 27. En la noche leí las cartas.[24] Mi voz era débil, pero creo que se podía oír. Conforme leía una de S.G., una joven mujer se desplomó y gritó a viva voz, pero en pocos minutos su tristeza se tornó en alegría y su aflicción en alabanza.

JUEVES 28. Fue el día señalado para mi visita al campo. Mas todos a mi alrededor clamaban: «¡Con

---

[24] Wesley acostumbraba leer en voz alta, a la sociedad reunida, las cartas que llegaban con testimonios, comentarios, etc.

seguridad que hoy no irá! Vea como cae la lluvia.» Les dije: «Debo mantener mi palabra, en lo posible.» Antes de las cinco, el hombre a quien le había encargado un caballo mandó a decir que su caballo no podía salir en un día como éste. Le envié a uno que lo convenció. Así que alrededor de las seis me monté al caballo. Como a las nueve llegué a Kilcock. El viejo terrateniente estaba enfermo de gota y su esposa con una complicación de destemplanza. Cuando le dije a ella, «El Señor ama a quien él purifica y todo esto son pruebas de su amor», ella prorrumpió en llanto: «¡Oh Señor, te ofrezco todos mis sufrimientos, mi dolor, mi enfermedad. Si me amas, esto es suficiente. Aquí estoy; tómame y haz de mi lo que sea tu voluntad!»

Entre una y dos llegué a Kinnegad. Mi fuerza estaba ahora muy exhausta, así que cuando volvimos a montar a caballo, después de descansar por una hora, todo lo que pude hacer fue sentarme en el caballo. Teníamos cerca de once millas irlandesas que recorrer, equivalentes a catorce millas inglesas. Pude hacerlas muy bien en tres horas y a eso de las seis llegué a Tyrrellspass.

A las siete recuperé mis fuerzas los suficiente como para predicar y reunirme con la sociedad, la que ahora empezaba a no crecer en relación al número, pero sí en relación a la gracia de Dios.

MARTES 10 de mayo. Con mucha dificultad me separé de esta gente extremadamente amable. Y no tan pronto como imaginé. Al acercarnos a la calzada, a una milla del pueblo, una multitud nos esperaba en la cima de la colina. Se retiraron a un lado, para darnos paso, y luego se juntaron y nos encerraron. Después de cantar dos o tres versos, seguí el camino, cuando de pronto quedé algo poco sorprendido por el llanto de hombres, mujeres y niños como

nunca lo había escuchado antes. Dentro de poco, nos reuniremos para no separarnos más, *tendremos gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido*.[25]

En vez de seguir directo a Tullamore, sentía que tenía que pasar por Coolalough. No sabia por qué, ya que no sabía entonces que la esposa del Sr. Handy, quien estaba en cama hacía algunos días, tenía el sincero deseo de verme una vez más antes de que yo abandonara el reino. Ella no pudo evitar de orar por esto, a pesar de que su hermana se oponía una y otra vez, diciéndole que esto no era posible. Antes de que terminara la discusión entré. Ellas se maravillaron y alabaron a Dios.

En la noche prediqué en Tullamore y también a las cinco de la mañana. A esa hora estuve feliz de poder acostarme. En la tarde del MIÉRCOLES 11, volví a viajar una vez más a Mountmellick. La congregación, tanto en la noche como a la mañana siguiente, fue más numerosa que antes.

Después de predicar, un hombre de cabello blanco se me acercó, lamentándose que por muchos años había vivido sin saber que necesitaba un médico. Inmediatamente después vino otro, quien había sido un hombre pacífico como cualquiera otro en el pueblo. Quiso hablar pero no pudo. Entonces le hablé, pero no pasaron dos minutos antes de que cayera al suelo. Me di cuenta que había usado mi escasa energía aquí *no como quien golpea el aire*.[26]

Tomé el camino directo a Dublin. Aquí de igual manera observé muchos edificios en ruina. También observé que algunos de ellos nunca habían sido terminados de construir y otros habían sido derribados por quienes los

[25] Is.35.10.
[26] 1 Co.9.26.

construyeron. Tal era la asombrosa falta de constancia de esta gente. De manera que quien tiene su fortuna en sus propias manos, *diruit, aedificat, mutat quadrata rotundis*,[27] deja aquellos monumentos de su locura a todas las generaciones futuras.

Llegué a Dublin por la noche, cansado y agobiado. Pero descansé los dos días siguientes. DOMINGO 15. Sintiendo que había recuperado mucha de mi energía, prediqué a las cinco y a las ocho en Oxmantown Green. Esperaba embarcarme tan pronto como hubiera terminado, pero el capitán postergó la salida (como acostumbran hacerlo), lo que me dio una oportunidad de proclamar el evangelio de paz a una congregación mayor en la noche. Uno de los asistentes, después de escuchar por un tiempo, gritó, sacudiendo su cabeza: «¡Sí, él es jesuita, eso está claro!» A lo que un cura papista que estaba cerca respondió en voz alta: «No, no lo es. Me gustaría que lo fuera en el nombre de Dios.»

LUNES 13 de junio. Pasé una o dos horas con el Dr. Pepusch. El aseguraba que el arte de la música se había perdido; que los antiguos fueron los únicos que lo entendieron en toda su perfección; que fue revivido un poco durante el reinado de Enrique VIII por Tallis y sus contemporáneos, así como también durante el reinado de la Reina Isabel, quien fue juez y patrocinadora del mismo. Que después de su reinado el arte de la música se perdió por sesenta o setenta años, hasta que Purcell hizo algunos intentos para restaurarlo. Desde entonces el verdadero y antiguo arte, dependiendo de los principios de la naturaleza

---

[27] Cita de Horacio: «derriba, construye, cambia lo cuadrado en redondo».

y las matemáticas, no ha ganado terreno, no teniendo los maestros actuales principios fijos de ninguna clase.

DOMINGO 3 de julio. Prediqué en el salón a las cinco, y a las nueve en mi estrado habitual en la cruz. Las nubes aparecieron justo a tiempo (siendo una mañana calurosa y de sol) para darnos sombra a mí y a la congregación; pero a la misma vez tanto la luz como el poder del Altísimo estaban sobre muchas de sus almas.

Estuve bastante sorprendido cuando escuché al Sr. Romley predicar. Aquella voz suave, tranquila y armoniosa, que él solía usar para blasfemar la obra de Dios, estaba perdida, sin esperanza de recuperación. Todo remedio había sido probado, pero ninguno sirvió. Hablaba ahora de una manera chocante que un cuarto de la congregación no podía oír claramente.

El Sr. Hay, el rector, leyó las oraciones. Yo tuve una vez más el consuelo de recibir la Santa Cena en Epworth. Después del servicio de la tarde, prediqué nuevamente en la cruz, a casi la totalidad del pueblo. Veo claramente que hemos juzgado impropiamente cuando medimos el aumento de la obra de Dios, en éste y en otros lugares, basados solamente en el crecimiento de la sociedad. La sociedad aquí no es numerosa, pero Dios ha actuado sobre todo este lugar. La violación del día de descanso y la borrachera no se ven más en la calle; el maldecir y blasfemar rara vez se escuchan. La maldad oculta ya su cabeza. ¿Quién sabe luego si a su debido tiempo Dios la quitará completamente?

Quedé especialmente complacido con la profunda seriedad de la congregación en la iglesia, tanto en la mañana como en la noche. Y en todo momento conforme caminamos por el sendero de la iglesia, después que terminó el sermón.

Escasamente vi a una persona mirar para el lado o hablar una palabra a otra.

LUNES 18 de julio. Empecé mi viaje hacia el norte, teniendo un compromiso de predicar en Morpeth al mediodía. Tan pronto había cantado unos versos en la cruz, un joven apareció encabezando su tropa y me dijo en tono sencillo y rudo: «Usted no predicará aquí». Yo continué, por lo que el dio la señal a sus compañeros, quienes se prepararon para forzarme a mostrar mejores modales. Pero pronto comenzaron a reñir entre ellos. Mientras tanto comencé mi sermón y proseguí sin mayores interrupciones. La congregación se calmaba más y más, hasta que al final la mayoría lucía muy seria y atenta.

En la tarde fuimos a Widdrington, que perteneció a Lord Widdrington hasta la rebelión en 1716. La gente fluía de todas partes, de tal manera que la congregación aquí fue más grande que en Morpeth. Fueron una noche y lugar agradables, bajo la sombra de árboles muy altos. Cada cual se abrazaba a la palabra; nadie movía la cabeza o mano o miraba a izquierda o derecha, mientras yo proclamaba en términos seguros, *la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros*.[28]

JUEVES 21. Después de la predicación caminamos alrededor de los muros, que estaban siendo reparados y reconstruidos. No pude menos que observar cuan diferente era la cara de las cosas hoy de lo que parecían ayer, especialmente después de la predicación del mediodía. Ayer nos asediaron a lo largo de todas las calles. Hoy nadie abrió su boca conforme pasábamos; los mismos niños estaban todos en silencio. Los adultos se quitaban los sombreros a

[28] Ro.16.20.

los lados, de tal manera que nos sentimos importantes en Newcastle. Es bueno que el honor sea balanceado con el deshonor y la mala reputación con la buena.

A las siete prediqué a una congregación mucho más grande que la anterior. Ahora la palabra de Dios fue como fuego y martillo. Empecé una y otra vez, después de haber pensado que había terminado, y las últimas palabras fueron todavía más fuertes que las anteriores, por lo que no me sorprendió el número de los que asistieron en la mañana, cuando tuvimos otra hora solemne y alegre. Aquí estaba la gran voz[29] para la gente de Berwick, si supieran el día de su visita.

MARTES 16 de agosto. Dejamos a Newcastle. Cabalgando a Leeds leí el *Relato de la plaga en Londres* del Dr. Hodge. Me sorprendió (1) que el doctor no aprendió, aun por los síntomas relatados por él mismo, que la primera parte atacada por la infección era el estómago; y (2) que obstinadamente insistió en el régimen de cura mediante el calor, aunque vio continuamente el pésimo resultado del mismo, muriendo la mayoría de los pacientes que estaban bajo su cuidado.

Poco después de las doce prediqué cerca del mercado en Stockton, a una congregación grande y ruda. Mas se fueron calmando poco a poco, de tal manera que cuando terminé estaban todos quietos y serios. Un caballero de Yarm deseaba sinceramente que predicara allá en la tarde. Me negué por algún tiempo, pues estaba débil y cansado, pues pensé que predicar tres veces en un día y cabalgar más de cincuenta millas era suficiente trabajo. Mas ellos no aceptaban un «no» por respuesta. Así que fui con ellos

---

[29] Lc.19.37.

como a las dos de la tarde y prediqué a las tres en el mercado de allí, a una gran multitud de personas reunidas a un llamado de último momento. Cerca de las siete prediqué en la calle en Osmotherley. Llovió casi todo el tiempo, pero nadie se retiró. Nos fuimos a caballo como a las cinco, el MIÉRCOLES 17, y en la tarde llegamos a Leeds.

DOMINGO 28. Fui invitado por el Sr. U., ministro de Goodshaw, a predicar en su iglesia. Comencé a leer oraciones a las siete, pero previendo que la iglesia apenas podría dar cabida a la mitad de la congregación, después de las oraciones salí, me paré en la pared del cementerio en un lugar con sombra, de donde expliqué y recalqué aquellas palabras de la Segunda Lección, *«por poco me persuades a ser cristiano»*.[30]

Me sorprende que haya quienes todavía hablan tan fuerte de la «indecencia» de predicar al aire libre. La mayor indecencia está en la Iglesia de St. Paul, cuando una parte considerable de la congregación se duerme, habla o mira a su alrededor, no importándole una palabra de lo que dice el predicador. Por otro lado, hay la más alta decencia en un cementerio o campo abierto, donde toda la congregación se comporta y luce como si viera al Juez de todos y le oyera hablar desde el cielo.

A la una fui a la cruz en Bolton. Allí estaba un buen número de personas, pero la mayoría de ellos completamente incultos. Tan pronto comencé a hablar, empezaron a empujar de un lado a otro, tratando de tumbarme de las gradas donde estaba parado. Lo lograron dos o tres veces, pero me volví a subir y continué mi discurso. Ellos entonces comenzaron a arrojar piedras; al

---

[30] Hc.26.28.

mismo tiempo algunos se habían subido a la cruz detrás mío para derribarme, por lo que no pude hacer otra cosa que observar como Dios vence aun en las circunstancias más pequeñas. Un hombre gritaba en mi oído cuando una piedra le pegó en la mejilla, quedándose inmóvil. Otro de ellos se abría paso hacia donde me encontraba, hasta que otra piedra le pegó en la frente y rebotó; la sangre le corría y él no avanzó más. El tercero, estando cerca de mi, estiró su mano y en ese instante una piedra filuda le cayó en los nudos de sus dedos. Sacudió su mano y se quedó muy quieto hasta que concluí mi discurso y me retiré.

Llegamos a Shakerley, seis millas más allá, antes de las cinco de la tarde. Antes de las seis se habían reunido muchísimas personas. Muchas de ellas eran discípulos del Dr. Taylor, y se reían del pecado original y por consiguiente de todo el marco del cristianismo bíblico. ¡Oh que gran providencia la que nos trajo aquí también, entre estos anticristos de lengua plateada! Seguramente unos pocos, por lo menos, se recuperarán de esta trampa y conocerán a *Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención*.[31]

MARTES 20 de septiembre. El salón estaba lleno a las cuatro. Desayuné cerca de las siete en Wadebridge con el Dr. W., quien por muchos años era un seguro y racional infiel. Mas fue la voluntad de Dios de tocar su corazón al leer el *Llamado*.[32] Se esfuerza ahora por ser un cristiano completo.

Después de predicar a la una en St. Agnes, fui a St. Ives. Las vidas de esta sociedad han convencido a la

---

[31] 1 Co.1.30.
[32] *Obras de Wesley*,6:11-73.

mayoría del pueblo que lo que predicamos es la pura verdad del evangelio.

VIERNES 23. Prediqué en St. Ives, Ludgvan y Gulval. SÁBADO 24 en St. Just. Me regocijé con la sociedad de aquí, porque sus corazones son tan simples y se dirigen hacia Dios. De ciento cincuenta personas, más de cien caminan en la luz de su rostro.

DOMINGO 13 de noviembre. Sarah Peters, una amante de almas, una madre en Israel, descansó. Durante una detenida observación de varios años nunca la vi, aun en los momentos más cruciales, en grado alguno enojada o descompuesta. Siempre era amorosa, siempre feliz. Este era su don peculiar y su cuidado continuo era *buscar y salvar lo que se había perdido*,[33] apoyar al débil, consolar al pusilánime, y traer de nuevo al que se había salido del camino. Y haciendo esto Dios la dotó más que a su semejante con el amor que *todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*.[34]

«En estos últimos cuatro años» (dice una que estuvo íntimamente ligada a ella) «solíamos una o dos veces a la semana desahogarnos mutuamente. Nunca supe que ella tuviera una duda en relación a su propia salvación. Su alma estaba siempre llena con la llama sagrada del amor y corría a Cristo como los carros de Aminadab.[35] Ella solía decir, "Pienso que soy toda espíritu; debo estar siempre en movimiento, no puedo descansar, día o noche, sino cuando recojo almas para Dios." Sin embargo con frecuencia se quejaba de su debilidad e imperfecciones y clamaba, "soy una sierva inútil." A veces me sentía celosa que ella llevara

[33] Lc.19.10.
[34] 1 Co.13.7.
[35] Ct.6.12.

su caridad demasiado lejos, no dándose lo que necesitaba. Mas ella contestaba, "Puedo vivir con un sola comida al día y así puedo dar a aquellos que nada tienen".»

El domingo, octubre 9, ella y otra persona fueron a visitar a algunos malhechores condenados en Newgate. Preguntaron por John Lancaster en particular, quien había solicitado su visita. El le pidió que fueran a su celda, lo que hicieron voluntariamente, aunque algunos les disuadían de hacerlo, debido al peligro de contraer destemplanza de cárcel (un tipo de fiebre pestilente), de la cual había una epidemia entre los prisioneros. Ellos pidieron que él llamara a reunión a tantos prisioneros como quisieran venir. Seis o siete de aquellos que estaban bajo sentencia de muerte vinieron. Cantaron un himno, leyeron una porción de la Escritura y oraron. Todo el pequeño grupo lloraba. La mayoría lucía profundamente convencidos de su estado de perdición. Desde ese momento sus trabajos fueron infatigables entre ellos, orando con ellos y por ellos, noche y día.

John Lancaster dijo, «Cuando acostumbraba venir a la Fundición cada mañana, lo que continué por algún tiempo, nunca pensé de estar en un lugar como este. En ese entonces sentía el amor de Dios y pensaba que nunca más debía cometer pecado alguno. Mas un tiempo después dejé de asistir a la predicación y así mis buenos deseos se esfumaron. Caí de nuevo en las diversiones que había dejado a un lado y las amistades que había dejado. Un día mientras jugaba bolo con alguno de ellos, un joven con quien ahora tenía mucha amistad me dio parte del dinero que había estado recibiendo por algunos objetos robados. Esto, con su constante insistencia, me forzó a que finalmente estuviera de acuerdo en hacerme su socio. Aunque tenía fuertes convicciones, las ahogaba lo mejor que podía.

Continuamos en este camino hasta el pasado agosto. Cuando estábamos en camino a casa de Bartholomew Fair una mañana cerca de las dos, me vino a la mente de ir y robar los candelabros de la Fundición. Me trepé por la pared y saqué dos de ellos, aunque temblaba y me estremecía e hice tanto ruido que pensé que toda la familia estaba muerta, o de lo contrario me hubieran oído. Unos días después robé el terciopelo, por lo que fui apresado, enjuiciado y condenado.»

Algunos eran de la opinión que sería difícil obtener un perdón para él. Sarah Peters, aunque nunca se lo mencionó, decidió no dejar de intentar posibilidad alguna. Intentó la presentación de varias peticiones y fue personalmente a Westminster, a Kensington y a todo lugar del pueblo donde viviera cualquiera que pudiera ayudar en esto. Mientras tanto iba constantemente a Newgate, algunas veces sola, otras veces con uno o dos más. Visitaba a todos los que estuvieran condenados en sus celdas, exhortándolos, orando con ellos y teniendo el consuelo de encontrarlos cada vez más sedientos de Dios que antes, y de sentirse acompañada, siempre que se alejaba, con abundancia de oraciones y bendiciones.

Después de un tiempo ella y sus acompañantes creyeron que sería conveniente examinar con atención el estado del alma de cada uno de ellos. Hablaron primeramente con John Lancaster. Levantó sus ojos y manos y después de una pausa dijo: «Doy gracias a Dios pues siento que él me ha perdonado mis pecados. Yo lo sé.» Le preguntaron que cómo y cuándo lo supo por primera vez. El respondió: «Estaba en gran temor y pesadumbre hasta la misma mañana que ustedes vinieron por primera vez. Esa mañana estaba orando diligentemente y justo

cuando el reloj de St. Paul tocó las cinco, el Señor derramó en mi alma tal paz como nunca la había sentido, así que a duras lo pude soportar. Desde ese momento no he tenido temor de morir. Ya que sé y estoy seguro, que tan pronto mi alma salga de este cuerpo, el Señor Jesús estará listo para llevarla a la gloria».

El siguiente a quien se habló fue Thomas Atkins, de diecinueve años de edad. Cuando se le preguntó (después de muchas otras preguntas, en cuyas respuestas expresó la convicción más clara y profunda de todos sus pecados, así como también por qué estaba condenado) si no tenía temor de morir, fijó sus ojos en lo alto y dijo, en la más forma más sincera y solemne: «Bendigo a Dios por no tener temor de morir, pues he puesto mi alma a los pies de Jesús.» Y hasta el último momento de su vida dio abundante razón para creer que éstas no eran palabras en vano.

Thomas Thompson, el siguiente, era un hombre bastante ignorante. Apenas podía expresarse en situaciones comunes. Sin embargo, algunas de sus expresiones fueron lo suficiente inteligibles. «No sé,» dijo, «cómo es; antes solía no tener nada sino pensamientos malos y crueles dentro de mí; ahora todos se han ido. Sé que Dios me ama y que él ha perdonado mis pecados.» Persistió con este testimonio hasta su muerte y con un comportamiento conforme al mismo.

Cuando John Roberts vino por primera vez a la celda de John Lancaster, estaba completamente descuidado y malhumorado. No pasó mucho tiempo para que su rostro cambiara; las lágrimas rodaban por sus mejillas y continuó desde ese momento buscando constante y fervientemente el arrepentimiento y remisión de sus pecados. No pasaron muchos días antes que declarara igualmente que la carga de

pecado había desaparecido; que también el temor a la muerte le había sido quitado completamente; y que no habían regresado más.

William Gardiner, desde el momento en que fue condenado, estuvo muy enfermo con destemplanza. Sarah Peters lo visitó en su propia celda hasta que pudo salir de ella. Era un hombre de muy pocas palabras, pero de un espíritu quebrantado y contrito. Algún tiempo después, manifestó su gran preparación para morir, no obstante su gran falta de confianza en sí mismo. Una de sus expresiones a la persona que le acompañó al lugar de la ejecución fue: «Oh Señor, no tengo nada en que confiar, sino solamente en la sangre de Cristo. Y si esto no es la respuesta, estoy perdido para siempre.»

Tan pronto como Sarah Cunningham supo que la orden de su ejecución estaba por venir, se puso loca de remate. Tuvo pocos momentos de lucidez hasta la mañana de su ejecución. Estaba entonces lúcida pero hablaba poco, hasta que le dijeron: «Cristo tendrá piedad de ti si se lo pides.» Ella estalló, «¡Piedad de mí! ¿Tendrá Cristo piedad de mí? Entonces le rogaré. Por supuesto que le rogaré.» Lo que hizo en la mejor manera que pudo, hasta que su alma le fue pedida.

Samuel Chapman lucía estar bastante endurecido. Parecía no tener miedo ni de Dios ni del diablo. Mas después de un tiempo que Sarah Peters habló con él, Dios le derribó de un golpe. Se sintió pecador y rogó en voz alta por misericordia. La destemplanza se apoderó de él y lo confinó a su cama, hasta que fue sacado para morir. Sarah Peters lo visitaba con frecuencia en su celda. El lloraba amargamente y oraba mucho, pero nunca demostró tener una seguridad clara de su aceptación de Dios.

Fue el deseo ferviente de todos los condenados que aquéllos a quienes Dios les había hecho de tanta ayuda pudieran pasar la última noche de sus vidas con ellos. Según esto Sarah Peters llegó a Newgate a las diez en punto, pero no pudo ser admitida bajo ningún concepto. Sin embargo, se les permitió a seis de ellos estar juntos en una celda. Pasaron la noche luchando con Dios en oración. Sarah Peters fue admitida cerca de las seis de la mañana. Tan pronto como la celda fue abierta, ellos saltaron, varios de ellos llorando, con un cambio que no se puede expresar. «¡Oh que noche tan feliz hemos tenido! ¡Qué bendita mañana es ésta! ¡Oh cuándo llegará la hora tan esperada, cuando nuestras almas serán puestas en libertad!» El carcelero dijo, «Nunca he visto esta clase de gente antes. Cuando el campanero vino a las doce en punto para decirles (como se acostumbra), "Recuerden que hoy deben ustedes morir," ellos gritaron, "¡Bienvenida noticia, bienvenida noticia!"»

John Lancaster fue el primero en ser llamado para quitarle sus cadenas. Cuando llegó a lugar donde esto se hace, dijo: «¡Bendito sea el día que vine a este lugar! ¡Oh que trabajo glorioso ha hecho el Señor llevando mi alma desde que llegué aquí!» Entonces les dijo a los que estaban cerca de él: «Oh mis queridos amigos, únanse en alabanza conmigo, pecador. Oh que mi lengua pueda alabarle como debo. Mi corazón es como fuego en recipiente cerrado. Estoy listo para explotar por un respiradero. ¡Oh si pudiera contarles la milésima parte de las alegrías que siento!» Alguien le dijo: «Siento mucho la condición en que te encuentras». El contestó: «No la cambiaría por diez mil mundos». Del patio de la prisión fue llevado a un cuarto grande, donde exhortó a todos los oficiales a que se

arrepintieran, hasta que Thomas Atkins fue traído, a quien le preguntó de inmediato: «¿Cómo está la relación entre Dios y tu alma?» El respondió: «Bendito sea Dios, estoy listo». Un oficial preguntó por entonces: «¿Qué hora es?» «Cerca de las nueve», le respondieron. A lo cual Lancaster dijo: «A eso de la una estaré en el paraíso, descansando con seguridad en el seno de Abraham.» A otro prisionero que entraba, le dijo: «¿No puedes ver a Jesús? Yo le veo por fe, de pie a la mano derecha de Dios, con los brazos abiertos para recibir nuestras almas.» Uno preguntó: «¿Quién es Lancaster?» El respondió, «Aquí estoy. Ven a ver a un cristiano triunfar sobre la muerte.» Un espectador dijo: «Sé firme hasta el final.» El respondió: «Lo estoy, por la gracia de Dios, firme como la roca sobre la cual estoy edificado; ésa es Cristo.» Entonces dijo a los presentes: «Rueguen al Señor por misericordia, y seguramente que la encontrarán. Yo la he encontrado. Por lo tanto nadie debe desesperarse. Cuando llegué por primera vez a este lugar, mi corazón estaba tan duro como las paredes de mi celda y tan negro como el infierno. Ahora he sido lavado, ahora estoy limpio por la sangre de Cristo.»

Cuando William Gardiner entró le dijo: «Bueno, mi querido hombre, ¿cómo estas?» El respondió: «Estoy feliz y siento que los minutos son largos; pues quiero morir para poder estar con aquél a quien ama mi alma.» Lancaster preguntó: «¿No tuvimos una dulce noche?» El dijo: «Estaba como si estuviera en el cielo. ¡Oh, si una muestra puede ser tan dulce, cómo será el gozo completo!» Entonces entró Thomas Thompson, quien con gran poder dio testimonio de la misma confesión. Mientras tanto, la gente en derredor estaba llorando y los oficiales parados parecían hombres asustados.

Entonces Lancaster exhortó a uno que estaba en duda, a nunca descansar hasta que encontrara paz en Cristo. Después de esto prorrumpió en fuerte oración (mezclada con alabanza y acción de gracias), para que el verdadero evangelio de Cristo pueda ser esparcido a todo rincón de la tierra habitable; que la congregación en la Fundición pudiera abundar más y más en el conocimiento y amor de Dios; que Dios en forma particular pudiera bendecir a quienes habían cuidado de su alma moribunda; y que Dios bendijera y guardara al Sr. Wesley, para que ningún hombre ni aun los diablos pudieran herirlos, sino que más bien pudieran, como espiga madura de trigo, ser cosechados en el granero de Dios.

Cuando el último prisionero entró al cuarto dijo: «Aquí está otro de nuestro pequeño rebaño.» Un oficial dijo tiernamente que él pensaba que era «demasiado grande». Respondió el prisionero: «No tan grande para el cielo; allí es donde vamos.»

El le dijo al Sr. M., «Oh Señor, no desmaye en su mente. No se canse de hacer el bien. Usted sirve a un Maestro glorioso y si usted continúa, tendrá una recompensa gloriosa.».

Cuando los oficiales les dijeron que era tiempo de ir, se levantaron con una alegría indecible y se abrazaron unos a otros, encomendando el alma de cada uno al cuidado de Aquél que les había cuidado tanto. Lancaster luego oró fervientemente para que todos los allí presentes pudieran, como él, ser encontrados por Dios, aunque ellos no le buscaran.

Al llegar al patio de la prisión, vio a Sarah Peters. Se le acercó, la besó y con vehemencia le dijo: «Hoy voy al paraíso. Usted me seguirá pronto».

La muchedumbre era muy grande, y por tanto tuvieron dificultad para pasar. Así tuvo él tuvo otra oportunidad para declarar la bondad de Dios. A uno que estaba apesadumbrado le dijo, «Clama al Señor y el será encontrado. Mi alma es tuya, él tendrá misericordia de ti.» Luego les dijo a todos: «Recuerden a María Magdalena, de quien el Señor sacó siete demonios. Por tanto dependan ustedes de él para obtener misericordia, y seguramente la hallarán.»

Conforme se preparaban para dirigirse al carruaje, dijo: «Vengan mis queridos amigos, vayamos con alegría que el Señor se alista para recibirnos en las moradas eternas.» Entonces volviéndose a los espectadores les dijo: «Mis amigos, Dios les guíe. Dios les dirija por el buen camino a gloria eterna. Dentro de poco tiempo estaremos donde toda tristeza y llanto desaparecerán. Apártense del mal de sus caminos y ustedes también con nosotros estarán con innumerable compañía en el Monte Sión.»

Conforme avanzaban él con frecuencia le hablaba a la gente, exhortándolos al arrepentimiento. A algunos les dijo: «Ustedes pobres criaturas, no saben a donde voy. Procuren amar y seguir a Cristo y entonces ustedes irán allá también.» Igualmente se despidió y cantó varios himnos, en especial aquél que siempre lo conmovió profundamente:

Cordero de Dios, que por amor derrama
la sangre que el alma hoy de ti reclama,
la respuesta de aquel que por nosotros dio
su vida y misericordia nos ofreció,
Ven a nos, que de rodilla esperamos.
¡Nuestras almas sedientas a ti elevamos!
Tu promesa que has cumplido en el Calvario;
Así danos tu paz, amor solidario.

Todo el que los vio parecía estar asombrado, pero mucho más cuando llegaron al lugar de la ejecución. Un

solemne temor agobió a toda la multitud. Tan pronto el verdugo hizo su parte con Lancaster y con los dos que estaban con él, pidió un himnario y cantó un himno con voz clara y fuerte. Después que el ordinario había orado, anunció y cantó el salmo cincuenta y uno. Entonces se despidió de sus sufridos compañeros con toda clase posible de tierno afecto. Bendijo a las personas que le habían ayudado y encomendó su propia alma a Dios.

También una pequeña circunstancia que siguió merece ser mencionada. Su cuerpo fue retirado por una compañía contratada por los cirujanos, pero una tripulación de marineros los siguió. Les quitaron el cuerpo a la fuerza y se lo entregaron a su madre. Así recibió un entierro decente, en la presencia de muchos que habían alabado a Dios en su nombre.

Algo que ocasionó asombro fue que aun después de su muerte no hubo señales o marcas de violencia en él. Su cara no estaba nada hinchada o desfigurada. Ni siquiera había cambiado su color natural. Estaba tendido con un rostro tranquilo y sonriente, como quien sueña dulcemente.

Murió el viernes 28 de octubre, y fue enterrado el domingo 30. Sarah Peters, habiendo terminado su labor, sintió que su cuerpo se hundía rápidamente. El miércoles, 3 de noviembre, se acostó, teniendo los síntomas de una fiebre maligna. Alabó a Dios en medio del fuego de la fiebre por diez días. Continuamente daba testimonio de buena confesión, *he peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás me está guardada la corona*.[36] Poco después de la medianoche, el domingo 13, su espíritu también regresó a Dios.

---

[36] 2 Ti.4.7.

SÁBADO 28 de enero de 1749. Le eché un vistazo al famoso folleto del Sr. Daillé sobre el correcto uso de los Padres.[37] Pronto vi la oportunidad que aquel buen hombre había dado a los enemigos de Dios para blasfemar. También que el Dr. Middleton en particular, había usado extensamente esa obra para derrocar todo el sistema cristiano.

VIERNES 31 de marzo. Comencé a abreviar la obra *Cristianismo primitivo* del Dr. Cave. ¡Oh qué gran pena que tanta piedad y estudio vayan acompañados de tan poco juicio!

[Wesley está en Irlanda.]

LUNES 22 de mayo. Cuanto más converso con esta gente más me asombro. Es manifiesto que Dios ha hecho una gran obra entre ellos. Sin embargo, la mayoría, creyentes y no creyentes, no son capaces de dar una exposición razonable de los principios más sencillos de la religión. Está claro que Dios comienza su obra en el corazón *y el soplo del Omnipotente le hace que entienda*.[38]

VIERNES 2 de junio. Fui llamado por un clérigo que había venido de doce millas de distancia con el propósito de hablar conmigo. No teníamos disputa alguna, sino que deseábamos simplemente esforzarnos para fortalecernos mutuamente en presencia de Dios.

En la noche una joven mujer me informó que el Dr. Brown les había asegurado a ella y a muchos otros (1) que tanto a Juan como a Carlos Wesley habían sido expulsados de la Universidad de Oxford hacía mucho tiempo; (2) que no

---

[37] Se refiere a las Padres de la Iglesia. El tratado de Jean Daillé, escrito en defensa del protestantismo francés, no era favorable al uso de estos autores. Wesley pensaba todo lo contrario.

[38] Job 32.8.

quedaba ningún metodista en Dublin, o en ninguna otra parte de Irlanda, pues solamente habían quedado en Cork y Bandom y el resto había sido expulsado por orden del gobierno; (3) que tampoco quedaba ningún metodista en Inglaterra; y (4) que en el fondo todo era asunto de los jesuitas. ¡Ay, pobre del Dr. B.! *Dios, se propicio a él pecador.*[39]

SÁBADO 17. El viento estuvo muy tempestuoso en la noche. Prediqué en nuestra nueva casa. Hacia el final del sermón pregunté: «¿Quién de ustedes se entregaría a Dios de cuerpo y alma?» Una clamó, con un grito que casi hizo temblar la casa: «Oh, yo me entrego, yo me entrego». Tan pronto como pudo ponerse en pie, avanzó al centro para dar testimonio delante de toda la congregación. Era la Sra. Glass. Sus palabras penetraron como relámpagos. Después otra dio igual testimonio de su decisión. No mucho después, una que había estado sufriendo como sin esperanza, la Sra. Meecham, levantó la cabeza con alegría y continuó cantando y alabando a Dios hasta el amanecer del siguiente día.

Al darme cuenta de que el momento era propicio, pospuse mi plan de reunir a la sociedad y continué en oración con toda la congregación. Todos nuestros corazones eran como el de un solo hombre.

Cuando finalmente había pronunciado la bendición, nadie se movió; cada uno se quedó en su lugar hasta que pasé por en medio de ellos. Pronto fui llamado por una mujer que clamaba: «Mi Dios, mi Dios, me has olvidado». Diciendo esto se desplomó. Invocamos la presencia de Dios en su nombre. El clamor tanto de ella como de muchos

---

[39] Lc.18.13.

otros, lamentándose ante Dios, se redobló. Empero nosotros continuamos luchando con Dios en oración hasta que nos dio una respuesta de paz.

MIÉRCOLES 19 de julio. Terminé la traducción de la vida de Martín Lutero. Sin duda fue un hombre altamente favorecido de Dios y un bendito instrumento en sus manos. ¡Pero oh! ¡Qué lástima que no tuvo un amigo fiel! Uno que pudiera ante todo riesgo increparlo con sencillez y agudeza por su espíritu rudo e intratable y su celo cortante por sus propias opiniones, cosas que tanto dificultan la obra de Dios.

Diario 8

Desde el 20 de julio de 1749
hasta el 30 de octubre de 1751

MARTES 25 de julio de 1749. Viajé a Kingswood y pregunté especialmente por la situación de nuestra escuela allí. Estuve preocupado de encontrar que varias de las reglas habían sido habitualmente descuidadas. Juzgué necesario por lo tanto reducir la familia, sin permitirle permanecer allí a nadie que no estuviese claramente satisfecho con esas reglas y decidido a obedecerlas todas.

JUEVES 27. Leí al Sr. Law sobre el *Espíritu de la oración*.[1] Hay muchos trazos maestros en este escrito, y la obra completa es vívida y entretenida; pero es otro evangelio. Ya que si Dios nunca estuvo enfadado (como lo afirma este tratado) nunca pudo haber sido reconciliado. Consecuentemente, toda la doctrina cristiana de la reconciliación en Cristo se desploma de repente. ¡Un excelente método de convertir a los deístas! Renunciando a la misma esencia del cristianismo.

MIÉRCOLES 18 de octubre. A pedido de John Bennet viajé a Rochdale en Lancashire. Tan pronto como entramos al pueblo encontramos las calles con multitud de personas alineadas a ambos lados, gritando, maldiciendo, blasfemando y crujiendo los dientes contra nosotros. Percibiendo que no era práctico predicar al aire libre, me dirigí a un salón grande, con puerta a la calle y proclamé en

[1] Se trata de William Law, autor puritano muy leído en esos tiempos. Wesley siempre admiró su dedicación y seriedad, pero a la postre rompió con él, porque su puritanismo le parecía harto legalista, y hasta una negación del evangelio de la gracia.

alta voz: *«Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos»*.[2] La palabra de Dios prevaleció sobre la bravura humana. Nadie se opuso o interrumpió y hubo un marcado cambio en el comportamiento de la gente cuando más tarde atravesamos el pueblo.

Llegamos a Bolton cerca de las cinco de la tarde. No bien habíamos llegado a la calle principal cuando nos dimos cuenta que los leones en Rochdale eran ovejas en comparación a los de Bolton. Tal rabia y amargura casi nunca antes había visto en ninguna criatura que tuviera la forma de persona. Nos siguieron a puro grito a la casa donde fuimos y, tan pronto como entramos, tomaron posesión de todas las entradas a ella y llenaron la calle de principio a fin. Después de cierto tiempo las olas no rugían tan fuertes. El Sr. Perronet pensó que podía aventurarse a salir. Inmediatamente lo rodearon, lo derribaron y lo rodaron en el lodo, así que cuando se pudo escapar de ellos y entró de nuevo a la casa, a duras penas se podía decir quién o qué era. Cuando la primera piedra nos cayó a través de la ventana, esperaba que siguiera una lluvia de ellas o algo parecido, sobre todo por cuanto ahora se habían conseguido una campana para llamar y juntar a todas sus fuerzas. Pero su plan no era llevar a cabo el ataque a la distancia. En ese momento uno entró corriendo y nos dijo que la turba había irrumpido en la casa y agregó que tenían a John Bennet en medio de ellos. Efectivamente lo tenían, y él aprovechó la oportunidad para advertirles de los terrores de Dios les combatían.[3] Mientras tanto David Taylor atrajo a otra parte de ellos con palabras más tranquilas y suaves. Creyendo que había llegado la hora, caminé hacia el centro de la turba.

[2] Is.55.7.
[3] Job 6.4.

Ya habían llenado los cuartos de abajo. Pedí una silla. Los vientos habían dejado de soplar y todo estaba en calma y quietud. Mi corazón estaba lleno de amor, mis ojos con lágrimas y mi boca con mucho que decir. Ellos estaban asombrados, avergonzados y empequeñecidos y devoraban cada palabra. ¡Qué cambio fue éste! ¡Cómo Dios entorpeció el consejo de Ahitofel[4] trayendo a todos los borrachos, maldicientes, quebrantadores del día del descanso y «meros» pecadores al lugar donde han de escuchar acerca de su abundante redención!

LUNES 22 de enero de 1750. Prediqué en la mañana en la Fundición y Howell Harris predicó. Es un poderoso orador, ambos por naturaleza y gracia, aunque no le debe nada al arte o a la educación.

MIÉRCOLES 24. Tuve el deseo de visitar a uno que estaba enfermo, aunque tenía pocas esperanzas de hacer algo bueno por él. Por noventa años había sido un hombre inofensivo, pero aun así no estaba fuera del alcance de Dios. Pronto quedó convencido de que por su propia justicia no podía recomendarse a Dios. Pude entonces orar con él en la confianza de ser escuchado. Pocos días después murió en paz.

DOMINGO 28. Leí las oraciones y el Sr. Whitefield predicó. ¡Qué sabio es Dios en darles diferentes talentos a diferentes predicadores! Aun las pequeñas incongruencias ambos de lenguaje y ademanes fueron un medio de ganar a muchos, quienes no hubieran podido ser alcanzados por un discurso más formal o por una manera más calmada y natural de hablar.

---

[4] 2 S.15.31.

JUEVES 8 de febrero. Era alrededor de las doce y cuarto cuando el terremoto comenzó en las afueras de la ciudad. Empezó en la parte sureste, siguiendo por Southwark, debajo del río y luego de un lado a otro de Londres. Se sintió en Westminster y en Grosvenor Square a un cuarto para la una (quizás, si tomamos en cuenta la diferencia entre relojes, cerca de un cuarto de hora después que comenzó en Southwark). Hubo tres sacudidas bien marcadas, u ondas de un lado para otro, acompañadas de un ruido profundo y retumbante como un trueno. ¡Con qué gentileza trata Dios a esta nación! ¡Oh que nuestro arrepentimiento pueda prevenir mayores señales de su desagrado!

VIERNES 9. Tuvimos una cómoda vigilia en la capilla. Cerca de las once me vino a la mente que éstos eran el mismo día y hora en que, hace cuarenta años, fui sacado de las llamas. Me detuve y presenté un corto relato de aquella maravillosa providencia. La voz de alabanza y acción de gracia se elevó a lo alto, y grande fue nuestro regocijo delante de Dios.

El LUNES 12 había proyectado salir para Bristol, pero no pude hacerlo todavía, por haber en Londres un fuego tal de despertar. Sin embargo, viajé a Brentford y prediqué tal como me había comprometido y luego seguí hacia Chertsey. Se había hecho un buen trabajo de hacer correr la voz en el pueblo que yo no llegaría esa noche. Sin embargo, muchos llegaron a ver si había venido o no, a quienes les ofrecí, la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

[Wesley está en Gales, con planes de partir hacia Irlanda.]

JUEVES 29 de marzo. Adelantamos cuatro o cinco leguas hacia Irlanda, pero en la tarde fuimos devueltos a la misma boca de la bahía. Sin embargo, habiendo cambiado el

viento uno o dos puntos nos aventuramos a salir de nuevo. A la medianoche nos encontrábamos en medio del mar cuando el viento arremetiendo en nuestra contra y soplando con fuerza nos regresó. A eso de las nueve estuvimos felices de poder entrar de nuevo a la bahía.

Por la noche me sorprendí de ver, en vez de gente sencilla y pobre, a un cuarto lleno de personas cubiertas de oro y plata. Para no salirme de lo que conocían, comencé a exponerle la historia de Dives, el hombre rico, y Lázaro. Les era más pertinente de lo que había imaginado. Muchos de ellos, (como después supe) eran personas malvadas en sumo grado. Les entregué mi alma, pero ellos no pudieron soportarlo. Uno a uno se fueron retirando, murmurando con resentimiento. Cuatro de ellos permanecieron hasta que llegué al final. Se pusieron sus sombreros y empezaron a hablar entre sí. Con sutileza les reprendí, por lo que se levantaron y se fueron, quejándose y blasfemando. Tuve después una hora muy cómoda con la compañía de un grupo de sencillos y honestos galeses.

En la noche hubo una violenta tormenta. Bendito sea Dios pues estábamos a salvo en tierra.

SÁBADO 31. Decidí esperar una semana más y de no poder salir, iría a esperar un barco en Bristol. A las siete de la noche, justo cuando me dirigía a predicar, escuché una gran bulla y me di cuenta de la presencia del populacho. Se habían fortalecido con bebida y con mayor número de ellos y pusieron al Capitán Griffith (como le llamaban ellos) como su líder. El pronto forzó ambas puertas, la de afuera y la de adentro, le pegó al viejo Robert Griffith, el dueño de casa, varias veces, pateó a su esposa y con veinte juramentos y maldiciones a boca llena, exigió: «¿Dónde está el cura?» El Sr. Robert Griffith subió y quiso que me fuera a

otro cuarto, donde me echó llave. El capitán le siguió de inmediato, abrió rompiendo una o dos de las puertas y se subió a una silla para ver la parte de arriba de una cama. Pero se le resbaló el pie (pues no era hombre hecho para trepar), se cayó de espaldas y a todo lo largo. Se levantó tomándose su tiempo, se dio media vuelta y se retiró con su tropa.

Entonces bajé y me acerqué a un grupo de gente pobre y pasé media hora con ellos en oración. Cerca de las nueve, cuando nos alistábamos para acostarnos, la casa fue nuevamente acosada. El capitán irrumpió primero. La hija de Robert Griffith estaba parada en el pasillo, con un balde de agua, con el que (si a propósito o por el miedo, no lo sé) lo cubrió de pies a cabeza. El gritó, tanto como pudo, «¡Asesina! ¡Asesina!» Y se mantuvo inmóvil por algunos momentos. Mientras tanto, Robert Griffith pasó delante de él y le cerró la puerta. Encontrándose solo, empezó a cambiar su tono de voz y gritó, «¡Déjeme salir, déjeme salir!» Después de dar su palabra de honor de que ninguno del resto entraría, le abrieron la puerta y todos se retiraron juntos.

VIERNES 25 de mayo. Un tal Roger O'Ferral puso un aviso en el lugar de anuncios públicos informando que estaba listo de encabezar cualquier tumulto para derribar la casa de quien se atreviera a dar hospedaje a un «pañalero» (el sobrenombre dado primero al Sr. Cennick por un sacerdote papista, que lo oyó hablar de un niño envuelto en pañales[5] y probablemente desconocía que la expresión estaba en la Biblia, libro con el que no estaba muy familiarizado.)

---

[5] Lc.2.7.

Durante todo este tiempo Dios nos concedió una gran paz en Bandon, a pesar de los infatigables esfuerzos, tanto en público como en privado, del buen Dr. B____ para agitar a la gente. Pero el sábado 26 muchos estaban bajo grandes temores de lo que iba a pasar en la noche. Comencé a predicar en la calle principal a la hora acostumbrada, pero con el doble de la congregación. Después de haber hablado cerca de un cuarto de hora, según lo acordado por ellos, un clérigo que se había parado cerca de mí con un palo grande en la mano abrió la escena. (En verdad sus amigos me aseguraron que estaba «bebido», y que de otra manera no lo hubiera hecho.) Antes de que pronunciara muchas palabras, dos o tres mujeres decididas, con mayor fuerza, lo empujaron hacia dentro de una casa y, después de disuadirlo un poco, lo sacaron por el jardín. Aquí el clérigo se cayó violentamente sobre la mujer que lo conducía, no con cólera, sino con amor (o lo que parecía tal), de modo que se vio obligada a repeler fuerza con fuerza y le dio sonora bofetada antes que la dejara ir.

El siguiente campeón que apareció fue un tal Sr. M____, un joven caballero del pueblo que estaba acompañado por otros dos, con pistolas en las manos. Mas su triunfo, también, fue corto, ya que varios del pueblo se lo llevaron fuera, aunque con mucha caballerosidad y cortesía.

El tercero llegó con mucha más furia, pero se encontró con un carnicero del pueblo (no uno de los metodistas), que lo trató como si fuera un buey, dándole uno o dos sólidos golpes sobre la cabeza. Esto le enfrío su valentía, especialmente cuando nadie estuvo de su parte. Así terminé con calma mi discurso.

JUEVES 31. Viajé a Rathcormack. Había un gran entierro en la tarde al cual asistieron gentes de todas partes.

El Sr. Lloyd leyó parte del servicio fúnebre en la iglesia. Después prediqué sobre *«mas el fin de todas las cosas se acerca»*.[6] Estuve completamente impresionado por (algo de lo que hasta entonces solamente había oído hablar) el aullido irlandés que siguió después. No era un canto, como yo suponía, sino un grito deprimente y desarticulado, ejecutado junto a la tumba por cuatro mujeres de voces chillonas, quienes (según entendimos) habían sido contratadas para ese propósito. Pero no vi a ninguna de ellas derramar una lágrima; porque eso al parecer no estaba en su contrato.

[Wesley y sus acompañantes iban camino a Waterford cuando un muchacho vino a avisarles, de parte de los metodistas de la ciudad, que no continuaran, pues allá les esperaba una multitud enardecida dispuesta a matarlos. Wesley aceptó el aviso y trató de continuar a otro sitio. Pero no pudo embarcarse, y por tanto pasó la noche cerca de Waterford. Es allí que se dio el incidente que cuenta a continuación.]

VIERNES 15 de junio. Como a las dos de la mañana oí a la gente haciendo gran bulla y llamándome por mi nombre. Eran algunos de mis amigos de Waterford, quienes nos informaron que al aparecer el muchacho, dieciséis o dieciocho de ellos salieron para llevarme al pueblo. Al no encontrarme, regresaron, pero la turba se tropezó con ellos en el camino y los acribillaron con tierra y piedras hasta sus propias puertas.

Salimos a las cuatro y llegamos a Kilkenny, distante unas veinticinco millas irlandesas antiguas, alrededor del mediodía. Este territorio es hasta ahora el más agradable y productivo que he visto en toda Irlanda. Nuestro destino después de la cena era llegar a Dunmore, lugar donde vivió el fenecido Duque de Ormond. Cabalgamos cerca de dos millas por el parque, a cuyo lado el río corre. Nunca he visto ya sea en Inglaterra, Holanda o Alemania un lugar tan

---

[6] 1 P.4.7.

encantador. Los senderos, cada uno consistente de cuatro filas de fresnos, los grupos de árboles esparcidos por doquier, mezclados con los céspedes más suaves y verdes, eran bellísimos, difíciles de describir. Y *¿qué tenía el dueño de todo esto*, el Conde de Arran? Nada, ni siquiera *verlos con sus ojos*.[7]

Mi caballo se cansó en la tarde, así que lo dejé y pedí prestado el de mi compañero. Llegué a Emo cerca de las once y me hubiera quedado a pasar el resto de la noche allí, pero la buena señora de la posada no pensaba que debía hacerlo. Por algún tiempo no me contestaba; finalmente abrió la puerta lo suficientemente como para dejar que cuatro perros se me tiraran. Proseguí a Ballybrittas, esperando el mismo saludo de un gran perro que acostumbraba estar en el patio. Sin embargo, éste ni se movió hasta que el mozo se despertó y salió. Cerca de las doce me acosté. Pienso que éste fue el viaje más largo de un día que haya hecho, ya que cabalgué cincuenta millas irlandesas antiguas (esto es cerca de noventa inglesas).

MIÉRCOLES 30 de enero de 1751. Recibí una carta con bastante presión del Dr. Isham, entonces rector de nuestra universidad, para que votara en las elecciones de los Miembros del Parlamento, la cual se iba a realizar al día siguiente. Inicié mi viaje temprano, en una fuerte helada, con el intenso viento del noroeste en la cara. Los caminos estaban tan resbaladizos que era difícil para nuestros caballos mantenerse sin caer. En verdad uno de ellos no pudo hacerlo y al caerse sobre la cabeza se la cortó terriblemente. No obstante, alrededor de las siete de la

---

[7] Ec.5.11.

noche Dios nos trajo salvos a Oxford. Una congregación me estaba esperando en casa del Sr. Evans. Inmediatamente les prediqué sobre aquellas fuertes palabras, «¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?».[8]

JUEVES 31. Fui a las Facultades, donde se había hecho la convocación, pero no encontré la decencia y el orden que esperaba. El caballero por quien vine a votar no fue elegido. Con todo no me arrepentí de haber venido; le debo mucho más que esto a aquel amigo generoso quien ahora descansa de sus labores.

Estuve muy sorprendido, dondequiera que fui, por la cortesía de la gente, de los caballeros así como los otros. No había señalamiento, ni llamado por nombres, como los había antes; no, ni siquiera risas. ¿Qué puede significar esto? ¿Me he vuelto un sirviente de hombres? ¿O es que el escándalo de la cruz ha dejado de ser?

SÁBADO 2 de febrero. Al recibir una completa respuesta del Sr. Perronet, estuve claramente convencido que debía casarme. Por muchos años permanecí soltero porque creía que podía ser más útil soltero que casado. Alabo al Señor, que me permitió así hacerlo. Ahora estoy enteramente convencido que en mis circunstancias actuales podría ser más útil en el estado de casado, al cual, después de esta clara convicción y del consejo de mi amigo, entré unos días después.[9]

---

[8] Mt.16.26.

[9] Esto es todo lo que dice Wesley en su *Diario* de una decisión que resultó desafortunada. Contrajo nupcias con la viuda Mary Vazeille. Según el propio Wesley, el acuerdo desde antes del matrimonio era que esto no le detendría en sus constantes viajes de predicación y supervisión de las sociedades metodistas. Ni su hermano Carlos ni los otros líderes metodistas se alegraron con esta unión. Quizá tampoco el propio Wesley, quien comentó que «tomó su cruz» y se casó.

MIÉRCOLES 6. Me reuní con los solteros y les demostré en diferentes formas cuán bueno era para quienes habían recibido el don de Dios de permanecer *eunucos por causa del reino de los cielos*,[10] a no ser que un caso particular pudiera ser la excepción a la regla general.

VIERNES 22 de junio. Redacté un corto relato del caso de la Escuela de Kingswood:

1. La escuela empezó el día de San Juan de 1748.[11] Los primeros maestros fueron John Jones, Thomas Richards, Walter Sellon, Richard Moss, William Spencer y Abraham Grou. Las reglas fueron impresas y a pesar de lo estricto de las mismas, en dos o tres meses tuvimos veintiocho estudiantes, así que la familia, incluyendo Mary Davey, el ama de llaves, R____ T____, nuestro sirviente varón, y cuatro sirvientas, consistía de cuarenta personas.

2. Desde el comienzo me encontré con toda clase de dificultades. Criticones y profetas del mal estaban por todos lados. Cientos de objeciones se hicieron tanto al plan general como a las diferentes partes del mismo, especialmente por aquéllos de quien tenía razón de esperar mejores cosas. A pesar de lo cual, mediante la ayuda de Dios, proseguí y escribí una gramática en inglés, una en latín, una en griego, una en hebreo y una en francés e imprimí *Primeras lecciones para los niños*, así como muchos otros libros para el uso de la escuela. Y Dios otorgó manifiesta bendición. Algunos de los niños más violentos y desatinados fueron tocados con profunda convicción de pecado; todos mostraban tener buenos deseos y dos o tres de ellos comenzaron a probar del amor de Dios.

3. Empero pronto observé muchas cosas que no me gustaron. Las sirvientas se dividieron en dos bandos. R____ T____ con premeditación prendía el fuego con sus constantes cuchicheos y acusaciones. Mary Davey no cubría las deficiencias de las sirvientas, pues estaba preocupada con pensamientos de otra clase. Por lo tanto, los niños no estaban bien atendidos, ni las cosas se hacían con el debido cuidado y exactitud.

4. Los maestros debían de haber corregido estas irregularidades, pero las aumentaron. Thomas Richards era tan duro y poco servicial que los niños recibían poca ayuda de él. Abraham Groud era honesto y diligente, pero su personalidad y modales provocaban el desprecio de los niños. Richard Moss era formal y serio en su comportamiento e hizo mucho bien, hasta que Walter Sellon puso a los niños en su contra y en vez de controlarlos para que no jugaran, jugaba con ellos. John Jones y William Spencer eran abrumados por el resto de los maestros, quienes no observaban las reglas ni en el colegio ni fuera de él.

---

[10] Mt.19.12.

[11] Wesley dice «Midsummer day». Esto se refiere al solsticio de verano, pero por lo general se celebraba el día de San Juan, 24 de junio.

5. La violación continua de aquella regla, «Nunca dejar que los niños trabajen sin la presencia de un maestro», ocasionó que los estudiantes aumentaran en su violencia más y más, hasta que perdieron todas las impresiones religiosas que tenían. Y esto se aceleró, puesto que cuatro o cinco de los muchachos mayores mostraron una maldad poco común.

6. Cuando regresé en septiembre de 1750 encontré que los estudiantes se habían reducido a dieciocho. Decidí limpiar la casa completamente. A dos de los muchachos (uno de ellos perfectamente malvado) se les envió de regreso a su casa sin demora. Mary Davey, Thomas Richards, Richard Moss y tres sirvientas ya se habían ido. R____ T____, Walter Sellon y Abraham Grou se fueron después. Así solamente se quedaron dos maestros, Mr. Jones y Spencer con la Sra. Hardwick, una sirvienta y dieciséis estudiantes.

7. Ahora tenía la esperanza de que fuera tiempo para que Dios reviviera su obra, pero no habíamos reducido todavía lo suficiente. Así es que primero John Jones y después William Spencer se cansaron y de nuevo las reglas dejaron de cumplirse. Al siguiente invierno, el Sr. Page murió y otros cinco estudiantes se retiraron. Lo que debilitó aún más el trabajo de los maestros fue la forma agria y diabólica de hablar de algunos de ellos que continuamente se esforzaban para que los alumnos que quedaban se retiraran o para evitar que otros entraran a la escuela.

8. Hay ahora dos maestros, un ama de llave, una sirvienta y once niños. Creo que todos en la casa por fin tienen un solo ideal y confían en que Dios les bendecirá al final más que al comienzo.

Diario 9
Desde el 20 de julio de 1750
hasta el 28 de octubre de 1754

SÁBADO 22 de diciembre de 1750. Se me informó que el Sr. K____, que por algunos años había estado fervorosamente vinculado a los Hermanos, había roto sus cadenas. Sentí el deseo de escuchar de su propia boca cómo fue liberado. Uno o dos días después de haber hablado ampliamente con él, escribí la esencia de su relato para evitar cometer errores. Después de algunos días le visité. Le leí lo que había escrito y le manifesté mi deseo de que me dijera si lo había entendido mal en algo. Este relato por sí solo debería ser suficiente convincente para quitarles la máscara a esos mentirosos. No hablo de todos ellos, pero sí de aquellos con quienes él se relacionó.

1. Fui (dijo) uno de los primeros miembros de la sociedad en la Fundición y continué en la misma hasta que William Oxlee, cerca al final del año 1740, me persuadió de unirme a los Hermanos. No demoró mucho antes de que fuera admitido a la mayoría de sus conferencias y mi aprecio por ellos aumentó más y más, hasta que en el año 1741 fui a Heerendyk.

2. Aquí vi varias cosas que no aprobé, particularmente el poder arbitrario con que la cabeza de la iglesia gobierna y el inmenso respeto que ellos muestran a los ricos, mientras que los pobres recibían poca consideración. Mas olvidé todo esto cuando regresé a Inglaterra y me puse a su entera disposición.

3. Fue pronto después que me emplearon para recolectar dinero para reparar la capilla en Fetter Lane. La práctica de los Hermanos era de escribir a cada uno de quienes acostumbraban escuchar la predicación y pedirles que, si «encontraban sus corazones libres», «enviaran de cinco a diez guineas». Como muchos de estos no estaban del todo convertidos [es decir, despiertos], pensé que esta práctica no estaba bien. Así le informé al Sr. Molther, pero me respondió con aspereza: «Eso no le concierne a usted».

4. Vi muchas otras cosas que no podía aprobar y hablé sobre ellas, pero sin resultado. Algunos meses después, el Sr. Spangenberg me dijo: «Mi hermano, vamos a establecer un programa de niños en la escuela de Lamb's Inn y es la voluntad del Señor que usted vaya allá y sea el médico

de la casa.» Pensé que era extraño, pues sabía nada de medicina. Sin embargo, no me atreví a *razonar*. Así que fui.

5. La administración aquí me dio gran sorpresa. Sin tomar en cuenta las reglas establecidas, Richard Utley y su esposa, encargados del programa, se comportaban en la manera más arrogante y tiránica. Aquellos que estaban encargados de los niños no tenían dones para el trabajo, y a algunos de ellos les importaban poco sus propias almas. Varios de los niños eran azotados sin motivo alguno y muchas veces sin control. Por esta práctica mal utilizada uno de los míos fue completamente arruinado y no ha tenido el temor de Dios desde entonces. En cuanto a mí, hubiera dado consejos si hubiera podido, pero a nadie le importó. Una noche que me levanté para arropar a los niños que se habían destapado mientras dormían, el Sr. Utley me llamó la atención delante de toda la familia, diciéndome que había hecho lo que no me concernía hacer y agregando que yo era la persona más inútil en toda la casa. Que si deseaba podía regresar a Londres. Con mucha dificultad ellos lo consintieron y yo me retiré apresuradamente a mi propia casa.

6. Me sentí más y más incómodo con su administración, y dándose cuenta los Hermanos, me enviaron a Yorkshire. Después de estar allí por algunos días, uno de ellos me dijo que tenía que ir a Great Horton en la mañana, habiéndoles hecho ver a los Hermanos que yo tenía que predicar allí. Quedé asombrado, pues nunca había pensado predicar. Mas no me atreví a refutarlo y desde aquel momento ellos me emplearon para predicar y visitar a todas las almas en el circuito.

7. En Holbeck teníamos una escuela de jóvenes. Cuando les visité e interrogué profundamente, me contaron todo el onanismo, la prostitución y otras abominaciones, por lo que estuve completamente asombrado. Estuve obligado a increparlos duramente, por lo cual a los pocos días recibí una carta muy severa de Mr. Spangenberg, diciéndome que estaba destruyendo a los amados niños de Dios en lugar de edificarlos y que por lo tanto, no podía ni predicar ni trabajar más en Yorkshire.

8. Poco después me enviaron a Londres para que acompañara a la Sra. Stonehouse a Alemania. La carta se demoró y a pesar de que tomé la posta de caballos ella se había marchado antes de mi llegada. Un tiempo después fui elegido como miembro del Comité de los Seis, a quienes los trabajadores tenían que enviar informe de todos los pasos que habían dado, ya sea en casa o fuera de ella.

Una de nuestras reglas fundamentales era que no debíamos contraer deudas mayores de treinta libras. Por lo tanto, cuando el Sr. Spangenber trajo una cuenta por más de trescientas, me quedé completamente espantado y propuse que se presentara una lista detallada de todos los gastos y que todas nuestras cuentas deberían ser claras y bien fundamentadas. Wenzel Neisser estaba presente (aunque no era uno de nuestros miembros) y se ofendió mucho por lo que yo había dicho, diciéndome que ellos eran «siervos del Salvador» y que no «tenían que dar cuenta a los hombres».

9. Me sentía cada día más incómodo por su forma de proceder, hasta que un día el Sr. Sl____ se me presentó y me preguntó si estaba

dispuesto de ir a Bedford por seis u ocho días. Le respondí que sí y que en uno o dos días saldría. Mas el Sr. Br____ me respondió, «Hermano K____, no espere usted hacer mucho bien en Bedford, ya que tenemos una maldición oculta entre las almas, la que creo que viene principalmente de la práctica de procurar el aborto que es muy común entre las mujeres.» Sin embargo, encontré una gran bendición durante los dos o tres meses que trabajé allí, pero no pude quedarme porque tenía la fuerte impresión de que debía ir a trabajar en Jamaica.

10. Al mencionarle esto a los Hermanos, me dijeron que debía ir allá lo antes posible, pero me sería conveniente ir primeramente a Pennsylvania y pasar un corto tiempo en Bethlehem.[1] Yo pensé que ellos sabían lo mejor. Así que en el año 1744 dejé mi taller, abandoné todos mis problemas sin resolverlos y me embarqué para Pennsylvania.

11. Estuve bien ocupado Bethlehem, pues fui elegido predicador general y se esperaba que participara en todas las conferencias. No pasó mucho tiempo cuando me sentí más preocupado que nunca viendo tanta maña y sutileza, y además con todo ello mucho orgullo, pompa y tiranía en quienes gobernaban la iglesia. Un ejemplo entre los muchos, podría ser éste: W. Harding, quien llegó algún tiempo antes que yo y que era pastor regular, les había hablado libremente y con cariño de muchas cosas que él pensó eran censurables. Debido a esto fue destituido de todas sus obligaciones y se les prohibió a todos los Hermanos que le hablaran. Al ser olvidado por todos, se sintió mucho más incómodo, tildándolo los Hermanos de loco. Por esto fue encerrado y le traían comida una o dos veces al día dos o tres jóvenes. Estos a su vez le pegaban muchas veces con severidad. Al tiempo él buscó la oportunidad y se escapó, pero ellos le siguieron y lo agarraron. Construyeron una casa de madera de unos diez pies cuadrados y muy oscura para él a casi un cuarto de milla del pueblo. Yo estaba caminando solo cerca de este lugar cuando ellos le trajeron. Sus gritos y súplicas hubieran atravesado un corazón de piedra. El suplicaba que podía limpiar zapatos, servirles agua, cortar la leña, o lo que ellos dijeran, al aire libre; pero no se lo permitieron: fue callado. Casi seis semanas después, cuando abrieron un día la puerta para alcanzarle alguna comida, él salió corriendo, se escurrió entre ellos y se dirigió a Philadelphia a toda la velocidad posible. Viéndose perseguido muy de cerca, corrió hacia el río (él era un excelente nadador) saltó al agua, se hundió y no salió más.

12. Estaba entonces en Nueva York, de donde regresé a Bethlehem en enero de 1746. Mas no tenia descanso en mi espíritu, hasta que después de tres semanas me fui a Philadelpia, donde dos de los Hermanos y una viuda vivían en la casa de los Hermanos. Allí alquilé un cuarto y le pedí a la viuda, por no contar con la conveniencia de poder hacerlo, que me hirviera un poco de agua en la mañana para mi te. Mientras tanto, todos los Hermanos en Philadelphia estaban advertidos de no conversar conmigo. No mucho después dos de ellos escribieron al Sr. Spangenberg que yo vivía en

---

[1] La ciudad fundada en Pennsylvania por los moravos. Hemos dejado el nombre sin traducir, para distinguirla de Belén en Tierra Santa.

adulterio con la viuda. Cuando me enteré de esto, fui de frente a los Hermanos y le dije al Sr. Spangenberg la verdad del asunto, quien inmediatamente escribió a Philadelphia diciendo que yo había confesado que era cierta la acusación.

13. Estaba ahora completamente cansado de la humanidad. Conseguí una pequeña casa en el bosque y a unas cuantas millas de distancia de cualquier pueblo, resuelto a pasar el resto de mis días solo. Aquí permanecí como cuatro años, hasta que una tarde el Sr. Spangenberg y el yerno del Conde me visitaron. Hablamos hasta las dos de la mañana. Aceptaron que muchas cosas habían estado mal, prometieron que las arreglarían sin demora y me convencieron de unirme a ellos una vez más. Pero nada se arregló, así que unos meses después, me vi obligado a abandonarlos de nuevo. Reanudé mi negocio en Philadelphia hasta que pude ganar suficiente dinero para mi pasaje y hace un año que regresé a Londres.

¿Habrá otro relato más triste? ¡Oh lo que es la naturaleza humana! ¡Cuán bajo pueden caer aquéllos que en una oportunidad eran llamas ardientes y luces brillantes, derramando bendiciones dondequiera que llegaban! ¡Pero qué apasionamiento es éste que hace a este mismo hombre asistir todavía a sus predicaciones y su esposa (aunque ella cree casi todo lo que dice su esposo sobre esta historia) mantenerse en contacto directo con ellos.

MARTES 17 de marzo 1752. La lluvia continuó sin parar hasta que llegamos a Enstone. Poco después de haber salido de allí, nos siguió un viento violento como en Broadway Hill que en varias oportunidades nos sacó completamente del camino y listo para llevarse a ambos, caballo y jinete. Mas *nuestras fuerzas eran como nuestros días*.[2] Antes de las seis de la tarde llegamos sanos y salvos a Evesham.

Prediqué en la noche en el ayuntamiento, donde varios clérigos y nobles estuvieron presentes.

---

[2] Dt.33.25.

MIÉRCOLES 18. Viajé con el Sr. ____ a su casa, la que no había visto por más de veinte años. Encontré el lugar, pero no a sus habitantes ya que la mayoría de ellos *habían ido a su morada eterna*.[3] No vi a nadie conocido con excepción de la tía del Sr. ____, la que no pudo contenerse de decirme lo mucho que sentía que yo tuviera que dejar a todos mis amigos «para llevar esta vida de vagabundo». Bueno, en verdad no es un placer para la carne y la sangre, y no lo haría si no creyera que hay otro mundo. La discusión no continuó por mucho tiempo, y terminó con mucho cariño. El Sr. ____ regresó conmigo a Evesham y asistió a la predicación, tanto la de las siete de la noche como la de las cinco de la mañana, salió conmigo del salón después del sermón, pero le tomó algún tiempo antes de que pudiera hablar. Entonces irrumpió, «Tengo que cuidar de dos mil almas. Y nunca he podido todavía saber cómo cuidar la mía propia.» Lo dejé lleno de convicción de pecado y de buenas decisiones. ¿Cuántos días durarán?

VIERNES 3 de abril. Viajé a Bank House, cerca de Rochdale, donde T. Mitchell me dio la siguiente información:

> El domingo, 7 de agosto pasado, prediqué en Wrangle, a las cinco de la mañana como de costumbre. Alrededor de las seis dos alguaciles se presentaron y me llevaron a una cantina, donde me retuvieron hasta cerca de las cuatro de la tarde. Luego uno de ellos dijo que iría a preguntarle al ministro si lo podían dejar ir. A su regreso, me sacaron a una gran turba, quienes me llevaron y me arrojaron a un estanque de agua y donde tan pronto trataba de salir me lanzaban de nuevo. Finalmente algunos de ellos dijeron que debía de salir y mantuvieron a los otros alejados hasta que salí del estanque. Todo el tiempo me sentí muy contento porque sabía que estaba en las manos del Señor... Regresé a la casa donde estaba hospedado y me acosté, pero en menos de una hora la turba regresó, rompió las puertas de la casa y de la recámara y me sacaron arrastrándome. Me llevaron a una laguna más grande, con

[3] Ec.12.5.

> una cerca alrededor y de una profundidad de diez a doce pies. Entonces cuatro hombres me levantaron por las piernas y brazos. Al comienzo sentí que la carne se me encogía, pero pronto pasó y no me importó si moría o vivía, siempre que fuera la voluntad del Señor. Me columpiaron dos o tres veces de adelante para atrás y luego me arrojaron al agua lo más lejos que pudieron. La caída me dejó sin conocimiento, así que no sentí nada más. Pero uno que no quería que me ahogaran, cuando salí a flote me agarró por la ropa y con un palo largo me sacó. Estuve sin conocimiento por algún tiempo. Cuando volví a despertar vi a mucha gente a mi alrededor. Uno de ello me ayudó a levantarme y me rogó que fuera con él. Me llevó a una pequeña casa y me acostó. Pero no había estado acostado por mucho tiempo cuando la turba regresó. Me sacaron de la cama y me llevaron con ellos, casi desnudo, al lindero de la parroquia, donde me dejaron. Me las arreglé para continuar a un lugar a tres millas de distancia, donde me acosté y dormí en paz.

VIERNES 17. Visité al caballero que me dijo que él era «lo suficientemente pecador» cuando prediqué por primera vez en Epworth sobre la tumba de mi padre. Tuve la agradable sorpresa de encontrarle fuerte en la fe, aunque demasiado débil de cuerpo. Por algunos años, me dijo, había estado gozando en el Señor, sin duda ni temor, y ahora esperaba la sagrada hora cuando debía *partir y estar con Cristo*.[4]

VIERNES 24. Cabalgamos por una magnífica residencia, cuyo dueño (de no mucho más de ochenta años de edad) decía que deseaba, «vivir sólo treinta años más: diez para cazar, diez para ganar dinero (teniendo al presente sólo veinte mil libras al año) y diez años para arrepentirse». ¡Que Dios no pueda decirle, *«necio, esta noche vienen a pedirte tu alma»*![5]

Cuando desembarqué en el muelle de Hull estaba lleno de gente, preguntando, «¿Quién es él? ¿Quién es él?»

---

[4] Fil.1.23.
[5] Lc.12.20.

Mas sólo miraban y sonreían, y nosotros caminamos sin que nos molestaran a la casa del Sr. A____.

Estuve muy sorprendido de la miserable condición de las fortificaciones, mucho más ruinosas y en decadencia que las de Newcastle, aun antes de la Rebelión. Es bueno que no hay enemigos cercanos.

Fui a orar a las tres en la vieja iglesia, una estructura grande y venerable. Entre las cinco y seis, el coche llegó y me llevó a Myton Car, a cerca de media milla del pueblo. Una enorme multitud, rica y pobre, a pie y a caballo, con varios carruajes, pronto se reunió. Les hablé con voz alta y espíritu tranquilo sobre *«¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?»*[6]

Unos cuantos miles de personas asistieron con formalidad, pero muchos se comportaron como si estuvieran posesionados por Moloch. Terrones y piedras volaban por todas partes, pero ni me tocaron ni me molestaron. Cuando terminé mi discurso, salí a tomar el coche, pero el cochero se había alejado bastante. Nos sentimos perdidos hasta que una dama nos invitó a mi esposa y a mi a subir en su coche. Esto le trajo algunas inconveniencias, no solamente porque éramos nueve en el carruaje, tres a cada lado y tres en el centro, sino también porque la turba se nos acercó tirando por las ventanas (las que no pensamos que era prudente cerrar) todo lo que tenían a la mano. Una mujer gruesa que se sentó en mis faldas me protegió de tal manera que nada pasó cerca de mí.

La turba había aumentado en varios miles cuando salí del carruaje a la casa del Sr. A____. Dándose cuenta de que me había escapado de sus manos, tomaron venganza

---

[6] Mr. 8.36.

contra las ventanas, con muchas lluvias de piedra, las que arrojaron, aun en las habitaciones a cuatro pisos de altura. El Sr. A____ caminó entre ellos y se dirigió a la casa del alcalde, quien le dijo palabras buenas, pero no le prestó ninguna ayuda, probablemente sin saber que él mismo (el alcalde) podría estar obligado a pagar todo el daño que se hiciera. El entonces fue en busca de los aguaciles y trajo dos consigo como a las nueve. Con la ayuda de ellos dispersó la turba de modo que no quedaron juntos ni dos de ellos. A eso de las doce se volvieron a reunir y dieron una nueva carga con juramentos, maldiciones, ladrillos y piedras. Después de esto, todo quedó en calma y dormí profundamente hasta cerca de las cuatro de la mañana.

VIERNES 15 de mayo. En la tarde prediqué en Alnmouth. Qué evidencia tan sencilla tenemos aquí de que aun nuestro trabajo exterior, aun las sociedades, no son obra humana. Con todo nuestro trabajo y habilidad no hemos podido en nueve años formar una sociedad en este lugar. A pesar de que no hay nadie que se oponga, pobre o rico y que los dos hombres más ricos del pueblo y los únicos caballeros allí hicieron todo cuanto estuvo en su poder para promover una sociedad.

MARTES 19. Prediqué en Whickham, delante de la puerta de la Sra. Armstrong. Estuve un poco sorprendido del relato que ella dio de la forma de proceder de Dios con ella recientemente. Cuando su anciano esposo, con quien vivió desde su juventud, fue repentinamente encarcelado en Dur-ham por causa de la deuda contraída por su hijo, lo que pronto le ocasionó la muerte; cuando ella estaba a punto de perderlo todo y hasta su casa a la edad de ochenta años; a pesar de todo ello los oráculos de Dios, a los que había amado desde su niñez, eran su consuelo y consejeros. Un

día cuando se puso los lentes para leer, no podía ver ni una palabra. Al principio se asustó, pero pronto dijo: *«Jehová es; haga lo que bien le parezca»*.[7] Se quitó los lentes y mirando a una esquina de la Biblia, pensó que podía distinguir algunas letras. Levantó la Biblia y pudo leer tan bien como lo hacía su hija. Desde ese momento no sólo pudo leer sin lentes, sino que también cosía y ensartaba la aguja más fina con la misma facilidad que cuando tenía treinta años.

LUNES 15 de junio. He tenido muchas pequeñas pruebas en este viaje, de una clase que antes había conocido. Había pedido prestada una yegua joven y fuerte cuando salí de Manchester, pero se puso coja antes de llegar a Grimsby. Obtuve otra, pero ésta tuve que dejarla de nuevo entre Newcastle y Berwick. A mi regreso a Manchester volví a tomar mi propia cabalgadura, pero se había puesto coja en el pastizal. Sin embargo, pensé hoy cabalgar en ella por cuatro o cinco millas, pero se había escapado del campo y no supimos nada de ella. Me consolé porque tenía otra en Manchester que había comprado recientemente. Al llegar allí encontré que alguien la había pedido prestada, también, y la había llevado a Chester.

Al mediodía prediqué cerca de Shakerley, en la casa de un anciano, quien estaba gimiendo pidiendo salvación. Caminamos juntos un poco después de la predicación, y casi tan pronto como partimos, el poder de Dios cayó sobre él, de tal manera que a duras penas sabía si estaba en la tierra o en el cielo. Desde ese momento, *el Dios de esperanza lo llenó de todo gozo y paz en el creer*.[8]

---

[7] 1 S.3.18.
[8] Ro.15.13.

A mi regreso a Bolton escribí un relato relacionado con uno que recientemente adornó el evangelio. Fue como sigue:

En abril de 1746 Katherine Whitaker fue a Halifax a escuchar a John Nelson. Ella se había convencido antes de la verdad a través de la lectura y desde ese momento creció con más y más firmeza. Al año siguiente John Haughton nos visitó en nuestra casa. Cuando se retiraba, regresó y le tomó la mano, diciéndole, «Usted tiene que creer, pueda o no.» Tan pronto como él se fue, ella empezó a clamar a Dios y no dejó de hacerlo hasta que supo que creía en Cristo. Nunca después de esto perdió el sentir de su amor, ni podía descansar si encontraba la menor nube hasta que ésta desaparecía completamente y la luz brillaba nuevamente en su alma.

En mayo de 1750 se mudó a Bolton y poco después parecía estar tuberculosa. Mas esta condición no la eximió de levantarse a las cinco, cuatro o tres de la mañana y de continuar enseñando a sus alumnos como de costumbre hasta cerca de la Navidad de 1751. Desde ese tiempo su fuerza física decayó, pero ella no guardó cama hasta marzo. Entonces tuvo temor de vivir y ser una carga para sus familiares. Pronto ese temor desapareció y dijo: «Ahora puedo dejarlo todo en las manos de Dios. Déjenme morir tarde o temprano, es todo lo mismo». Mas todavía tenía cierta lucha respecto a su esposo antes de que ella pudiera voluntariamente renunciar a él.

El siguiente viernes, uno antes de morir, una de sus hermanas, sentada a su lado, comenzó a cantar,

Oh feliz, feliz día
Que llama al exiliado a casa.

Ella inmediatamente se unió a su hermana y cantaron hasta el final del himno. El jueves siguiente, miró a nuestro alrededor y dijo: «Oh cuánto les amo a todos. Soy toda amor. Amo a toda alma que Dios ha creado.» Su esposo le preguntó: «¿Eres feliz?» Ella le respondió, «Oh sí.»

No puedo temer, no puedo dudar,
Siento la sangre derramada.

Sigan cantando, sigan cantando:

Dejen que toda alma clame conmigo,
Tú eres mi Señor, mi Dios.

En el desayuno quiso un poco de agua fría y al recibirla miró hacia lo alto y dijo: «Dentro de poco beberé nuevo vino en el reino de mi Padre.» Alrededor de las diez en punto irrumpió,

Mi Dios se compadeció
Su voz de perdón escucho,
Su hija soy
Ya no puedo temer más.

Uno le preguntó cómo podía decirlo. Respondió: «Deseo estar con aquél a quien ama mi alma.» El viernes y sábado, estando

extremadamente débil, habló muy poco. El domingo en la mañana dijo: «Así el Señor nos ha brindado un nuevo día de descanso. Permite, Oh Señor, que guardemos este día sin pecado.» Luego en parte cantó y en parte repitió aquel himno:

¡Oh cuando dulcemente me vaya
Oh cuando comience mi reposo!
Y regreso a Sión con alegría
La madre de espíritus en dolor.

Entonces dijo: «¿Quién esta en casa? Oh, no me gusta que permanezcan en casa el día domingo. Quiero que vayan todos a la iglesia. Cuando estuve menos impedida de asistir a la iglesia, siempre encontré las más grandes bendiciones.» En la noche dijo: «¡Piernas hinchadas! Sólo por corto tiempo: no habrá piernas hinchadas en el cielo.» A las cinco de la mañana del lunes, marzo 23, su esposo le preguntó: «¿Sabes quién soy?» Ella dijo: «Sí lo sé,» y puso su brazo alrededor de su cuello y rápidamente empezó a dormitar. Despertando poco después dijo: «Debo apurarme y vestirme para el Novio.» Entonces, de nuevo entró en un sopor y despertando en pocos minutos dijo, «Voy a Cristo,» y se quedó dormida.

DOMINGO 5 de julio. Me puse en pie, a las siete de la mañana, cerca de las ruinas de la casa y expliqué los principios y prácticas de *esa secta que nos es notorio que en todas partes se habla contra ella*.[9] Fui más tarde a la Iglesia de St. Martin, que se encuentra cerca del lugar. El caballero que oficiaba parecía estar extremadamente conmovido por varios pasajes de la Segunda Lección, Lucas 17, particularmente: *«Imposible es que no vengan tropiezos; mas ¡ay de aquél por quien vienen! Mejor le fuera que se le atase al cuello una piedra de molino y se le arrojase al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos»*.[10]

Comenzó su sermón casi con estas palabras: «El último día del Señor prediqué sobre como *lo que queráis que los hombres hagan con vosotros*,[11] con la esperanza de prevenir aquellos procesos que son contrarios a toda

---

[9] Hch.28.22.
[10] Lc.17.1-2.
[11] Mt.7.12.

justicia, misericordia y humanidad. Como no pude hacer eso, he escogido estas palabras para su consideración ahora: *«Vosotros no sabéis de que espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas*.»[12]

Y terminó con algo así como: «Siento mucho que cualquiera de estos escándalos puedan cometerse, particularmente en esta parroquia, donde he estado enseñando tantos años. ¡Y con qué escaso resultado! Me retiraré tan pronto sea posible de un lugar donde puedo hacer tan poco bien. ¡Oh qué clase de cuenta tendrán que rendir quienes han ocasionado o alentado estos procesos! ¡Dios permita que se arrepientan a tiempo! ¡Que puedan saber de qué espíritu son! ¡Que puedan, antes de que sea demasiado tarde, reconocer y amar la verdad como está en Jesús!».

Prediqué otra vez en el mismo lugar a la una y a las cuatro y toda la congregación estuvo tranquila y atenta.

DOMINGO 9 de agosto. A las ocho, tuvimos la congregación de costumbre en la casa del mercado, y la misma bendición. El Sr. Grüber predicó un excelente sermón en la iglesia sobre la necesidad de la religión de corazón. A las cinco prediqué en el lado del río donde queda Connaught a un gran número de romanistas, así como de protestantes. Todos ellos parecían estar convencidos que no deberían seguir *claudicando entre dos pensamientos*.[13]

Aquí me enteré por su esposo que Rose Longworth encontró la paz con Dios en junio de 1749. Esta paz nunca la perdió y con frecuencia *se alegraba con gozo inefable y*

---

[12] Lc.9.55.
[13] 1 R.18.21.

glorioso.[14] Desde ese día estuvo siempre extraordinariamente formal y caminó muy de cerca con Dios.

Cerca del Domingo de Resurrección de 1751 sintió una gran decaída de su fuerza corporal. Pero nunca se quejó, preocupada solamente de que su alma no sufriera pérdida. Al siguiente julio fue trasladada al campo, pero todavía continuó caminando en la luz. Hacia fines de mes, temiendo que su tiempo se acortaba, quiso regresar a Athlone. El sábado 21 regresó, extremadamente débil, pero alabando a Dios continuamente, y toda la siguiente semana expresó, tener el deseo *de partir y estar con Cristo*.[15]

El Sr. Grüber le administró el Sacramento el domingo. Ella pudo hablar un poco y dijo que no tenía duda de su salvación. El estuvo muy conmovido y dijo que le creía, pero que apenas el podía hablar por las lágrimas. Cuando ya no pudo ser escuchada, tuvo sus ojos constantemente fijos hacia lo alto y moviendo sus labios. Por la tarde perdió el conocimiento. Volviendo en sí dijo: «¡Ah! qué desilusión; pensé que me había escapado.» Entonces oró por su esposo, por sus padres, por la sociedad, la iglesia y todo el mundo. Desmayándose de nuevo y volviendo en sí, exclamó: «¡Vean a mi Salvador! ¡Vean a mi Salvador! ¡Miren como fluye su sangre! ¡Veo al Cordero en la gloria! Veo al Cordero en la gloria. Adiós. Dios sea con ustedes. Adiós.» Luego dejó de hablar y partió a Dios.

MARTES 25. Prediqué en el mercado en Kinsale. A la siguiente mañana a las ocho caminé hacia el fuerte. Arriba en el cerro encontramos una hondonada grande y profunda,

---

[14] 1 P.1.8.
[15] Fil.1.23.

capaz de dar cabida a dos o tres mil personas. A un lado de la misma los soldados pronto limpiaron un lugar con sus espadas para que me pudiera parar, donde estaba protegido tanto del viento como del sol, mientras que la congregación se sentaba en la hierba delante de mí. Muchos prominentes pecadores estaban presentes, especialmente los del ejército y pienso que Dios les hizo un fuerte llamado al arrepentimiento.

Por la noche llamé a los pecadores al arrepentimiento en la calle principal de Bandon. El jueves y el viernes la lluvia nos obligó a guarecernos en el mercado. En verdad, apenas recuerdo de dos días secos juntos desde que llegué a Irlanda. El sábado 29 regresé a Cork y pasé un día tranquilo, teniendo la firme esperanza de que Dios *levantaría las manos caídas*.[16] El lunes 31 viajé a Clonmel. Hace un año que se abrió aquí la puerta ancha. Pero una noche, justo después que había terminado el sermón, la sala donde se había predicado se derrumbó. Dos o tres personas resultaron heridas. Por cuya razón (¿podría alguien desear una mejor?) la gente del pueblo juró que ningún metodista podría predicar jamás en Clonmel.

DOMINGO 7 de enero de 1753. Desayuné con M____ Y____, un monumento no común de misericordia. Por largo tiempo fue *como perro que vuelve a su vómito*,[17] y se revolcó en toda clase de maldades. Sin embargo, su esposa nunca pudo darlo por perdido, ni él pudo nunca escapar de su propio infierno, hasta que un día ella le dijo: «Anda al piso de arriba y pídele a Dios, pues no sabes que él aún puede bendecirte.» El subió, pero con corazón

---

[16] He.12.12.
[17] Ef.26.11.

insensible, duro, y permaneció allí por cerca de dos horas. Cuando bajó, ella se le quedó mirando y le dijo: «¿Qué es lo que pasa ahora? ¿Qué te sucede? No te ves como antes». El respondió: «No, porque he encontrado al Señor.» Desde esa hora se esforzó en caminar en los pasos de Dios, quien ahora ha vuelto a llamarlo *a su reino y gloria*.[18]

SÁBADO 20. Le aconsejé a una que había estado sufriendo por muchos años de un problema de parálisis que probara un nuevo remedio. En conformidad, ella fue electrizada[19] y encontró ayuda inmediata. Por este mismo medio he conocido a dos personas que se curaron de un dolor crónico en el estómago y otro de un dolor en su costado que había tenido desde niño. Sin embargo, no es de dudar que muchos caballeros de la facultad, así como sus buenos amigos de las farmacias, desacrediten una medicina tan *escandalosamente barata* igual que desacreditan el azogue y el agua de alquitrán.

[Wesley está viajando por Escocia, y el día 17 por la noche acaba de llegar a Glasgow.]

MIÉRCOLES 18 de abril. Caminé por la ciudad, que la considero tan grande como Cork o Newcastle sobre el Tyne. La universidad (como la de Dublin) tiene un solo colegio, consistente de dos pequeñas plazas rodeadas de edificios. Pienso que no son más grandes ni más hermosas que las de Lincoln College en Oxford. El hábito de los estudiantes me causó sorpresa. Usan togas de color

---

[18] 1 Ts.2.12.

[19] En tiempos de Wesley, la «electroterapia» estaba muy en boga. Para el propio Wesley, la electricidad era un gran misterio. Es su *Diario*, el 16 de septiembre de 1747, dice: «Fui con dos o tres amigos a ver el espectáculo llamado *Los experimentos eléctricos*. ¡Cómo deben confundir estos experimentos a todos esos semipensadores que no creen sino lo que pueden comprender!»

escarlata, que les llegan solamente hasta la rodillas. La mayor parte de las que vi estaban muy sucias, algunas muy raídos y todas de una tela muy ordinaria. La gran iglesia es un edificio magnífico. La parte exterior es similar a la de la mayoría de las catedrales en Inglaterra. Pero está miserablemente dilapidada en el interior, sin que le quede forma, belleza o simetría.

A las siete de la noche el Sr. Gillies empezó el servicio en su propia iglesia (la de la universidad). Estaba tan llena antes que yo llegara que no pude entrar sin tener gran dificultad. Después de cantar y orar, explicó una parte del catecismo, que lo aplicó en forma decidida y amorosa. Después del sermón, oró y cantó otra vez y concluyó con la bendición.

Entonces repartió, uno tras otro, cuatro himnos, los que fueron cantados por una docena de jóvenes. Antes había invitado a quienes que así lo desearan a retirarse. Pero casi nadie se movió hasta que todo terminó.

DOMINGO 22. Llovió mucho. Sin embargo, más de mil personas (según calculo) permanecieron con toda voluntad mientras expliqué y apliqué: *«esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado»*.[20] Después quise predicar en la prisión, lo que hice cerca de las nueve. Todos los reos, así como los deudores, se comportaron con tal reverencia como nunca la había visto en ninguna prisión en Inglaterra. Pudiera ser que aun algunos de estos pecadores ocasionen *gozo en el cielo*.[21]

El comportamiento de la gente en la iglesia, tanto en la mañana como en la tarde, fue más allá de cualquier cosa

---

[20] Jn.17.3.
[21] Lc.15.7.

que haya visto in *nuestras* congregaciones. Nadie se saludó o se hizo reverencia, ya sea antes o después del servicio. De principio a fin nadie habló o miró a su alrededor, sino solamente al ministro. Seguramente *muchos tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella*.[22]

La pradera donde prediqué en la tarde estaba llena de lado a lado. Hablé con todo cuidado, como nunca en mi vida. Muchos de los estudiantes y soldados estaban allí. Y doy testimonio que se mostraron capaces de *sufrir la sana doctrina*.[23]

MIÉRCOLES 25. Llegamos a Alnwick en el día cuando quienes han pasado su aprendizaje son liberados del gremio. Dieciséis o diecisiete, nos informaron, iban a recibir

---

[22] 2 Ti.3.5.
[23] 2 Ti.4.3.

profundo que algunos de ellos se hunden hasta el cuello y muchos otros hasta el pecho.[24]

VIERNES 11 de mayo. Cabalgué a Rufforth y prediqué a la una. La congregación estuvo muy atenta. Un hombre joven, con gran seriedad y bien comportado y gozándose en su primer amor, quien había salido minutos antes que yo, fue arrojado por su caballo y (como se dice) se rompió el cuello. En ese instante, una persona que pasó y que entendía del caso le agarró el cuello y se lo puso en su lugar. ¡Oh misterio de la Providencia! ¿Por qué no murió este hombre cuando estaba lleno de humildad, sagrado amor? ¿Por qué vivió para *volverse atrás del santo mandamiento*[25] que estaba escrito en su corazón?

SÁBADO 2 de junio. Sin saber a duras penas cómo dar crédito a una extraña historia que había oído, que uno de nuestros predicadores estaba acostumbrado a predicar mientras dormía, investigué más sobre el particular recibí el siguiente relato:

El viernes, 25 de mayo, cerca de la una de la mañana, estando profundamente dormido, empezó a hablar. En dos o tres minutos se hicieron presentes, William, Mary, Amelia Shent, John Haime, John Hapson, Joseph Jones, Thomas Mitchell y Ann Foghill.

El primeramente exhortó a la congregación a «cantar con el espíritu y también con el entendimiento», luego les dio las instrucciones de cómo hacerlo. Entonces comenzó a anunciar ese himno, línea por línea,

Ven, Espíritu Divino, paloma celestial
Con todo tu poder de avivamiento;

dando el tono y cantándolo hasta el final. Agregó una exhortación para que «prestaran atención de lo que oyeron». Entonces mencionó su texto, 1 Juan 5.19: *Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno*. Dividió su discurso en seis partes, tratando de mostrar: (1) Que todos los verdaderos creyentes «son de Dios». (2) Que los tales «saben» que «son de

---

[24] Se trata de una antiquísima costumbre de este lugar, basada en una tradición según la cual el rey Juan Sin Tierra mató a un jabalí en ese lodazal. Cuando un aprendiz alcanzaba el rango de jornalero libre, se celebraba la ocasión como Wesley cuenta. La costumbre continuó hasta el 1853.

[25] 2 P.2.21.

Dios». (3) Que «el mundo está bajo el maligno». (4) Que cada individuo que es del mundo está en esta condición. (5) El terrible fin del mundo. Por último (6) cerró con una exhortación para aquéllos que eran «de Dios» y para aquéllos otros que eran «del mundo».

Después de haber predicado sobre dos o tres de estos puntos, los dejó y comenzó a hablar con un clérigo que había entrado y le interrumpió. Discutieron por algún tiempo. El le dejaba espacio al clérigo para que propusiera sus objeciones y que luego les daba respuesta una a una. Después pidió que la congregación, ahora que se había retirado el perturbador, le diera gracias a Dios, y para eso les dirigió en el canto, «¡Bendito sea el Señor de donde viene toda bendición!»

Cuando terminó de predicar pidió que la sociedad se reuniera. Primeramente les dirigió en un himno, como antes, y luego los exhortó a amarse unos a otros: (1) porque tenían un solo Creador, Preservador y Padre; (2) porque tenían un solo Redentor; (3) porque tenían un solo Santificador; (4) porque estaban caminando en el único sendero de santidad; y (5) porque todos iban a un mismo cielo.

Tras cantar el himno de despedida, dijo (conforme le daba la mano a cada uno): «Buenas noches, hermano. Buenas noches, hermana». Esto duró como hasta un cuarto para las dos, estando él completamente dormido todo el tiempo. En la mañana no sabía nada de todo esto. Creía haber dormido de la noche a la mañana sin haber soñado nada.

¿Bajo qué principios filosóficos podemos juzgar esto?

MARTES 5 de junio. Cabalgué a casa de Jonathan Booth en Woodseats, cuya hija había estado enferma en una manera muy extraña. El relato que sus padres dieron de ello fue el siguiente:

A mediados de diciembre de 1752, Elizabeth Booth, hija, de unos diez años de edad, empezó a quejarse de un dolor en su seno, lo que continuó por tres días. Al cuarto día, en un momento, sin provocación alguna, empezó con violenta cólera, injuriando a su madre y arrojando a la sirvienta lo que tenía a la mano. Este ataque continuó cerca de una hora. Luego en un instante se calmó. A la siguiente mañana cayó en otro tipo de ataque, encontrándose estirada y tiesa como vaca muerta. Así permaneció cerca de una hora. En la tarde fue repentinamente sacudida por una risa violenta e involuntaria. Así tuvo algunos de estos ataques varias veces al día por cerca de un mes. En los períodos de descanso sentía gran pesar en su alma y continuamente clamaba pidiendo misericordia, hasta que un sábado, mientras que se encontraba acostada en la cama, clamó, «Yo sé que mi Redentor vive.» Su fe y amor aumentaron desde ese momento, pero también la violencia de sus ataques. Con frecuencia cuando se regocijaba y alababa a Dios, gritaba, «¡Oh Señor!» y perdía sus sentidos al momento, acostada como muerta, riéndose con violencia o delirando y blasfemando.

A mediados de febrero se puso peor que nunca. Con frecuencia trató de lanzarse al fuego o por la ventana. A menudo trataba de romper la Biblia, maldiciéndola en términos muy amargos. Muchas veces exclamó juramentos y blasfemias demasiado horribles para ser repetidos. Después de la Biblia su mayor cólera era contra los metodistas y en especial contra el Sr. Wesley. Con frecuencia nos decía donde él estaba y lo que hacía, agregando, «El estará aquí pronto», y en otras ocasiones, «Ahora galopa por el camino y dos hombres vienen con él». En los intervalos que tenía de sus ataques se ponía muy tonta y abatida como si no tuviera sentido común; y sin embargo, a veces irrumpía en vehementes oraciones, para asombro de todos los que la escuchaban.

Algunas veces se quitaba toda la ropa y corría de arriba abajo de la casa, gritando y llorando, «¡Sálvenme, sálvenme! El me hará pedazos». En otras oportunidades vociferaba: «El me está despedazando los senos; me está echando plomo derretido por la garganta. Ahora sufro lo que los mártires sufrieron. Pero no tengo la fe de mártir.»

Con frecuencia hablaba como si fuera otra persona, diciéndole a su padre, «Esta niña no es tuya, es mía. Me he posesionado de ella y la voy a guardar» y otras muchas expresiones como éstas.

A menudo parecía estar en trance y decía que tenía muchas visiones: algunas veces del cielo, infierno o juicio. Otras veces de cosas que decía en corto tiempo iban a pasar.

A principios de marzo la Sra. Green llegó de Rotherham, quien me contó personalmente el siguiente relato: «Tan pronto llegué ella entró en otra crisis de ataques, blasfemando y maldiciendo a su padre y a mí. Añadió, `fui yo la que enfermé al caballo de la Sra. Green el otro día' (el que se había enfermado de una manera extraña, tan pronto como fue puesto en el establo). `Lo hice para que usted no pudiera predicar nunca más; y casi lo logré. Fui yo quien la enfermó a usted anoche.' Quedé sobrecogida en una forma poco común. Durante todo el tiempo que ella hablaba, estaba con violentas convulsiones y parecía estar en fuerte agonía. Después de casi un cuarto de hora comenzó a orar y entonces se recuperó, pero todavía triste y apesadumbrada.»

John Thorpe de Roherham con frecuencia deseaba orar por ella en la congregación. Pero a menudo lo estorbaba una impresión fuerte y súbita en su mente de que ella estaba muerta. Cuando él llegó a Woodseats y empezó a mencionar lo que había deseado, la niña que pasaba por una ataque de cólera, gritó: «He engañado a Thorpe», e irrumpió en fuerte risa.

Al principio de mayo, todos esos síntomas cesaron. Y continuó en buena salud de alma y cuerpo.

LUNES 23 de julio. Viajé a Launceston y tuve la primera reunión general de mayordomos para la parte oriental de Cornwall. En la noche prediqué en perfecta paz. Esto es una gran bendición, siempre que no se haya

comprado a un precio demasiado elevado: que el mundo empiece a amarnos porque nosotros lo amamos.

DOMINGO 29. Prediqué a las ocho a una congregación todavía más grande; y en Morvah, a la una, a cerca del mismo número. Muchos reincidentes estaban entre ellos, a quienes les proclamé: *«¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín?»*[26] Pocos de la congregación estuvieron tranquilos, y cuando luchamos con Dios en oración tuvimos una gran esperanza de que él no les echaría para siempre.

Como a las cinco empecé a predicar en Newlyn, sobre parte del Evangelio para el día: *«Porque os digo que si vuestra justicia no fuera mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos»*.[27] En la mañana me desperté entre las dos y las tres. Tuve un aflojamiento de estómago por varios días. El domingo me sentí peor cada hora, pero había decidido, con la ayuda de Dios, predicar donde había sido asignado. Tuve ahora, con el aflojamiento, un continuo dolor de cabeza, violentos vómitos varias veces por hora, calambres en mis pies o piernas. Algunas veces me daban en ambas piernas y en ambas caderas al mismo tiempo. Mas Dios me posibilitó de estar completamente contento y resignado a él con agradecimiento. tuve que enviar a predicar a uno en mi lugar a Ludgvan al mediodía y a Helston en la noche, y a otro el martes al mediodía en Porkellis, prometiendo, que si podía, me reuniría con ellos en la noche.

DOMINGO 5 de agosto. En la tarde viajé a Redruth y prediqué a una gran congregación en la calle al aire libre. Mi voz era débil. Pero el día estaba en calma y creo que

---

[26] Os.11.8.
[27] Mt.5.20.

todos me pudieron oír. Después de haber hecho todo esto, me sentí mucho más fuerte que cuando empecé.

JUEVES 9. Viajé a Port Isaac y al siguiente día a Trewalder. La pequeña sociedad aquí se reunía cada noche y mañana, con o sin predicador. Cualquiera que llegara a estar entre ellos pronto sentía el espíritu que tenían.

VIERNES 24. Me esforcé una vez más en poner en orden al Colegio de Kingswood. Seguramente la importancia de este plan es aparente, por las mismas dificultades que presenta. He gastado más dinero, tiempo y cuidado en esto que en cualquier otro plan que haya tenido. Todavía demanda de toda la paciencia que tengo, pero merece la pena de todo el trabajo.

LUNES 10 de septiembre. Prediqué a los malhechores condenados en Newgate, pero pude hacer poca impresión en ellos. Luego me fui a caballo a Paulton, donde visité a Stephen Plummer, que perteneció a nuestra sociedad, mas ahora es un entusiasta cuáquero. Tuvo mucho gusto de mi visita y vino a escucharme predicar. Estando limitado de tiempo, concluí antes de lo acostumbrado, pero tan pronto como terminé Stephen empezó. Después de haberle escuchado por media hora y viendo que no estaba próximo a terminar, me levanté para retirarme. Su hermana entonces le rogó que se quitara, lo que lo enfureció violentamente y gritó fuerte y más fuerte, hasta que un honesto hombre lo tomó en sus brazos y muy gentilmente se lo llevó afuera.

¡Qué providencia tan sabia fue ésta que este pobre hombre se volviera cuáquero algunos años antes de enloquecer! Así que el honor de haberle cambiado el cerebro queda en las manos de los cuáqueros, lo que de otra manera hubiera recaído sobre los metodistas.

A las seis de la tarde prediqué en Buckland, como a dos millas de Frome, en una pradera de la casa del Sr. Emblem. este hombre es un maravilloso monumento a la gracia de Dios, quien, desde el día que recibió paz (no siendo conocido por ningún metodista) *ha continuado andando a la luz de tu rostro, oh Dios*.[28] El cura había traído una turba, con cuernos y otras cosas convenientes, para evitar que la congregación me escuchara. Pero más de la mitad de la turba pronto se alejó de sus compañeros y escucharon con gran atención. El resto no hizo ningún daño, de tal manera que así tuvimos una fácil oportunidad y otra a las cinco de la mañana.

VIERNES 14. Leí con gran atención el libro de Chevalier Ramsay titulado *Los principios filosóficos de la religión*. El se propone resolver todas las dificultades en la revelación cristiana solamente en base a unos cuantos postulados: (1) Que las almas humanas todas existieron y personalmente pecaron en el paraíso. (2) Que las almas de los brutos son los ángeles caídos. (3) Que el dolor es el único medio posible por el cual Dios mismo puede curar el pecado. Y (4) que Dios al final, por medio de los dolores del purgatorio, purifica y restaura a todos los humanos y demonios. ¡Asombroso trabajo es éste!

LUNES 17. Comencé visitando las sociedades en Wiltshire y encontré muchas razones para alabar a Dios en su nombre. JUEVES 27. La Sra. Fitzmaurice quería que visitara a su hija, enferma de tisis. Encontré mucha compasión, para ambos los padres y la niña, quien languidecía en la flor de su juventud y sin embargo con gozo, pues estaba muy convencida del pecado y parecía

---

[28] Sal.89.15.

estar al borde de su salvación. La vi una vez más el sábado 29 y la dejé aguardando pacientemente a Dios. No mucho después, mi hermano pasó algún tiempo en oración con ella y se vio obligado, para sorpresa de todos los que estaban presentes, de pedirle a Dios una y otra vez que pudiera perfeccionar su trabajo en el alma de la enferma y la llevara a su presencia. Tan pronto lo había hecho, ella estiró sus manos y dijo, «Ven Señor Jesús» y murió.

LUNES primero de octubre. Viajé a Salisbury y al siguiente día a una aldea en New Forest, a ocho millas de Southampton, donde prediqué en la noche a una congregación sincera y con buena disposición. MIÉRCOLES 3. Viajamos a Southampton, desde allí cruzamos a Cowes y llegamos a Newport antes de las once.

A las cinco de la tarde fui al mercado. La congregación era grande y sumamente atenta. Eran casi las seis y todos parecían beber de la exhortación de *presentar sus cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios*.[29]

Un poquito antes del mediodía salimos para Shorwell, una aldea seis millas al sur de Newport. Nunca vi un lugar más productivo o más placentero que la parte interior de esta isla. Cerca de la una prediqué en Shorwell a (me parece) todos los pobres y gente de clase media del pueblo. Creo que algunos de los ricos también hicieron planes para asistir. Pero algo de más importancia (una cena) se interpuso.

A las cinco prediqué otra vez en Newport a la mayoría del pueblo y a muchos que vinieron de las aldeas vecinas. Seguramente, si hubiera aquí alguien para predicar

---

[29] Ro.12.1.

la palabra de Dios con poder, una multitud podría pronto ser obediente a la fe.

VIERNES 5. Después de predicar a las seis, dejé a esta gente humanitaria y cariñosa, viajé a Cowes y crucé hacia Portsmouth. Aquí encontré otra clase de gente, cuyas contiendas les habían privado del poder, y hasta casi también de la forma, de la religión. Sin embargo, me esforcé (y no por completo en vano) para suavizar y conciliar sus discordantes espíritus, tanto esta noche como al día siguiente. El domingo al mediodía prediqué en las calles de Fareham. Muchos pusieron gran atención, pero parecía que no sentían ni entendían nada. A las cinco empecé en la plaza pública de Portsmouth. No admiré tanto el inmenso número de personas como el comportamiento excepcionalmente decoroso que predominaba en toda la congregación. Después del sermón les expliqué sin limitaciones la naturaleza y plan de nuestras sociedades, y les invité a que si alguno de ellos estaba deseoso de unirse a la sociedad, podía venir a verme ya sea en la noche o en la mañana. No hice ninguna comentario que pudiera poner sombra sobre una sociedad que existió allí antes, sin clases, sin orden y sin reglas; sin haber visto, leído u oído de las reglas impresas que debieron dárseles en su primera reunión.

LUNES 12 de noviembre. Salí en carruaje para Leigh después de haber demorado mi viaje tanto como pude. Prediqué a las siete, pero hubo un frío intenso todo el tiempo. El viento entraba con fuerza por una puerta que estaba detrás mío y otra sobre un costado, así que mis pies los sentí como si hubiera estado parado en agua fría.

MARTES 13. La habitación en donde estaba sentado, aunque con un gran fuego, estaba más fría que el jardín, de tal manera que no pude mantenerme lo

suficientemente caliente aun cuando estaba cerca de la chimenea. Cuando viajamos a casa el miércoles 14, el viento frío estaba fuerte y penetrante y nos soplaba justo en la cara, de modo que el carruaje abierto no era defensa y mis pies estaban muy fríos. Cuando llegué a casa tenía un dolor clavado en el lado izquierdo de mi pecho, una violenta tos y fiebre baja. Mas en uno o dos días, siguiendo las recetas del Dr. Fothergill, mejoré bastante y el domingo 18 prediqué en Spitalfields y administré el Sacramento a una gran congregación.

LUNES 26. El Dr. Fothergill me dijo claramente que no debía quedarme en el pueblo un día más, añadiendo: «Si algo le hace bien, debe ser el aire del campo, con descanso, leche de burra y cabalgata diaria». Por esa razón (no siendo capaz de montar a caballo) alrededor del mediodía tomé el carruaje para Lewisham.

En la noche (sin saber cómo Dios querría disponer de mí), para evitar en vil panegírico, escribí lo siguiente

Aquí yace
El cuerpo de Juan Wesley
Un tizón escapado del fuego[30]
Quien murió de tisis a los cincuenta y un años de edad
No dejando, después que sus Deudas han sido pagadas, diez libras detrás de él
Orando
¡Dios se propicio a mí,[31] siervo inútil![32]
El mismo ordenó que, de ponerse alguna inscripción, ésta fuese puesta sobre su tumba

MIÉRCOLES 28. No sentí mejoría alguna. Las medicinas que me habían ayudado antes ahora no me hacían

---

[30] Am. 4.11. Esta frase siempre fue importante para Wesley, quien había sido rescatado de niño de un fuego en la casa, y por eso se llamaba a sí mismo «un tizón arrancado del fuego».
[31] Lc.18.13.
[32] Mt.25.30.

efecto. Cerca del mediodía (la hora que algunos de nuestros hermanos en Londres habían apartado para reunirnos en oración), me vino un pensamiento a la mente para hacer un experimento. Así que pedí algunas piedras de azufre para pulverizarlas, mezclándolas con clara de huevo y esparciendo la mezcla sobre papel marrón, que entonces me apliqué al costado. El dolor pasó en cinco minutos y la fiebre en media hora. Desde ese momento empecé a recuperar fuerza. Al día siguiente pude cabalgar, lo que continué haciendo todos los días hasta el primero de enero. Ni siquiera el tiempo me causó interrupciones o retraso en este régimen, ya que fue siempre relativamente bueno entre las doce y la una (aunque antes haya estado malo).

MARTES 26 de enero de 1754. Prediqué por primera vez, después de una interrupción de cuatro meses, ¡Cuánta razón tengo para alabar a Dios, que *no quita de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad*![33]

LUNES primero de abril. Salimos a las dos en la máquina, y a la siguiente noche llegamos a la Fundición. MIÉRCOLES 3. Resolví todos los asuntos que pude y a la siguiente mañana me retiré a Paddington. Aquí pasé varias semanas escribiendo, yendo al pueblo solamente los sábados en la noche y regresando el lunes en la mañana.

En mis horas de caminatas leí el *Compendio de la vida del Sr. Baxter,* del Dr. Calamy. ¡Qué escenario se abre aquí! A pesar de todo el prejuicio de la educación, no pude menos que ver que los pobres no-conformistas habían sido tratados sin justicia ni misericordia, y que muchos de los

---

[33] Sal. 119.43.

obispos protestantes del Rey Carlos no tenían más religión, ni humanidad, que los obispos papistas de la Reina María.

MIÉRCOLES 22. Nuestra conferencia empezó. El espíritu de paz y de amor estaba en medio de nosotros. Antes de partir, todos firmamos voluntariamente un acuerdo de no actuar independientemente uno del otro. Así que el rompimiento reciente sólo nos ha unido más que nunca antes.[34]

MIÉRCOLES 26. Leí lo que quizá sea uno de los más elegantes escritos triviales que existen en el idioma inglés: *Sobre la deformidad*, del Sr. Hay. Ciertamente tan buen escritor merece mejor tema.[35]

SÁBADO 31 de agosto. Después de predicar en el Salón de los Tejedores, uno de la congregación, un clérigo (quien tenía entonces una parroquia en Bridgewater, pero que ahora, creo, que está en el seno de Abraham), quiso tener una conversación conmigo y habló sin reserva alguna. Su experiencia fue de una clase muy peculiar, pareciéndose mucho a la de Gregorio López. Mas pronto decidió buscar a Cristo cuando llegue la hora, no en el desierto, sino en la congregación de su pueblo.

MIÉRCOLES 4 de septiembre. Salimos a caballo temprano para ir a Okehampton. El dueño de la casa aquí nos informó que tenía más de noventa años y que todavía no había perdido ni la vista, ni el oído o los dientes. Tampoco había encontrado la razón de haber nacido. En

---

[34] Wesley se refiere a un número de predicadores metodistas que habían abandonado el movimiento para unirse a otros movimientos, o para ocupar cargos eclesiásticos.

[35] Wesley no parece tomar en cuenta que este autor, William Hay, sufría él mismo de una condición de deformidad, que llegó a ser representante ante la Cámara de los Comunes, y que utilizó su propia experiencia para procurar legislación en pro de los pobres y los desvalidos.

verdad no parecía tener más idea sobre esto que la de un niño de seis años.

No pudimos menos que observar que a pesar de que el cielo aparecía continuamente entre las nubes que iban de un lado a otro, sin embargo, el sol apenas brillaba sobre nosotros por más de seis minutos seguidos, de seis en la mañana a seis de la tarde. Poco después de las seis prediqué en Launceston y me reuní con la sociedad.

MARTES 17. Viajé a Trowbridge, donde vive uno que encontró la paz con Dios mientras estuvo de soldado en Flanders. Ha sido muy próspero en sus negocios desde que salió del ejército y ha construido una casa para la predicación a expensas propias. Tenía el gran deseo de que yo fuera el primero que predicara en ella. Mas antes de que terminara el himno el lugar estaba tan lleno, y por consiguiente muy caluroso, que me vi obligado a salir y pararme en la puerta. Había una multitud de oyentes, ricos y pobres. ¡Oh que todos ellos oigan, y no en vano!